ace star
K-160
50¢

the WereWolf OF PARIS

GUY ENDORE

"The reader who wishes to sup full of horror will find more than enough in this extremely gory tale."
—*New York Times*

EL HOMBRE LOBO DE PARÍS

GUY ENDORE

EL HOMBRE LOBO DE PARÍS

GUY ENDORE

TRADUCIDO DEL INGLÉS Y ANOTADO POR

JUAN JOSE PULIDO

PRESENTACIÓN DE ANTONIO BALLESTEROS

PRÓLOGO DE ALFREDO ARIAS

EDICIONES JAGUAR

PRESENTACIÓN

El lector de lengua española no familiarizado con la inglesa que guste de abismarse en pavorosas y espeluznantes quimeras está de enhorabuena: por fin puede acceder a un texto que podemos tildar de auténtico clásico de la fantasía terrorífica en su vertiente licantrópica: *El hombre lobo de París*, obra maestra del escritor estadounidense Samuel Guy Endore, seudónimo de Harry Relis (1900?-1970). Al componer y publicar en 1933 —años de hambre y depresión económica en su país— esta cúspide de lo inquietante, Endore recoge una herencia folclórica que nos remonta a la noche de los tiempos, con las creencias atávicas en la existencia de seres a medio camino entre lo humano y lo bestial, y a un elenco literario proveniente de cronologías y ámbitos diversos que incluye, entre otros, los nombres egregios de Ovidio (que relata la transformación de Licaón en sus *Metamorfosis*), Apolodoro (*Biblioteca*), Plinio (libro VIII de la *Historia naturalis*), Petronio (*Satiricón*), María de Francia (en "Bisclavret", uno de sus *Lais*), el Capitán Marryat ("El lobo blanco de las Montañas Hartz"), George Williams MacCarthur Reynolds (*Wagner, el hombre lobo*, tan célebre como farragoso folletín de 1848), Alejandro Dumas padre (*El capitán de lobos*, de 1857), Erckmann-Chatrian (*Hugo el lobo*, de 1859), Rudyard Kipling (con su relato "La marca de la bestia", de 1891) y Clemence Housman, autora de *Licantropía* —publicada en 1890—, acaso la primera novela cuyo argumento se centra en el mito del hombre lobo como tal. A todo ello es preciso añadir la existencia en cualquier latitud de fábulas y cuentos de lobos ("Caperucita" sería, claro está, el exponente más notorio de esta tendencia), esos animales que encendieron la imaginación de nuestros mayores en un pasado ancestral, en los tiempos en los que transitaban majestuosos, feroces y hambrientos por los bosques próximos a las poblaciones recelosas de sus legítimas ansias de alimentarse. La actuación depredadora del ser humano (justificada en algunos casos por la defensa de sus bienes) ha hecho desaparecer de muchos lugares por donde antaño se extendió la sombra atrayente, a la par que temida, del cánido salvaje. Malos tiempos para la magia.

En todo caso, no existe región sobre la faz de la Tierra que no haya documentado en sus leyendas e historias la ominosa presencia del lobo —epítome de lo misterioso y lo sublime, a veces identificado con el propio diablo— y, por extensión, del híbrido entre lobo y hombre. Sin duda, el mito del hombre lobo se convierte desde una perspectiva ideológica y literaria en un trasunto del motivo del doble, de la dualidad atávica que habita en nuestro interior y que escinde nuestra personalidad, plena de complejidades en las que, desde los albores del siglo XX —con mayor o menor fortuna— indagaría el psicoanálisis. De ahí que algunos exégetas se hayan sentido inclinados a añadir *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de Robert Louis Stevenson (1886), a la apresurada y sucinta nómina mencionada en el párrafo anterior de obras relacionadas con lo licantrópico, siquiera sea lejanamente, pues en su postrer memorando el atribulado científico confesará al referirse a su lado oscuro o bestial que "esto también era yo".

La claustrofóbica pesadilla del magno narrador escocés —cuya conspicua trama no puede ocultar la herencia darwinista que la trasciende y la huella de otros monstruos forjados con anterioridad, como la criatura de Frankenstein, magníficamente delineada

por Mary Shelley— influye en la umbrías páginas de Guy Endore, que a la vez —y de manera primordial— encauza la escritura de *El hombre lobo de París* por los vericuetos de la narrativa decimonónica francesa, marco referencial que complacía especialmente al autor, propenso a dejarse cautivar por lo gálico, como, entre otros indicios, demuestra la elección de su propio alias y las biografías noveladas que, con desigual fortuna, dedicaría a Juana de Arco, Voltaire, Dumas o Sade en el devenir de su trayectoria. En este sentido, cabe destacar ante todo la impronta de Eugène Sue, el creador de esa fascinante guía para caminantes (metafóricos o no) que constituye *Los misterios de París*, a la que me atrevo a sumar la de Guy de Maupassant, cuyos ritmos angustiados y procelosos se dejan percibir en la psicología atormentada de los personajes de *El hombre lobo de París*, en la acertada descripción de sentimientos y ambientes, borrando los límites entre la ficción y eso que, tan altiva como erróneamente, los seres humanos hemos dado en llamar "realidad".

La obra cumbre de Endore fluctúa en lo que concierne a su adscripción genérica entre varios Escilas y Caribdis narrativos. Principalmente, se trata de una novela terrorífica, impregnada de elementos conectados con la tradición gótica más genuina. Diversos ingredientes de los que conforman la trama vienen a apoyar esta opinión: la prisión claustrofóbica, de reminiscencias dantescas (rasgo que no por azar enlaza el principio y el final de la estirpe del hombre lobo, subrayando la estructura en forma de anillo del argumento, un círculo que simboliza la incapacidad de los personajes para escapar de un destino funesto y que envuelve al lector en su turbulenta espiral, haciéndole partícipe de las obsesiones e ideas que subyacen a los pensamientos y acciones de los protagonistas del drama que Endore ha fraguado); el énfasis en la violencia y la tortura, tanto interna como externa al individuo, alcanzando un paroxismo de connotaciones sadomasoquistas; la inmanencia de lo monstruoso y lo bestial inexorablemente entrelazados con lo humano; el estigma de un sistema político, social y judicial injusto, que reprime al individuo en lugar de contribuir a su liberación y bienestar; la aparición de un clérigo lascivo y lujurioso; el determinismo fatalista que envuelve a las familias y los linajes; los ambientes oscuros y opresivos, ya pertenezcan a la esfera de lo rural o lo urbano; la compleja duplicidad (según ya he apuntado) que mora en el interior de los personajes; el uso climático del suspense; la expresión ora simbólica, ora explícita de una sexualidad perturbadora y hasta superadora de los tabúes impuestos por la sociedad (con el incesto como elemento más perturbador) ... Todos estos rasgos que resumo parcialmente se vinculan con las convenciones de las narraciones góticas y fantásticas, las cuales suponen un contrapunto a las fuerzas aparentemente omnímodas de la Razón, en un proceso ideológico socavador que comienza en las décadas finales del siglo XVIII y se extiende a lo largo y ancho del siglo XIX en países como Inglaterra, Francia y Alemania, donde al impulso cada vez más asfixiante del "Realismo burgués" se opone el irrefrenable poder de la fantasía, de ese otro lado del espejo que muestra en clave de horror y siniestra extrañeza los males y los vicios de una sociedad enferma, por muy tecnológica y "progresista" que el sistema quiera hacerla parecer.

Otra de las vertientes narrativas en las que se inserta la magistral novela de Guy Endore es la de índole histórica. Este encuadre le es igualmente familiar a la configuración de la novela gótica desde que en 1764 Horace Walpole le otorgara carta de naturaleza al género con su hiperbólica ficción *El castillo de Otranto* y, sobre todo,

desde que aparecieran publicadas obras como *The Old English Baron* (*El viejo Barón inglés*, 1777-8), de Clara Reeve, o *The Recess, or a Tale of Other Times* (*El subterráneo, o un relato de antaño*; 1783-85), de Sophia Lee. El argumento de *El hombre lobo de París* se inserta en un contexto histórico concreto que abarca la época de la III República, los sangrientos acontecimientos de la guerra franco-prusiana, la convulsión revolucionaria que sacude la gestación y desarrollo de la Comuna (1871) y el posterior derrocamiento de ésta por los versallistas, partidarios de la instauración de la monarquía.

La conclusión que extrae el lector de toda esta sucesión de conflictos y gobiernos no puede ser más pesimista: en realidad el hombre lobo, dejando aparte su identidad como personaje, puede interpretarse como un ente metafórico que simboliza la bestialidad última que anida en el alma humana. La crítica social y política que propugna el narrador principal de la novela, enmarcada en una estructura de cajas chinas y en la que domina un estilo digresivo, no deja títere con cabeza: todos los altos ideales se ven conculcados y subvertidos por la violencia, la crueldad, la aberración y la maldad. Nadie sale bien librado: ni la clase aristocrática, ni la burguesía, ni los supuestamente altruistas revolucionarios de la Comuna. Todos son "lobos" —hombres y mujeres lobo— en París, que es un microcosmos que viene a representar al mundo entero. Nunca había alcanzado mayor sentido el aforismo hobbesiano de que "El hombre es un lobo para el hombre" (*Homo homini lupus*). Endore —hombre preocupado por la justicia social, según ponen de manifiesto su denuncia en 1951 ante el Comité de Actividades Antiamericanas constituido por el nefasto MacCarthy cuando era guionista en Hollywood, sus escritos en defensa de diferentes etnias estadounidenses y sus discursos de corte antibelicista— refleja en su obra maestra literaria la "caza de brujas" (sería más propio aquí decir "de lobos") que cíclicamente asola a las comunidades humanas.

No es extraño que Aymar Galliez, el narrador de la novela, sufra las mismas pesadillas que aterran tanto a Victor Frankenstein como a Abraham Van Helsing acerca de la expansión sobre la paz de la Tierra de una raza de seres que implican alteridad (monstruos, vampiros y hombres lobo, siempre indisolublemente unidos en el imaginario colectivo, potenciado sobre todo por el cine de terror). Se trata del ancestral miedo a lo otro, a lo diferente, a lo —sólo a primera vista— distinto, quizás porque, como los replicantes de *Bladerunner*, los entes citados se tornan "más humanos que lo humano". En el ápice de la tecnología y el progreso surgen con mayor fuerza estas estirpes monstruosas, contagiando su funesta maldición a toda la sociedad. Y si bien surgen por lo general de un entorno rural de ecos folclóricos, se desenvolverán mejor en el anonimato que propicia el medio urbano de la ciudad moderna, sobre todo en aquellos momentos en los que se desatan las guerras, la violencia y los más bajos instintos de la humanidad. Con todo su sensacionalismo, su sesgo pesimista —que alcanza incluso la percepción del amor— y la explicitud erótica y sexual que la narración destila, *El hombre lobo de París* es una obra profundamente moral sobre cuyo mensaje, impregnado de deliberada y sutil ironía, conviene reflexionar para no confundir en demasía los límites establecidos entre civilización y barbarie, sobre todo si tenemos en cuenta que la historia de Bertrand, nombre del licántropo que protagoniza la narración que presento, aparece documentada en el fascinante *The Book*

of Were-Wolves (*El libro de los hombres lobo*; 1865), auténtica enciclopedia licantrópica compilada por Sabine Baring-Gould.

En definitiva, nos encontramos ante la mejor obra hasta la fecha acerca de la evocadora y poderosa figura del hombre lobo, muy superior a la secuela cinematográfica rodada por Terence Fisher para la productora británica Hammer en 1961 con el título de *La maldición del hombre lobo* (*The Curse of the Werewolf*), versión demasiado libre de la novela de Guy Endore. Sumergirse en su lectura es abismarse en un relato en el que la posible truculencia del tratamiento del tema principal queda atemperada por la maestría estilística del autor, vertida aquí en una magnífica traducción, la primera en lengua castellana que aparece en el mercado. Amigo lector, que los aullidos de las criaturas de la noche le acompañen mientras disfruta —al tiempo que se estremece— con las peripecias de los atormentados personajes que componen el universo caracterológico de *El hombre lobo de París*.

Antonio Ballesteros González

–

—

PRÓLOGO

EL HOMBRE LOBO VIENE DE PARÍS

Aterrorizado por los zarpazos de la depresión económica, el público norteamericano de los años treinta se refugiaba en las salas de cine, a veces buscando la lejanía de las cintas de aventuras y otras la mirada no menos remota de la Garbo. Con estos y otros hechizos competían las películas de terror de la Universal en sus preparados de fábula y catarsis. *Drácula* y *Frankenstein* habían iniciado en 1931 el desfile de monstruos, y el hombre lobo debía completar el triunvirato; a este propósito fue anunciado para 1932 el estreno de *The Wolf Man*. Poniendo manos a la obra, la Compañía encargó al director Robert Florey, oriundo de Francia, la redacción de un guión después de haber participado en el de la anterior. En diciembre de 1931 entregó la sinopsis: un galeno parisino, marcado por la maldición de una bruja condenada a transformarse en lobo cada plenilunio, soportaba durante cuatro siglos esta pesadilla toda vez que no rodeara su cuello una guirnalda de *Matalobos*. Salvo la extrema longevidad, que Florey tomaba del mito vampírico, el resto de los tópicos evocaba la tradición europea. Cuando en 1935 se estrena finalmente la película, los más de los elementos han mutado tan sorprendentemente como la piel del personaje: argumento, guionista, director, intérprete (que iba a ser Karlof), localidad y título. La historia, firmada por John Colton, obedecía al lugar común de un científico en apuros; en este caso mordido —y contagiado— en el Tibet por un licántropo (otra deuda del vampirismo) cuyo antídoto lo proporcionaba la *Mariphasa lupina lumino*, supuesta rareza botánica de la cordillera. El protagonista, Henry Hull, era un actor teatral renuente al sacrificio de un maquillaje extremado, por lo que la discreta caracterización, en comparación con máscaras posteriores, es quizá lo que menos haya envejecido de la cinta, y la acerca a la sobriedad de *Wolf* (1994) de Mike Nichols. El realizador Stuart Walker completó una película correcta, hoy objeto de culto, pero al no contar con unos actores carismáticos (como Karlof o Lugosi), una ambientación a tono (interiores "londinenses" que bien podían ser californianos) ni una trama lo bastante gótica, la Universal no consiguió el éxito esperado; tanto es así que volvió a intentarlo en 1941 con la dirección de George Waggner y guión de Curt Siodmak, y un Lon Chaney Jr. que no ponía reparos a sufrir el maquillaje previsto para el proyecto anterior. *The Wolf Man* (*El hombre lobo*) sería por tanto — y sigue siendo— la película del licántropo por excelencia, y hay que decir que no repetía título, puesto que la producción de 1935 se había adornado con una curiosa coda en gentilicio: *Werewolf of London* (en España se prefirió obviar la traducción literal de *El hombre lobo de Londres* por la más escueta de *El lobo humano*).[1]

La causa de este ribete algo decimonónico no es un mero capricho y se localiza en 1933. En aquel año se habían producido varios hitos en los márgenes de la cultura popular. Un modesto Estudio como RKO había osado trasladar lo monstruoso al mismo corazón de Manhattan en

[1] Para más detalles, como el de la curiosa secuela femenina *She-Wolf of London* (de Jean Yarbrough, 1946), una cinta sólo aparentemente licantrópica, véase Stephen Jones, *The Ilustrated Werewolf Movie Guide*, Londres, Titan Books, 1996, pp. 16-19.

—

King Kong; la Disney había ofrecido su personal visión del folclore lupino con el oscarizado corto de *Los tres cerditos*[2]; y mientras se tatareaba la pegadiza pregunta, un joven escritor de Nueva York, Guy Endore, publicaba una novela de tema fantástico, *The Werewolf of Paris* (*El hombre lobo de París*), sin sospechar su resonancia (de "howling success" lo tilda Robert Bloch en su prólogo a una moderna edición[3]), ni que se convirtiera en la novela de hombre lobo referencial, equivalente en este sentido al *Drácula* de Stoker[4]. Es en la estrategia de aludir a un libro de éxito donde cabe interpretar el cambio de título de la película de la Universal, de *The Wolf Man* a *Werewolf of London*, aunque nada tuviera que ver el argumento de la cinta con la invención de Endore. Esto no obsta para que la Compañía adquiriera los derechos de la novela para su adaptación al cine, ni que no pueda apreciarse cierto influjo del libro en la posterior película de Waggner, en el sentido de considerar al maldito como víctima consciente y atormentada.

Esta suerte de "certificado de ubicación" para licántropos que inicia *El hombre lobo de París* y que copia la película de Stuart Walker, fue retomado a manera de tributo con cierta pimienta por John Landis en *Un hombre lobo americano en Londres* (*An American Werewolf in London*, 1981), cruzado con los motivos de *Un yanqui en la Corte del rey Arturo* de Mark Twain, y su variopinta descendencia cinematográfica (*Un Yanqui en Oxford*, de 1938, *Un americano en París*, de 1951, etc.), aunque de momento fijado en *Un hombre lobo americano en París* (*An American Werewolf in Paris*, 1997) de Anthony Waller. A excepción de las referencias al trabajo de Landis, no recuerdo haber leído en las críticas de esta última película alusión alguna a *Werewolf of London*, y mucho menos al título de la novela de Endore (se da además la irónica circunstancia de que a esta última cinta se la conoce en Francia con el título en francés del libro que nos ocupa: *Le loup-garou de Paris*). En nuestro caso quizá se deba al hecho de que nunca la hayamos visto publicada en castellano, laguna que cubre ahora esta edición de Jaguar, aunque todo buen aficionado a los temas fantásticos conozca su existencia al menos de oídas.

Pero es indudable que la imagen gana por varias manos a la letra impresa en nuestros días, y así a menudo las obras literarias, las obras-matrices, apenas se consideran como puntos de partida para variaciones y guiones más o menos afortunados. Datos esenciales o no se dan o

---

[2] No deja de ser sintomático el comentario de Disney años después, relativo a esta difícil coyuntura: "Cuando se estrenó fue un éxito, coincidió con el momento psicológico [...] en 1933, cuando todos teníamos un lobo al acecho" (de los "Comentarios en Audio" del DVD de Blancanieves y los siete enanitos, Clásicos n.0 1, Walt Disney Home Entertainment, 2001).

[3] *The Werewolf of Paris*, Nueva York, First Carol Publishing Group, 1992, p. I.

[4] Es lugar común en los especialistas; por ejemplo, Frank Finné, en su introducción a la al parecer primera versión de la obra en francés: *Le loup-garou de Paris*, París, Néo, 1987, según referencia de Von Beck en su página web *Le loup-garou de Paris* (wagoo.free.fr//lloupari.htm): "Le loupgarou de Paris est à la littérature lycanthrope ce que le *Dracula* de Bram Stoker est au vampirisme: c'est-à-dire un classique"; o Brian Stableford, en la entrada de Endore en *St. James Guide to Horror, Ghost & Gothic Writers* (ed. David Pringle), Detroit y Nueva York, St. James Press, 1998: " *The Werewolf of Paris* is perhaps entitled to be considered the werewolf novel, just as *Dracula* is the vampire novel..." (p. 208). (Cortesía de Alfredo Lara, al que agradezco la información de esta enciclopedia).

—

simplemente se desconocen en un flujo de información que no tenemos tiempo de revisar. Así que ahora que disponemos de algo de él, invito al lector a seguir la pista de este autor y esta obra de la que hasta el momento se nos ha privado de modo tan flagrante.

Pero antes, una pregunta capciosa: ¿qué tiene el refinado suelo francés que tanto atrae la licantropía? Recordemos que el primer guión de la película de lobos para la Universal lo firma uno de sus hijos y lo ambienta en la ciudad del Sena; mientras tanto, el neoyorquino Endore hace lo propio con su texto; e igualmente el espejo oblicuo —y galo— de Boris Vian al homenajearlo con *El lobo-hombre* (1947), como bien recuerda el grupo La Unión. Tal vez la respuesta deba algo al príncipe de *La bella y la bestia* (1756) de Madame Leprince de Beaumont, o incluso en la Corte de Versalles, a aquellos *Cuentos de antaño* (1697) de Charles Perrault, donde por primera vez —en negro sobre blanco— corretea Caperucita camino de ser devorada por un lobo parlante que se disfraza de humano. Incluso éste no es un antecedente a despreciar. En su momento el lector encontrará un simpático guiño en *El hombre lobo de París*, y si ha disfrutado con la película *Aullidos* (*The Howling*, 1980) de Joe Dante, basada en la novela homónima de Gary Brandner, recordará la secuencia en que un joven visita con un obsequio a la licántropa Marsha en su cabaña del bosque. No casualmente coincide su arranque con el cierre de otra donde unos personajes admiran uno de los grabados que Gustav Doré preparó para el cuento de Perrault. Debajo de una peluca espolvoreada puede esconderse una marca ruin.

Guy Endore aprovechó una noticia verídica característica del turbulento siglo XIX a la hora de concebir su personaje: el Consejo de Guerra contra un tal sargento Bertrand acusado de actos necrófilos en los cementerios parisinos. Es, pues, gracias a una hábil ligazón entre folclore y documento, fábula e historia que *El hombre lobo de París* va a persuadirnos de la posibilidad de lo inverosímil, y se gana la medalla de clásico. Con la técnica de una "fantasía realista", en contrapunto de lo que conocemos como "realismo mágico", va a presentarnos el estigma del hombre lobo involuntario y maldito (emblemas que popularizarían en el cine los personajes de Larry Talbot en la película de Waggner, o Valdemar Daninsky en las de Paul Naschy); y que no son precisamente los que hasta su publicación definen al licántropo en las tripas de los libros y la tradición, donde más bien imperan la punición por una ofensa sacrílega (Licaón en las *Metamorfosis* de Ovidio, o en la *Descripción de Grecia* de Pausanias; el extranjero borracho de "La marca de la bestia" de Ruyard Kipling, en *El handicap de la vida*, 1891; el motivo folclórico del nacimiento en Navidad, interfiriendo la conmemoración del de Cristo...); su sugerencia en los raptos bestiales (los celebrantes de las *Lupercalia* romanas; los guerreros de Odín, bajo piel de lobo y oso, de las primitivas huestes nórdicas...); la magia (el misterioso Meris de la égloga octava de Virgilio; la bruja loba del *Persiles* de Cervantes...); el pacto diabólico (Wagner, *the Wehr Wolf* de G.W.M. Reynolds, 1846-1847; *el Capitán de lobos* de Alexandre Dumas, 1857; y obviamente los testimonios muchas veces forzados de los procesados en las cazas de brujas, según la literatura legalista de los siglos XVI y XVII), o sencillamente la condición sobrenatural (*Bisclavret*, el cuarto lai de la colección medieval de María de Francia; el lobo blanco de un célebre capítulo de *El buque fantasma* del Capitán Marryat, 1839; o el exitoso *The Werewolf* de Clemence Housman, 1890)[5]. Como el valor en los

[5] Por comprensibles razones de limitación de espacio, no puedo explayarme, como desearía, en la descripción de estos precedentes. Recomiendo, a este respecto, el prólogo de Juan Antonio Molina Foix, "La fiera emergente", a

soldados, el conocimiento de estos y otros antecedentes ha de suponerse en un erudito inquieto como nuestro autor, y de hecho reverbera en ciertas partes de la obra, aunque tal vez sería suficiente el acicate de aproximarse al monstruo por antonomasia de la cultura folclórica, ciertamente sin el refinamiento de Drácula o la novedad de Frankenstein, pero humano hasta la médula.

GUY ENDORE: UN SECRETO BIEN GUARDADO

El escritor y guionista neoyorquino Samuel Guy Endore, seudónimo de Harry Relis, (1900?-1970)[6] es poco menos que un "hombre invisible" en las obras de referencia de la literatura norteamericana. Es más probable localizar alguna llamada en las enciclopedias de cine, o en todo caso, en las monografías sobre listas negras del macarthismo. Su relación con la narrativa de género y el sambenito de acusado en aquel lamentable periodo han podido influir en dicho silencio, hecha excepción del bis a bis de los amigos de los monstruos literarios. En consecuencia, es tarea delicada, aún más para un estudioso español, recopilar datos contrastables y suficientes. A este respecto, me han sido de utilidad tanto las caprichosas redes de Internet, los catálogos genéricos y los repertorios como el de la Biblioteca del Congreso de Washington, como el prólogo que Robert Bloch, autor de *Psicosis*, dedicó a la citada edición de *The Werewolf of Paris* (Nueva York, 1992), y la entrada de Brian Stableford —autor de una novela de ciencia ficción titulada significativamente *The Werewolves of London*— *en St. James Guide to Horror, Ghost & Gothic Writers* (Nueva York, 1998), que Alfredo Lara me ha facilitado generosamente. Con todo ello se puede recomponer un rompecabezas satisfactorio.

Endore alcanzó los grados de Licenciatura y Maestría en Artes por la Universidad de Columbia en 1923 y 1925; casó dos años después con Henrietta Portugal, a quien dedicaría *El hombre lobo de París* y con la que tendría dos hijas. He aquí, escuetamente, el libro familiar de un laborioso traductor, guionista y literato del que Bloch sospecha algún antecedente francés en el árbol genealógico, dada su propensión a espejar la cultura e historia galas en sus escritos, más allá de la asociación de lo europeo con lo parisino en la mente del americano medio. Las biografías noveladas que dedica a Voltaire; Dumas, padre; Juana de Arco; Casanova o Sade a lo largo de su carrera, testimonian *per se* este supuesto cordón umbilical, sin contar con que el nombre que elige para enmascarar el suyo, Guy, puede pronunciarse y considerarse tan francés como anglo. ¿Y ese "Samuel" que antepone y que perderá en la mayoría de sus firmas, no inspira el barrunto de un credo y una raza que aún

---

su edición de *Los hombres-lobo*, Madrid, Siruela (col. El ojo sin párpado, 45), 1993; y el compendio de Erberto Petoia, *Vampiros y hombres lobo. Orígenes y leyendas desde la Antigüedad a nuestros días*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1995 (*Vampiri e lupi mannari*, [Roma], Newton Compton editori, 1991). En el ámbito cinematográfico, aunque no exclusivamente, acaba de salir el libro de Carlos Díaz Maroto, *Los hombres lobo en el cine: licántropos y otros hombres bestia en la pantalla*, Madrid, Jaguar, 2004; y —*last but not least*— no dejo de recomendar el testimonial y documentado libro de Jacinto Molina, nuestro Paul Naschy —indudable maestro en el asunto—, *Memorias de un hombre lobo*, Madrid, Alberto Santos Editor (col. Nekrocine, 2), 1997.

[6] Robert Bloch y Brian Stableford defienden en sus estudios 1900 como el año de nacimiento; aunque las fichas de *The National Union Catalog* ofrecen la data de 1901.

—

entonces disimulaba su origen? Su primera novela, *The Man from Limbo* (*El hombre del Limbo*, 1930) es, en opinión de Stableford, "conscientemente judía"; narra la peripecia de un escritor que imagina una aventura de forma tan intensa que se ve forzado no menos a escribirla que a vivirla, una idea que indudablemente hubiera interesado a Borges. Según Bloch, la crítica se sintió más confusa que receptiva con este primer intento, y tampoco captó la atención del público. Judío o no, Endore principiaba aquí su particular campaña de visualización y defensa de grupos sociales marginados que, de manera esporádica, filtran sus libros, panfletos y conferencias. Secretos, indicios, pistas... Sigamos algunas más.

Este hombre de familia culto e introspectivo daría pronto muestras de fecundidad literaria y, en sus primeros años de actividad, de una diligencia —y exigencia— en las traducciones (del alemán y el francés) poco comunes. Dos ejemplos tempranos de estos traslados corresponden al clásico del fantástico decadente *Alraune*, de Hanns Heinz Ewers, en 1929 —año en que se estrena como biógrafo con *Casanova: His Known and Unknown Life*— y, un año después, a esa "Comedia animal", en emulación de la humana de Balzac, que es *El libro de los animales llamados salvajes* (*Le livre des bêtes qu'on appelle sauvages*, 1929) de André Demaison, el "Kipling francés", al tiempo que prologa la traducción de *Mademoiselle de Maupin* de Teophile Gautier (1835), llevada a cabo por Alvah Bessie también en 1930.

Resulta difícil conjeturar hasta qué punto Endore participaba en la elección de estos encargos; pero por de pronto evidencian una empatía con la Europa anterior a la Gran Guerra y esos tapices fantásticos y folletinescos, entretejidos con el hilo base de una agitación ética y estética. El mito de la *femme fatale*, encarnado en la mandrágora humana de Heinz Ewers, y en la diva de la ópera francesa del siglo XVIII, aventurera, duelista, lesbiana, que Gautier ejemplifica como tesis del esteticismo y la soberbia inutilidad de lo bello; o la leona domesticada del compendio de Demaison, con su fondo salvaje latente, perfilan un poco tranquilizador sistema de afinidades. Ahora bien, este refinado Endore revelará estar no menos próximo a las intenciones de los románticos comulgantes con las ideas de utilidad social como Hugo. En *El hombre lobo de París* (1933) tanto se opone a la superstición negativa como al materialismo deshumanizador; al doble filo de las revueltas y las ambiciones personales que las malogran, y a la sangría absurda de las represiones de uno y otro signo. En *Babouk*, editado un año después, focaliza la situación degradante de los esclavos de Haití que, movilizados por el personaje que da título a la obra, conduce a su insurrección contra los colonos franceses en 1790. A pesar de que en la portada de la edición se hace hincapié en que está escrita por el autor de *The Werewolf of Paris*, este libro, que Endore consideró siempre una pieza maestra desconocida, apenas interesó al público, que hubiera deseado más vudú y menos discursos y mártires de la causa. Pero al igual que Uará la leona, o el fugitivo Bertrand Caillet, su artífice parecía compartir la herencia de esa alma especial, compuesta de temor y de deseo de asustar, esa alma iracunda que yace en lo más profundo de las fieras salvajes[7] y no estaba dispuesto a dejarse atrapar tras los barrotes del éxito.

[7] André Demaison, *El libro de los animales llamados salvajes*, trad. M.T. de Llanos, Madrid, Espasa-Calpe (col. Austral, 262), 1942, pp. 11-12.

—

En algún lugar puede tropezarse uno con críticas superficiales sobre Endore, tildándolo de escabroso y sensacionalista a causa de la elección, un punto oscura y libertina, de ciertos motivos y autores, aunque sin descender al simple nivel ordinario, como apostilla Stableford. No hace falta insistir en que, detrás del aparejo de los ganchos comerciales (terror, vudú, exotismo, figuras históricas llamativas, algo de Eros, algo de Tánato...), se esconde un curioso e intencionado divulgador, con un camuflaje inteligente que ha escapado a sus comentaristas cuando hubiera sido sencillo cambiar de lente óptica y prender el denominador común: Así, Santa Juana (*The Sword of God: Jeanne D 'Arc*, 1931), Casanova (ya citado), Voltaire (*Voltaire! Voltaire! A Novel*, 1961) o Sade (*Satan's Saint: A Novel About the Marquis de Sade*, 1965), ¿qué son sino emblemas de heterodoxia y rebeldía? Santa rebeldía, rebeldía intelectual, rebeldía de costumbres. ¿Y qué aspectos comunes ligan a *El hombre lobo de París* con *Babouk*? El hombre acosado y la necesidad del revolverse. En un caso la Comuna parisina o el revés desesperado del perseguido; en el otro, el levantamiento del negro lacerado. Revolución, ¿revolución? ¿Es Endore un escritor revolucionario? ¿Un revolucionario simbólico? Puede que no estemos ante un rastro extravagante, pero antes de poderlo confirmar, permítanme, y permítanle a Endore lucir una muestra del polo complementario a su empeño nuclear, el contrapunto sofisticado de esa toma de conciencia.

UN TOQUE DE ERUDICIÓN

Hamlet, acto III, escena 13; el príncipe de Dinamarca ha preparado una encerrona a los monarcas, su adúltera madre y el asesino de su padre. Asisten en el salón del palacio a la representación de unos cómicos que, a instancias del héroe, aluden al asesinato del rey Hamlet. La reina puede distinguir en el personaje de la duquesa su propio espejo, una figura de doblez, cuando ésta se obliga ante el infortunado marido a nunca amar a otro pretendiente en caso de que falleciera, con inflada y patética retórica. Sinuosamente, Hamlet se acerca a su madre y le pregunta su opinión sobre la pieza, a lo que responde: “The lady doth protest too much, methinks” (La dama promete demasiado, me parece), con el primitivo sentido de protesta entendida como compromiso, tal y como —me recuerda Emilio Pascual— asoma en algunos pasajes del *Quijote*. Esta frase, destilada de una ilusión dramática de sosias, le sirve a Endore para titular una novela de 1945 con una protagonista afectada de doble personalidad. Así pues, resuelve el hipérbaton y deja en suspenso un título, *Methinks the Lady...*, cuya sonoridad favorece la forma verbal arcaica, confiado en que el receptor resuelva de antemano el enigma de su origen, diamante lanzado al estanque de la erudición del lector medio, adicto a la literatura criminal. No casualmente, este desafío sólo se respetaría en la primera edición neoyorquina de Duell Sloan y en la londinense de Cresset Press en 1947; pero, nuevamente en Nueva York, será suplido por otros más reveladores y comerciales: *The Furies in Her Body* (Avon, 1951), aunque lo mantenga como subtítulo, o *Nightmare* (Dell, 1956). Signos de una repercusión modesta a pesar del traslado a cine de Otto Preminger en 1947 en *Whirpool* (aquí, *Vorágine*), tampoco de excesivo gancho, pese a contar con el hermoso fetiche de Gene Tierney y la tendencia de los años cuarenta al cine psicológico (como en la novela, la trama se centra en el descubrimiento de un psiquiatra, por medio de la hipnosis, de la doble vida de la mujer,

cleptómana y asesina). La misteriosa música del título, la rareza del detectivismo freudiano y la visión de esta obra como singular variación de Jekyll y Hyde[8] no fueron, pues, suficiente estímulo para reproducir el triunfo de *El hombre lobo de París*, aun con los indicios de licantropía psíquica en "las furias" que se despiertan en la dama; pero, cuando menos, descubren el perfil del escritor culto afincado en novelas "de género" que imagina un destinatario de gustos abiertos, o al menos intenta propiciarlo[9]. De hecho, en la edición de Avon que Roberto Cueto tuvo a bien prestarme, el propio Endore revela en una carta final el origen del título, premiando así la fidelidad del lector que llega a la última página, si bien sólo alude a la autoría (el resto del enigma ha de resolverlo por su cuenta). Todavía en 1966, en el ocaso de su trayectoria, nuestro escritor homenajeará al dramaturgo isabelino en una pieza en dos actos, *Call me Shakespeare*, de la que no tengo mayores referencias (¿juego biográfico? ¿Entrañable travesura?). No obstante, conociendo a Endore, podemos descartar la hipótesis más frívola. Y ahora cerremos ya este intermedio cultista y prosigamos nuestras averiguaciones.

UN BRUJO EN HOLLYWOOD

New Masses (1928-1948) se significó como una publicación asociada al partido comunista norteamericano, divulgadora y promotora de ideas y autores de izquierda; por lo que no sorprende que ejerciera de altavoz para el *Llamamiento a un Congreso de Escritores Americanos* (22 de junio de 1935), una de las células derivadas del soviético, que firmarían no menos de cincuenta simpatizantes. No descuellan en esta plantilla figuras de especial relieve, aunque cuenta con la rúbrica de Earl Browder, secretario general del partido, y la de nuestro Guy Endore, al que Joe
Lockard califica de "socialist" en su artículo "Narrative Drag and American Ethnic Literatures"[10]. Con todo, no es segura su filiación, si bien resulta evidente su apoyo y simpatía con el proyecto. Hay que imaginar a Endore en el número de intelectuales que espoleados por la Depresión, la palpable erosión de su sistema, se interesan por el perfil del antagónico, matizado y tamizado en su propio contexto, y que se dibuja entre las marcas de la llamada "década roja americana", entre los treinta y los cuarenta, cuando paralelamente a las vías de evasión que aporta la cultura popular, una dirección centrípeta intenta buscar las causas y reflexionar sobre la herida; es el momento en que Erskine Caldwell publica *El camino del tabaco* (*Tobacco Road*, 1932), John Steinbeck, *Las uvas de la ira* (*The Wrapes of Wrath*, 1939), y en el que Dos Passos disecciona el cadáver del "sueño americano" en su trilogía *USA* (1930-1936).

[8] "Weird novel of a female Jekyll and Hyde" (Rara novela de un Jekyll y Hyde femenino), comentario de *The Encyclopedia of Science Fiction of Fantasy through 1968* compiled by Donald H. Tuck, vol. I, Chicago, Advent: Publishers, Inc, 1974, p. 158.
[9] Resulta curioso fijarse en cómo la temática criminal de la obra de Shakespeare es recurrente en autores destacados de la literatura criminal o, en este caso, fantástica. Así, Agatha Christie recurre a *Otelo* en *Telón*, y Raymond Chandler a *Ricardo III* en *Adiós*, muñeca.
[10] Véase la página web "http://socs.berkeley.edu/-lockard/drag.html".

—

El documento de *New Masses* no tiene desperdicio[11], pero lo que a nosotros interesa es el avance del programa que seguiría la Liga de Escritores Americanos nacida del congreso: "lucha contra la guerra imperialista y el fascismo; defender la Unión Soviética frente a la agresión capitalista; por el desarrollo y fortalecimiento del movimiento obrero revolucionario; contra el chovinismo blanco (contra toda forma de discriminación o persecución a los negros) y contra la persecución de grupos minoritarios y emigrantes; solidaridad con los colonizados en su esfuerzo por la libertad; contra la influencia de las ideas burguesas en el liberalismo americano; contra el encarcelamiento de escritores y artistas revolucionarios, etc.". Aunque no parece que hayamos de limitar a Endore en esta mera y descarnada línea de propaganda, sin embargo, sus intervenciones públicas y textos literarios o panfletarios coincidirían (y habían coincidido; piénsese en *Babouk*, elogiado en la misma revista) con aquellas directrices arrojadas, incluso temerarias para el momento, en defensa de las minorías, amén de algún capote ideológico tendido en los primeros años. Así pues, la pesquisa de considerar a Endore como escritor revolucionario, simbólico o metafórico, infiltrado sabiamente en los medios y las tramas de evasión, resulta certera. Aunque tal vez resulte menos coyuntural describirlo hoy como un humanista comprometido.

Al no alcanzar *Babouk* el eco esperado, Endore hizo las maletas con el objeto de ingresar en las filas de los guionistas de Hollywood, en pos de mayores gratificaciones, y no sólo económicas; no pesaría menos la posibilidad de proyectar el ideario en la ocasión oportuna y sobre un público masivo. La fama de *El hombre lobo de París* le condujo a participar en guiones de cine fantástico como *La marca del vampiro* (*Mark of the Vampire*, 1935) y *Muñecas diabólicas* (*The Devil Doll*, 1936), ambas de Tod Browning; la versión sonora de *Las manos de Orlac* (*Mad Love*, 1935) de su principal operador, Karl Freund, con un Peter Lorre como de costumbre difícil de olvidar, o *El cuervo* (*The Raven*, 1935), de Louis Friedlander, clásico de Karlof y Lugosi que hilaba alguna que otra reminiscencia de la obra de Poe. La espita de un canal más comprometido quedó abierta en su colaboración en el argumento de *Song of Russia* (1943), de Gregory Ratoff (una visión idealizada del sistema estalinista, con un inaudito Robert Taylor metido en esos berenjenales), y más livianamente en *También somos seres humanos* (*The Story of G.I. Joe*, 1945) de William Wellman, aunque su intervención haya sido puesta en duda. Sus aportaciones rozaron también el cine negro (*Johnny Allegro*, de Tod Tetzlaff, en 1949, con George Raft), incluso el musical (*Amanda —Carefree* en el original, 1938—, de Mark Sandwich, con Fred Astaire y Ginger Rogers) y el western (*Nueva Orleans*, o *Lady from Lousiana*, 1941, de Bernard Vorhaus, con un primerizo John Wayne); pero brilló especialmente en el equipo de la social *Yo amé a un asesino* (*He Ran All the Way*, 1951), de John Berry, la última del malogrado John Garfield.

En este sentido, conviene recordar que el guión de *The Story of G.I. Joe* obtuvo una nominación al Oscar finalizada la contienda, a pesar —o quizás a propósito— de los tintes antimilitaristas que lo emparentaban con *Sin novedad en el frente* (*All Quiet in the Western Front*, 1930) de Lewis Milestone, basado en la novela homónima de Erich Maria Remarque un año anterior, y a la zaga de los modelos de Dos Passos en *Three Soldiers* (1921) o Faulkner en *Soldier's Pay*

[11] Búsquese en la página web "http://gwis2.circ.gwu.edu/—cuff/wright/organizations/awccall.html" o en cualquier buscador la entrada Text of the Call for the American Writers Congress of 1935. Traducción personal.

—

(1926). En cuanto a *He Ran All the Way* pretendía ser un golpe efectivo a las conciencias al perfilar un asesino (Garfield) como víctima del determinismo social y receptor de la comprensión de la familia a la que toma como rehenes. Es muy posible que de haber seguido implicado en el tipo de cine que le había ligado a Browning, Endore se hubiera evitado un mal trago; tal vez si hubiera sido más sensible a los irónicos signos que a veces nos brinda la vida, pues para su última colaboración con él, *The Devil Doll*, hubo de leer una novela de Abraham Merritt publicada en 1932, de título suficientemente profético: *Burn, Witch, Burn* (¡Arde, bruja, arde!).

El 19 de septiembre de 1951, con la película de Berry aún caliente, Endore fue denunciado ante el Comité de Actividades Antiamericanas por el guionista Martín Berkeley, el delator más facundo del período macarthista, con 162 nombres de sospechosos de comunismo en su bandeja. Es el responsable de que lo veamos sufriendo unos desconcertantes paralelos entre vida y ficción que tal vez hubieran fascinado al protagonista de *The Man from Limbo*. Perseguido y procesado como su lupino personaje, y objeto de una caza de brujas, como lo fueron los supuestos licántropos siglos atrás. Una vez desvelado su secreto, ¿qué podía hacer sino quejarse con un estilo contundente y dramático, similar al de sus obras de creación? Éstas son algunas de sus palabras para el periódico *The Nation*, el 20 de diciembre de 1952, bajo el epígrafe *Life on the Black List*: "Estás perdido, no tienes tierra ni derechos civiles, ni medios de ganarte la vida. Y has escuchado tanto acerca de tu culpabilidad por asociación que dudas en ir a ver a alguien... Sientes que como los leprosos de la Edad Media deberías agitar la campana y gritar la vieja advertencia: ¡lmpuro!, ¡lmpuro!"[12].

A partir de aquí la fertilidad literaria y cinematográfica de Endore se resiente, aunque no por ello deriva hacia un final castrador. Es cierto que el guión posterior y último, *Captain Simbad* (1963), informa con elocuencia de las distancias temporales y mentales que Hollywood había dignado tomarse, y aun de manera transversal (la película estaba coproducida con la REA); y no lo es menos que su literatura regresa al refugio simbólico: *King of Paris* (1956) es nuevamente una biografía novelada, tributo esta vez a los reyes del folletín, los Dumas; pero seis años después aparecerá el libro sobre Sade, con la audacia otra vez en plena forma; y *Detour at Night* (1959) va a ser su ficción crepuscular, donde con los mimbres del género romance alzará una estructura dramática, de un erotismo complejo[13]. Al margen de estas

[12] Véase a página web de *The Adrian Scott Archives*, "http://uwadmnweb.uwyo.edu/AHC/exhibits/scott/name.html". Traducción personal.

[13] No cargo esta presentación del currículo profesional de Endore con la nómina completa de sus traducciones, algunas de carácter filosófico o circunstancial, o de sus guiones, donde en algún caso su acreditación no es segura; ni tampoco de rarezas como la novelización de los programas de desintoxicación de la Fundación Synanon (en *Synanon*, Nueva York, Doubleday, 1968). El terreno de la narración breve no deja de tener interés, aunque se encuentre dispersa en antologías. A "The Day of the Dragon" (1934), recogido en *Alfred Hitcbcock's Monster Museum*, ed. Alfred Hitchcock, Random House, 1965, la defiende Stableford como un antecedente de *Parque Jurásico*, con su científico irresponsable, recreador de saurios, pero incapaz de conservarlos en un coto seguro; mientras que a "Lazarus Returns" (incluido en Dennis Wheatley, *A Century of Horror*, Londres, Hutchinson, 1935) la cataloga de "fantasía talmúdica", sugiriendo de nuevo una impronta judía. Un relato aún más escondido, y del que no tengo mayor referencia que la mera mención de su título y fecha en Internet, corresponde a "Wolf Girl" (en la antología *Werewolf: Horror Stories of the Man Beast*, ed. Peter Haining, Londres, Severn House, 1987; la página web "http://www.locusmag.com/index/t59.html" cita la procedencia de "Wolf Girl" en Argosy, diciembre, 1920). Sería la primera incursión literaria conocida de Endore, ¡con una mujer loba!

—

entrelíneas, su dedicación oratoria recordará el coraje de los ocasionales panfletos —literatura "real"— en que había resumido y analizado los procesos contra grupos minoritarios acusados injustamente (ciudadanos negros en el caso de la violación de Scottsboro —en *The Crime of Scottsboro* [1938]— o emigrantes mexicanos en el del asesinato de Laguna Soñolienta —en *The Sleepy Lagoon Mistery*, en 1944); de hecho, sus presupuestos humanitarios (desprendidos ya de la connotación ideológica de los comités que entonces habían servido de plataforma) no mermaron en absoluto. Las dos charlas publicadas en la Universidad de California, *War Yes, Sex No*, en 1962 (es fácil presumir la crítica contra la incipiente intervención en Vietnam, y su contraste con la moral puritana) y *A Walk in Alabama* (1967), de nuevo sobre los derechos civiles, nos lo hacen imaginar rodeado y aplaudido por los universitarios contestatarios de la época. La última conferencia, publicada tres años antes de su muerte, parece que fue enviada por el propio Endore a Robert Bloch, recordando un encuentro casual en 1963. Es algo que el autor de *Psicosis* refiere en su prólogo con evidente gratitud. La imagen que transmite de nuestro autor se asemeja a la de un amable Peter Cushing:
"Modesto, cortés, erudito, conversador ameno..., de sereno encanto"[14] pero es una transparencia que no enturbia la impresión que le deja grabada su charla y la lectura de su obra, incluido el amistoso obsequio: la de un apasionado de la justicia en pugna contra las inequidades sociales; un superviviente indómito.

Alguien dijo de los surrealistas que eran algo así como señores de buena familia que invitaban al diablo a tomar el té. Guy Endore se dedicó a frecuentar al lobo interior bajo su americana impecable, su erudición impecable, sus maneras impecables incluso, en la vitalidad de un género esquivo a los libros de consulta. Un silencio que, todo hay que decirlo, ni siquiera lograron conquistar los iconoclastas de la vanguardia.

LA NOVELA DE UN CORAZÓN SALVAJE

-"Where shall I begin my tale?" es un buen comienzo. Capta la atención del lector con su suave dosis de suspense, y desde luego su "benevolencia" gracias a la confidencia retórica. Es el reto que se impone Endore y supera con la maestría que el receptor apreciará. El mío no consiste en elegir el principio de este apartado, sino en cómo destinar a la novela un comentario oportuno sin avanzar en demasía los pormenores de su trama (posponga la lectura de este apartado hasta acabar el libro si prefiere paladear sorpresa por sorpresa). Hasta aquí he ido exponiendo algunas de las claves del autor y su contexto que, considero, aclaran ciertos niveles y guiños de la obra, por debajo siempre de la seducción del propio tema y el placer de su lectura, en cualquier caso, lo esencial. Pero en el fondo, la razón de la preeminencia de *El hombre lobo de París* en su paradigma literario se debe a que tanto su forma como su contenido eluden las soluciones mediocres. La estructura de la novela es ya de suyo ejemplar. La "introducción" asume la categoría de historia previa del narrador, "alter ego" de Endore, joven estudiante

[14] Robert Bloch, prólogo a *The Werewolf of Paris*, ed. cit., pp. 3-4. Traducción personal.

—

norteamericano en París que prepara su tesis en un tiempo contemporáneo a la publicación del libro. Una amiga le arrebata de su biblioteca y le lleva a visitar los bulevares; en uno de los cafés la muchacha se desmelena mientras nuestro impávido *cicerone* entra en filosofías con un extraño respecto a las costumbres licenciosas; andando, andando, llegan a tocar el ejemplo degenerativo de las *Lupercalia*. Ya a solas en un parque, sorprende a unos pordioseros con unos llamativos papeles que, comprueba, versan sobre estas mismas fiestas y en similares términos; tras un pequeño trueque, descubre que la mención forma parte del informe de la defensa de un sargento en una Corte Militar de 1871. La curiosidad ante la rareza se acrecienta con su argumento monstruoso, con lo que el universitario apartará sus deberes académicos e investigará al autor del texto, Aymar Galliez, y una vez remedado y complementado el documento en forma de novela, nos la servirá a nosotros. En el prefacio se concitan, pues, el tópico tradicional del manuscrito encontrado con el juego de voces narrativas que Cervantes llevaría a su más alto ejemplo, pues a partir de aquí el narrador comentará —y alguna vez citará— la fuente de Aymar superponiendo su propia voz; todo sin desmerecer el feliz engarce entre la introducción y la historia por medio de un comentario común a una conversación y unos papeles hallados al azar.

Es de suponer que en el siguiente capítulo habría de dar comienzo la historia principal, más aunque sí lo hace el texto "mejorado" de Galliez, asistimos a otra especie de preámbulo. Trata de un cruento episodio entre feudos enemigos al final de la Edad Media (la aparición de un banquero lector de una copia de las rimas de Petrarca lo sitúa alrededor del siglo XIV), los Pitamont y los Pitaval. Como resultado de uno de sus ataques, un Pitamont acabará sufriendo un castigo de aislamiento que lo deshumaniza. En principio, no es éste un argumento de evidente ilación con el núcleo de la trama; sin embargo, Endore se encargará de despejar la duda persistiendo en la estrategia de vasos comunicantes. En el capítulo tercero nos transporta ya a la mitad del siglo XIX parisino; en una noche de tormenta, la joven criada de una supersticiosa señora corre hasta una iglesia en busca de agua bendita; pero allí, un clérigo corrupto, descendiente de los Pitamont, abusa más de un punto de su confianza. De la unión sacrílega nace nuestro Bertrand Caillet, justo en Navidad. La asustadiza Madame Didier teme que se confirme el espeluznante presagio, no su sobrino, el por entonces escéptico Aymar. Pero, una vez a cargo del muchacho, ya fallecida la tía, choca con la "verdad" en la finca donde el pequeño Bertrand se educa para bachiller y, por las noches, para licántropo. Se obrará entonces también en él una transformación, convirtiéndose en fanático acechador del monstruo, una vez superado el intento de explicarse racionalmente su mal y sostenerlo a base de una dieta altamente cárnica. En efecto, el joven termina por huir de su confinamiento, alcanza un margen frondoso, se libera de sus ropas y... No detallemos más; reténgase sólo la imagen del tutor a la caza del peligroso inocente "desencadenado", del que teme pueda infectar a la sociedad. Las pesquisas le llevan al París sitiado por Prusia, y allí será testigo de los avatares bélicos, de la huida del gobierno a Versalles, del levantamiento de la Comuna y su posterior represión. En uno de los procesos de guerra de los comuneros va a enjuiciarse a Bertrand por el insólito ataque a un camarada; es entonces cuando Aymar presenta su encendido informe voluntario, poco antes de que empiece a sobrecogerse más por el chorro de sangre de la violencia bélica

—

que por los ocasionales raptos de su sobrino. En el final de la historia, Bertrand, que no deja de ser un Pitamont, parecerá reproducir la suerte de su lejano antepasado, con lo que la trama se cierra en anillo reforzando la idea de una predestinación sin salida, convincente emblema del determinismo social en que queda prendido un personaje de buenas intenciones, pero impotente de cambiar su naturaleza en unas circunstancias exteriores adversas. Por último, se adosa un apéndice aparentemente casual, un mero informe de higiene pública, aunque de singular relevancia para la historia. Pero dejemos el secreto para el lector.

Este concienzudo entramado (socialmente metafórico, a poco que se escarbe) ensarta sincréticamente varias líneas genéricas, pues la novela admite la calificación de fantástica y, asimismo, la de histórica (con sus frescos de los sucesivos acontecimientos y sus personajes relevantes, Thiers, el pintor Courbet...), sentimental (la peculiar pasión de Bertrand con Sophie), detectivesca (las mañas de Aymar) y de tesis (las de Endore). A estos efectos, el estilo puede demorarse en la pintura del tiempo subjetivo (las premoniciones nocturnas de la amada es uno de los mejores ejemplos) o aumentar la velocidad en una pelea de barricada o en el asalto de una presa. Sin embargo, Endore nunca abusa de la hemoglobina; no es "gore", por acudir a un término en boga. Saca más partido de la sutileza, de la repugnancia moral, de la metonimia reveladora, del cerco... Al fin y al cabo nos describe la historia de un hombre afligido, no de un fenómeno de feria; de ahí que los métodos se vuelvan sofisticados y opte, sin ir más lejos, por describir las metamorfosis exclusivamente a través de los síntomas.

Otra baza de interés concierne a la caracterización psicológica de los personajes, rara vez de una pieza; no sólo la notoriamente dual del protagonista, ¿qué decir de Aymar, o Barral, el rival amoroso, sentimentaloide y fiel, tanto como traidor previsible, y la hermosa judía Sophie, sacrificial y enigmática? No menos atractivos resultan los componentes irónicos de una prosa deudora del perspectivista siglo XX. El más celebrado, desde luego, es la contraposición de este monstruo romántico, el "misterio de París" que acaso se dejó en el tintero Eugène Sue, a los centenares de monstruos uniformados que se masacran unos a otros en las arterias de la ciudad civilizada por excelencia, haciéndole parecer un hombre lobo menor. Como no es menos repugnante la actitud de los científicos que invitan a comer a Aymar, sirviéndole despojos de ratas y perros, según un plan de especulación alimenticia. ¿Es Bertrand una encarnación ingenua de esta crueldad mundana? También podría plantearse si es simplemente una víctima de una superstición fuera de época. La modernidad de Endore parece apuntar también a esta posibilidad; si bien, para confirmarlo o no es obligado llegar hasta la última página.

Los rasgos de humor, obviamente algo oscuros, tampoco escasean; uno de ellos quiebra en el principio su entronque folletinesco un tanto al estilo de los escabrosos *Penny Blood* (en los que ya G.W.M. Reynolds había paseado a un hombre lobo entre 1846 y 1847) con el episodio del estupro del eclesiástico, pues el frío y frívolo Aymar de las primeras páginas se plantea aprovechar la desgracia de la joven para pergeñar un folletón "realista". Paradójicamente, es lo que de alguna manera pretendió hacer Endore: reelaborar el folletín fabuloso o sanguinolento de aquellos *Blood* del XIX inglés, esos cebos untados para transmitir a las masas proletarias recientemente alfabetizadas el suero del socialismo primitivo. Sin duda nuestro escritor era capaz de valerse de un mito popular y una ficción lo bastante magnética como para deslizar con acierto su visión o ideología, aunque por fortuna y a causa de otros intermediarios como la

preparación y el talento, ofreció un resultado formalmente irreprochable y reacio al maniqueísmo.

La excusa, la memoria del juicio contra el verídico sargento Bertrand que, durante el revolucionario 1848, sufrió de accesos bestiales que devinieron rapiñas en los camposantos parisinos, la localizó con seguridad en *El libro de los hombres lobo* (*The Book of Were-Wolves*, [1865]) de Sabine Baring Gould, manantial crítico e histórico sobre el tema en el que han bebido la mayoría de expertos, y donde Bertrand ocupa plaza relevante en el capítulo XV. También el VI, dedicado a los procesos de la familia Gandillon y del sastre de Châlons, con el subrayado del año 1598 como especialmente fértil en los anales de la licantropía judicial, parece haber nutrido el fragmento del informe de Aymar en el capítulo séptimo; aunque Endore no abusó de los testimonios "clásicos" y mitológicos que Baring-Gould compila en la primera parte.

Creada en los tiempos de la Depresión, y a consecuencia de sus efectos —según nos confidencia Bloch—, Endore debió de vender inmediatamente la obra por 750 dólares a la casa neoyorquina de Farrar & Rineheart, responsable de la primera edición en 1933. Otros encuentros felices con el público estadounidense, vía neoyorquina, se fijan en las impresiones de Triangle Books (1943) y Avon (1951), sin hablar de los correlatos londinenses de Hamilton & Co. (1963) y Sphere (1974). La reciente de 1992, efectuada por Carol Publishing Group nuevamente en Nueva York, responde a la saludable y cada vez más generalizada tendencia a rescatar textos de Endore en el mercado americano; aunque no hay que descartar tampoco el acicate de las espléndidas y lucrativas películas que sobre hombres lobo han poblado las pantallas en los años ochenta y noventa.

Con todo, el único intento de trasladar la novela de Endore al cine le correspondió a la británica Hammer en 1961 con el título de *The Curse of the Werewolf* (*La maldición del hombre lobo*), aunque para no perder la costumbre, la idea inicial acabaría alterada notablemente. Como destaqué al principio, la Universal era poseedora de los derechos de la novela para su adaptación fílmica, pero los subcontrató a los estudios ingleses tras las experiencias de *La maldición de Frankenstein* (*The Curse of Frankenstein*, 1957) y *Drácula* (1958). Como en éstas, la dirección corrió a cargo de Terence Fisher, mientras que el papel protagonista fue encomendado a un primerizo Oliver Reed, y el estilizado maquillaje a Roy Ashton. Entre las fidelidades a la obra original hay que señalar las secuencias de la infancia del personaje en el campo, su bonhomía básica, el hecho de nacer en Nochebuena con su *fatum* correspondiente, y el poder paliativo del amor. Pero pocas más cabe reseñar desde el punto y hora en que la acción transcurre en España en el siglo XVIII. De hecho, no deja de ser una fábula colorida, y como estricto film de la Hammer, con su retórica y ambientación habituales, resulta plausible; pero aquí no hay ni sargentos ni juicios militares, ni padrastros perseguidores, ni mucho menos la violación en una sacristía; dicho enclave se sustituye por una celda donde un prisionero fuerza a una celadora sordomuda.

El origen de esta metamorfosis se debe a un proyecto frustrado de los estudios, una película sobre la Inquisición española que habría de titularse *The Inquisitor* o *The Rape of Sabena*, y que contaba igualmente con una escena de violencia sexual por parte de un sacerdote. Las amenazas previas de la Iglesia, resuelta a condenar la cinta, hicieron mella en James Carreras,

—

cabeza —católica— de la Hammer, y se suspendió el rodaje aun con estar ya construidos los decorados[15]. Éstos fueron aprovechados para la película del hombre lobo, a la vez que el guionista John Elder (seudónimo del productor Anthony Hinds) rescribió su trabajo acorde con el fondo y algo de la forma del relato de Endore. Tal es la causa de su pasmosa españolización, con lo que, a pesar del tributo, el rótulo "Basada en la novela *El hombre lobo de París* de Guy Endore" de la presentación exige algunas matizaciones.

Llegados a este punto (final), no me queda más que desearle al lector como mínimo la mitad de las satisfacciones que me proporcionó la lectura de este clásico hace casi diez años. Localizada la edición neoyorquina de 1992 en las telarañas de Internet, pude conseguirla en aquel entonces gracias a la amabilidad de José María Conget y María Lozano, del Instituto Cervantes de Nueva York, por mediación —entusiasta y decisiva— de Luis Alberto de Cuenca, primero al que relaté mi interés por la obra de Endore, y que junto con Alicia Mariño acogió mi primer acercamiento crítico a la obra en el curso *La fantasía en las Letras Universales* (Consorcio Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Barcelona, julio de 1998), en el Centro de Cultura Catalana de Barcelona, cuyos elegantes ventanales y cortinajes incitaban desde luego a la celebración gótica. Este agradecimiento ha de hacerse extensivo a Roberto Cueto, por su intercesión y apoyo igualmente cruciales.

Alfredo Arias

[15] Para este y otros aspectos recomiendo la página web: http://www.scarletstreet.com/scarlet/articles/curse/curse.htm.

—

INTRODUCCIÓN

¿Por dónde comenzaré mi relato?

Éste no tiene ni principio ni final, sólo un perpetuo despliegue, una flor polipétala de extraña botánica.

Podría, por ejemplo, empezar con Eliane, recuerden, por favor, Eliane, no *Elaine*. Ella no tiene nada que ver con la historia, salvo ser quien la puso en marcha por casualidad. O más bien dio la casualidad de que fue quien me puso en marcha en el asunto. Irrumpió en mi habitación un día en que yo pensaba que se hallaba a mil kilómetros de distancia, si no a más.

Abrió la puerta y exclamó:

—¡Aquí estoy!

Bonita, pizpireta y saludable, cierta cantidad de dinero y cierta cantidad de inteligencia. Nada fuera de lo común. Sólo cierta cantidad. Pero más que suficiente para sus propósitos.

Puse el mayor empeño en expresar mi "Bienvenida a París", pero me temo que no me salió demasiado bien. Lo cierto es que no éramos amigos muy cercanos allá en nuestra tierra. Pero en el tórrido ambiente de París, una relación de simples conocidos madura con rapidez hasta convertirse en intimidad. Así sucede en cualquier caso entre americanos que acaban de llegar. En lo que a mí se refiere, me considero un residente veterano y creo que París es una ciudad tranquila en la que uno puede llevar a cabo un trabajo difícil.

—Quiero ir a Zelli's y ver el Folies Bergère y, ¡0h!, verlo todo. Tendré que hacerlo rápidamente porque, compréndelo, sólo tengo una semana.

—Sí, por supuesto —afirmé, interesado sólo a medias—, y no olvides el Louvre.

—Y quiero ir al Dôme y al Select y comer en el Dingo y en Foyot's.

—Hay cosas espléndidas en el Museo de Luxemburgo —añadí. Pero ella continuó:

—Y tengo que ver el Moulin Rouge y el Rat Mort.

—Y el Cluny —le recordé.

—Oh —siguió—, y todos los lugares sobre los que tanto he leído. Montmartre y Montparnasse. Y tú vendrás conmigo.

—¿Que yo qué?

—Tú vendrás conmigo. Oh, ya sé que no tienes dinero. Ni que decir tiene que pienso pagar por los dos.

—No tengo dinero —admití con gesto serio—, y no tengo tiempo. Estoy ocupado.

—¿Ocupado en qué? —preguntó con aire inocente.

—Vaya, mi querida niña, ¿es que no ves todos estos libros?

—Sí, claro —respondió ella—, pero ya están escritos, ¿no es así? ¿Qué estás haciendo? ¿Escribirlos de nuevo?

—

—Puede decirse así —propuse, en cierto modo ofendido porque no se había dejado impresionar.
Cogió un volumen:
—*De rerum natura*. De las cosas de la naturaleza —tradujo.

—De la naturaleza de las cosas —corregí con severidad.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó—. Dime que vendrás. No seas malo. No conozco a nadie más en París. Si no me llevas tú, tendré que hacer turismo con el resto del grupo del viaje. Y estoy harta de ellos.

—¿Y mi trabajo? —le recordé.

—Puede esperar —contestó—. Además, ¿por qué no escribes ficción? Entonces sí que ganarías dinero. Cuando veníamos en el barco me he leído un libro formidable, *Flamante juventud*. ¿Lo has leído tú?

—No —respondí con decisión.
—Deberías. Trata de la nueva generación que está creciendo en libertad. Ojalá pudiera hacer que mamá y papá lo vieran. Simplemente no lo entenderían. Pero tú eres joven, deberías venir con nosotros. Tienes que ser moderno. No te quedes anticuado.

—La anticuada eres tú —repliqué—. Mira, te lo demostraré. Aquí —señalé abriendo un volumen—, esto es una cita de un antiguo papiro egipcio. *"La gente joven ya no obedece a los ancianos. Las leyes que regían a sus padres han sido pisoteadas. No buscan más que su propio placer y no tienen respeto por la religión. Se visten sin decencia alguna y su lenguaje está repleto de impudicia."* ¿No te ves descrita aquí? Siempre hubo una generación más joven y siempre la habrá. Y el elemento más joven siempre creerá que lo inteligente es mofarse de sus mayores.
Pero mis superiores conocimientos de nada sirvieron frente a su Insistencia. Fuimos a Zelli's. El champán era, como de costumbre, excelente y caro y todo eso, pero de cualquier forma no me importa. Me gusta la cerveza. Recuerdo haber leído en un restaurante alemán: *Ein echter Deutscher mag kein Franzen nicht, doch seine Weine trinkt er gern*. Un auténtico alemán no soporta a un gabacho, pero disfruta bebiendo vino francés. Muchos franceses sienten lo mismo. No les gustan los alemanes, pero les encanta su cerveza. En realidad, nunca se habla de las cervezas de París, pero son buenas de verdad. En Zelli's pedí cerveza. El camarero debió de pensar que estaba loco.

Eliane bebió champán. He olvidado cuánto. Bailó conmigo. Después con un tipo de piel oscura, puede que cubano. Luego decidió que fuésemos a otro sitio... justo cuando yo había decidido que lo mejor sería que volviéramos a casa. Los taxis pronto empezarían a cobrar tarifa doble. Eliane no tenía esos reparos. Empezaba a ver París como una inmensa fiesta. Y claro que lo es para quienes no tienen que andar mirando el dinero ni trabajar duro en su doctorado.

Fuimos a otro sitio y después a otro distinto y luego a otro más. He olvidado a cuántos llegamos a ir. Los lugares a los que se puede ir en París son infinitos. Se diría que no existiera ese tipo de sitios en Estados Unidos. Están llenos de americanos. Los camareros hablan inglés, la orquesta

—

es americana, los clientes son de casa. ¿Dónde está la utilidad de vivir en el extranjero? Bueno, el manuscrito *F.2839* no era posible hallarlo en América. Por eso tenía que estar en París. Pero, ¿antros? Antros los hay en todo el mundo. Y en todo el mundo son iguales. Eso es debido a que el pecado está en todo el mundo por igual. Y el pecado es siempre lo mismo. Uno podría estrujarse el cerebro desde este momento hasta el día del juicio y sería incapaz de idear un pecado nuevo. Hacia las tres de la mañana le estaba diciendo a Eliane que, bueno, vaya, ya estaba bien. Pero alguien le había informado de que en Les Halles hay un restaurante abierto toda la noche en el que se puede tomar sopa de cebolla y ella quería probarlo. Así que nos fuimos y nos presentamos allí. Para entonces yo estaba algo alegre y había otras dos o tres personas en la fiesta. No puedo recordar cómo se unieron a nosotros o si realmente se habían unido a nosotros. Pero uno de ellos era un joven agradable y no tardamos en estar ambos inmersos en una conversación acerca del mimetismo. Hacía tiempo que no leía nada sobre el tema, pero en mi embriaguez lo tenía tan reciente como si me lo hubiese estudiado el día anterior.

—Está la *pinthea* —expliqué—, que imita los excrementos de los pájaros, que parece exactamente una cagada de pájaro. Hay un insecto inofensivo que imita a la avispa. Y un escarabajo que parece una peligrosa hormiga.

—¿Es que no pueden dejarlo ya? —espetó Eliane—. Dios mío, ¿pero de qué pasta están hechos los hombres?

Dicho lo cual se incorporó y empezó a bailar sola por el lugar. Nosotros seguimos hablando. Mi interlocutor tenía algunas observaciones muy interesantes que hacerme. He olvidado cuáles. Entonces me di cuenta de que Eliane estaba cantando a voz en cuello.

—Tengo calor —avisó, y tras aflojarse a toda velocidad el vestido se desprendió de él y se puso a hacer piruetas en bragas de seda y sujetador. El dueño del local llegó corriendo y empezó a llamarla a ella y a todos nosotros *sales américain*[16]). Pero a Eliane no se la podía detener con tanta facilidad.

Se arrojó en brazos de un extraño y dijo:

—Tómame; soy tuya. Quiero pertenecerte. Sólo a ti.

Él le pasó los brazos alrededor y la condujo a su mesa, donde ella se acomodó al instante sobre su regazo, abrazándolo con fuerza por el cuello y las bocas de ambos se unieron como si se las hubieran cosido.

Me acerqué a él y protesté. Eliane lo abandonó de inmediato y me dijo:

—No estés celoso, seré tuya. Sí, seré tuya. Llévame contigo ahora mismo. En aquel mismo momento cometí mi error. Porque lo que dije fue lo siguiente:

—Vayámonos ya, Eliane, coge tu ropa y déjame llevarte a casa.

Debería haber fingido que me avenía a sus planes. En lugar de hacerlo, le ordené que se comportara con decencia. Eso era precisamente lo que ella no deseaba hacer.

[16] “Sucios americanos". El autor utiliza con mucha frecuencia términos y textos en francés en el original inglés. (N. del T.)

—

—Si tú no vas a tenerme, entonces podrá tenerme cualquiera. ¿Quién me quiere? —gritó—. ¿Quién me quiere? ¡Quiero un hombre! Soy virgen y libre y blanca y también hermosa. Lo demostraré —y empezó a soltarse el sujetador.
Intenté detener el movimiento de sus brazos, pero ella me apartó.

—¡Eliane! —grité.

El extraño en cuyo regazo había estado sentada se fue hacia ella y dijo:

—No lo dudes, querida, eres mía. Vendrás conmigo. Pertenecemos el uno al otro. Adoraré tu dulce cuerpo durante toda la noche —y otras estupideces por el estilo que, cierto es, yo mismo les he dicho a las mujeres, pero que suenan a estupideces cuando uno se las oye decir a otro. Esas cosas no son para que se vayan oyendo por ahí. Son palabras de alcoba y ahí deberían nacer y ahí deberían morir.
Ella se lo tomó en serio y se derritió en su hombro. Se derritió literalmente. Quedó inane por completo y se hundió en su cuerpo. Él la apartó y le dijo que se pusiera el vestido. Después la llevó abajo y llamó a un taxi.

Tengo la vaga sensación de haberla seguido por todas partes y de haber intentado que entrara en razón y haberle recordado a su madre y a su padre. Y tengo la misma vaga sensación de que mi amigo el de la conversación sobre mimetismo me seguía por todas partes y me hablaba sin cesar acerca del mimetismo de los insectos.
Traté de meterme en el taxi con Eliane y su amigo, pero él me lo impidió con gesto amable, ella con un aire menos amable. Bien, así es el mundo.
Y mi amigo decía:
—A no ser que uno pruebe los insectos, es imposible hacerse una idea clara de lo lejos que puede llegar este mimetismo: está la mariposa de la familia de las *Euphaedras*, que sabe igual que una de las *Aletis*, sin que se parezcan en nada.

—¿No crees que te estás liando un poco? —le advertí. Habíamos llegado a la Torre de Saint Jacques y nos dirigíamos al Sena.
En ese momento una chica joven nos paró y nos invitó a compartirla. Mi amigo, sin perder un instante, preguntó:

—¿Cuánto?

Ella mencionó una cantidad.

—Eso es demasiado —repuso él. Ella bajó el precio. Él aún negaba con la cabeza.

—Venid —propuso por fin ella con una expresión de hastío en su amarillento rostro—. No quiero dinero. Sólo os quiero a vosotros.

Una vez hubo dicho aquello, él sacó el reloj y anunció;

—Es demasiado tarde. Lo siento, otro día, si no te importa.

Y tomándome del brazo echó a andar para alejarse de allí. Ella me agarró y me hizo detenerme.

—Por nada —repitió con desesperación en sus ojos profundamente hundidos—. Por nada —musitaba—. Por nada. No quiero dinero. Mira, soy rica.

—

Abrió el bolso y sacó un fajo de billetes. Un fajo de billetes puede no significar gran cosa en Francia, pero, de hecho, quizá fuese rica de verdad. Iba bien vestida, caí en la cuenta. Nada del otro mundo, pero lo cierto es que no eran harapos. Le temblaba todo el cuerpo como si tuviera fiebre. Y los temblores atravesaban su mano y me llegaban a mí.

Mi amigo me apartó de ella. Mientras nos alejábamos a toda prisa, miré hacia atrás y la vi de pie donde la habíamos dejado, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté. El comportamiento de mi nueva amistad me había hecho enfadar. Sólo pretendía burlarse de ella.

—Quería ver hasta dónde era capaz de bajar el precio. He logrado que algunas lleguen a dos francos, pero nunca a cero. Aunque este caso no cuenta, porque no buscaba dinero. Es un caso patológico.

—Creo que esa clase de diversión es muy cruel —objeté. Para mis adentros pensaba: estaré encantado de perderte de vista.

—Es una enfermedad —continuó explicando—. Están como poseídas por una bestia. ¿No sabías que hay una nueva escuela de psicología que está volviendo a la vieja creencia de la posesión? Esperaba una respuesta, por lo tanto, contesté con brevedad:

—No.
No hubiera sido mejor decir que sí: en cualquier caso, él habría seguido impartiéndome su charla informativa.

—Habrás oído hablar de Hyslop, ¿verdad que sí? —inquirió—. Bien, me inclino a pensar que él habría considerado los dos ejemplos de que hemos sido testigos esta noche como pruebas de posesión por espíritus bestiales.
—¿Estás seguro de que eso es así? —pregunté. Era algo escéptico acerca de la seguridad de sus conocimientos. Tan poco fiables como la Torre de Pisa.
—Así era también la antigua psicología. Los romanos, por ejemplo, pensaban que el apetito sexual insaciable estaba causado por la posesión de un lobo.

—Yo creía que el macho cabrío era el símbolo de la insaciabilidad sexual.

—Estás equivocado —respondió—. Se puede reconocer la palabra lobo en el término latino *vulva*, y en lupanar, burdel, teniendo en cuenta que la palabra latina que designaba al lobo era *lupus*. Ya conoces la fiesta romana de las Lupercales. Podría corresponder a nuestro carnaval y se caracterizaba por un completo abandono de los principios morales.

—¿No era Luperco otro nombre del dios Pan?

—En efecto, pero el nombre significa protector contra los lobos. Tenía algo que ver con que Rómulo y Remo fueran cuidados por una loba, pero su importancia sexual se muestra en que durante el sacrificio de cabras realizado en esa fiesta, las mujeres que querían ser fértiles se dejaban azotar con tiras sanguinolentas obtenidas del pellejo de la cabra.

—

—Creo que esas teorías por lo general se apoyan en cimientos poco profundos —objeté—. Suena a Frazer[17] y no hay nada que a mí me interese menos. Además, hay teorías que no me interesan al margen de lo buenas que sean.

—No me has entendido —insistió, y continuó llenándome los oídos de un montón de argumentos que he olvidado. No estaba demasiado interesado, y una conversación monologada siempre me resulta molesta. Por otro lado, estaba pensando en Eliane. ¿Cuándo volvería a verla? ¿Qué me diría entonces? En realidad, no la volví a ver hasta años después y entonces se había casado. Creo que con el hombre que se la llevó del restaurante. Pero no se lo preguntaría a ninguno de los dos. La buena educación lo impedía. Hubiera sido un romántico final para aquella noche de aventuras, pero no estoy seguro de atreverme a darlo por sentado.

Sin embargo, algo quedó de aquella noche. Cuando comenzaba a amanecer, a mi amigo, al que esperaba no volver a ver nunca, se le empezó a secar la fuente de las palabras y dijo que se iba a su alojamiento en la calle de l'École de Médecine. ¿Iba yo en aquella dirección? Así era, o tendría que haber sido, porque vivía en las proximidades, pero contesté que no, que iba en sentido contrario, y de ese modo por fin nos separamos.

Caminé a lo largo del muelle, después me dirigí a un pequeño parque junto al río y allí me senté en un banco. Estaba ido, la cabeza me zumbaba aún con los incontables sonidos que se habían vertido en ella, como el hormigueo de las piernas cuando uno se detiene al final de una larga caminata.

Llegaron dos hombres, cada uno con una bolsa al hombro, y empezaron a desparramar por el suelo el botín de la ronda de inspección matinal por la basura de la ciudad. Rompieron unas bombillas, separaron la base metálica del cristal y extrajeron el filamento de tungsteno. Había botellas y trozos de muelles, y trapos y botones, y uno de ellos tenía un rollo de papel atado con un lazo. Deshizo el lazo y desplegó el rollo. Había varias hojas unidas y era evidente que estaban escritas. Eso era todo lo que podía ver desde donde me encontraba sentado.

Me pregunté qué podría haber escrito en aquel montón de hojas juntas. La redacción escolar de algún chaval, sin duda: el orgulloso esfuerzo de un autor juvenil con grandes aspiraciones. O un informe comercial, puede que incluso de fecha reciente, ya que el uso de la máquina de escribir todavía era desconocido para muchos hombres de negocios franceses. Después volví a pensar en el valioso producto de algún escritor famoso, un manuscrito que bien pudiera alcanzar un alto precio.

Me puse en pie preso de la curiosidad y me acerqué a aquellos hombres. En cuclillas, alzaron la vista hacia mí y respondieron a mi saludo. Hice algún que otro comentario poco preciso acerca de la dificultad de ganarse la vida. Ha de tenerse en cuenta que, en esa época, el franco se estaba desplomando a la velocidad de un caballo desbocado, y cualquier pequeña referencia a ese hecho me aseguraba una buena disposición por parte de los dos hombres. Por muy pobre que sea un mendigo, siempre le gusta que relacionen su situación con la de la economía internacional. Entonces me incliné y cogí el manuscrito, diciendo con tono de disculpa:

---

[17] Sir James Frazer, antropólogo británico, autor de la magna Obra *La rama dorada (The Golden Bough)*. (N. del T.)

—

—¿Qué es este chisme?

Uno de los hombres se apresuró a informarme de que a veces aquellos objetos procuraban una buena cantidad de dinero. El otro, al ver el cariz que tomaba la conversación, se sumó a ella con una rápida historia acerca de un tal Jean Nosequé que se había jubilado gracias a un simple hallazgo de aquella naturaleza. El primero conocía un caso incluso más sorprendente. En resumen, parecía casi seguro que aquellos hombres se habían hecho ricos de golpe esa mañana y estaban más que dispuestos a retirarse con los beneficios previstos.

Vi algo, sin embargo, que me decidió a hacerme con el manuscrito. En un momento mis ojos se fijaron en las palabras siguientes: *Los templos lupercales se convirtieron en los últimos burdeles o lupanares. Incluso hoy, en italiano,* luba *significa al mismo tiempo lobo y lascivo*.

Ofrecí un franco. Los hombres se encogieron de hombros. Continuaron separando sus pedazos de metal y sus trapos e intercambiaron varios comentarios con rapidez, en argot, por lo que no pude entenderlos.

Entonces hice algo valiente, aunque el corazón me latía disparado de miedo. Les tiré el manuscrito a los pies y diciendo "*Bonjour, messieurs*", empecé a alejarme. Había dado unos diez pasos, conteniendo con esfuerzo mi deseo por mirar atrás, cuando oí que uno de ellos gritaba:

—Se lo vendo por cinco, señor.

Volví, cogí el manuscrito y, con toda la tranquilidad de que fui capaz, contesté "De acuerdo; por cinco", y les entregué un pequeño billete de cinco francos.

Así, en cierta manera gracias a Eliane, cayó en mis manos el informe Galliez: treinta y cuatro hojas de apretada escritura en francés, un sumario extraoficial del caso de Bertrand Chaillet en el consejo de guerra de éste en 1871.

Lo primero que pensé fue publicar el *résumé* tal y como estaba y completar el curioso documento con las notas necesarias para ayudar al lector a comprender el caso. Pero, tras pensarlo mejor, me decidí a darle a la totalidad del material una forma distinta y más ágil, incorporando todos los resultados procedentes de mis propias investigaciones. Porque he de confesar que el informe realizado por Aymar Galliez era de un interés tan arrollador que, por el momento, dejé de lado mi tesis doctoral y me concentré en él.

Ya desde sus primeras palabras, el manuscrito ejerce una rara fascinación. Su sabiduría es tan extraña como la de los piramidólogos de nuestro tiempo, esos hombres de erudición poco común que, después de mucho tiempo, ponen en evidencia que las pirámides de Egipto fueron construidas a modo de permanente almacén para un conocimiento científico más amplio que el que poseemos en el presente.

Galliez comienza:

"Los grandes pasos que en nuestra generación se han dado para conquistar el mundo material no deben conducirnos al engaño de que, una vez que hayamos sondeado el mundo físico hasta sus últimas profundidades, eso nos dará la completa explicación de todo lo que hay que explicar. Los científicos de tiempos antiguos lucharon con denuedo por penetrar en las honduras del mundo espiritual y sus éxitos y sus logros ni mucho menos han caído en el olvido.

—

» ¿Quién es capaz de valorar lo que les debemos a esos audaces sacerdotes de la antigüedad que se internaron en la amenaza de los bosques druídicos y, campana y libro en mano, con el oscilante incensario, exorcizaron a los espíritus de la espesura, desterraron a los demonios familiares, expulsaron a las fuerzas elementales, hicieron huir a los monstruos y a los diablos de la antigua Galia? ¿Quién es capaz de valorar la deuda que tenemos con ellos por acabar con todas las bestias extrañas y antinaturales que en tiempos lejanos se agazapaban en la oscuridad de cada grieta y cada hueco, bajo los helechos y las rocas cubiertas de musgo, aguardando para abalanzarse sobre el incauto caminante que no había pasado a tiempo? No todos aquellos monstruos eran igualmente malvados, pero todos ellos constituían penosas interferencias en el destino del hombre.

» Si hoy en día el viajero solitario puede caminar sin temor por las sombras nocturnas de los silenciosos bosques de Francia, ¿es acaso gracias a la vigilancia de nuestra policía? ¿Es quizá porque la ciencia nos ha enseñado a no creer en fantasmas y en monstruos? ¿O no será más bien obra de la Iglesia, que después de un milenio de batallar consiguió, tras un enorme esfuerzo, liberar el ambiente de su carga de terror oculto y así permitir el completo desarrollo del ego humano? Nosotros, quienes hemos disfrutado de los beneficios de aquella obra, no debemos dejar que el orgullo nos tape los ojos ante nuestra deuda. En el futuro, pensadores más preclaros me darán la razón”[18].

Antes de entrar en detalles sobre el contenido del escrito, permítanme contarles algo acerca de su autor. ¿Quién fue ese Aymar Galliez, capaz de defender una teoría tan extraña como la expresada en el anterior pasaje? La Biblioteca Nacional no pudo iluminarme. Por casualidad llegué a consultar un *Tout Paris* del año 1918. Había un Aymar Galliez, subteniente, etc., etc. Era todo lo que necesitaba. Seguro que eran familia.

En definitiva, escribí. Me invitaron a presentarme y aproveché la ocasión de hacerlo. No es muy frecuente que los franceses sean tan amables con un americano.

Encontré a Aymar Galliez, ahora ya teniente, un tipo pequeño, agradable y atildado, con un bigote negro, hoyuelos, ojos oscuros enmarcados por unas oscuras y largas pestañas, una pronta sonrisa que constantemente dejaba ver los magníficos dientes del color y la textura de almendras peladas. Su natural dicharachero nos estaba impidiendo ir al grano. Al final (cortando con cierta brusquedad una encendida conversación sobre Carpentier vs. Dempsey), pregunté:

—Aymar Galliez es un nombre poco frecuente, ¿no es así?

Se echó a reír.

—No creo que haya habido nunca más de uno al mismo tiempo.

—Lo que quiero decir es que estaba seguro de que usted era pariente del Aymar Galliez del siglo pasado.

—Supongo que estamos pensando en la misma persona. Era mi tío abuelo. No creo que haya otros Aymar Galliez. Me interesaría saber cómo dio usted con ese nombre.

[18] Alguna mano extraña ha garabateado en el margen del manuscrito: "*¡Quel cauchemar¡*." (¡Qué pesadilla!).

—

Eso es precisamente lo que no quería decirle.
—Oh... —contesté dubitativo.
—¿Por casualidad ha llegado usted a conocer su obra?
—¿Su obra?
—Sí, sus escritos.
—No —vacilé, pensando con rapidez: así que su obra es conocida, después de todo. Pero las siguientes palabras del teniente me sacaron de dudas:
—En la Biblioteca Nacional tienen muchos de sus panfletos, pero todos están archivados como Anónimo. Mi madre desea con todas sus fuerzas que eso se subsane y ha estado buscando copias firmadas de las que entregaba a los amigos. ¿Cómo llegó hasta usted su nombre?
—Bueno..., verá, preparo la publicación de cierta correspondencia y lo mencionan.
—Comprendo.
—Y ya que estoy anotando el material, creo necesario decir al menos unas palabras sobre esta persona.

—Sí, desde luego. Bien, nació en mil ochocientos veinticuatro y murió en mil ochocientos noventa. Lo hirieron de gravedad en una trifulca callejera en el cuarenta y ocho y mi madre tiende a creer que desde entonces no anduvo muy bien de la cabeza. Hizo bastantes panfletos políticos y después, de pronto, decidió prepararse para el sacerdocio. No fue un cura demasiado ejemplar. Se metió en sesiones de espiritismo y de ouija, y después de que las autoridades eclesiásticas mostraran su disgusto por tales inclinaciones, se salió de la Iglesia. Tenía la parroquia en Orcières y hasta su muerte vivió cerca de allí, y allí yace enterrado. Eso es todo lo que puedo decirle por ahora. Mi madre recuerda mucho más.
—Es bastante —respondí—. Le estoy muy agradecido.

Dejé a un lado el trozo de papel en el que había apuntado mis notas.

—¿Puedo preguntarle en qué contexto vio usted mencionado su nombre? Seguro que mi madre me lo preguntará.

—Bueno, aparecía en el juicio de un hombre. ¿Ha oído hablar de Bertrand Chaillet?

—No lo conozco.
—Pues bien, ese hombre fue juzgado en consejo de guerra y su tío abuelo tenía un evidente interés en él.

—¿Por qué juzgaron a ese tal Chaillet?
—Lo juzgaron por... —y en ese instante mi lengua dejó de funcionar. Por nada del mundo hubiera osado decirlo. No habría sido capaz de hacer salir aquella palabra de mi boca, aunque lo hubiera intentado con todas mis fuerzas. Hay cosas que no es posible hacer. ¿Quién tendría el valor de hacer el pino en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y dos? Ciertos ambientes son violentamente hostiles a ciertas ideas, no importa lo encantadoras que resulten en otros contextos. Por lo tanto, azorado, concluí:

—… por un delito.

—

—¿Por un delito?

—Por violación —expliqué decidido. Violación sonaba mejor en el reconfortante ámbito del atildado teniente. Sí, violación sonaba mejor. En cualquier caso, mejor que...

—

CAPÍTULO UNO

Dado que Aymar Galliez inicia su texto con la historia de Pitaval y Pitamont, yo haré lo mismo, tomándome no obstante la libertad de ampliar el tratamiento a menudo superficial que él realiza del asunto. El incidente que se expone aquí podría parecer, a primera vista, sin relación alguna con el caso. Tampoco un pozo bajo una casa parece tener relación alguna con la fiebre tifoidea que se cobra una víctima tras otra. Los orígenes de las enfermedades de índole moral, asimismo, suelen hallarse en el pasado más remoto.
Pitaval y Pitamont[19], por tanto, son dos castillos de Francia situados cada uno a un lado de un pequeño arroyo llamado le Pit. Soy consciente, por supuesto, de que el *Joanne Gazetteer* no contiene mención alguna de un Pit de ningún tipo. El hecho es que los dos castillos, de los cuales apenas quedan unas ruinas, se miran el uno al otro a través de un valle seco. Cuando la tala de árboles acabó con el mantillo de esas colinas, el río se secó. Pero su curso aún se puede esbozar siguiendo el rastro de las piedras que serpentean hacia arriba. Los arqueólogos locales, si es que hay alguno en esta región montañosa y estéril a cuarenta kilómetros al suroeste de Grenoble, explicarán la desaparición de aquellos topónimos.

Si poco es capaz de ver el viajero de hoy en esta región, hubo un visitante que, sin duda, vio mucho. Me refiero a Viollet-le-Duc[20], que en este lugar alcanzó el éxtasis y dibujó mapas completos y una reconstrucción imaginaria. Ésta, si no estoy equivocado, el lector podrá encontrarla consultando “perro de aguas”. También hay una referencia bajo la entrada de “letrina”. Hay que recordar que Viollet-le-Duc estaba muy interesado en cualquier vestigio de ingeniería sanitaria medieval. Quizá en sus días había más cosas que ver.

Desde que en la historia se tiene constancia, los castillos de Pitaval y Pitamont, a pesar de que las familias eran descendientes de una misma casa, estaban constantemente en guerra entre sí. En los primeros tiempos, ambas facciones se habían repartido un territorio extenso y fértil. Las laderas de la colina producían un vino de calidad superior. Los bosques engordaban a los cerdos, daban carbón y castañas. Los campesinos eran robustos y alegres y pagaban sus impuestos a su señor y al párroco con generosidad y, por regla general, en paz. Pero las incesantes guerras entre las dos casas terminaron por ser demasiado para la población local, aunque es seguro que nada en la historia iguala la permanente paciencia de los pobres a los que se pone a prueba hasta la saciedad. Abandonaron sus granjas y se fueron. Por entonces aún quedaban tierras libres en Europa, así que, ¿por qué permanecer donde la vida era tan poco segura?

---

[19] En lengua celta "pit" significa punto o pico. Pitaval y Pitamont podrían traducirse como Pico Río Abajo y Pico Río Arriba o Pico del valle y Pico del monte.

[20] Arquitecto y escritor francés; iniciador del movimiento académico de recuperación del arte ético y restaurador de diversos edificios civiles y religiosos de Francia. (N. del T.)

—

A medida que las tierras comenzaron a producir cada vez menos, los Pitaval y los Pitamont, acuciados por la escasez de dinero para mantener su feudo, empezaron a salir de vez en cuando de sus dominios para bajar hasta la ciudad de Grenoble, donde había un apoderado de los Datini, o incluso hasta Avignon, donde aquella gran sociedad de banqueros de los Datini tenía la oficina principal. Poco a poco terminaron hipotecando todo lo que poseían. Los intereses se fueron acumulando. En ocasiones, los Pitaval robaban a los Pitamont y saldaban su deuda con los Datini. Luego era a los Pitamont a los que les llegaba el turno de organizar un hábil golpe de mano y así lograr una momentánea liquidez.

Una noche, un fraile mendicante, sorprendido por la oscuridad en aquellas montañas, halló hospitalidad en el castillo de los Pitaval. Las mujeres, a quienes sus brutales hombres infligían un trato miserable, se alegraron por la presencia de un rostro diferente y amigable. El venerable monje entretuvo a las damas con relatos de la tierra de Italia, de donde acababa de llegar.

—Allí todo es luz del sol y calidez —afirmaba mientras adoptaba un aire meditabundo jugando con su barba.

Las damas temblaban anhelantes. El viento aullaba en el exterior. La corriente pasaba por debajo de la puerta y agitaba las esteras del suelo. Un perro —¿o acaso era un lobo?— aulló en lo profundo del bosque. Se santiguaron. El monje añadió unas palabras en latín.

Un joven gigante de los Pitaval golpeó la mesa con su inmensa mano y soltó una ronca risotada.

—He oído que allí los hombres, y también en otros lugares, ya que la moda se ha extendido, escriben poesía y se la cantan a las mujeres mientras tocan el laúd. ¿Es cierto? ¿Hacen eso los hombres?

El monje añadió:

—Es una hermosa y caballerosa costumbre. Nuestro Señor también amaba la paz.

Las mujeres miraban con melancolía al fraile. Parecía poseer parte de aquel sol meridional y de aquella caballerosa poesía adheridos a él. Pero los hombres, rojos de tanto vino, ya habían dejado de prestar atención al monje y estaban hablando de su próxima partida de caza del jabalí.

El fuego de la chimenea se iba consumiendo. Las humeantes velas ardían ya muy poco. Hombres y mujeres se retiraron. Al monje le permirieron estirarse en el suelo con unas cuantas pieles de carnero para protegerse del frío.

El silencio en el castillo era absoluto. La oscuridad, completa. El monje se quitó de encima las pieles de carnero y se puso en pie muy despacio. De los pliegues de su hábito sacó una larga y afilada daga. Él, un Pitamont, camuflado gracias a una barba que se había dejado crecer en secreto, podía moverse con entera libertad de noche en el castillo de los Pitaval.

—

El aliento de su respiración iba y venía con suavidad a través del hueco de sus dientes. Se había fijado en los lugares a los que tanto hombres como mujeres se habían retirado y ahora dirigía sus pasos con lentitud hacia las cámaras de los Pitaval dormidos.

Llegó a la primera alcoba. Una débil luz, desde las nubes iluminadas por la luna detrás de ellas, brillaba a través del estrecho ventanal. Se puso a andar a gatas y se arrastró hasta subir a la cama. Las cortinas no estaban echadas. Sostuvo la daga con ambas manos, la llevó hacia arriba y la hundió con todas sus fuerzas en el hombre que yacía allí dormido. Sólo se produjo un ruido blando y fangoso, como cuando se pisa una manzana podrida.
—¿Qué ocurre, Robert? —susurró la somnolienta dama que estaba junto a él. El Pitamont ya había liberado su daga y volvió a hundirla de nuevo. Silencio. El Pitamont salió con cuidado de aquella alcoba de muerte y se dirigió a la siguiente. Por la mañana no quedaría ni un solo Pitaval vivo en el castillo. Sería el final de todos ellos. Pero, mientras caminaba a tientas a lo largo de la pared, su pie quedó atrapado en una grieta y tropezó cayendo de bruces. La daga se le escapó de las manos y descendió armando un gran escándalo por un pequeño tramo de escalera.

—*¡Holà!* Hugues. *¡Holà!* Jouffroy. ¡Luz!
—Sólo soy yo —afirmó el monje. El joven gigante Pitaval, desnudo, ya había subido y lo tenía atrapado por el cuello.

—¿Y qué haces aquí?
—No buscaba más que un lugar para aliviarme —explicó el fraile.

—¿Y no te basta con las cenizas de la chimenea?
Para entonces, todo el mundo en el castillo estaba despierto, todo el mundo excepto los dos que dormían para siempre.

A la mañana siguiente, el nuevo señor del castillo de Pitaval era el joven gigante, heredero de las posesiones de su padre. Pitamont, el falso monje, fue encerrado en una pequeña celda, donde no hacía más que pensar en el extraño infortunio que había arruinado sus planes cuando tan cerca estaban de hacerse realidad.

—No tengo miedo a la muerte —se decía a sí mismo, con una mueca de desprecio en sus labios.

En la gran estancia central se encontraba el joven gigante sentado, pensando, junto a su bella esposa.

—¿Y ahora qué haremos con tu soleado italiano? —soltó entre carcajadas. Ella apartaba la mirada y lloraba.

Ordenó que hicieran venir al cantero del pueblo más próximo. Los dos estuvieron sentados durante varias horas y después el cantero mandó llamar a sus ayudantes y se puso a trabajar.

En un patio interior del castillo había un viejo pozo que casi no se usaba, ya que se había excavado uno mejor y de mayor tamaño en un lugar más adecuado. Ahora el viejo pozo se amplió hacia abajo, hasta dejarlo cerca del nivel del agua, un nivel bastante estable, y allí se colocaron unas consistentes barras de hierro que atravesaban el hueco por el que se sacaba el

agua. Se construyó una fosa séptica junto al muro, con dos conductos, uno que desembocaba por el muro a la altura del agua y otro que ascendía hasta la superficie de la tierra. Cinco o siete metros por encima del suelo del fondo, se edificó una bóveda. Antes de que estuviera terminada, al falso monje, medio asfixiado con humo, lo bajaron hasta el suelo. Después completaron la bóveda, dejando sólo un pequeño orificio central con funciones de ventilación. Toda la obra quedó revestida de una dura y pulida piedra cortada de tal manera que no presentara una sola grieta. Por encima de la superficie había una pequeña superestructura, también de piedra y atrancada con una pesada puerta de hierro. Dentro, varios escalones permitían descender hasta la cámara de ventilación que estaba justo sobre la bóveda. Tres veces a la semana un sirviente, acompañado por el señor, entraba en la cámara y arrojaba un gran trozo de carne y sebo por la abertura. Caía con un golpe seco sobre las barras de hierro del hueco para el agua. Durante meses no hubo un solo sonido de respuesta.

Cuando a Jehan Pitamont se le pasaron los efectos del humo, se encontró en una estancia fría y oscura. Estaba desnudo y tiritaba. Lo primero que pensó fue que estaba muerto y que aquello era la vida del más allá que prometían los curas. Pero pronto se desengañó. Se movió a tientas por el lugar y descubrió que su nuevo hogar era una pequeña celda circular. De pie en el medio, sobre un enrejado de hierro y con los brazos estirados, sus manos llegaban a tocar con facilidad ambos extremos. Sólo existía una abertura en el continuo circular de la pared que delimitaba la celda, y se trataba de un agujero insignificante. En el suelo de aquel nicho en el muro había un hueco circular de medio palmo de ancho. Jehan se imaginó al instante para qué servía. El único mobiliario de la estancia, si se podía llamar así, era un pequeño recipiente de hierro sujeto por una corta cadena, también de hierro, al enrejado. Con él se podía obtener un trago del agua que había debajo.

Un sudor frío se hizo patente en el cuerpo de Jehan cuando fue consciente de la naturaleza del alojamiento al que lo habían trasladado. Estaba en una *oubliette*, una mazmorra, por así decirlo. Había oído hablar de ellas, pero jamás había visto una. Ahora estaba en una. Pero no desesperaba. Incluso tenía momentos en los que se reía al pensar en cómo había engañado a aquellos estúpidos Pitaval. Y en cómo había matado al viejo Pitaval mismo y a su esposa mientras dormían la mona.

Pronto saldría de aquel lugar. Sus hermanos y su padre nunca lo abandonarían allí. Ya esperaba en cualquier momento el retumbar del hacha contra los muros de su prisión. ¡Los suyos habían acabado con todos los Pitaval y venían a liberarlo!

Pero nada sucedió. No había ni un ruido. Y él seguía esperando, expectante. Vendrían. Antes, por supuesto, debían prepararse. Llegarían en gran cantidad, arrasarían el castillo y matarían a los malditos Pitaval, hasta el último de ellos, que no quedase ninguno. Después lo buscarían a él. Y lo encontrarían, no importaba lo bien que lo hubieran ocultado. Pero a aquellas alturas, se decía a sí mismo con una horrible duda cobrando cuerpo en su mente, puede que ya hubiesen estado allí, si es que habían llegado a ir. Quizá habían sido rechazados en el asalto y se hubieran tenido que retirar para reclutar más hombres. Seguro que no iban a dejar que se pudriera allí.

No. Pero debía darles tiempo. ¿Cuánto llevaba allí? ¿Quién puede calcular el tiempo en la oscuridad? Había estado dos días en el lugar en que lo tuvieron encerrado al principio. Después

—

lo dejaron inconsciente con el humo y lo llevaron allí. Pero, ¿cuánto había pasado desde que lo depositaron en ese sitio? Parecían haber pasado días, pero puede que no fueran más que horas, ya que no le habían dado comida alguna ni había dormido una sola vez. Seguro que le tirarían comida una vez al día y que tendría sueño una vez al día, de tal manera que le sería posible calcular el tiempo. Estaba decidido a mantenerse vigilante de su cautiverio.

El tiempo pasaba. Se dormía y se despertaba, se volvía a dormir y se despertaba una vez más. Estaba hambriento. ¿Es que no le iban a dar comida? ¿Lo habían abandonado allí para que muriera de hambre? Muy bien, se moriría de hambre. Mejor así. No tenía miedo de morir,

El tiempo pasaba. Estaba débil por la falta de alimento. Oyó ruidos sobre él. Un tintineo de llaves. Había alguien en la cámara situada encima. Pudo oír voces que susurraban débilmente. Estuvo a punto de gritar "¡Poton!" creyendo que sería su hermano. Entonces lo pensó un poco mejor. Esperaría a ver qué sucedía. Cómo se reirían de él sus carceleros si cometiese un error así. Esperó. No era Poton. Era el joven Pitaval.

—¡Aquí hay comida para ti, mi solitario monje! ¿Deseas un reclinatorio para la oración? ¿O un laúd para tocar?

Jehan no respondió, "Ah! Si tu cuello cayera en mis manos", pensaba. El penetrante olor del asado de ave de corral llegó hasta sus fosas nasales. Algo cayó desde arriba y aterrizó en el enrejado del hueco del agua. Los pasos se alejaron. Una puerta se cerró con estrépito. Sus manos se abalanzaron sobre el asado. No. No tocaría ni el más mínimo pedazo. Se dejaría morir de hambre. También tenía sed. Le dolía la garganta. Bebería un poco de agua, eso no le haría daño y le ayudaría a resistir los dolores del hambre. En la oscuridad encontró el recipiente y lo deslizó a través del enrejado. El agua estaba fría y dulce.

La carne era una tentación. Esa tostada costra del rollizo asado, cuántas veces le había hincado el diente. Sin ir más lejos, la noche anterior en su papel de monje, a la mesa de los Pitaval... pero se había contenido a la hora de servirse con demasiada largueza. Como monje, le era obligado conducirse con frugalidad. Se arrepintió de no haber comido más. ¿Qué perjuicio le podía haber reportado el servirse una porción algo más grande? Llenaron la mesa de comida una vez que se hubieron levantado para irse a la cama. Había carnes de ave y venado. Y un plato de verduras troceadas y gambas frías en salsa de vinagre. ¡Menudo festín! Se le hacía la boca agua. Durante los días que había permanecido encerrado en la otra celda, no se había alimentado más que de pan, pan seco. ¿Por qué pensaba tanto en la comida? La comida ya era para él un tema del pasado. Deseaba morir. La comida no le importaba. Pero era una agonía tener aquel pollo asado llenando con su aroma la celda.

Se suicidaría y terminaría con aquella tortura. Le gustaría al menos ser capaz de levantar el enrejado y ahogarse en el agua. Pero lo habían fijado demasiado bien. Podría encaramarse a la pared y arrojarse desde lo alto. No obstante, aunque le era posible tocar las paredes opuestas, éstas se hallaban, al modo de Tántalo, más allá de las posibilidades de un buen esfuerzo muscular. ¿Acaso lo habían medido para asegurarse de que esa tortura extra se sumaba a su encarcelamiento? Se golpeó la cabeza contra la pared. La hizo sangrar tras arremeter contra el enrejado. Se desmayó. Al volver en sí, lo primero que llamó su atención fue el aroma de la carne asada. Maldita carne. Se desharía de ella. La arrojaría a la cloaca. Sí, eso era. A la cloaca

—

y al diablo con cualquier pensamiento relacionado con la comida. Si estaba fuera de su alcance, estaba fuera de su mente.

Se trataba de un ave de corral grande. Un ganso, sin duda. No iba a caber por la abertura. Lo hizo pedazos, lo desmembró y tiró los trozos por separado. Los oyó caer abajo a lo lejos. El voluminoso cuerpo del ave, sin embargo, se atascó en el conducto. Tuvo que empujarlo. Lo empujó todo lo que pudo y allí se quedó firmemente encajado.

Así, por fin. ¡Dios Santo! ¿Qué había hecho? Había tirado su única comida. Estaba a punto de llorar de desesperación. No, no debía hacer ningún ruido. Sería humillante. Ellos se encontraban en algún lugar esperando que gritase para poder reírse y mofarse de él. No, jamás saldría sonido alguno de sus labios. Ahogaba los gritos en la garganta, se tapaba la boca con las manos para reprimir los ruidos que pudieran abrirse paso desde el interior de su cuerpo agonizante.

Cuando quiso darse cuenta estaba lamiéndose las manos, lamiéndose vorazmente los dedos, relamiéndose los labios, buscando con la lengua entre los dedos algún resto de la grasa del asado que acababa de tirar. Quizá aún estaba a tiempo de recuperar el trozo grande que le había resultado tan difícil de introducir por el desagüe. Echó los brazos por él. Llegó a tocar la carne con la uña del más largo de sus dedos. En vano trató de engancharla bajo cualquier protuberancia para de ese modo tirar hacia arriba.

¡Un palo! Pero no tenía ningún palo. ¡El recipiente! Pero estaba sujeto al enrejado por una corta cadena. Quizá con la pierna. Así llegaría más abajo. Pero, ¡ay!, los torpes dedos de sus pies no hicieron otra cosa que desplazar el asado todavía más lejos. Lloraba, le rechinaban los dientes. Le hubiera gustado aullar a pleno pulmón. Aunque no iba a permitir que saliera un solo sonido de su boca. Aguantando el sufrimiento, se hizo un ovillo sobre el frío suelo, demasiado escaso para tumbarse estirado del todo: otra tortura bien planeada que se sumaba al resto.

En vano intentó matarse aspirando agua por la nariz. Era imposible. Su instinto por respirar aire era demasiado intenso. Lo podía intentar liándose la cadena del recipiente por el cuello; pero no, nada de todo aquello serviría. Pasaron días, meses, años, antes de que oyera ruidos por encima de él. Pero esta vez no hubo gritos de ninguna voz burlona. Oyó, como aturdido a causa de la debilidad provocada por la inanición, que caía a la celda un cuerpo de gran peso. Después los pasos fueron ascendiendo y se cerró una puerta. Ni un rayo de sol penetró en la celda a lo largo de ese proceso.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, se lanzó como un salvaje sobre lo que había caído en su cámara. Se trataba de un enorme trozo de carne cruda y grasienta. Hundió los dientes en él y después se puso a eructar, tumbado e indispuesto.

Por todos los medios había intentado llevar la cuenta del tiempo transcurrido. Se dormía con tanta frecuencia y pasaba tanta hambre aguardando la comida, que creía que se la traían una vez a la semana, en lugar de tres como sucedía en realidad. Contó un año cuando lo cierto es que habían pasado apenas cuatro meses. Calculó cuatro años cuando casi no llevaba uno. Y después empezó a perder la cuenta. Abandonó la esperanza diaria de que allá arriba hubiese una batalla cuerpo a cuerpo y de que la ruda voz de Poton gritase: “Jehan, querido hermano, ¿estás ahí?”.

—

Eso nunca ocurriría. De forma inconsciente, en un proceso tan gradual que es difícil de describir, alcanzó un estado en el que simplemente no pensaba en nada.

En su celda subterránea jamás cambiaba la temperatura. En el exterior ya podían ulular los temporales invernales o azotar la tierra agostada los truenos de las tormentas de verano. Dentro siempre hacía frío, siempre había humedad, siempre estaba oscuro.

Ahora ya no le importaba nada excepto la comida. Se había acostumbrado a sentir hambre tres veces a la semana a la misma hora y, por lo tanto, si echaban más tarde la carne, él ladraba y aullaba como un perro.

Transcurrieron los años. De vez en cuando los Pitamont sufrían las iras de los Pitaval. De vez en cuando les tocaba a los Pitamont ejecutar su sangrienta venganza. "Por el hermano Jehan", proclamaban, creyéndolo muerto hacía muchos años. Y de ese modo pasó el tiempo y pasaron las estaciones y los años, y los años se convirtieron en décadas. Cincuenta años enteros hacía desde que aquella noche Jehan Pitamont llegara en calidad de monje al castillo de los Pitaval suplicando hospitalidad y todavía, tres veces a la semana, el viejo señor del castillo, con su corpachón doblado por la edad, se dirigía al patio llaves en mano en compañía de su mayordomo y abría la puerta de la superestructura que conducía a la cámara de ventilación situada sobre la *oubliette.*

—Vamos a esperar un momento —decía Pitaval a su mayordomo y sonreía.

—Es exactamente mediodía, por la sombra —replicaba el mayordomo.

—Si aguardamos un minuto o dos, empezará a aullar —proponía Pitaval y asentía con la cabeza en un gesto de placentera anticipación.

Un día, en su oficina de Avignon, el viejo Datini, el banquero, cogió un haz de papeles de entre sus documentos y dijo que ya era hora de solucionar aquel asunto de los Pitaval y los Pitamont.

—Hace dos años que no veo un céntimo del dinero que me deben esas dos perreras de desgraciados. Es hora de poner fin a esta historia.

El viaje a las montañas era largo, pero a Datini no le importaba. Iba entretenido con una copia de los sonetos de Petrarca a Laura. Además, se prometió a sí mismo darse el gusto de hacer un alto en Vaucluse, en el camino de regreso, y allí visitar la fuente inmortalizada en uno de los versos de Petrarca.

De esta manera, un día los Pitaval tuvieron el privilegio de agasajar a un visitante que los expulsó de su casa. En cualquier caso, no había mucho más que pudiera salir de allí. Hacía años que ningún caballo relinchaba en las cuadras; de aquella familia sólo quedaba el encogido y arrugado gigante de los tiempos pasados. De los sirvientes no quedaba más que un mayordomo, igualmente viejo y débil como para buscar fortuna en otras tierras. Recibieron a Datini y a sus alguaciles con cortesía.

—Es una suerte que haya venido —señaló el viejo Pitaval—. Ayer matamos nuestro último cerdo. Si usted ha traído comida, será bienvenido.

Datini había llevado comida. Comieron y hablaron de negocios.

—

—Tengo familia en Orange —informó Pitaval—. Creo que me iré allí.

Un aullido lúgubre, que pareció surgido de las entrañas de la tierra, invadió la estancia.

—No tenga miedo, maestro Datini —sugirió Pitaval con una sonrisa—. No es más que un lobo que tenemos en un foso del patio. Vamos —ordenó, volviéndose hacia su sirviente—, llévale este trozo de carne.

Después añadió:

—¿Tenemos matarratas? Pues que lo unten en la carne y así nos libraremos de ese animal inútil.

—Un lobo —indicó Datini, con tono muy serio— prefiere la muerte a la cautividad.

—Sin duda —asintió Pitaval—. Un lobo sí, pero éste tiene poco espíritu y sólo piensa en su carne. Bien, estoy listo para partir, sus apoderados pueden hacerse cargo de inmediato,

Se incorporó con un gran esfuerzo. El aullido había cesado de repente.

—No quiero meterle tanta prisa —repuso Datini—. Tengo asuntos pendientes ahí enfrente, con los Pitamont.

—¿De verdad? ¿Mis amigos van a compartir destino conmigo? Así disfrutaré de placentera compañía cuando me vaya.

—Debería darle vergüenza hablar así de dos viejas damas —le reprochó Datini—. Creo que les permitiré que pasen allí el resto de sus días. Las dos han superado ya los setenta.

Horas más tarde, cuando Pitaval y su mayordomo se disponían a partir, con sus enseres a la espalda como el más humilde de los campesinos, una anciana se acercó a ellos a toda prisa.

—Señor —gritó, poniéndose de rodillas y rodeando las piernas del viejo Pitaval con sus brazos— ¿no será tan cruel como para abandonar esta tierra sin decirme dónde está enterrado mi pobre Jehan?

—¿Cómo podría ser tan cruel? —protestó Pitaval mientras le propinaba por lo bajo un golpecito en las costillas a su mayordomo—. Aquí está la llave de la tumba en la que yace enterrado. Ningún rey tuvo jamás una tumba más acorde con su rango. Ni ningún monje —añadió—. En el patio trasero hallarás la puerta que podrás abrir con ella.

Si se piensa detenidamente, es extraño que existiera y funcionara en Génova una casa de acogida para niños pobres fundada por este Datini, y que esos mocosos de la ciudad pudieran beneficiarse del dinero que Datini les sacaba a los Pitaval y a los Pitamont. Y es que no fueron otros que los estrictos hombres de negocios genoveses en cuyas manos había puesto Datini las antiguas posesiones de las batalladoras familias, quienes decidieron que talar los bosques era la forma más adecuada y rápida de lograr un provecho económico. Las consecuencias fueron que Datini saldó su deuda y que la región quedó empobrecida para siempre debido a la erosión del mantillo.

Son escasas las noticias de los Pitaval a lo largo de los siglos siguientes. De hecho, sólo he encontrado uno, Gayot de Pitaval, en el siglo dieciocho, que vagabundeó desde Lyon a París y llevó una existencia miserable como secretario legal, escribiendo despreciables cotilleos como

—

ocupación secundaria. En realidad, hasta que no tuvo la brillante inspiración de reunir en un volumen las sangrientas historias policíacas y de crímenes que fue recopilando por los tribunales, no cambió su suerte y llegó a ser conocido en toda Europa.

Se ha de tener en cuenta que suya era la única colección de historias de detectives del continente. Poco tiempo después tenía bastantes imitadores, pero se las arregló para publicar unos doce volúmenes que aumentaron su éxito. La traducción alemana de su recopilación incluía una introducción de Schiller. Aunque hoy es prácticamente desconocido[21], el ejército de escritores de historias policíacas que se ha nutrido con su hallazgo debería hacer una colecta para erigirle una estatua de oro.

[21] Recientemente, en 1903, en Alemania apareció una serie llamada *Pitaval der Gegenwart* (*Pitaval en nuestros días*). De un tiempo a esta parte, en las librerías puede encontrarse el volumen *Der Prager Pitaval* (*Relatos criminales de Praga*).

—

CAPÍTULO DOS

Quienquiera que haya echado un vistazo a la excelente historia de Favre[22] sobre el estado de la moralidad en Europa no habrá pasado por alto, estoy seguro, ni habrá dejado de archivar en su mente aquel caso particularmente llamativo que Favre, con un sentido del humor sombrío (algunos pensarán que de mal gusto), tituló "Dejad que los niños se acerquen a mí..."
El caso de que se hace eco el teniente Galliez en la página tres de su escrito es sin duda el mismo, a pesar de que no se mencionen nombres, con la salvedad del de Pitamont. La descripción de Favre es muy completa y precisa tanto con respecto a los nombres como a las fechas. A su relato me refetiré en los aspectos fundamentales. A principios de la década de 1850, en París habitaba una viuda conocida como Mme. Didier. Ella y su marido habían venido de provincias y él fundó un negocio de joyería. La empresa gozó de un éxito bastante aceptable y, cuando el marido murió, su esposa quedó en una desahogada situación económica. Se acababan de mudar a una de las mejores casas de apartamentos del Boulevard Beaumarchais, no muy lejos del Boulevard des Filles-du-Calvaire. Existe una razón de peso para hacer mención de este hecho, ya que en la calle de al lado vivía y oficiaba un sacerdote de nombre Pitamont, que era el confesor preferido de Mme. Didier.

Mme. Didier vivía casi todo el tiempo sola, salvo en lo que se refiere a las frecuentes visitas de un sobrino, un joven que había recibido graves heridas en una trifulca callejera en febrero del 48 y que, desde entonces, se había dedicado a la elaboración de panfletos de apoyo a Napoleón. El repentino giro de éste hacia posturas conservadoras e imperialistas resultó excesivo para el sobrino de Mme. Didier, que aún mantenía su odio a la Iglesia y a la aristocracia. Por el momento se hallaba indeciso acerca de si seguir a su líder o continuar su propio camino. Por aquella época, Mme. Didier llevó a su casa una jovencita de unos trece o catorce años, una huérfana de su pueblo de origen. A Josephine se la había recomendado el alcalde del pueblo como chica buena y responsable que le sería muy útil en las tareas de la casa. El sobrino estaba sentado junto a la ventana y miraba a la calle. El día era cálido, demasiado para estar a mediados de marzo. El cielo se había nublado de repente.

—Vaya, ¡parece que va a llover! —exclamó.

—¿Eso crees? —preguntó Mme. Didier. En ese instante llegó el rugido del trueno y en la distancia se hizo visible el resplandor del relámpago.

—¿No lo oyes? —replicó el sobrino.

—*Bon Dieu* —gritó Mme. Didier—. Y no tengo ni una gota de agua bendita en casa.

—¿Agua bendita? —se burló su sobrino—. Cielo santo, tú no practicas esas tonterías, ¿no?

—Ahórrate los sarcasmos para tus panfletos, querido —repuso su tía sin perder la compostura—. Siempre he rociado todo de agua bendita cuando amenazaba tormenta. ¿O es que quieres que nos parta un rayo a todos?

[22] Político francés que fue diputado y ministro de Asuntos Exteriores en 1870. Dirigió la oposición republicana que se enfrentó a Napoleón III. Será mencionado más adelante en la novela. (N. del T.)

—

Dejó a un lado las agujas de hacer punto.

—Mi madre hacía lo mismo. Y vivió hasta lo ochenta años. Pero, ¿a quién puedo enviar? —se preguntó de pronto—. Françoise no está en casa.

Françoise era la cocinera y la única otra persona que hacía labores domésticas.

—Manda a Josephine —sugirió el sobrino—. A menos que quieras esperar hasta que yo vaya y vuelva con mi cojera.

—Pero si Josephine lleva aquí sólo tres días —objetó—. Todavía no se sabe el camino.

—Por Dios, no hay que conocer todo París para ir a la vuelta de la esquina.

Por lo tanto, Josephine, la chica de provincias, fue requerida y recibió indicaciones precisas para llegar a la pequeña capilla que había al doblar la esquina y allí encontrar al padre Pitamont.

—Y date prisa, por favor —pidió Mme. Didier, después de que otro trueno hiciera retumbar la habitación. Josephine salió corriendo y se sumergió de lleno en un violento chaparrón. A toda velocidad y sin aliento, dobló la esquina repitiendo una y otra vez las indicaciones que le había dado Mme. Didier. Y así llegó a la capilla y casi se lanzó de cabeza a su oscuro interior.

Estaba empapada hasta los huesos. Tenía la ropa pegada y eso ponía en evidencia su esbelta figura femenina. Sus pechos empezaban a crecer. Ellos eran la causa del abultamiento de su ligero vestido. Tenía los pezones endurecidos por el frío y el rozamiento con la tela. Ultimamente le habían dolido. Françoise le había dado la sabia explicación:

—Son los dolores del crecimiento, a todo el mundo le pasa.

Iluminada por la dorada luz parpadeante de las velas, su imagen era tentadora, pensó el padre Pitamont. Se quedó quieto un instante y la observó, fijándose sobre todo en su agitado y acalorado pecho. Antes de lograr contenerse, se vio poseído por una oleada de deseo que anuló la voz de su conciencia.

—¿Qué sucede, mi niña? —preguntó tras salir de detrás de la columna donde se encontraba.

Asustada y ya perdida por completo, de sus labios salió un alborotado e incomprensible río de palabras.

—Vaya, estás helada —señaló con tono amable—. Ven y caliéntate con un vaso de vino.

La condujo a la sacristía, sirvió dos generosos vasos de vino consagrado y le hizo beber uno a ella mientras él vaciaba el otro.

Somnolienta y mareada, ella dejó que la acariciara y la apretara contra su sotana. Se sentía caliente y cómoda así. Pero de nuevo sintió miedo cuando notó que la tocaba exactamente del modo en que Françoise, justo el día anterior, le había aconsejado que no se dejara tocar por nadie. Ahora quería soltarse, pero tenía los miembros como paralizados. Se resistió un poco, pero él era más fuerte. Y no dejaba de llenarle los oídos con extrañas palabras de consuelo. Se dejó llevar hasta el sofá y allí hizo con ella lo que le vino en gana.

—

Se fue sin decir una palabra de su encargo. La verdad es que había olvidado por completo el propósito inicial de su visita. En sus oídos sólo resonaba la frecuente e insistente advertencia del padre acerca de no decir jamás una palabra de lo que había sucedido. La había obligado a jurar sobre la cruz.

La tormenta acababa de cesar cuando Josephine volvió. Venía andando y miraba hacia los lados con los ojos abiertos de par en par; con un dedo presionaba hacia abajo el labio inferior, como si ya no fuera capaz de reconocer lo que la rodeaba.

—Pero, ¿qué es lo que te pasa, Josephine? —preguntó Mme. Didier. No había estado demasiado preocupada por la ausencia de Josephine, sólo algo inquieta porque se reprochaba el no haberse ocupado de que la niña llevase su capa de lluvia. Al ver que Josephine tardaba en regresar, Mme. Didier supuso que, sorprendida por la tormenta, la niña había buscado refugio y volvería en cuanto amainara la lluvia. Y así había sido. Sin embargo, ¿por qué venía como si hubiese visto al diablo en persona?

Pero Josephine no respondía y no hacía más que mover la cabeza de lado a lado.

—Vamos, Josephine, no seas testaruda. Cuéntame qué te ocurre.
La chica seguía meneando la cabeza.
—Ha cogido un resfriado. ¡Eso es! —exclamó Mme. Didier—. Pero tus ropas están secas. No, están algo húmedas, Dime, ¿te sorprendió el aguacero? Dios santo, ¿por qué no contesta esta niña?

Josephine continuaba sin dar explicación alguna. Entonces, Mme. Didier perdió la paciencia y ordenó con tono airado:

—Pues vete a la cama ahora mismo. Y no quiero verte otra vez mientras no seas capaz de hablar.

—Vamos, vamos, mi querida tía —intervino el sobrino desde su silla junto al ventanal—. Dale una oportunidad a la chica. Hace un rato la creías incapaz de ir a la vuelta de la esquina. Quizá se perdió de verdad. Déjame hablar con ella.

Pero sus esfuerzos fueron tan inútiles como los de su tía. Finalmente, Mme. Didier dijo, como si la idea fuese una inspiración del cielo:
—Ya sé, vendrá conmigo a ver al padre Pitamont. Seguro que no se niega a hablar con él.

Y en verdad que sus palabras fueron una inspiración, porque de pronto Josephine dejó escapar un torrente de palabras, aunque tan entremezcladas con sollozos que era imposible sacar nada en claro de ellas. Al mismo tiempo, se arrojó al suelo como poseída.

Mme. Didier estaba tan impresionada que no era capaz de hablar. Pero su sobrino, alimentado de literatura anticlerical, gritó al instante:
—¿Qué te ha hecho?
—Lo que Françoise me dijo que no debía hacer —exclamó Josephine, redoblando los sollozos.

El sobrino se rió con sarcasmo.

—

—Ahí tienes a tu padre Pitamont. Menudo pájaro de cuenta.

—Pero, la verdad, no entiendo qué tiene que ver con esto el padre Pitamont —protestó Mme. Didier, perdida por completo.

El sobrino adoptó una súbita resolución. Era el momento de romper con Napoleón, que en esos días se encontraba visitando al Papa, y echar este jugoso escándalo a la olla de la opinión pública. Tan absorbido se vio por su determinación que se olvidó del asunto que tenía ante los ojos y se levantó de la silla, decidido a buscar al editor de *La Solidarité*.

Mme. Didier, no obstante, no iba a dejarle marchar sin que le explicara todo. Y cuando lo hubo oído, tampoco tuvo intención de permitir que se fuera sin haberle jurado que no diría una palabra a nadie. La razón que le dio es que la niña era presa de un ataque de histeria y no tenía sentido creerla hasta no haber investigado el tema de modo más exhaustivo. Él albergaba su propia razón: todo su dinero, o al menos la mayor parte, le llegaba de su tía y, lo que, es más, esperaba heredar de ella algún día. No podía permitirse ser panfletista político sin el apoyo de su tía.

Mme. Didier, sin embargo, fue a la capilla y, al no ver a nadie por allí, llamó con valentía a la puerta de la sacristía. Como no hubiera respuesta, entró. El padre Pitamont dormía en un sofá. Dormido ya no parecía el hombre santo que ella siempre había visto en él. Daba la impresión de ser viejo y vulgar. Sus duros rasgos, sobre todo las pobladas cejas, que se unían mediante una espesa mata de pelo justo por encima de la nariz, le conferían una expresión extraña, casi bestial. En aquel momento, Mme. Didier se vio dispuesta a creerlo todo, pero se contuvo por temor a cometer una injusticia con él.

Al sentir el peso de su mirada, él abrió los ojos.

—Vaya, *madame*, es usted —exclamó, y se puso en pie al momento.

Ella no le dejó terminar el saludo y fue rápidamente al grano. Él asentía con la cabeza como si el asunto fuese serio e interesante, pero sin que a él lo afectara de forma especial.

—¿Una chica de unos catorce años, dice? —preguntó, como si tratase de recordar si por casualidad no había visto una chica así en alguna parte.

En aquel instante, Mme. Didier divisó su *bénitier*, el vaso que le había dado a Josephine para que echara en él la valiosa agua bendita. Estaba en el suelo, cerca del sofá. Él también se dio cuenta enseguida. ¿Cómo podía haberse olvidado de quitarlo de allí? Abandonando el papel que había asumido, se lanzó a los pies de la mujer. Pero ella se puso en pie a toda prisa y salió corriendo completamente horrorizada.

No hizo caso del consejo de su sobrino y, aunque no lo denunció a la policía, sí se dirigió al obispo y le expuso el caso. El resultado fue que el padre Pitamont fue llamado a capítulo. El obispo, sin embargo, se limitó a trasladar al culpable a otra parroquia. En ella no tardó en labrarse una mala reputación. Lo cierto es que ya no era capaz de mantener a raya sus instintos. Sus tentaciones lo conducían cada vez más lejos por el camino de la perdición y el mundo del pecado. De noche, se quitaba la sotana y se vestía con ropa de calle para frecuentar los lugares con peor fama de la ciudad.

—

Una noche, Mme. Didier, al salir tarde del teatro con su sobrino, lo vio entrar en un coche de punto, prestando su galante ayuda a una joven dama para que lo precediera. La amplia expresión de placer de su rostro, la moda con la que iba ataviada la joven dama —vestido escotado de encaje sin tirantes, con los hombros y el pecho desnudos hasta justo por encima de la línea de los pezones, falda larga y ajustada que se ensanchaba a la altura de los tobillos—, todo ello dejaba pocas dudas acerca de la naturaleza de la relación que existía entre ambos. Mme. Didier se estremeció. Su sobrino tuvo la delicadeza de no realizar ningún comentario. Más adelante supo que aquel Pitamont había sido denunciado una y otra vez ante sus superiores y, al final, le dieron a elegir entre retirarse con los silenciosos trapenses o colgar los hábitos. Pitamont expresó su decisión desapareciendo de repente con varios objetos de valor que pertenecían a la iglesia en la que estaba destinado[23].

—Nos hemos librado de él para siempre —pensó Mme. Didier. La verdad es que estaba muy lejos de haberse librado del padre Pitamont, aunque sí es cierto que jamás volvió a verlo.

Su sobrino, Aymar Galliez, había dejado no hacía mucho tiempo su propio alojamiento para mudarse al apartamento de su tía. Lo hizo, por un lado, para ahorrar dinero, y por otro, para estar cerca de ella, ya que sus mal curadas heridas lo habían convertido en presa fácil de los accesos de melancolía durante los cuales no podía soportar la soledad.

Un día estaba sentado en su sitio preferido cerca del ventanal y de cuando en cuando hacía alguna anotación en una libreta. Tenía el gusanillo de hacerse un nombre en el campo de la literatura, pero no estaba del todo seguro en cuanto a qué forma darle a la gran obra que se proponía escribir. En los últimos tiempos estaban apareciendo espléndidas creaciones de todo tipo. No hacía nada que el joven Dumas había puesto París patas arriba con su *Dama de las Camelias* y se estaba produciendo una revolución en la escritura. Todos los entendidos hablaban emocionados sobre la nueva tendencia de las artes literarias. La palabra clave era “realismo”.

Se sentía molesto por el continuo entrar y salir de Josephine.

—Vaya, ¿qué diantre tendrá que hacer esa chica aquí dentro cada dos por tres? —se preguntaba irritado. Y es que, al igual que todas las naturalezas melancólicas, por mucho que odiara la soledad, también le irritaba la presencia de los demás. Pero al cabo de un rato se empezó a sentir interesado por la chica, preguntándose si acaso no sería un buen tema para un pequeño ejercicio literario: una jovencita seducida por un sacerdote y acto seguido rechazada por su pretendiente legítimo. O quizá se podría hacer que la chica se enamorase del cura y él abandonara la religión para casarse con ella. Pero eso estaba muy visto, ya había leído montones de obras de esa clase. El problema de la literatura es que ya se había hecho todo. No había nada nuevo que pudiera abordar la pluma.

Mientras pensaba en todo aquello, casi había olvidado a la chica. Poco a poco, sin embargo, comenzó a darse cuenta de su extraño comportamiento. No había duda, trataba de llamar su

[23] La denuncia de su robo destapó toda la historia y de ese modo llegó a conocimiento de Favre, que la incluyó entre los demás casos del capítulo titulado "Dejad que los niños se acerquen a mí”

atención. Aunque dedicada de manera ostensible a arreglar y ordenar la habitación, se volvía hacia él a cada instante, lo miraba con ojos penetrantes y luego, de pronto, apartaba la mirada como avergonzada. Entretanto, su cuerpo se retorcía de un modo decididamente indecente. Su torso no dejaba de moverse como el cuerpo de una serpiente. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su audible respiración. Cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando, dejó de actuar así. Pero un momento después se le acercó y, tras recoger un trozo de papel del suelo, preguntó:

—¿Esto es suyo?
Y, al darle él las gracias, continuó:
—¿Abro un poco más la ventana?
Y una vez más:
—¿Las cortinas están abiertas a su gusto?

Él encontraba todo aquello de lo más incómodo. Al inclinarse ella por encima de su mesita para alcanzar las cortinas y así poder sujetarlas bien, apoyó su joven cuerpo en la cara de él. Él aspiró la calidez de su carne. A pesar de sí mismo, sintió un poderoso impulso. Turbado por completo, halló cualquier excusa para decirle a la chica que se fuera y durante un buen rato fue incapaz de concentrarse en sus empeños literarios.

CAPÍTULO TRES

Un día, mientras caminaba con dificultad debido a la cojera, la puerta de la cocina se abrió y Aymar oyó que Françoise lo llamaba en voz baja:

—¡M. Aymar! ¡Psss!

Él se dio la vuelta. Ella le hacía misteriosas señas para que entrase en la cocina y, una vez atendida su llamada, primero cerró la puerta y después le susurró:

—¿Tiene usted idea de las cosas tan terribles que están sucediendo aquí?

—Pues no —contestó él con ingenuidad.

—Me refiero a Josephine.

—Bueno, ¿qué le ocurre?

Lo que había querido decir era "Bueno, ¿qué le ocurre de *nuevo*?", pero se había contenido al no estar seguro de si Françoise sabía del asunto Pitamont, sobre todo teniendo en cuenta el empeño de Mme. Didier en guardar silencio sobre el tema.

—Su conducta es... ¿Cómo lo diría, *monsieur*... ¡Es una desvergonzada!

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir es que el chico del carnicero, el hijo pequeño del portero, hasta el de la tienda de verduras, todos, absolutamente todos se han acostado con ella. Y los que no lo han hecho es porque son lo bastante decentes como para negarse. Sí, *monsieur*, nunca pensé que algo así ocurriría en esta casa. Una jovencita del pueblo. Vaya, si cuando llegó no sabía ni distinguir la A de la B. Dios mío, ¡todo el barrio habla de ello!

—¿Está usted segura de lo que dice? —preguntó Aymar, aunque en el fondo estaba convencido desde el principio—. ¿Cómo sabe que no se trata simplemente de un malicioso cotilleo?

Entonces ella le contó lo que había visto con sus propios ojos. En una ocasión vio a la chica con el hijo del portero en la buhardilla y en una actitud que no dejaba lugar a dudas. A partir de entonces, le había prohibido salir de casa, pero ella se había escapado. La gente, por supuesto, dijo que era otra chica más echada a perder por la gran ciudad, pero ella pensaba de modo distinto. Lo más probable es que aquella chica hubiera traído esos hábitos con ella desde el campo.

Aymar dejó que hablase mientras él estaba absorto en sus pensamientos. ¿Había estado fingiendo Josephine al mostrarse tan desconcertada, tan apenada y tan tímida? No. Imposible. Antes la chica era pura. Fue el padre Pitamont el que desató aquella bestia en su cuerpo. El alcalde del pueblo de Mme. Didier nunca le hubiera recomendado a una chica de malas costumbres.

—Lo que quiero que me diga, *monsieur*, es cómo le voy a dar la noticia a *madame*. Temo irle con todos estos problemas. Ya ha sufrido bastante, pobre *madame*.

—Déjeme eso a mí —la tranquilizó Aymar—. Yo me ocuparé de todo.

—Sí, pero hágalo cuanto antes. Porque, ¿quién sabe lo que puede pasar? Anoche me desperté y vi que no estaba en su cama. Esperé, pensando que había salido sólo un momento. Pero al ver que no regresaba, me levanté y me puse a buscarla. Tengo que decirle, *monsieur*, que no se encontraba en la casa. Había abierto la puerta y se había ido. Debió de ser Jeannot, el hijo del portero, el que le abrió la puerta de abajo. Me fui a dormir otra vez y, cuando desperté, ella ya estaba de nuevo en la cama y negaba que hubiera salido ni un momento. ¿Qué vamos a hacer con una criatura así?

—Déjemelo a mí —repitió Aymar, preguntándose qué podría hacer él.
Pero aquella noche Josephine los esperó en la mesa para cenar como de costumbre. Y, como de costumbre, trató de llamar la atención de Aymar con la consiguiente incomodidad de éste. Sin embargo, el rostro de la chica no expresaba nada que no fuera pureza e inocencia. ¿Cómo era posible que aquellos tiernos e inmaduros rasgos hubieran expresado algo distinto? Una vez que se hubo retirado a la cocina para ocuparse de su propia comida y de lavar los platos, Aymar le habló claro a su tía:

—¿Has percibido algún cambio en Josephine desde aquel terrible suceso?
—No, por fortuna. Parece haberlo superado y espero que pronto lo haya olvidado del todo.
—¿Piensas que aún era una niña inocente cuando vino?
—Pues claro, desde luego. ¿Por qué lo preguntas?
—Por nada.
Ella se había creado una agradable fantasía de su propia invención: Josephine había sido la causa de la seducción y el padre Pitamont fue víctima de sus artimañas. Pero en el mismo momento que lo pensaba se dio cuenta de que era imposible. La posterior actitud de Pitamont hacía que aquella explicación no se sostuviese en pie.

—¿Por qué lo preguntas? —repitió.
—El comportamiento de la niña no ha sido del todo irreprochable últimamente.

Le quitó hierro al asunto con la intención de empezar poco a poco e ir preparándola para lo peor.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Mme. Didier.
Se lo contó de forma sucinta, resumiendo la historia y omitiendo los detalles que con toda probabilidad harían que Mme. Didier se preocupara en exceso. Mme. Didier se quedó pensativa unos momentos y después tomó la sabia decisión de poner a Josephine en una habitación en la que estuviera a salvo y vigilada, y allí permanecería hasta que el alcalde del pueblo les diese Instrucciones con respecto a su caso.

—Toca la campanilla para que venga Françoise y veremos si ella conoce alguna buena casa a la que podamos llevar a la chica.

—

Apareció Françoise y escuchó la decisión de su señora. Al mismo tiempo, se mostraba intranquila y de vez en cuando miraba a M. Galliez como diciendo “Hay algo más que tengo que contarle sobre esto”, hasta que Aymar no pudo contenerse y exclamó:

—Vamos, ¡suéltelo de una vez, Françoise!

Françoise tomó aire como para armarse de valor; luego, echando la cabeza hacia atrás en un gesto de superioridad (la verdad es que ella no tenía la culpa de nada), les comunicó:

—Josephine está embarazada.

Durante unos instantes hubo un profundo silencio, después le pidieron los detalles. ¿Desde cuándo? Françoise no sabría decirlo, pero, por lo que Josephine le había contado, desde hacía dos, tres meses.

—Pero si sólo lleva aquí tres meses —exclamó Mme. Didier.

—*Oui*, *madame* —admitió la obediente Françoise.

—Fue ese maldito pa...

Una mirada de su tía le hizo a Aymar interrumpir la frase,

—Tráigala, Françoise, hablaré con ella a solas —ordenó Mme. Didier.

Unos momentos más tarde entraba Josephine. Vestida con sencillez, recatada, con la flor de la rústica inocencia aún en sus mejillas. Era sólo si alzaba la mirada cuando los ojos oscuros y encendidos no dejaban traslucir su modestia y su humildad.

—Mi pobre niña —la tranquilizó Mme. Didier, y le pasó las manos por los hombros—. ¿Sabes que vas a tener un bebé?

—*Oui*, *madame*.

—Y que eres muy joven.

—*Oui*, *madame*.

—Pobrecita.

—¿Es porque voy con chicos, como dice Françoise, *madame*?

—Oh, niña, ¿por qué lo haces?

—Me gusta, *madame*. ¿Debo dejar de hacerlo? Lo he intentado, pero no puedo. En casa se lo veía hacer a los animales y nadie se lo impedía.

—Pero, Josephine, mi niña, nosotros no somos animales. Tú nunca has visto a las personas hacerlo, ¿verdad?

—No, *madame*. En casa sólo estábamos mamá y yo...

—Sí, claro —asintió Mme. Didier mordiéndose el labio.

—¿Y los hombres y las mujeres nunca lo hacen?

—¡Chisss!

—Pero el padre Pitamont fue el primero que me lo hizo.

—

—¡Chisss! ¡Chisss! ¿De verdad fue el primero?

—Sí, *madame*.

—Pobre infeliz. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—Françoise dice que me va a echar porque soy mala. No me eche.

—Encontraré una buena casa para ti.

Estaba pensando en la casa de la Duquesa de Angulema para chicas descarriadas, Pero, tras reflexionar, decidió no arriesgarse a poner a la niña en una casa. Quería dar la menor cantidad posible de explicaciones. Lo mejor sería que ella misma se hiciese cargo por completo del asunto y llevara a Josephine a la mejor habitación que pudiera encontrar, y luego dejar que la naturaleza siguiera su curso. El tiempo cura todas las heridas, y las que no, terminan sepultadas en la tumba.

Josephine parecía haberse resignado del todo ante su suerte. Sólo en los primeros días sufrió por no poder realizar sus escapadas nocturnas. No era posible salir de noche de la habitación que le dieron, ni a ninguna otra hora del día, aunque, para compensarlo, tampoco había nada que hacer, y es que Josephine había estado ocupada de la mañana a la noche todos los días de su vida, no sólo en la pequeña y miserable granja en la que vivía con su madre viuda, sino también en la casa de Mme. Didier, donde, bajo la estricta autoridad de Françoise, tenía una incesante lista de tareas que la mantenían trabajando activamente durante toda la jornada.

Esta repentina disposición de tiempo libre fue el primer rayo de luz en su corta y triste existencia. Se dedicaba a holgazanear, a no hacer nada, y se sentía muy bien. Se sentaba junto al ventanal y fingía ser M. Galliez. Así se quedaba durante horas.

La hora de comer era cuando más disfrutaba. No es que fuera una glotona, pero saber que tenían que esperar a que ella llegase era una experiencia tan novedosa que nunca se cansaba. ¡Y que la llamara *Madame* la chica que le traía la bandeja, una jovencita parecida a como era ella sólo días atrás! Josephine hacía todo lo posible por conducirse como Mme. Didier.

De este modo, haciendo unas veces de Mme. Didier y otras de M. Galliez, se entretenía Josephine. Y cuando más o menos cada dos días venía a verla Françoise, no podía evitar darse algunas ínfulas ante ella, que seguía siendo Françoise, mientras que Josephine, por su parte, ahora era *Madame*, y como se sentía metida tan de lleno en su papel, le molestó sobremanera que en una ocasión en que se hallaba presente la joven criada, Françoise se pusiera a hablar sin reparo alguno de “nuestra señora”. Josephine lo consideró como una humillación.

A veces (no muchas, ya que aquella mujer pesaba mucho) la *Mère* Kardec ascendía hasta el último piso de su Maternidad para visitar a su paciente más peculiar, una chica joven que no daría a luz hasta unos cinco meses después. La *Mère* Kardec era una persona de duro semblante, con formas cuadrangulares, como si un escultor la hubiera dejado a medio terminar. No hacía preguntas. Su fortuna se basaba en la absoluta falta de curiosidad. Las mujeres que iban a su casa podían estar seguras de que las iban a cuidar bien. La *Mère* Kardec enviaba un constante goteo de niños a sus parientes de Bretaña, y las madres que abandonaban el lugar no volvían a preocuparse del tema nunca más una vez satisfecha la suma de dinero

requerida. Una condesa de nombre conocido en toda Europa podría llegar a la casa de la *Mère* Kardec y registrarse como le viniese en gana, tener gemelos si era el designio de la naturaleza, que la *Mère* Kardec lo arreglaría todo con las autoridades y jamás traspasaría la puerta de su casa una palabra sobre el asunto. Un millar de romances al borde del escándalo habían acudido allí para protegerse tras el discreto exterior de su casa. Hasta el *Almanaque de Gotha*[24] ha de tener su propia cloaca o su sistema de alcantarillado.
Cuando la *Mère* Kardec entraba en la habitación de Josephine, relajaba su adusto semblante y emitía un saludo del que no esperaba respuesta alguna. Si se presentaba un caso de aquella naturaleza, en el que las palabras de amabilidad salían de forma automática de la lengua de Josephine, la *Mère* Kardec no le prestaba atención. Pasaba la mano por los muebles para comprobar que los criados hubieran limpiado como es debido, palpaba la cama para ver si habían sacudido bien el colchón de plumas y miraba debajo en busca de esas inconsistentes acumulaciones de plumas, pelo y polvo que tendían a juntarse allí. Una vez satisfecha con la revisión, se interesaba con tono cortante por la calidad de la comida y, apenas oída la frase de respuesta, se excusaba y se iba.

En compensación por aquellas frías visitas, estaba la que cada semana realizaba la propia Mme. Didier, acompañada por M. Galliez. Aymar se sentaba al instante junto a la ventana. En ocasiones, se sentía afectado por la ardua ascensión de la larga escalera, y no sólo debido a la dureza de la subida, sino porque el lugar se veía con frecuencia invadido por los horribles lamentos de las mujeres que estaban de parto. Se sentaba junto a la ventana y se secaba la frente con el pañuelo. Josephine no podía apartar los ojos de su pálido y delgado rostro, de sus dedos largos y delicados, de su pañuelo de seda húmedo de sudor.

Una vez fue solo. En aquella ocasión ella se mostró tan retraída que no consiguió sacarle ni una sola respuesta clara. Al final, él se levantó para irse. Pero ella se lanzó en dirección a la puerta como para cerrarle el paso y, tomándole de la mano, le suplicó:

—¡No se vaya! ¡No se vaya todavía!
Le rodeó el cuello con sus brazos y lo abrazó con fuerza. Él le puso las manos sobre los hombros y le dijo con delicadeza:

—Vamos, Josephine, cálmate.

Ella no respondió y siguió aferrada a él. Entonces él, tomándola por los hombros, trató de apartarla de su lado. Sólo logró que retrocediera la cabeza y los ojos de ambos se encontraron. Sin saber por qué lo hacía, se inclinó y la besó castamente en los labios.

[24] Anuario publicado en Gotha (Alemania) desde 1763 con datos genealógicos de familias reinantes, gobiernos y estadísticas geográficas de las diversas naciones del mundo. (N. del T.)

—

Bésame otra vez, suplicaban los ojos de la chica. Él obedeció. Ella sacó la lengua de su boca y se la introdujo entre los labios. Su lengua caliente y húmeda le removió las entrañas. Abandonado a la repentina lujuria, se dejó caer con ella en la cama.

Abajo, ante su despacho, estaba la *Mère* Kardec como la amenaza del destino, con los brazos en jarras, los ojos mirando fijos hacia adelante. Aymar se encogió al hallarse en su presencia. Pensaba que estaba a punto de decirle algo, pero de sus labios firmes no salió ni un sonido. De hecho, no tenía intención de decirle nada, pero él, consciente de su culpa, se escabulló como un perro al que acabaran de azotar.

De vuelta a casa, decidió que sólo había una solución y era no volver a ver a Josephine nunca más. Una vez tomada aquella determinación, su conciencia se tranquilizó y su amor propio se recuperó de la ducha de agua fría que le había procurado la *Mère* Kardec.

En casa, desde el otro lado de la mesa, Mme. Didier señaló:

—Pareces cansado, mi pobre Aymar. No deberías ir más por allí.

Él logró controlar su miedo.

—Al contrario —le aseguró—, me siento espléndido. Y si la larga caminata de ida y vuelta me ha fatigado, así dormiré mejor.

Y un momento después, añadió:

—Eres tú la que pareces algo pálida, tía. ¿Por qué no te vas a pasar unos días al campo? No deberías haber abandonado los planes de tus vacaciones para este año.

Ella objetó que tal y como estaba la situación y teniendo en cuenta lo de Josephine y que, en cualquier caso, no iba a volver a su pueblo, donde solía pasar las vacaciones, todo aquello hacía imposible tomarse unos días para ir al campo. Él discutió con ella tratando de convencerla, y tan bien lo hizo, como experto panfletista que era, que consiguió su capitulación.

Dos días después tenía el placer de ver a su tía y a Françoise partir en dirección al sur. En cuanto el tren hubo dejado la estación, ya estaba montado en un coche de punto para ir al encuentro de Josephine.

Esta vez no hubo preliminares. Se agarraron el uno al otro como dos que se debaten en aguas peligrosas a punto de ahogarse.

No pudo reprimir un sentimiento de alegría cuando se enteró de que Mme. Didier no se encontraba nada bien y el médico le había aconsejado alargar su estancia en el Midi tanto como le fuera posible. ¿Qué clase de monstruo soy?, se preguntaba a sí mismo mientras se contemplaba horrorizado. Se encerró en su habitación, decidido a escribir, a trabajar en su gran obra, una obra a la que no le había dedicado ni un momento durante semanas. Miraba desde el ventanal hacia el cálido bulevar de agosto. Hombres y mujeres, caballos y coches, bañados por el sol, moviéndose deprisa en ambas direcciones. ¿Cuál era el significado de todo aquello? Su mente estaba vacía de pensamientos. El mundo entero carecía de significado. Nada salvo polvo caliente, colores que abrasaban los ojos, gente que no sabía lo que hacía.

Cambió de opinión acerca de no ir y de inmediato el mundo adquirió orden y significado. Ya en la calle, con prisas como todo el mundo, se dio cuenta de que no hacía tanto calor como había temido. Soplaba una brisa fresca. Era un día templado y agradable, como el clima que uno imagina eterno en el Paraíso.

—¿Por qué no dices nada sobre Josephine en tus cartas? —le reprochó su tía—. ¿Es que no vas a verla? Sabes que mi deseo era que estuvieras al tanto de ella.

Comprendió que había cometido un gran error. No debía despertar sospechas. Y estaba la *Mère* Kardec, que podría contarle que se había presentado allí todos los días, y algunos dos veces.

—No he olvidado tus órdenes con respecto a Josephine —escribió con astucia—. He ido a verla con frecuencia. Cuando voy a visitar a mi amigo Le Pelletier, algo que hago de vez en cuando, o cuando voy a ver al grupo al Café Palissot, entonces, y ya que de todas formas me coge de camino, suelo dejarme caer para comprobar cómo le va. Y la verdad es que se ha encontrado muy bien hasta la fecha.

Los hechos se ajustaban bastante bien a la realidad. La insinuación era una forma hábil de mentir. Se odiaba a sí mismo por rebajarse a actuar de ese modo. No podría volver a gritar: "Ese maldito padre Pitamont, ¡ese demonio vestido de cura!". Él se sentía como un granuja, sentía que había caído tan bajo, no, más bajo que Pitamont. En el club notaron que ya no lanzaba tan fieras invectivas contra los curas y los capitalistas. Había llegado a consolarse con la conclusión de que "todos somos pecadores". Era la única excusa que encontraba para sí mismo.

En cuanto a Josephine, ahora que era suyo, no lo soltaría. Ella no podía soportar su ausencia, y cuando él se tenía que ir le hacía jurar que volvería en tal y en cual fecha determinada, insistiendo en que se tiraría por la ventana si llegaba un minuto tarde.

El niño que llevaba en sus entrañas le producía molestias con sus movimientos y le impedía dormir por la noche. Pero, cuando Aymar estaba cerca, lo olvidaba por completo. El pequeño placer que para ella supuso el verse con el tratamiento de *Madame*, y sin nada que hacer, había palidecido. Para ella sólo había una satisfacción en la vida: estar con Aymar.

Mme. Didier volvió a finales de octubre. Aymar no tardó en sumirse en un estado melancólico del que nada era capaz de sacarle. Escuchaba con apatía las anécdotas de la experiencia que Mme. Didier había vivido en el sur. En dos ocasiones se arriesgó a hacerle una visita a Josephine, pero tenía los nervios tan a flor de piel por el miedo a destapar toda la sórdida relación que dejó de hacerlo a partir de entonces. La última vez, de hecho, vio a Françoise subir las escaleras mientras él bajaba. Por fortuna, ella no lo había visto todavía y tuvo tiempo de esconderse en un hueco oscuro junto al que ella pasó sin sospechar nada. Hundido por el suceso, se metió en la cama durante un día entero.

Josephine, al darse cuenta de que ya todo había acabado, e incapaz de engañarse a sí misma durante mucho tiempo con el placentero pensamiento de que tras el nacimiento del niño todo volvería a ser como antes, se abandonó como quien se vuelve loco, y amenazó tantas veces con suicidarse que, al final, la *Mère* Kardec la trasladó a una habitación cuya ventana tenía barrotes y tomó la precaución adicional de dejar día y noche una enfermera en la estancia. Y

—

ahora el bebé que llevaba dentro no dejaba de retorcerse y de patalear y no le concedía a Josephine ni un segundo de paz.

—

CAPÍTULO CUATRO

Un día de últimos de diciembre, el veintitrés para ser exactos, Mme. Didier y Aymar estaban a la mesa cenando y comían con poco apetito y conversaban sin mucho entusiasmo. Aymar se alimentaba por un vago sentido del deber, mientras que Mme. Didier, desde que era una niña, había estado acostumbrada a comerse todo lo que le ponían y terminárselo hasta no dejar nada, un hábito que a los franceses les encanta inculcar a sus hijos, quizá para desmentir la idea de que son una raza de *gourmets*. De repente, Mme. Didier se sinceró:

—¿Sabes? Estoy empezando a preocuparme.

—¿Por qué?
—Seguro que pensarás que soy supersticiosa.
—No temas —señaló Aymar con tono irónico—. ¿Tú? ¿Supersticiosa? ¡Nunca!
—No te burles, Aymar. He visto mucho más mundo que tú.
—¿Qué, por ejemplo?
—¿Crees en la Navidad?
—Claro que sí —respondió Aymar—. Todo el mundo cree que la Navidad es el veinticinco de este mes, y están completamente en lo cierto.

—Si dejas de hacer bromas tontas, continuaré hablando.

—Sigue, siempre he querido saber más sobre la Navidad.

—¿Crees que el reino animal es consciente de la llegada de la Navidad?

A pesar de su esfuerzo, Aymar sonrió:

—¿Me vas a decir que el ganado se arrodilla en los establos en Nochebuena?
—Eso es exactamente lo que te digo. Y algo más te diré: que lo he visto con mis propios ojos.

—Sin duda que lo has visto. Si alguien entra en un establo cualquier noche del año puede ver algunos animales arrodillados, o a todos, si tiene suerte.

—Sabía que dirías eso. Pero no es cierto. Y lo que es más, una noche, cuando se acercaba el nacimiento de nuestro Salvador, oí a las abejas zumbar en sus colmenas.
—Las abejas siempre zumban en sus colmenas.
—Vamos, Aymar, en pleno invierno las abejas no zumban en sus colmenas ni por asomo.

—¿Y entonces cómo es que las oíste?

—Si no me atrapas de una forma, me atrapas de otra. ¿No es así, Aymar?
Desconcertado al verse vencido, se quedó en silencio unos instantes y luego llevó la conversación de nuevo al principio.

—¿Y estás preocupada por eso?

—No, claro que no. Lo que me preocupa es que Josephine está a punto de dar a luz y lo más probable es que sea a la misma hora en que nació Nuestro Señor.

—¿Y por qué debería inquietarte? Yo hubiera pensado, muy al contrario, que tú lo verías como un motivo de alegría.

—Es porque soy supersticiosa, por llamarlo de alguna manera. Pero deja que te diga algo. Conocí a un hombre que no tuvo un buen final y de él siempre se dijo que estaba predestinado por haber nacido en Nochebuena.

—Y ni que decir tiene que todo el mundo aportó su granito de arena para que se cumpliese el pronóstico.

—¿Me incluyes a mí entre ellos? —le reprochó Mme. Didier, y continuó sin perder un segundo—. Y en nuestro pueblo, y en otros pueblos en los que la gente es temerosa de Dios, las esposas se alejan de sus maridos durante la mayor parte del mes de marzo, y una semana más o menos del de abril, para que no les nazcan niños ese día.

—Vale, ¿vas a decirme qué lógica le encuentras a ese comportamiento?

—Hablo sólo de superstición, mi querido Aymar, pero si quieres que hable de lógica, que es algo que pertenece más a tus dominios, supongo, entonces tengo que decir lo siguiente: cuando la gente cree en algo, le gusta mostrar su respeto por ello. Me he fijado en que lo primero que hacen los revolucionarios tras haber derribado un montón de estatuas viejas, es erigir un montón de estatuas nuevas, y una vez que han suprimido un montón de fiestas viejas, instituyen un montón de fiestas nuevas. Imagino que eso no te convierte en supersticioso, ¿verdad?

—Eso no demuestra nada —replicó Aymar.

—Muy bien —siguió Mme. Didier—, pero admitirás que a la gente le gusta mostrar su respeto por aquello en lo que creen, y a los que creen en la hermosa y noble vida de Cristo les gusta honrarlo. Y bien, dime, ¿es que acaso hay mejor homenaje que renunciar al contacto carnal durante la época en que la Virgen María concibió sin mácula? Dime, ¿no debe incluso alguien como tú admirar en ese acto un refinado gusto y una delicadeza en la adoración que no posee parangón en vuestra moderna y turbulenta adscripción a un líder político tras otro?

—No carece de belleza —concedió Aymar—, pero, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir tanto como todas vuestras escarapelas y banderas y discursos —se revolvió Mme. Didier—. ¿Qué queréis decir? ¿Cuántas veces se ha vertido sangre aquí en Francia para que la gente sea más feliz, para que no haya más pobres? No veo que nadie esté mejor con todas esas luchas.

—Me has dejado claro que no ves el significado de la política, pero todavía no me has dicho qué lógica hay en preocuparse porque un niño nazca en Nochebuena.

—Aymar, mi querido sobrino, ¿no te parece bastante con la desgracia de que Josephine vaya a tener un hijo de un sacerdote? ¿No basta con el insulto al cielo que acarrea el que un sacerdote sea culpable de tan terrible conducta, sin la necesidad de que a ese triste nacimiento haya que añadirle la burla hacia el nacimiento de Cristo?

Aymar se emocionó sin querer.

—Eso es una historia de Mamá Oca[25] —señaló, irritado.

—En mi opinión —continuó Mme. Didier—, Josephine era una niñita inocente, pero cuando el diablo tentó al padre Pitamont, no se olvidó de ella. Lleva dentro al diablo y lo veo cada vez que voy allí. Es peligrosa.

—Tonterías —protestó Aymar, aunque asustado, en cualquier caso. Algo turbado y más que desconcertado, deseaba acabar la conversación y, por lo tanto, se puso en pie con la excusa de que tenía que volver a sus escritos.
Se retiró a su habitación y encendió el quinqué. Pero no tenía ningún deseo de trabajar en la historia que había elegido contar, es decir, la de un hombre joven que lucha por conducir al mundo hacia la felicidad universal y que sólo logra su objetivo después de perder la vida.

Enfadado, apartó las hojas de papel.

—El mundo es demasiado grande para comprimirlo en un libro —concluyó. Luego se preguntó: ¿por qué no poseía él la capacidad para dedicarse a lo que había decidido hacer? Después de todo, la idea no era mala y la gente tampoco esperaba que él encerrase todo el mundo en un volumen. Se trataba de la décima o la duodécima idea que descartaba. Cada vez que aparecía un libro nuevo y atraía todos los aplausos de la crítica, consideraba que trataba un tema que él pensó en desarrollar en una ocasión anterior, una idea que había rechazado por una u otra mezquina razón.

Se inclinó sobre la mesa y apoyó la cabeza en los brazos estirados. Entonces, ¿Josephine iba a tener el niño en un día o dos? ¿Qué aspecto tenía, ahora, con el cuerpo hinchado al máximo? No podía imaginársela. En realidad, no era capaz de recordar su rostro. “¿Qué es lo que he amado...?”, se preguntaba como un loco, “¿...si su imagen ya se ha desvanecido?”. Lo que había amado era un calor mullido y pegado a él, una ternura y una vivacidad. Y ahora iba a tener un niño y a quejarse como aquellas otras a las que había oído mientras subía la escalera de la Maternidad de la *Mère* Kardec. Se sorprendió pensando en aquel niño, pensando en él con afecto y deseando que fuera su hijo. Deseando que él, el niño y Josephine fueran una familia.

A última hora de la noche, Françoise regresó de la casa de la *Mère* Kardec.

—¿Bien? —preguntó Mme. Didier.

—Nada todavía —informó a su señora.
—Muy bien, Françoise, vamos, date prisa o no tendremos sitio en la misa del gallo. Y tú, Aymar, ¿no vienes?
—Creo que no, tía —respondió entre dientes, con la mente ocupada en un plan temerario. Mientras estuvieran a buen recaudo en la iglesia atestada, él haría una visita a la casa de la *Mère* Kardec y estaría de vuelta antes que ellas.
Apenas habían salido cuando él ya se apresuraba en dirección a la Maternidad. De sobra conocido por todos los criados, no tuvo problema en acceder al interior, a pesar de lo

[25] *Historias de Mamá Oca*: libros populares para niños en Francia, con historias recopiladas a lo largo de diversas épocas desde el siglo XVII. (N. T.)

intempestivo de la hora, y subió las escaleras tan rápido como sus maltrechas piernas se lo permitieron.

Una mujer que salía afanosa de la habitación de Josephine con un cubo de agua teñida de rojo, lo dejó paralizado. El primer pensamiento que golpeó su mente fue que Josephine había muerto entre terribles sufrimientos. Cuando la mujer volvió con el cubo lleno de agua fresca, pidió que le dieran alguna noticia, pero ella se limitó a sonreírle y entró cerrando la puerta rápidamente antes de que él pudiera distinguir bien lo que había en el interior. Había logrado ver, no obstante, a la *Mère* Kardec y a un hombre, el médico, claro está, ya que, aunque la *Mère* Kardec era una hábil comadrona, siempre llamaba a un médico.

Aymar esperó durante lo que le parecieron horas. En vano intentaba su mente interpretar los sonidos que oía, las frases bruscas, el borboteo del agua, los pies que se movían de un lado para otro. De repente se produjo un grito desgarrador, un interminable y espeluznante chillido que iba más y más en aumento, que cada vez se hacía más y más agudo, hasta que de pronto se detuvo en un profundo y oscuro gorjeo, como si todo aquel descomunal ruido hubiera sido succionado por la tubería de un desagüe. El silencio que siguió era tan intenso que el tembloroso Aymar podía oír las oraciones de la gente en la iglesia al otro lado de la calle. Era posible percibir con nitidez hasta el tintineo de la campana que anunciaba el milagro de la transubstanciación del pan y del vino en cuerpo y sangre. Y justo entonces un nuevo sonido salió de la habitación: los chillidos y los lloriqueos más extraños y peculiares que puedan darse. Acto seguido, se produjo esa mezcla de instrucciones rápidas, chapotear del agua, repiqueteo de cacharros, todo sordo y apagado, como oído en sueños.

La puerta se abrió de repente y por ella salió un hombre alto. Aymar se pegó a la pared como si deseara hundirse en ella. Pero el hombre alto lo había visto.

—Así que usted es el afortunado padre, ¿no es así?

—Sí —balbuceó Aymar.

—Bien, permita que sea el primero en felicitarle por el nacimiento de un hijo.

—¿Está muerta? —susurró Aymar.

—¿Quién? ¿La madre? —se rió con satisfacción profesional—. Nunca he tenido un caso más sencillo. Se deslizó como un gatito. El trabajo sería un paseo de placer para mí si fuera siempre así de fácil.

—Pero el grito...

—Es inevitable que haya algún dolor; por supuesto. Es mejor no verla ahora. Está dormida. Vuelva por la mañana.

Y con una amistosa palmada en el hombro, se olvidó de Aymar y bajó a toda prisa las escaleras.

Y Aymar, al recordar de pronto el poco tiempo que tenía si quería volver antes de que Mme. Didier y Françoise regresaran de la misa del gallo, siguió sus pasos.

Apenas terminaba de sentarse en su sillón favorito ante el ventanal, cuando oyó un ruido en la puerta y entraron Françoise y Mme. Didier.

—Ha sido maravillosa —comunicó Mme. Didier.

—

La pregunta natural de Aymar en esos casos se le atascó en la garganta. Todo lo que le salió fue un borboteo. Mme. Didier lo miró con gesto de sospecha. El recuperó la calma y preguntó:

—¿El qué?

—La misa, qué iba a ser —respondió ella—. El sermón ha sido muy emocionante, conmovedor. Una podía imaginar que estaba presenciando de verdad el Nacimiento... Pero, ¿qué te sucede, Aymar? Dios mío, ¡tienes la cara del color del queso!

—Estoy algo cansado —contestó con la mayor tranquilidad que pudo—, Creo que me iré a la cama.

—Me estás evitando —replicó Mme. Didier con dureza—. Dime ahora mismo dónde te duele. Lo que necesitas es una buena tisana o un ruibarbo.

—No, no —protestó él—. Estaré bien por la mañana.

Ella negó con la cabeza.

—No te cuidas nada —declaró—. Tendré que vigilarte más de cerca.

Él se estremeció.

—Quizá —continuó ella— debieras tomarte unas vacaciones tú también. La verdad es que no has salido de París en más de un año y esta ciudad, con más farolas de gas cada día, se está poniendo realmente irrespirable. No es extraño que todo el mundo, en especial las mujeres, estén siempre desmayándose. Cuando yo era niña, a las mujeres se las consideraba tan fuertes como a los hombres. Vaya, me estoy olvidando de ti con tanto pensar en mi niñez. Está claro que empiezo a chochear como una vieja. Espera, voy a traerte un poco de ruibarbo.

Se sometió sin resistencia al ruibarbo porque no tenía valor para discutir con ella.

Por la mañana temprano ardía en deseos de salir, pero ni Françoise ni Mme. Didier parecían tener la menor intención de ir a la casa de la *Mère* Kardec. Su tranquilidad lo irritaba. ¿Cómo podían estar dedicándose a sus asuntos de un modo tan imperturbable? Estaba claro, las mujeres no tenían corazón. El grito de Josephine aún resonaba en sus oídos como lo había hecho a lo largo de toda la noche. Durante toda la noche había revivido los sonidos de su reciente experiencia. Oía el repiqueteo de los recipientes llenos de agua. Oía la fuerte y agradable voz del médico al interrumpir el grave tono de la *Mère* Kardec. Vio a la mujer salir corriendo con aquel horrible cubo de agua rosácea en la que creyó recordar la visión de vetas de un rojo intenso formando remolinos. Sintió un escalofrío. Estaba dejando volar demasiado la imaginación. Por fin oyó a Mme. Didier gritar:

—¡Françoise! ¡Françoise! ¿Cómo nos hemos podido olvidar?

Él respiró aliviado. Iba a proponer acompañarlas en cuanto sacaran el tema de ir a ver a Josephine. Pero su tía siguió hablando:

—Hay un montón de ropa sucia en el arcón. Ahí es donde deben de estar esas sábanas.

Con profundo disgusto oyó a las dos mujeres salir disparadas hacia el arcón y abrirlo entre exclamaciones de sorpresa. Se rieron y hablaron acerca de lo que veían y tanto les divertía, diciendo una y otra vez, hasta que Aymar pensó que le iba a dar un ataque de furia:

—¿Cómo nos hemos podido olvidar...? Nunca pensé... No sé en qué estaré pensando...

—

A mediodía, se reveló el motivo de la falta de interés de las mujeres.

—Bueno, me he quitado un peso de encima —indicó Mme. Didier a Françoise mientras ésta servía la sopa.

—*Oui, madame* —asintió Françoise.

—¿Qué peso te has quitado? —preguntó Aymar.

—Pues que no hemos tenido noticias de la *Mère* Kardec.

—¿Esperabas noticias de ella? —acertó a decir Aymar, adivinando de pronto lo que significaba aquello.

—Claro, le dijo ayer a Françoise que, si sucedía algo durante la noche, enviaría un mensajero por la mañana. Bien, mis peores temores se han esfumado. No será un niño de Navidad.

A Aymar lo consumía la indignación.

—La sopa está terriblemente caliente —se quejó, irritado—. Pensaba haberte dicho un montón de veces que me enfríes la sopa, Françoise.

—*Oui, monsieur* —admitió ella, visiblemente molesta y, mientras se alejaba deprisa y con todo el cuerpo temblando de ira, no pudo evitar añadir:

—La última vez fue hace tres años.

—¿Cómo puedes ser tan grosero? —le reconvino Mme. Didier, que también se había enfadado.

—¡UF! —exclamó, demasiado fuera de sí como para pensar en nada mejor. Y lo peor era que él mismo sabía que había actuado de un modo equivocado.

—Bueno, tú eres aquí el único culpable, y cuanto antes arregles las cosas con ella, mejor.

De modo que no le quedaba más solución que ir a la cocina y engatusar a Françoise para devolverle el buen humor. Ello implicaba un río de lágrimas y muchos recuerdos por parte de ella acerca de los treinta años que llevaba con la familia y cómo había cogido en brazos a *Monsieur* cuando sólo era un bebé y cuántas veces le había lavado la ropa sucia debido a la debilidad de Mme. Galliez, que no siempre podía permitirse una criada para que la ayudase, y muchos otros detalles, *ad nauseam*.

Aymar se vio obligado a decir:

—Lo sé, tú y mi tía habéis sido más que una madre para mí.

Se vio obligado a decirlo: obligado no porque no fuese verdad, no porque no apreciara lo que aquellas dos mujeres habían hecho por él, sino porque hay clases de gratitud que a un hombre le resultan embarazosas.

En cuanto hablaron de acercarse a la casa de la *Mère* Kardec, Aymar declaró que iría con ellas. En unas visiones disparatadas, se veía a sí mismo adelantándose a las mujeres con cualquier excusa para avisar a la *Mère* Kardec de que no dijese una palabra de su visita la noche anterior,

porque era más que evidente que la única razón por la que no había enviado al mensajero, era porque imaginaba que él comunicaría la noticia a las señoras.

Pero no se le presentó ninguna oportunidad de adelantarse a las mujeres, y, en cuanto a lo de una excusa convincente, su mente, por mucho que la torturase, no produjo una sola idea válida. De modo que se limitó a caminar en aquel templado día de invierno y trató por todos los medios de aparentar despreocupación mientras viajaba al encuentro de su destino. Porque era inevitable que su visita de la noche anterior saliera a la luz, y con ella toda su secreta relación, la misma que anhelaba retomar y en la que, sin embargo, no era capaz de pensar sin repulsión.

La *Mère* Kardec saludó a las señoras con su adustez habitual, sólo suavizada lo suficiente para decir:
—Verán a *Madame* amamantar a su bebé por primera vez.

Françoise y Mme. Didier, al unísono, exclamaron:
—¿Qué? ¿Su bebé? ¿Cuándo ha tenido el niño? ¿Por qué no envió un mensajero como nos prometió?
Aymar miraba tranquilo, como si el asunto no le interesara, aunque hubiese agradecido que la tierra se abriese proverbialmente bajo sus pies para tragárselo entero.

La *Mère* Kardec no dijo más que lo siguiente:

—Pero yo pensé que *Monsieur*...
Incluso antes de acabar la palabra *Monsieur*, se contuvo, y en lugar de dar explicaciones, pidió excusas. Los años de experiencia le habían enseñado que pedir perdón una sola vez valía por una docena de explicaciones.
Las señoras, sin embargo, no esperaron a muchos perdones, sino que se apresuraron escaleras arriba, seguidas por el sudoroso, aunque feliz, Aymar. Se había salvado tras estar al borde del precipicio. No obstante, esa tarde regresaría a casa como un hombre decepcionado. Aún le aguardaban dos duras experiencias.
No le importó que Josephine no lo mirase más que una vez. Ya contaba con eso debido a la presencia de Mme. Didier y de Françoise. Pero no estaba preparado para aquel bebé. Educado con la convicción de que los recién nacidos eran como los que se ven con las Madonnas en las pinturas italianas, o como los que aparecen pintados en los lienzos de Greuze[26], se smtió horrorizado por el escuálido, peludo y arrugado pequeño monstruo con trazas de araña que Josephine apretaba cariñosamente contra su pecho. En cuanto a las damas, estaban extasiadas.

Cuando los tres ya se habían despedido y empezaban a bajar las escaleras, Aymar dijo de pronto que se había dejado un pañuelo, aunque lo tenía en su bolsillo. Y antes de que Françoise se ofreciese a ir a por él, subió con rapidez las escaleras y entró de nuevo en la habitación. El pequeño estaba de nuevo en la cesta y Josephine, sin duda, era libre para darle el rápido y apasionado abrazo que él esperaba. O al menos, considerando que ella aún no se viera recuperada, una mirada de ternura y de promesas.

[26] Pintor francés del siglo XVIII con inclinaciones moralistas. (N. del T.)

—

Todo lo que recibió fue una tranquila pregunta acerca del motivo de su regreso. Y los ojos de ella, que antes habían brillado con ardor, ahora eran charcos de cariño maternal, sin significado alguno para él. No podía dejarla así. Se detuvo y empezó a decir:

—Bien...

—¿*Qoui*, *Monsieur*? —preguntó. El *Monsieur* le había salido sin querer. Lo había recuperado de forma natural junto con su cambiada actitud. Pero para él fue la repentina revelación de que ya no era su dama, sino su criada. Con aire pensativo, cerró la puerta y siguió a su tía escaleras abajo.

Una vez en casa, Aymar tuvo el valor de tomarle el pelo a su tía con respecto al terrible destino de los niños nacidos en Nochebuena. Lo cierto es que él mismo en parte estaba dispuesto a creer que había algo mágico en todo lo que le había sucedido. No cabía duda alguna, lo habían embrujado. ¿Es que podía haber otro motivo que lo hubiera llevado a una relación de aquella índole, justo en el umbral de la casa de su tía, por así decirlo, no, en realidad en su propia casa? Y Josephine, ella también era víctima del hechizo. Y ahora el hechizo se había roto. Él también sentía que ya no estaba bajo ningún encantamiento. Ahora podría quedarse en casa y seguir con su libro. Tendría la posibilidad de interesarse de nuevo por el partido de oposición al que pertenecía. Invadido por sus pensamientos particulares, no oía más que a medias a su tía que le decía:

—Ojalá pudiera deshacerme de mis temores. Pero confieso que sigo preocupada.

—El niño parece una maraña espantosa —se rió Aymar.
—Los recién nacidos no suelen ser muy guapos. Lo que es curioso de éste es que era capaz de levantar la cabeza el primer día de su vida. Nunca había visto ni oído una cosa así antes. Pero Françoise dice que ella sí.
—Eso no es razón suficiente para creer que el pequeño está destinado a que lo cuelguen.

—La verdad es que no hay razón para pensar nada, si me permites decirlo. Pero tengo un presentimiento. Y, francamente, me siento intranquila.
—Bueno, ya veremos —señaló Aymar, quitándole importancia al asunto.
—Puede que sí y puede que no. Quizá no lo veamos nunca más.
—¿Por qué?

—Porque lo van a enviar a Bretaña, a casa de la cuñada de la *Mère* Kardec, y nosotros nos traeremos a Josephine si sigue comportándose bien, de otro modo la enviaremos de vuelta al pueblo. Así terminaremos con este asunto.
Aymar se enfrentaba a todo aquello con una suprema indiferencia. Un hecho que lo sorprendió. ¿Qué? ¿Era posible que hubiese cambiado tan rápido?
Mme. Didier estuvo ocupada los días siguientes. Compró una buena canastilla para el bebé y se ocupó de obtener un certificado de nacimiento en condiciones, uno que no comprometiera ni a la Iglesia ni a ella. Antes de hacer el certificado, hizo una visita a la iglesia en la que Pitamont había sido sacerdote. Habló con el sacristán como si su única misión al presentarse allí fuera organizar el bautizo del niño. La verdad es que tenía otra razón. Nunca había sabido,

o había olvidado, el nombre de pila de Pitamont. A pesar de todo, el niño debía llevar su nombre como Dios manda. Por casualidad, dijo:

—He oído que el padre Ernest Pitamont ahora oficia en Nîmes.

El papel que ella había tenido en su traslado no era conocido.

—¿Se refiere usted al padre Bertrand Pitamont? —inquirió el sacristán.

—Por supuesto —respondió ella.

Unos días después, el niño fue debidamente bautizado. Aymar tuvo que hacer de padrino y ponerle el nombre de Bertrand Aymar. Su apellido fue Caillet, el supuesto y mítico marido de Josephine que se encontraba muy lejos en un viaje por mar.

De vuelta de la iglesia, Mme. Didier no se anduvo por las ramas:

—Bien, Josephine, te dejaré escoger. Puedes volver al pueblo o quedarte aquí.

—Supongo —contestó Josephine— que si vuelvo a casa la gente se reirá de mí por haber tenido un bebé, ¿verdad?

—No es necesario que sepan que has tenido un bebé, porque al niño lo enviaremos a Bretaña para que lo cuiden.

—Entonces, prefiero quedarme aquí —afirmó ella—, porque quiero estar con mi bebé.

—Pero tampoco puedes quedarte aquí con tu niño —le explicó Mme. Didier—. No podemos tenerlo aquí en la casa.

—Pues volveré a casa con el bebé.

—Pero, hija mía, piensa a lo que te expones. ¿Y cómo te ganarás la vida? ¿Qué le dirás a la gente cuando te pregunten que cómo es que has tenido un niño?

—Entonces, *madame*, les diré la verdad —respondió ingenuamente.

Esto le dio que pensar a Mme. Didier. La verdad era lo que ella no quería que se supiera. ¿Qué pensarían de ella en el pueblo cuando se enterasen de que su criada había tenido un hijo ilegítimo como consecuencia de haberla enviado a un recado a la iglesia? ¿Y qué hay del hecho de que ella hubiese hecho tan poco por obligar al padre Pitamont a cumplir con su responsabilidad? Sucediese lo que sucediese, no quería que esta historia fuese la comidilla de las cotillas de su pueblo. Se sentó y reflexionó unos instantes. Si echaba a la chica, sólo Dios sabía cómo regresaría volando aquel asunto al umbral de su puerta otra vez. Dondequiera que fuese, eso estaba claro, Josephine siempre podría vincularla a ella, a Mme. Didier, con su situación.

Era terrible, pero el vínculo estaba ahí, después de todo, y no era posible negarlo. Es sólo que resultaba ridículo aparecer como responsable de las faltas de otra persona. Por tanto, si metía a Josephine en una institución de cualquier tipo, no evitaría de nuevo el papeleo, y de ese papeleo ya había tenido Mme. Didier bastante en los últimos días y no quería más. De pronto tomó una decisión que, teniendo en cuenta que era algo obligado, no fue difícil de tomar.

—De acuerdo, por el momento puedes quedarte aquí —se resignó. A fin de cuentas, las cotillas de todo el *arrondissement* conocían la historia incluso con más detalles que ella misma. Además, no se trataba más que de caridad cristiana el seguir ocupándose de un accidente en el que ella tampoco estaba exenta de culpa. Sí, sólo era caridad cristiana. Se aferró a esa expresión. Se la repetía a sí misma cuando se encontraba con alguna persona del barrio ante la cual, de otro modo, se hubiese sentido atemorizada, y con la repetición mental de aquella frase salvadora halló la fuerza para ir con la cabeza alta y hablar sin miedo.

Hay que reconocer que la movía algo más que la resignación a su deber como cristiana. No le hubiera sido posible vivir en la misma casa con un bebé y no sentir esa extraña influencia que los bebés no tardan en ejercer sobre quienes los ven con frecuencia. Esa influencia, que de forma natural atrapa en primer lugar a la madre, va trepando hasta que se pega a todos los que están a su alcance. Al igual que la hiedra cuyos tentáculos se adhieren con fuerza a todo aquello con lo que entran en contacto.
El pequeño Bertrand era ciertamente un bebé modélico. Nunca lloraba. Por la noche dormía hecho un delicioso ovillo. Cuando se despertaba de las largas siestas a lo largo del día, respondía alegre a todos los que se inclinaban sobre su cuna y le hablaban. Todo el rostro se le contraía al sonreír. Sus tiernos ojos castaños brillaban de contento. Abría la boca y de su garganta dejaba escapar un tenue borboteo de puro gozo.

Su salud era similar a su estado de ánimo. Se llenaba la tripa a los pechos de su madre y cuando lo destetaron se comía todo lo que le daban y le sentaba de maravilla. Crecía a buen ritmo y los dientes le salieron sin problemas. Seguro que nadie desearía un niño mejor. Pero estamos yendo demasiado rápido.

Cuando Aymar, que de todos los ocupantes de la casa era el menos interesado en los progresos del niño, veía a su tía haciéndole cucamonas al bebé de esa manera tonta que resulta incomprensible para los que no la comparten, entonces se burlaba de sus antiguos temores.

Un día se dirigió a él de forma brusca.

—Más tarde hablaré contigo.

Aquella tarde, una vez que la casa se quedó en silencio, cuando Françoise y Josephine se habían retirado a la habitación que compartían con el niño, habló con su sobrino y se desahogó contándole todo lo que había ido observando.

—Estoy lejos de haberme desembarazado de mis recelos —comenzó—. La verdad es que estoy más segura que nunca de que Bertrand no es un niño normal.

—¿Te refieres a que nunca llora? Quizá sea mudo —sugirió Aymar—. Me han dicho que muchos niños nacen mudos.

—Sí —admitió ella—, puede que sea mudo. No lo sabremos hasta dentro de unos cuantos meses, es decir, cuando le llegue el momento de empezar a hablar. Aunque yo creo que va a resultar normal en lo que a eso se refiere.
—Entonces, ¿de qué sigues teniendo miedo?
—¿No te has fijado en sus ojos?

—

—Sí, son muy bonitos, diría yo.

—Bueno, no hablo tanto de sus ojos como de sus cejas.

—¿Qué pasa con ellas?

—Las tiene muy pobladas y están unidas a la altura de la nariz.

—¿Y qué deduces de eso?
—En nuestra tierra eso era señal de naturaleza inferior.
—Otra superstición —concluyó Aymar—. Puede que no sea más que de herencia.

—Ahora que me lo has recordado —señaló Mme. Didier—, el padre Pitamont tenía las mismas cejas.

—Como yo decía. De tal palo tal astilla.
—Ahí precisamente está el problema. Temo que termine teniendo su misma personalidad incontrolable.

—Bien, eso aún nos queda muy lejos —se reía Aymar de la imagen que súbitamente le llegó a la mente, con el pequeño Bertrand tratando de cometer una violación—. ¿Y qué más ves?

—Algo mucho más terrible. Tan extraño que ni yo misma lo he visto nunca, aunque he oído a los viejos hablar de ello como de la más segura y terrible de todas las señales que indican que un alma pertenece al diablo.

El tono de su voz había descendido tanto que Aymar tuvo que inclinarse hacia delante para oírla, sobre todo si se tiene en cuenta la fría tormenta de marzo que azotaba el doble ventanal. Se emocionó sin querer y, o bien por las palabras de su tía, o bien por una corriente helada que había encontrado una grieta en la ventana y le daba en la espalda, un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¿Y bien? —le urgió.

—Recuerdo que cuando era pequeña mi abuela solía contarme historias de los bosques y de los monstruos que vivían en ellos. El jinete sin cabeza, que provoca la locura en quienes lo ven; el árbol en el que los mercenarios suecos colgaron a cinco hombres. Sus almas siguen en el árbol y por eso no se secará nunca hasta el Día del Juicio. El ciervo blanco que viene una noche al año para buscar su compañera, que debe ser una chica joven y pura.

—A los niños no les deberían contar esas historias —fue el comentario de Aymar.

—A veces, es lo que solía decir mi abuela, a las fiestas del pueblo venían unos hombres a los que no se había visto antes y nunca se los volvería a ver. Son hombres del mar y buscan una presa que arrastrar hasta sus moradas subacuáticas. Se los reconoce porque siempre llevan los dobladillos de la ropa algo mojados y sus manos suelen tener membranas. Tienen los dientes afilados y puntiagudos. En ocasiones, son lobos de las montañas. Se sabe por el pelo que les crece en la palma de la mano.

En el silencio que siguió a sus recuerdos, añadió:

—

—Bertrand tiene pelo en las palmas de las manos.

La fría primavera con sus incesantes lluvias y el frío habían sido excesivas para Mme. Didier, cuya salud se había deteriorado con las tribulaciones de los últimos años: la muerte de su marido, los terribles días del año 48, cuando encontró a Aymar herido en un hospital, y este último acontecimiento, la traición del padre Pitamont y la desgracia de Josephine, algo que tuvo que sumar a su carga.

Un día había estado realizando diversas compras. La mañana había sido magnífica. Se notaba un hálito de primavera en el aire y el cielo era de un azul delicioso, con esa claridad y frescura que sólo tiene el azul después de un largo y duro invierno, cuando la naturaleza parece haberse purgado de su vileza. Pero en el escaso espacio de una hora en que ella había estado en una tienda mirando telas, el tiempo empeoró de forma súbita. El cielo se nubló, se levantó un viento frío y las calles no tardaron en verse barridas en diagonal por cortinas de agua. La espléndida mañana se había convertido en una tarde de perros.

Al salir de la tienda, Mme. Didier comprobó lo malo que se había puesto el tiempo. Pidió un taxi, pero era imposible encontrar uno vacío. Esperó dentro, con la esperanza a cada momento de que amainase la lluvia, aunque daba la sensación de que no hacía más que arreciar. El cargado ambiente de la tienda, surcado por corrientes de aire frío que venían de todas las rendijas de la puerta, comenzó a afectarla. Tan pronto tenía frío como calor. En la garganta le apareció una hinchazón blanda y dolorosa. Quería volver a casa inmediatamente y hacer que Françoise le preparase una tisana caliente mientras ella se metía en la cama. Eso siempre la dejaba como nueva.

Por fin se decidió a desafiar al tiempo hasta el bulevar y más allá coger un taxi o refugiarse en un café para tomar algo caliente. Se subió el cuello de su abrigo de astracán, salió a la calle con la cabeza agachada contra la lluvia torrencial. No había dado más de dos pasos tras cruzar la puerta cuando se resbaló cayendo en un charco de agua. En un santiamén se encontraba empapada hasta los huesos. La gente tuvo la amabilidad de ayudarla a levantarse y a encontrarle un coche de punto para que así llegara a casa cuanto antes.

Durante cuatro días se debatió entre la vida y la muerte. Al final, su fuerza de campesina, no del todo desaparecida en su larga existencia en la ciudad, llegó en su rescate y fue mejorando. En el tiempo que duró su enfermedad estuvo añorando con nostalgia al bebé. Pero temía contagiarle de alguna manera y, por consiguiente, había prohibido que lo llevaran a la habitación. Françoise y Aymar, sin poder acercarse al niño, tenían el encargo de darle noticias de lo que hacía, noticias que ellos a su vez obtenían de Josephine. La casa se dividió en dos bandos que se comunicaban a distancia. Llegó el momento en que notó que sus dolencias habían quedado por fin atrás. Era un día agradable de auténtica primavera, no como aquel día traicionero que la había hecho enfermar. Las ventanas estaban abiertas de par en par y las cortinas se movían con la suave brisa.

—Hoy —comunicó a Françoise y Aymar—, me traeréis a Bertrand aquí.

—Le hará bien verlo —admitió Françoise con lágrimas en los ojos—. ¿Y se me permitirá a mí verlo también, ahora que usted está tan recuperada?

—

—Por supuesto, por supuesto, mi buena Françoise. Qué bruta soy, me había olvidado por completo de que tú tampoco podías verlo. Ven, dame un beso ahora mismo y di que me perdonas. Ahora date prisa y tráemelo.

En aquel instante se dieron cuenta de un extraño sonido. Un sonido de ahogo, un aullido, un sollozo, indescriptible. Mme. Didier y Françoise se miraron sorprendidas. Entonces Françoise salió a toda prisa. Aymar preguntó:

—Qué demonios es eso?

El ruido iba en aumento, era más intenso, retumbaba más y era menos ahogado. Josephine vino corriendo con Françoise.

—*Madame* —gritó—, ¡es Bertrand! Debe de estar terriblemente enfermo. Oh, mande a buscar a un médico rápidamente.

—El médico estará aquí enseguida —replicó Françoise—. Debe de ser él el que está llamando a la puerta.

Corrió a abrir al Dr. Robyot, que venía a hacer su visita diaria a Mme. Didier.

—No apruebo que mis pacientes tengan perros en casa —fueron sus primeras palabras a modo de comentario de los tristes aullidos que llenaban el apartamento.

—*Oui, monsieur* —asintió Françoise mientras le temblaban brazos y piernas, y lo guio hasta la alcoba de *Madame*.

—Ah, bien, la paciente tiene hoy muy buen aspecto —afirmó con alegría y tomando el pulso en la mano de *Madame*—. Debería usted levantarse y hacer un poco de ejercicio. Pero no demasiado.

—Yo no soy la paciente hoy —aclaró Mme. Didier con aire serio —sino el bebé de *Madame* Caillet, que parece estar sufriendo terriblemente. ¿No lo oye?

El médico, bastante sorprendido al descubrir que aquellos sombríos sonidos procedían de un bebé y no de un perro, fue de inmediato a las habitaciones de atrás con Josephine y regresó poco después.

—No veo ningún problema en el pequeño. Al contrario, parece sano desde todo punto de vista. Algo asustado o un acceso histérico, quizá. ¿Le ha asustado alguien?

—No —aseguró Josephine—. Lo sé porque soy la única que lo ha estado viendo desde que *Madame* se puso enferma.

—Bien, le recetaré una dosis de calmante que lo tranquilizará. Y cuando se despierte, sospecho que habrá olvidado lo que le da miedo.

—Pero es que ese ruido es absolutamente terrorífico, *monsieur le docteur* —repuso Mme. Didier.

—Se le pasará en cuanto se tome esto —replicó el médico—. Entretanto, lo mejor será que cierre las puertas para que a usted no la moleste. Recuerde que debe tener mucho cuidado. Ha estado gravemente enferma. No lo olvide.

Al momento todas las puertas se cerraron y sólo llegaba un débil sonido a la alcoba de Mme. Didier. Incluso eso dejó de oírse pronto, porque Josephine había regresado con el brebaje

necesario y el bebé se había sumido en un profundo y silencioso sueño. Mme. Didier se levantó y se sentó cerca del ventanal en una butaca frente a Aymar. Colocó su delgada mano de sedosa piel pálida veteada de venas azules sobre la rodilla y declaró:

—Has sido un buen hijo para mí, Aymar. Es agradable estar sentada frente a ti.

Él hubiera querido decir: “Tonterías”, con la brusquedad apropiada para la ocasión, pero las palabras se le hicieron un nudo en la garganta. Unos instantes más tarde logró sugerir:

—Ahora tienes que cuidarte y no hacer el tonto saliendo otra vez a comprar telas cuando el tiempo es tan malo.

Ya por la noche, él se sentó junto a su lecho y ella le recordó las travesuras que solía hacer cuando iba a su casa del pueblo en los veranos. Un tenue ruido que iba poco a poco en aumento empezó a inquietarlo. Era evidente que el bebé se había despertado y se había puesto a llorar de nuevo. Menos mal que todas las puertas que lo separaban de ellos estaban cerradas. Al parecer, su tía no se había percatado del renovado aullido del niño. Para asegurarse de que su mente no dejara de ocuparse de los recuerdos, decidió hacerle preguntas adecuadas para ello:

—Tengo un vago recuerdo de algo relacionado con un erizo; ¿cómo fue?

—Ah, eso fue muy divertido —empezó a contar con brío cogiéndole la mano—. Tú siempre habías querido tener un erizo y no te dejábamos. Entonces, al volver un verano, encontramos la casa infestada de cucarachas. Eso era cuando teníamos a aquel guarda perezoso y a la borracha de su mujer. ¿Te acuerdas de ellos?

—No muy bien —respondió él—. ¿Qué edad tenía yo? ¿Cuatro años?

—Te faltaba un mes o dos para cumplir los cinco, creo. Ah, sí, estoy acordándome de tu quinto cumpleaños como si hubiese sido ayer. Fue aquel mismo verano. Pero deja que te cuente lo del erizo. Le estuviste dando la murga a tu madre con lo de tener un erizo de mascota. Sólo Dios sabe de dónde sacaste esa idea. En cualquier caso, cuando volvimos y nos encontramos la casa plagada de bichos, tú aseguraste que los erizos se los comerían a todos. Ni que decir tiene que no te creímos, pero tú no dejabas de insistir. Aunque si no lo llegamos a sacar al jardín, me parece que las cucarachas se lo hubieran comido a él entero, porque lo cierto es que no tocó ni una. Sí, también recuerdo que...

Su mente estaba tan ocupada escuchando el extraño aullido del bebé que, por un momento, no se dio cuenta de que su tía había dejado repentinamente de hablar. Lo primero que se preguntó fue: ¿por fin lo había oído ella también? Se trataba de un sonido espantoso, más parecido al aullido de un perro trastornado por la luna en una granja solitaria que al llanto de un bebé humano. No, no lo había oído, estaba dormida. Apenas había pensado esto cuando un gran temor se apoderó de él. Un temor tan descabellado que se levantó horrorizado de la silla. Su mano, antes sujeta por la de su tía, se soltó al instante de ella. Se quedó inmóvil durante un segundo sin saber qué hacer y, acto seguido, salió corriendo.

En el salón junto a la cocina se encontró con Josephine.

—Estaba a punto de darle otra dosis y se ha callado él solito. Ahora está bien. No sé qué pensar, *monsieur*, espero que al menos no haya despertado de su sueño a *Madame*.

—

—No —señaló él sin ánimo—. *Madame* está muerta.

—

CAPÍTULO CINCO

En su informe no oficial sobre Bertrand Chaillet, Aymar Galliez dedica poco espacio a un asunto que, de haber sido otras sus intenciones, sin duda hubiese tratado de forma más extensa. Al parecer, durante los peores días de la enfermedad, su tía había llamado al notario y había hecho testamento. En él dejaba todas sus propiedades a su sobrino Aymar, con dos condiciones, a saber, que siguiera velando por el bienestar de Françoise y Josephine y del pequeño Bertrand. La otra condición era que realizase estudios eclesiásticos y se preparase para tomar los hábitos. Es fácil reconstruir la escena de la lectura del testamento. El notario de Mme. Didier era Le Pelletier, un hombre todavía desconocido pero destinado en breve a convertirse en un personaje al mismo tiempo odiado y amado. De hecho se trataba de un conocido de Aymar, con quien había coincidido en diversos grupos radicales[27]. Le Pelletier era un hombre de aspecto poco atractivo, pequeño, moreno, estaba como arrugado, sucio y como si alguna fuerza vengadora lo hubiera arrojado a las cloacas de la sociedad. Se trataba de un sólido argumento para sustentar esa afirmación, con frecuencia repetida, aunque nunca probada, de que las filas de los revolucionarios se nutren de quienes han sido maltratados por el destino, de los fracasados en la vida y en el amor. Le Pelletier le dedicaba poco tiempo a su profesión, ya que estaba casi siempre en la Biblioteca Nacional, donde reunía material para su historia y loa en dos volúmenes del período del Terror, una obra cuya publicación, en una época en que la Revolución Francesa era altamente impopular, suscitó gran polémica y a él le granjeó la gloria de ser condenado a prisión. Una vez finalizada la lectura del testamento ante Aymar, se inclinó hacia delante y le dijo con aire malévolo:

—Así que te vas a hacer cura, ¿eh?

Aymar se había quedado de piedra.

—¿Cómo puede haber sido tan cruel mi tía? —fueron sus primeras palabras—. Ella conocía mis ideas.

Maître Le Pelletier se frotó una frente siempre arrugada y sugirió con un aire astuto:

—Puede haber alguna que otra manera de sortear la situación.

—¿Cómo? —preguntó Aymar, entusiasmado.

—El plazo, por ejemplo —señaló Le Pelletier.

—¿El plazo?

—Sí. ¿Qué importancia tiene un testamento que no establece un plazo de tiempo? Puedes alargar tus estudios para el sacerdocio hasta el día del Juicio Final. Y si resulta que te mueres y deseas hacer tu propio testamento, ¿quién te lo va a impedir? Simplemente te fue imposible cumplir con las exigencias de tu tía a lo largo de la vida y así puedes disponer de tu fortuna a voluntad.

—Es un fastidio —se lamentó Aymar—. Odio tener que valerme de un engaño así. Sobretodo cuando lo tendré que mantener durante años. Es un consuelo saber que no viviré demasiado.

[27] Los clubes políticos, prohibidos con gran dureza en ese momento, seguían funcionando bajo La apariencia de casuales reuniones de café.

—

—Vamos, anímate —le pidió Le Pelletier—. Después de todo, ¿qué te supone? Pronto te habrás olvidado. Lo único que no puedes hacer es casarte. Aunque hasta para eso se puede encontrar una solución, y puede que sea lo mejor en lo que a ese tema se refiere. No tienes más que declarar que no puedes cumplir las condiciones del testamento de tu tía y a continuación te conviertes en heredero como pariente más próximo y sin ningún testamento de por medio que te haga la pascua.

Aymar pensaba en lo que dirían sus amigos, conocedores de sus pasados y duros pronunciamientos anticlericales, cuando descubrieran que se había unido a la Iglesia. Él no estaría entre ellos, pero tendría que cargar con esa vergüenza hasta el fin de sus días.

—No tienes que agradecerme que el testamento no sea peor de lo que es —indicó M. Le Pelletier—. Como me exige mi profesión, previne a tu tía de que no tenía utilidad alguna dictar un testamento sin especificar que el incumplimiento de las condiciones podría dar lugar a la pérdida de los derechos. Ella se negó a tener en cuenta la posibilidad de que tú no cumplieses sus últimos deseos. “Hará lo que quiero que haga”, aseguró. El asunto fue de lo más irregular y emotivo. Lo cierto es que eres libre para hacer lo que te plazca.

Las palabras de Le Pelletier hirieron a Aymar en lo más profundo como si hubieran sido pronunciadas a modo de reproche. Con el funeral aún vívido en su mente, los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar que la buena de su tía se había opuesto a establecer castigo alguno. Sin embargo, ¿cómo iba él, cada vez más ligado al radicalismo incondicional de Blanqui[28], a obligarse a ingresar en un seminario? ¡Era impensable!

No, no tan impensable en realidad. Recordó que, no hacía mucho tiempo, al leer un artículo de Blanqui en el que éste atacaba el misticismo promulgado por el clero, denunciando que lo hacía con el único propósito de mantener a las clases bajas sujetas a sus señores, él se había molestado.

—Tú no lo sabes todo —había exclamado antes de tirar el periódico a la basura.

—¿Qué piensas de la religión? —le preguntó a Le Pelletier.
—Me trae sin cuidado —fue la vulgar valoración de Le Pelletier acerca de aquella rama de las humanidades.
—Quiero decir —insistió Aymar—, por ejemplo, ¿qué... piensas de la... vida después de la muerte?

Le Pelletier sonrió con ironía.
—¿Esa vieja pregunta? No pensaba que la gente se la hiciera en nuestros días.

—Entonces crees que es asunto zanjado.

—Mira —señaló Le Pelletier—. Aquí está mi reloj. Lo sacó del bolsillo.

[28] Revolucionario francés; tomó parte activa en la revolución de 1848 y fue arrestado por orden de Thiers la víspera del levantamiento de la Comuna de París en 1871. (N. del T.)

—

—Si le doy cuerda, marca la hora. Existe. Está vivo. Si se rompe el mecanismo, se para. Ya no dice la hora. Está muerto. El tiempo no existe para él. Lo mismo te pasará a ti cuando se te estropee la maquinaria.

—Y después, ¿nada? —preguntó Aymar.

—Nada, y suerte para nosotros que es así —declaró Le Pelletier—. Imagínate calculando el paso del tiempo mientras estás en tu ataúd durante miles de años. No sería muy divertido, ¿verdad que no?

—No lo había pensado de esa forma —admitió Aymar con voz tenue. La imagen de su tía tumbada en el ataúd se apoderó de su mente. Pálida, sonriendo débilmente, virginal. ¿Calculaba el paso del tiempo? ¿Contaba los segundos uno a uno?

—Has dejado que tu dolor se adueñe de lo mejor que hay en ti —indicó el notario con talante comprensivo.

Aymar suspiró.

—¿Crees que un perro puede sentir que la muerte se está acercando a uno de los habitantes de una casa y que entonces lance un aullido de lo más lúgubre? —preguntó. Le Pelletier lo miró con recelo.

—¿Yo? Yo soy un creyente de la ciencia. No tengo nada que ver con supersticiones. Soy positivista, como Comte.

—Pero —objetó Aymar—, ¿acaso no podría descubrir la ciencia que los perros son capaces de percibir la inmediatez del deceso de una persona cercana a ellos?

—¿Adónde quieres ir a parar?

Aymar dudó. Ahí estaba, hablando como lo hacía su tía, mientras que el papel de escéptico que antes era el suyo ahora lo interpretaba Le Pelletier.

—Francamente —concluyó—, algo similar sucedió aquí en el momento de la muerte de mi tía y desde entonces no dejo de estremecerme cada vez que lo pienso.

—Los nervios, no son más que los nervios —afirmó Le Pelletier con confianza—. Todo el mundo tiene momentos en los que no ve con claridad. El dolor nos ciega. Lo superarás.

Y la verdad es que Aymar lo superó. Llegó el verano y Josephine, Françoise y el bebé se fueron a la propiedad de Mme. Didier. Aymar iría en cuanto lograra vender el apartamento de la ciudad. No creía necesario quedarse con él. Las mujeres podrían instalarse en la granja, donde Guillemin, el aparcero, reduciría al mínimo los gastos básicos gracias a su exuberante jardín y su corral atestado de gallinas y cerdos, conejos y ovejas. En cuanto a él, Aymar se procuraría una vivienda de paso barata en algún lugar de la ciudad, pero también pasaría la mayor parte de su tiempo en el campo.

No conseguía decidirse acerca de si obedecer a su tía o hacer caso omiso de sus deseos. En cualquiera de los dos casos, vislumbraba ante sí una senda de dolor. No había que engañarse, la vida ya no le deparaba ninguna posibilidad de placer. No podría dedicarse a luchar a favor de los oprimidos o a combatir al gobierno del Pequeño Napoleón, que estaba quitándole el polvo al trono de Francia. Presa en ocasiones del miedo a la muerte, en otros momentos anhelaba la paz de la tumba, que en el mundo de lo moral es el disolvente universal al igual que el agua lo es en el mundo de lo físico: de ese modo se agitaba sin cesar en su lecho de dolorosa indecisión.

¿Estaba dispuesto? ¿Sería realmente capaz de estudiar para ingresar en la Iglesia? De hacerlo, ¿cómo sería su vida? Un día, durante una repentina tormenta, tuvo el valor de entrar en una iglesia cercana. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, examinó con cierta curiosidad los altares con sus cruces y estatuas, las velas que parpadeaban en docenas de vasos de color rojo oscuro.

Un sacerdote venía recorriendo el pasillo central. Con una súbita determinación, Aymar lo abordó.

—*Mon père* —lo llamó en voz baja—, ¿podría hablar con usted un momento?

—¿Quieres confesarte? —preguntó el cura con energía, listo para retirarse a un confesionario próximo.

— No, no, sólo me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto.

Aymar al principio no supo por dónde empezar. Luego preguntó:
—¿Le gusta su trabajo? Perdóneme. Sé que es una pregunta atrevida y no es necesario que me responda si no lo desea.

El sacerdote se rió con una profunda y áspera voz. Se trataba de un tipo saludable, robusto, de lo más simpático y en modo alguno lánguido, pálido o monacal. Una alegría de vivir emanaba de su sólidocuerpo, visiblemente sólido a pesar de la sotana. Sus ojos, su boca, mostraban arrugas impaclentes por transformarse en sonrisas.

Conversaron. El sacerdote le habló de su trabajo. Poseía una actitud bastante fría y práctica a la hora de ver las cosas. Explicó por qué le gustaba decir misa y se detuvo a analizar diversos matices. Habló de sus ambiciones literarias. Deseaba escribir sobre los bolandistas[29] y su vasta obra interrumpida por la Revolución. ¿Por casualidad conocía *Monsieur* el trabajo de los jesuitas en China en materia de astronomía, sus notables creaciones arquitectónicas? En esos días, cuando la Iglesia se veía tan salvajemente atacada, era bueno recordar lo que la ciencia y el arte le debían. Y glorias más altas quedaban por venir. Él tenía la intención de estar allí para compartirlas.
Su impaciencia era contagiosa. Aymar también deseaba estar allí.

—Será la Iglesia la que algún día sacará al hombre de este fango económico —aseguró—. Ya lo verás. Roma, decepcionada en todas partes por infieles dinastías, saldrá en apoyo del socialismo. Entonces contemplarás un nuevo amanecer para el hombre.

[29] Sociedad formada por miembros de la Compañía de Jesús para publicar y depurar críticamente los textos originales de las vidas de los santos. (N. del T.)

En las entrevistas que vinieron después, la amistad de Aymar con el sacerdote fue creciendo cada vez más, así como su inclinación a formar parte de aquella inmensa organización cuya historia era más grande que la de cualquier país. Un día declaró:

—Quiero convertirme en sacerdote. ¿Qué es lo primero que debo hacer?

El cura negó con la cabeza.

—Tú no.

Aymar protestó:

—Es cierto. Hasta ahora he sido reacio, pero usted me ha abierto los ojos. El sacerdote seguía haciendo gestos negativos.

—¿Piensa —insistió Aymar— que mi determinación no va a durar mucho? Quizá tenga razón. Aun así, quiero prepararme para ser ordenado. En realidad, debo hacerlo.

—No lo entiendes — anunció con calma el cura—. Eres cojo. No puedes decir misa siendo minusválido.

Aymar pensó que aquello lo llevaba oyendo mucho tiempo, pero con todo y con eso se sintió herido. De pronto, ahora que le habían arrebatado la posibilidad, deseaba con todas sus fuerzas hacerse sacerdote. Le explicó al cura lo molesto que se había sentido al principio con la última voluntad de su tía y cómo poco a poco iba teniendo cada vez más ansias por cumplirla.

—Espera un momento —solicitó el sacerdote. Salió y volvió con una revista. Encontró el anuncio que buscaba. "Pierre-Paul Sgambati, abogado, 165, calle Saint Honoré, *au premier*. Oficina para todos los asuntos del Dicasterio[30] en Roma" [31].

—Ve a ver a este hombre —le aconsejó—. Fíjate en todo lo que hace. Logra autorizaciones para bendecir rosarios, cruces, medallas con las indulgencias de santa Brígida. Obtiene permisos para que un cura calvo se ponga peluca cuando dice misa, para que un sacerdote invierta su fortuna personal con ánimo de lucro, etcétera, etcétera. Y esto: dispensa para ordenarse por haber perdido el ojo izquierdo. Te costará mucho, los negocios con Roma siempre cuestan, pero puedes asegurarte lo que quieres.

—Pero esto es ridículo —gritó Aymar—. ¡Vergonzoso!

—Bueno —admitió el sacerdote encogiéndose de hombros—. Algunos curas se han mostrado reacios de igual forma al respecto. Pero Roma es grande y complicada. Y eso también cuesta dinero, no importa lo que quieras sacar de los tribunales de justicia. Piensa en el abogado que ha tenido que aplicarse en el estudio para conocer los numerosos despachos de Roma, y los secretarios y los papeleos y la tinta y tantos vericuetos que a San Pedro ni se le pasaron por la cabeza. Y es que la vida se va complicando cada vez más. Lo simple se divide, se dobla, se cuadruplica, se convierte en un laberinto.

---

[30] Denominación genérica de los grandes organismos de la curia romana: congregaciones, tribunales y oficios. (N. del T.)

[31] Debo pedir disculpas al lector por este posible anacronismo. No me es posible decir a qué abogado se refiere Aymar. Pierre-Paul Sgambati no abrió su despacho en la dirección mencionada más arriba hasta cinco años después, aproximadamente. Véase *L'Observateur Catholique*, París, 1857. En lo que respecta al nombre del abogado, es todo lo que pude averiguar mediante mi investigación.

Aymar no podía asumir aquella información con tanta rapidez. Se lo estuvo pensando muchos días, pero, incapaz de afrontar la humillación de una dispensa por sus maltrechas piernas, dejó de visitar a su amigo, el sacerdote, y al final decidió abandonar el asunto al menos por el momento. Eran muchos los tragos amargos que había tenido en su vida. Sobre todo, en los últimos tiempos. ¿Qué mundo era aquél, en cualquier caso, que se deleitaba burlándose de un hombre por su ignorancia? ¿Había algún misterio en ello o estaba todo claro? ¿Por qué era él un inválido mientras tantos de sus camaradas de barricada todavía vivían sanos y sin que una sola bala les hubiera rozado? ¿Por qué deseaba su tía que fuese sacerdote si la Iglesia lo rechazaba? ¿Por qué, si odiaba la Iglesia, se sorprendía al descubrir que en ella se hacían negocios? Y, por último, era algo más que una coincidencia el que aquel cura le contara cómo sortear las leyes de la Iglesia sólo unos días después de que el notario le hubiera dicho cómo hacer lo mismo con las leyes del Estado. Los vivos y los muertos, lo sagrado y lo profano, todo entraba en el territorio del dinero y el engaño.

A pesar de su creciente melancolía, se las arregló para deshacerse del apartamento con un notable beneficio y envió los muebles al campo. Un día pasó por el apartamento vacío y se despidió de todo lo que había vivido entre aquellas paredes. Le irritó comprobar que no se sentía tan profundamente impresionado como hubiera esperado, o incluso como le hubiese gustado sentirse. Las paredes no significaban nada para él. El ventanal junto al que solía sentarse, privado de las cortinas y de los cojines, y sin el sillón, que había llegado a ser como de su propiedad, parecía igual que cualquier otro ventanal. A la mente le vino una estúpida comparación que le provocó cierto malestar. la impersonalidad de un esqueleto. Su tía también perdería la indumentaria de la carne y sería como aquel ventanal, sin significado para él. ¿Qué les sucedía a los cuerpos al morir? Los médicos seguro que lo sabían, reflexionó, con todas esas truculentas autopsias que tenían que llevar a cabo. ¿La vida después de la muerte? ¿Era eso la vida después de la muerte?

Mientras cavilaba con un ánimo tan lúgubre, sus ojos captaron la fugaz visión de un objeto metálico. Medio escondido tras una hoja de la puerta, se les había escapado a los encargados de la mudanza sólo en el último momento, ya que la etiqueta que tenía mostraba que no había pasado por completo desapercibido. Aquel objeto metálico, reconoció Aymar con una emoción extraña, era el recipiente en el que su tía guardaba el agua bendita. Era un pequeño cuenco de latón, moldeado con la forma de una concha marina y con una tapa en la que había dibujada una indescriptible escena bíblica. Unida a un aro en el lateral había una cadena corta y colgando de la cadena tenía lo que se conoce como *goupillon*, un hisopo de latón con la forma de un pequeño cetro. La parte superior estaba agujereada para dejar salir el agua como en un pulverizador cuando el instrumento se sacudía con la mano

Y todo lo que ya casi había adquirido el aire neblinoso de lo irreal, del recuerdo de un sueño, regresó con todos sus colores y contornos vivos y renovados. El día en que su tía envió a Josephine a la calle de al lado a por agua bendita, la tormenta y... ¿cómo se llamaba aquel cura?... Pitamont, sí, y la *Mère* Kardec y la mujer que salía de aquella habitación con el cubo lleno de agua ensangrentada y esa terrible noche en la que el bebé aullaba y su tía había muerto. El apartamento que hacía unos instantes parecía no albergar significado alguno se llenó ahora de recuerdos. Daba la sensación de que se desprendían del papel de seda de las paredes y se arremolinaban en torno a él. En pleno crepúsculo las sombras cobraban vida, abandonaban sus rincones como un peligro al acecho, trataban de alcanzarlo por detrás haciendo que se diera la vuelta de repente con una nítida sensación de que había alguien a su espalda. Se estaba batiendo con una atmósfera hostil que lo rodeaba

amenazándolo. Allí estaba el eco de un aullido distante, cada vez más intenso, reverberando entre las salas vacías, invadiendo sus oídos.

Presa del horror, salió de allí lo más rápido que pudo. Bajó los dos tramos de escalera hasta el recibidor, lo atravesó y ganó la calle, donde lo esperaba su coche de punto con los bultos preparados para el traslado. Su pecho lo ocupaba un salvaje grito de ayuda que no se atrevió a proferir. Un paso más y estaría a salvo en el coche. Sin embargo, de pronto se vio dando vueltas y más vueltas sobre el bordillo y luchando a brazo partido con un enemigo.

Era *Maître* Le Pelletier, el canijo y amarillento notario, que se levantó con la boca llena de polvo y de maldiciones. Entonces fue cuando reconoció a su asaltante.

—¿Es usted, Galliez?

Y extendió una mano morena y huesuda que lo ayudó a incorporarse.

—Qué mosca le ha picado? ¿Se ha vuelto loco?

—Tengo que coger un tren dentro de pocos minutos —se justificó Galliez sin aliento, sacudiéndose el polvo de la ropa—. ¿Me acompaña?

—No, gracias. Lo siento, es que tengo unos asuntos en otro sitio. Será mejor que se dé prisa y no pierda el tren.

—Bien, en ese caso, mil perdones, amigo mío.

Y Aymar se montó en el coche de punto. En la estación todavía tuvo que esperar una hora larga que le permitió pensar antes de que saliera el tren. Sin duda se estaba volviendo loco.

CAPÍTULO SEIS

Dice Galliez:

"Hay mañanas en que nos levantamos con los jirones de un sueño cubriendo cual telaraña los engranajes de nuestra mente en la vigilia. Estábamos dormidos y en un mundo diferente. Nos hallábamos sumergidos en un medio distinto. Poco a poco regresamos a la luz del día y su mundo iluminado por la lógica, pero el regusto del sueño persiste y de pronto nos hace sentir cierta extrañeza en nuestro mundo cotidiano, una extrañeza tan fugaz que nadie ha logrado analizarla jamás. Pero, ¿es que hay alguien que no la haya experimentado alguna vez?

» En los pantanos a veces uno puede ser testigo de un raro fenómeno: el agua silenciosa y negra, que parece demasiado densa y oleaginosa como para que la brisa logre alterarla, sufre una súbita agitación. La superficie se eleva como si debajo hubiera un cuerpo presa de convulsiones, y de esas turbulencias surge un viejo tronco henchido de agua que ha estado durante años en el fondo del lago y ahora, tras salir al exterior, volverá a hundirse lenta mente... En una ocasión, en alta mar, unos marineros tuvieron el privilegio de contemplar un acontecimiento similar.

» Vieron un palo que sobresalía del nivel del agua. Ante los ojos de los estupefactos marineros de un bajel que por allí pasaba, el palo fue elevándose hasta revelarse como la parte superior de un mástil. Un palo transversal hizo su aparición con restos del aparejo pegados a él. A continuación, salió otro del que colgaba un empapado trozo de vela hecho trizas. También había salido a flote un mástil más pequeño y se dejó ver la propia cubierta, primero la proa, de un anticuado diseño y decorada con un ángel del que chorreaban grandes cantidades de agua a medida que rasgaba la superficie del mar. Y todo el barco terminó por asomar y flotó durante unos instantes sobre las olas expulsando agua hasta por la última rendija de su estructura. Fue identificado de inmediato como un viejo galeón español de los que no se veían surcando los mares hacía casi un siglo. Y, poco a poco, la nave que se había presentado allí arriba entrando y saliendo del agua sin cesar como los palmípedos corceles del Viejo Neptuno, se acomodó de nuevo entre las olas y, unos momentos después, había desaparecido. Y fue como si jamás hubiera estado.

» Muchos de los marineros del bajel dudaban de lo que habían visto sus ojos y uno, presa de un terror innombrable, se prosternó sobre la cubierta de teca del barco. Los más cultos debatían acerca del fenómeno en cuanto a sus posibles causas científicas, mientras que los más religiosos se contentaban con santiguarse y musitar casi sin voz una oración o dos junto con un juramento apropiado para la ocasión. Pero el veredicto general fue que habría sido el grano, o algún otro material atrapado en la bodega repleta de agua, lo que había soltado el gas acumulado bajo una enorme presión para más tarde romper los confines del habitáculo y, con una fuerza repentina, había propulsado el barco hasta la superficie, donde flotó hasta que el gas hubo escapado y el agua se adueñó una vez más de la bodega de la nave y la volvió a sumergir.

» Esos barcos existen, como existen esos maderos en los pantanos de nuestras mentes, y salen a la superficie de nuestros pensamientos durante un instante para sumergirse de nuevo. Existen barcos así hundidos en los baldíos de nuestras vidas. Se mantuvieron intactos ante el paso de los años. Quedaron en el olvido. Pero emergen, fantasmas de un tiempo ya pasado. Para nuestro asombro,

flotan ante nuestros ojos durante unos instantes y después descienden de nuevo y es como si jamás hubiesen existido”.

Esto es lo que escribe Aymar Galliez en su informe extraoficial sobre Bertrand Caillet. Y continúa:

“En los dominios de la naturaleza, asimismo, hay fenómenos que cesaron hace mucho tiempo de los que, sin embargo, aún perviven algunas muestras. En el interior de África algún gran monstruo del pasado quizá siga errando por la selva. Puede que un mamut aún vague por los desiertos helados de las regiones árticas: el último y solitario representante de su gran raza. Un dinosaurio en Sudamérica, un gliptodonte en alguna zona inexplorada de la tierra. ¿Quién tendría la temeridad de negar al menos la posibilidad de que en esas enormes masas de agua que casi cubren por completo nuestro planeta aún se puedan ocultar animales con los que ni siquiera hemos soñado?

» En esta terrible era de incredulidad y simplonería, la gente es capaz de tragarse cualquier cuento de monstruos del pasado, pero a menos que se hallen los huesos de un centauro, nadie creerá en el mito. ¿Es que acaso los científicos han hecho algo que no sea sustituir dragones, tritones y esfinges por una nueva genealogía de bestias? La gente encuentra sencilla la transposición. Donde una vez pensaron en dragones, ahora habrá mamuts y otros seres bestiales que ocuparán los mismos rincones de la mente: éstos nunca cambian”.

* * *

¿Qué se puede decir ante este lenguaje? Podemos ser escépticos como Tomás, que se empeñó en contemplar los estigmas, pero hay tantos puntos del escrito de Galliez verificables mediante la consulta de viejos periódicos, etc., que uno tiene la tentación de creer al menos en los hechos tal y como se presentan, reservándose la decisión acerca de la existencia real de una criatura sobrenatural. Mientras que el próximo episodio se basa de modo exclusivo en las afirmaciones de Galliez, hay otros que pueden ser reconstruidos por completo a partir tanto de documentos como de archivos.

Si se visita el pequeño pueblo de Mont d'Arcy, junto al río Yonne, puede que se tenga la ocasión de oír historias acerca de grandes batidas de lobos. Sus habitantes más viejos competirán entre sí a la hora de incluir como decorado de sus relatos diversos detalles que ponen los pelos de punta. Algunos de ellos serán contradictorios. Eso es inevitable. Y no por ello debe llegarse hasta el extremo de pensar que toda la historia es invención de sencillos campesinos, quienes, ante la perspectiva de los largos inviernos, se dedicaban a la caza del lobo sólo para matar el tiempo y dar rienda suelta a la imaginación. La historia es cierta en lo fundamental y como tal debe ser aceptada.

Bramond, el *garde champêtre*, fue el primero en toparse con los rastros del lobo. No hacía mucho tiempo que había encontrado dos corderos muertos a un lado del camino del bosque. Les habían rajado la garganta y era evidente que también les habían chupado la sangre, ya que en el suelo no había más que unas pocas gotas. O puede que los hubieran matado en otro lugar y después los hubiesen arrastrado hasta aquel punto remoto y solitario oculto por los arbustos.

Uno de los cuerpos estaba desmembrado mientras que el otro, por el contrario, se hallaba intacto. Gracias a algunas huellas casi imperceptibles se podía ver que habían pisoteado el suelo seco alrededor.

El último lobo que se había visto por la región lo habían matado hacía más de veinte años, de ahí que la aparición de uno en aquella zona de la región se considerase, como mínimo, algo sorprendente. Bramond, mientras llenaba su pipa, con el ceño fruncido y gruñendo a causa del esfuerzo por razonar

acerca de lo que veía, llegó a la conclusión de que quizá aquella fechoría fuera obra de un perro pastor que le había tomado el gusto a la carne de oveja. Y no tardó en decidir que el delincuente en cuestión tenía que ser César, el enorme perro pastor propiedad de Vaubois, porque Vaubois no sólo lo tenía mal alimentado, sino que en realidad hasta él mismo pasaba hambre. Se llevaría su merecido. Sin embargo, no las tenía todas consigo: quizá se tratase de un lobo, después de todo. Si al menos fuera tan astuto como esos rastreadores indios sobre los que su hijo le leía todas las noches, no tendría la más mínima duda. Cogería un pelo y lo identificaría al instante. Encontraría el rastro de unas garras y diría que el responsable había sido tal o cual animal. De hecho, reconstruiría toda la escena. Al inspeccionar los cadáveres de los animales, sabría cuánto tiempo llevaban en ese estado, la hora exacta de su muerte y si habían acabado con ellos en un lugar o en otro. Y concluiría:

—Bien, amigos, les invito a ser testigos de una prueba que corroborará mis observaciones y deducciones. Si estoy en lo cierto, el animal hará su aparición dentro de tres noches, dos horas después de la salida de la luna, en este mismo lugar.

El viejo Bramond disfrutó de su triunfo mientras pudo y después se preparó para disfrutar como mensajero de una noticia auténtica en una tierra siempre hambrienta de buenas historias. Y la primera persona con la que se encontró fue con el pastor de Vaubois, Crotez.

Intercambiaron saludos y se sentaron en una piedra a fumar juntos un rato. Entonces Bramond preguntó:

—¿Has perdido algún cordero?

—No —respondió Crotez —¿por qué lo preguntas?

—Por nada. ¿Dónde está tu perro?

—Tiene que andar por ahí cerca.

Silbó.

—¡Ven aquí, César!

César salió trotando de una hondonada del prado y se dirigió corriendo alegre hasta el pastor. César era un ejemplar mal atendido de esa raza mestiza conocida como perro pastor. Son bastante grandes, tienen las orejas puntiagudas, una cola peluda y un buen manto de pelaje pardo y rizado. A César le colgaba de las quijadas la colorada lengua mientras recobraba el aliento. Metió la cabeza bajo el brazo de su amo, ya que esa postura era la que más le gustaba, con el brazo de su amigo humano sobre el cuello.

Bramond le rascó la cabeza.

—¿Qué decías sobre unos corderos desaparecidos? —se interesó el pastor.

—Hay dos corderos muertos allí en la colina. Me preguntaba de quién serían.

Incluso antes de acabar de decirlo, Bramond se dio cuenta de que tendría que haber mantenido la boca cerrada. Los acontecimientos iban a demostrar que, en efecto, había cometido un error.

—¿Dos corderos muertos?

—Se los han comido a medias.

—¿A medias?

—Un lobo.

—¿Un lobo?

—Sin duda.

—¡Jesús! —exclamó el pastor de Vaubois, dando por fin con una palabra de cosecha propia.

Tras separarse del pastor de Vaubois, Bramond bajó la suave cuesta que conducía hasta la casa Didier-Galliez.

M. Galliez en persona se encontraba al final de la senda de algarrobos que impedía que la casa se viera desde la carretera; estaba ocupado en sus rosales.

Tras diversos comentarios sobre el tiempo, Bramond meneó la cabeza:

—Malas noticias, *monsieur*.

—¿Qué problema hay, Bramond? —preguntó Aymar casi sin levantar la vista de su labor.

—Hay lobos por la zona. He encontrado dos corderos muertos ahí arriba, se los han comido a medias. Sólo pueden ser lobos, aunque no ha habido ninguno por aquí durante años.

—No puede ser cierto —objetó Aymar—. En esta parte del país los lobos están extinguidos. Dicen que los zorros también se llevan a los corderillos recién nacidos.

—¿Ha echado en falta algún cordero?

—Tendrá que preguntarle al joven Guillemin —respondió Aymar—, él se ocupa de las ovejas. Vamos dentro —invitó a Bramond.

Bramond recorrió la senda de entrada y rodeó la casa hasta la parte de atrás. Josephine y Françoise estaban tendiendo la ropa en la hierba para blanquearla al sol. El joven Bertrand, que ya tenía unos nueve años, peleaba con su gran San Bernardo. Ninguno de los Guillemin estaba por allí.

Bramond realizó sus pesquisas, pero no obtuvo información alguna. Las mujeres no sabían nada de la desaparición de dos corderos.

—M. Galliez cree que quizá haya sido un zorro. Dice que a veces roban corderos recién nacidos.

—Bien puede haber sido un zorro —aventuró Françoise—. El mes pasado nos quitaron un montón de pollos y de patos. El joven Guillemin ha colocado cepos, pero no ha dado con el ladrón.

—Tendré que hacer que mi chico les coloque aquí un cepo. Los hace muy bien.

Bramond se dirigió a Bertrand.

—¿Y tú? ¿Qué te parece si te vienes otra vez de caza? —se burló, riéndose entre dientes—. ¿No les ha dicho lo qué pasó la última vez que salimos de caza? Mató una ardilla y casi se desmaya. Debes usar como es debido la escopeta si quieres ser un hombre.

Françoise se echó a reír. Pero Josephine lo defendió:

—Está demasiado débil. Y no come.

—A mí me parece bastante fuerte. ¿Qué le sucede?
—Siempre ha tenido buena salud —contestó Josephine—, y no me ha dado ningún problema hasta este verano. No sé qué hacer.

—Será un ataque de fiebre —sugirió Bramond—. Estará algo enfermo. Lo normal cuando están creciendo.

Mientras tanto, Bertrand, el objeto de su conversación, parecía ajeno a todo excepto al perro con el que jugaba. Bramond se excusó y se fue sin perder un momento con sus noticias. Hasta el momento no había hallado la valoración que esperaba.

El siguiente con quien se encontró fue el alcalde del pueblo, un importante vinatero de la zona.
—Señor alcalde, tengo malas noticias. Creo que...
—Sí —interrumpió el alcalde—, eres exactamente el hombre al que buscaba. El pastor de Vaubois acaba de decirme que ha encontrado dos corderos medio comidos y, a juzgar por los restos, tienen toda la pinta de haber sido atacados por una gran manada de lobos. *Monsieur* Bramond, no parece que esté usted cumpliendo con su obligación.
—Lobos... —balbuceó Bramond.

—Sí, lobos. ¿Por dónde ha estado holgazaneando estos días para que una manada de lobos llegue a nuestro pueblo y nos quite unos corderos de debajo de las narices?

—Pero...

—Y cuando los ciudadanos gritan pidiendo ayuda, nadie encuentra a Bramond.

—Pero...

—¡Vaubois lo ha estado buscando por todas partes!

—Pero, señor alcalde, si fui yo quien...

—Ni una palabra más. Esta vez lo pasaremos por alto. Ahora, póngase a trabajar y traiga muertos a esos lobos al Ayuntamiento en el plazo de veinticuatro horas.

—*Oui, monsieur*, sólo iba a decirle que...

—No, veinticuatro horas y ni un minuto más.

Y, dicho esto, el alcalde hizo desaparecer su majestuosa persona dejando a Bramond estupefacto y furioso en medio del camino.

—Sabía que no tenía que haber dicho nada a ese imbécil de pastor. El ladrón... ¿Cómo se le ha podido ocurrir un truco tan vil como ése?

Y mientras seguía allí de pie maldiciendo al pastor, llega Le Vallon gritando:
—Bramond, viejo amigo, ¿dónde te has metido? ¿No te has enterado? Te está buscando todo el mundo. Hay una manada de lobos aterrorizando a la gente. Más vale que te des una vuelta por el camino del bosque.
—¡Cállate! —bramó Bramond.
Bueno, ésta al menos es la versión de Bramond acerca de cómo fue descubierto el lobo. Ni que decir tiene que el pastor de Vaubois, Crotez, contaba una historia distinta, y considerando que todo el

pueblo, excepción hecha de los que vivían en la finca de Galliez, había oído el emocionante relato del pastor, no había manera de encontrar a nadie que creyera a Bramond por mucho que éste intentara explicarse.

—Pero si Crotez trajo los cuerpos aquí, al Ayuntamiento, yo lo vi...
—Eso sólo demuestra que no tiene dos dedos de frente. Lo que había que hacer era dejarlos donde estaban y esperar a que los lobos volvieran.

—Pero fui yo quien se lo dijo... —le aseguraba a otro.
—Ja, ja. Mi querido Bramond, te creemos a ti, por supuesto. Qué pueblo de Francia puede presumir de un guardabosques como el nuestro?

—Puedo señalaros el sitio exacto en el que los encontré.

—Como todos los vecinos, a estas alturas.
Bramond hizo una pausa y pensó en cómo afrontaría un rastreador indio una situación así. No tendría el más mínimo problema para desenmascarar al pastor de Vaubois en un santiamén. Pero, en cuanto a él, la única solución para recobrar el prestigio era atrapar a aquellos lobos. Así que se echó la escopeta al hombro y se fue a por ellos.

En los días que vinieron después no hubo más noticias del lobo o de la manada de lobos, aunque, caso de ser cierto que el demonio deja su sello cuando se habla de él, no cabe duda de que los lobos dejaron el suyo, porque la semana siguiente no se habló más que de lobos en las conversaciones que hubo en el pueblo.

Entonces alguien encontró otro cordero, con la garganta rajada del mismo modo que los anteriores, y al que además habían destripado. Y seguían desapareciendo los patos y los pollos de diferentes fincas, pero sobre todo de la propiedad de Galliez.

Varias personas, en distintos momentos, aseguraron haber visto al lobo. Algunos se lo creían, pero la mayoría no hacía caso. Con la llegada del otoño sucedió algo que dio alguna pista más sobre el misterio del lobo.

La pequeña Pernette, que al anochecer volvía a casa de ver a su tío enfermo, al llegar a la cerca del campo de trigo rubión de Vaubois vio un perro inmenso casi tan grande como un ternero. Se fue hacia ella de un salto. Ella gritó y corrió. El corpachón del animal se le echó encima y la tiró al suelo. Perdió la conciencia. Al despertar estaba muy oscuro, la luna llena, de un rojo pálido, se alzaba sobre el horizonte. Entre sollozos y temblores, se dio prisa por llegar a casa y contar el suceso.

Pero estaba tan histérica que respondía sí y no a preguntas similares o contradictorias y nadie consiguió sacar nada en claro de su relato. Sin embargo, parte del pueblo decidió pasar a la acción y pronto la noche se vio salpicada de antorchas y granjeros armados con horcas, todos en busca del lobo. Otros, convencidos de que a Pernette la había atacado algún jornalero del campo, criticaban la ayuda de temporeros ambulantes en la cosecha. Incluso hubo quien se quedó en casa con la certeza de que no se hallaban ante un lobo normal y corriente, sino frente a la obra del diablo.

Bramond, además de su propia ambición por matar al lobo y restablecer así su prestigio como cazador, que hasta aquel momento jamás se había puesto en cuestión, no dejaba ni de día ni de noche de colocar trampas por su distrito. Sus mejillas se hundían por la falta de sueño. Cuando su hijo

quería leerle algo sobre los poderosos rastreadores indios de América, interrumpía bruscamente al pequeño. Nada más acabar la cena, descolgaba la escopeta de la pared y salía de casa. Pero no había ni rastro del lobo, a pesar de que se ocupó de todas y cada una de las pistas de que le informaban los inquietos lugareños, propensos a confundir cualquier sombra con un lobo agazapado.

Una noche, era justo antes del alba, atravesaba una melancólica llanura, un terreno pantanoso oscurecido por charcas de agua estancada. El suelo estaba cubierto de brezo y helechos, pero en las proximidades del agua crecían densas masas de lirios y juncos entre los que susurraba lóbrego el viento de la noche que moría. Estaba sumido en lo más intenso de una ensoñación, recreando una quimera en la que él exhibía toda una serie de pieles de lobo en las fiestas siguientes. De pronto se detuvo como petrificado. A menos de veinte metros tenía al lobo, no cabía la menor duda. Estaba encorvado sobre su presa y el crujir de los huesos entre sus quijadas se oía en el silencio de la noche.

A pesar del acelerado movimiento de su corazón, Bramond observó con cuidado, calculó con frialdad la distancia y disparó. El perro salió corriendo por una charca de agua y se fue, acariciando el suelo con el vientre al dar sus enormes zancadas. Bramond, no obstante, tuvo tiempo para recargar y realizó un segundo disparo. Entonces salió tras él, seguro de al menos haber herido a la bestia, de hecho, esperando toparse de un momento a otro con el cadáver. Porque fallar del todo a tan corta distancia era algo que jamás le había ocurrido.

Y, sin embargo, eso era lo que había sucedido, ya que Bramond no volvió a ver al lobo, y, cuando estaba amaneciendo y él volvía al lugar en el que había disparado a la bestia, no encontró ni rastro de sangre, excepción hecha de la pobre perdiz que el lobo estaba devorando. Llevó a casa el ave mutilada y se devanó los sesos en torno a aquel despojo, unas plumas aplastadas llenas de sangre coagulada.

Y mientras pensaba y silbaba, se le ocurrió una idea y dio un puñetazo en la mesa.

—Mujer —chilló—, ¡un poco de cera!

—¿Qué estás tramando? —preguntó ella.
—¡Ahora mismo! —gritó.
—Zamora no se ganó en una hora —fue la réplica de su esposa.
—Vamos —ordenó—, y deja de hablar. Desde el día en que me convenciste para que me casara contigo, no has dejado de darle a la lengua.

Ella le trajo un trozo de cera y le vio moldear con ella la forma de una bala a partir de una de verdad que había sacado de su propia cartuchera. Y la mujer siguió dándole a la lengua:

—Me he encontrado con esa Josephine, perdón, Mme. Caillet, esta mañana. Qué señora tan altanera y orgullosa se ha vuelto. Quién diría que es la misma Josephine que te besaba feliz los pies por un trozo de pan... Pero, ¿se puede saber qué estás haciendo?... Y me ha dicho que Bertrand le está dando muchos problemas. No tiene apetito y ella se pregunta si debería mandarle al colegio a otro pueblo. Desde luego que tendría que ir al colegio si al final va a estudiar medicina, pero mientras tanto quizá pueda seguir asistiendo al colegio del pueblo. Bueno, le solté un par de frescas. El colegio del pueblo sí parecía lo bastante bueno para ella, que no logró ningún sobresaliente, así de burra era. Qué cara tiene... ¿Tendrás la bondad de decirme para qué estás haciendo eso? ¿Es que acaso intentas volverme loca?... Vaya, a mí no me la dan con queso. ¿Qué crees tú? ¿Vas a decirme que se casó con ese

hombre, Caillet, quienquiera que sea, el día que llegó a París? Si no fue así, ya me contarás cómo trajo a casa un bebé de seis meses... ¿Y desde cuándo se mantiene en el servicio a los criados casados con sus hijos? ¿Y por qué va ese niño a estudiar medicina? ¿De dónde sale todo el dinero?

—De M. Galliez, desde luego —sentenció Bramond—. Y deja de husmear por encima de mi hombro, que no puedo trabajar.

—De todas formas, sólo Dios sabe lo que estás haciendo... Pues claro que M. Galliez es el que pone el dinero... ¿Creías que yo no lo sabía? Y si piensas que no sé por qué, también estás equivocado. Me apostaría algo a que Josephine tampoco se le resistió demasiado.

—Deja de decir sandeces. Las mujeres siempre estáis imaginando cosas.

—Y los hombres sois más tontos que Abundio. Se os engaña de cualquier manera. ¿Por qué crees que M. Galliez volvió del seminario de Langres? ¿No estaba preparándose para ser sacerdote? Pero los lazos de la familia tiran mucho más, supongo yo. Su pequeña Josephine lo necesitaba.

—Deja de suponer tanto y tráeme tu crucifijo pequeño de plata. A las mujeres os debería dar vergüenza poner verde de esa manera a un hombre para hundirlo en la miseria.

—¿Qué vas a hacer con mi crucifijo? Espero que no me lo rompas. Me lo bendijo el arzobispo en persona cuando fui a Avallon.

—Mucho mejor. No podemos esperar demasiadas bendiciones de él.

—Antes de dártelo, quiero saber lo que estás tramando.

—Antes o después te enterarás y tendrás mucho tiempo para hablar de ello.

—Ya puedes tener cuidado de no perderlo o te lo estaré recordando el resto de tu vida.

Le trajo el artículo deseado sin tenerlas todas consigo. En ese momento él estaba encajando la bala de cera en un pegote de arcilla húmeda.

—¡Dame unos pelos de tu cabeza! —ordenó. Demasiado sorprendida como para resistirse, permitió que le arrancara varios cabellos. Dispuso unos cuantos a través de la bala en diversas direcciones y por encima colocó otro pedazo de arcilla húmeda, presionando ambos trozos para dejarlos bien pegados. Después extrajo los cabellos.

—Para que escape el aire —fue su breve explicación.

—¿Qué aire? —preguntó ella. Por primera vez la lengua le empezaba a fallar.

Él no hizo caso de la pregunta, ocupado como estaba en escarbar un pequeño conducto a través de la arcilla para llegar hasta la bala en el interior. Tras acabarlo, puso la figura a calentar en la estufa. Una vez seco y duro el molde, y ya derretida la cera para dejar en su lugar un hueco con la forma adecuada, fundió el crucifijo de plata entre los gritos y sollozos de su esposa. Y de ese modo obtuvo la bala de plata. Ya sólo quedaba limarla un poco, lijarla y pulirla para que quedase perfecta.

—Trata de escapar de esto —retó Bramond con una sonrisa de satisfacción—. Una bala de plata, bendecida por el arzobispo y fundida de un crucifijo sagrado. Hasta el mismo Belcebú caería ante ella.

Y retomó su eterna vigilancia y su eterna espera. Aunque un ciervo hubiera estado mordisqueándole la espalda, no hubiera gastado la única y preciosa bala que tenía en su arma. O aunque un cazador

furtivo hubiera salido corriendo con cinco faisanes. Ni aunque los espigadores hubieran blandido a escondidas la guadaña hubiera hecho nada Bramond.
Llegó el invierno y el lobo no había hecho acto de presencia ante él. Y no porque se hubiera ido de la comarca, ya que las denuncias de aves y corderos desaparecidos eran aún tan numerosas como siempre. Pero daba la sensación de que el animal trataba de esquivar a Bramond.

Al fin, una noche de auténtico invierno, cuando el suelo estaba cubierto de nieve y el cielo nublado por completo, se encontró con él. El animal, concentrado en su presa, no se percató de la presencia del guarda; además, el viento soplaba de tal forma que no podía olerlo.

Bramond musitó una breve plegaria y avanzó con el mayor cuidado posible. Cuando se vio a menos de veinte pasos, tan próximo que era capaz de distinguir hasta el último detalle del animal, su pesado pelaje de color pardo-grisáceo, sus afiladas orejas puntiagudas, los grandes ojos que brillaban en la oscuridad como ascuas, entonces hincó una rodilla en el suelo y apuntó. El animal, de pronto alerta por el inminente peligro, alzó la vista y olisqueó el viento. Se preparó para huir, pero Bramond ya había disparado. La bestia se desplomó aunque, cuando Bramond gritaba exultante "¡Esta vez te he pillado!", se levantó y escapó a través de la baja maleza, por la ladera de la colina en la que el bosque había sido talado recientemente.

Bramond lo seguía muy de cerca. Era fácil guiarse por las huellas en la nieve y el rastro de sangre lo hacía incluso más fácil. Pero el lobo avanzaba deprisa a pesar de una herida que debía de ser mortal, o eso pensaba Bramond. Sin embargo, las manchas de sangre fueron quedándose en gotas hundidas en la nieve con una distancia cada vez mayor entre ellas. Un poco después las marcas de sangre cesaron por entero, aunque todavía eran visibles las que dejaban las zarpas del animal. Los arbustos jugaban a su favor, pero la ladera descendía hasta un camino y lo que había al otro lado era campo abierto, de tal forma que el animal no podía seguir oculto a la vista durante mucho más tiempo.

—También cojea de la pierna izquierda —observó el guarda con satisfacción.
Sin embargo, cuando el guardabosques bajó hasta al camino y miró hacia los campos a lo lejos, no se veía nada. Alguien había pasado por la senda hacía poco tiempo y era imposible seguir cualquier rastro, pero Bramond no creía que una bestia salvaje hubiera tomado un sendero transitado. Tenía confianza en que hubiese cruzado al otro lado, aunque por aquella parte del camino no había huellas visibles del animal. ¿Había vuelto sobre sus propios pasos para internarse una vez más entre los arbustos? ¿O había seguido la dirección de la carretera?

Sin saber hacia dónde ir, Bramond se colocó en medio de la calzada y miró atentamente a su alrededor. Nada salvo la noche silenciosa lo rodeaba. No oía más que su propia e intensa respiración. Asustado por el silencio y no muy convencido de que aquello hubiese sucedido de verdad, comenzó a dudar. ¿Hacia dónde ir? ¿A casa? ¡lmposible! Vaya, casi le había echado el guante a la bestia. Pero, ¿qué dirección tomar? Seguía sin moverse, sin decidirse, hasta que el frío le hizo ponerse en marcha. Lentos escalofríos le recorrían la espalda en el camino de regreso a su casa. No dejaba de mirar con el rabillo del ojo. Mientras caminaba, tenía la impresión de que, en cuanto sus pies se elevaban del suelo, otros pies almohadillados ocupaban el lugar de sus propios pasos.

Entonces se apoderó de él un verdadero temor y echó a correr sin dejar de oír el ligero golpeteo de unas pezuñas sobre la nieve dura. Y le vino a la memoria una vieja historia del sabueso espectral y del rastreador fantasma, aquellos terribles animales que vivían en tumbas y cementerios

abandonados. Y, a pesar de que él era por lo general un hombre de gran entereza, se le aflojaron todos los músculos. Corría renqueante y tambaleándose. El arma le pesaba mucho en las manos. Cometió la imprudencia de deshacerse de ella arrojándola al suelo. Apenas acababa de hacerlo cuando vio al lobo delante de él. Iba corriendo junto al camino. Y a cada momento se hundía en la oscuridad que delimitaba el sendero para reaparecer un instante después.

Se maldijo a sí mismo por estúpido y por cobarde, reunió las últimas fuerzas que le quedaban y volvió a toda prisa a por la escopeta, que estaba en el lugar donde la había tirado. La cogió y se dio la vuelta de nuevo. ¿Dónde estaba ahora aquel lobo? ¡Desaparecido! No, allí estaba. ¡Elevó el arma y disparó! La bestia se encogió sobre su rastro. Cayó hecha un ovillo y no volvió a moverse. Con un grito ronco, Bramond se acercó corriendo y alzó la escopeta sujetándola por el cañón para hundir la culata en la cabeza del lobo. Los huesos crujieron como el papel, y sangre, sesos y dientes salieron despedidos en todas direcciones.

Se secó el frío sudor de la frente.

—¡Gracias a Dios! —masculló. Le dio una patada al cuerpo. ¿Dónde le había dado la primera vez? Sólo entonces cayó en la cuenta de que alrededor del cuello del animal, bien escondido en la densa pelambrera, había un collar. Reconoció a la bestia.

Lo encontraron a la mañana siguiente tumbado junto al cadáver de César.

Bramond estuvo enfermo durante dos semanas. Luego empezó a recuperarse. Cuando le permitieron las visitas, fue el alcalde en persona quien se dignó a entrar en su humilde casa y felicitar al guarda.

—Le debemos nuestras excusas más sinceras —reconoció—, y un profundo agradecimiento. Lo ha hecho usted muy bien y yo me ocuparé de que esto se sepa en el Gobierno del Departamento.

Debilitado y feliz, Bramond sólo pudo hacer un gesto de asentimientos. Había lágrimas en sus ojos.

El alcalde se incorporó para irse. Pero antes se acercó al cabecero de la cama y le dio a Bramond una palmada en el hombro.

—¿Quién sabe? —aventuró con una amplia sonrisa—, puede que haya alguna medalla para usted.

Hasta su mujer estaba contenta con él.

—Pero quiero mi bala de plata —exigió Mme. Bramond—, me pertenece. Y ahora le tengo doble aprecio.

—Es extraño que no la encontraran en el cuerpo —señaló Bramond—. En cuanto me ponga bien saldré a buscarla. No será difícil de encontrar. Así que era todo el tiempo el perro de Vaubois —reflexionó—. ¿Sabes una cosa? Eso fue lo primero que pensé. ¿No ha habido noticia de ningún lobo desde que maté a César?

—No —confirmó ella—. No ha desaparecido ni un pollo.

CAPÍTULO SIETE

De modo que así tuvo lugar en Mont d 'Arcy la gran caza del lobo, que duró más de seis meses y convirtió a todos y cada uno de los ciudadanos en detectives y héroes, sobre todo una vez descubierto el culpable. Josephine, por su parte, sintió una gran alegría la mañana en que le comunicaron que el lobo había sido abatido por Bramond y que se trataba simplemente de César, el perro de Vaubois.

—Esta caza del lobo —señaló—, empezaba a durar demasiado. Bertrand se ha estado quejando de que soñaba con ella todas las noches.

Sin perder un minuto, fue hasta la alcoba de Bertrand y gritó:
—Arriba, perezoso. Ya han matado al lobo y no tienes que temer más pesadillas.

Bertrand volvió el congestionado rostro hacia su madre:

—No quiero levantarme, mamá. No me encuentro bien. Y la pierna me duele tanto que no puedo moverla.

—Pero bueno, ¿qué ocurre ahora? Siempre tienes alguna excusa para quedarte en la cama. De verdad que no sé lo que ha sido de mi buen Bertrand. Él solía comportarse de maravilla. Se comía todo lo que le ponían en el plato sin rechistar y se iba a dormir y se levantaba de muy buen talante. Venga, hijo, deja que te vea la pierna que te duele y luego saldremos para dar un agradable paseo hasta el pueblo. Hace frío, pero el día está estupendo.

Ella apartó las mantas mientras él se quejaba:

—Es ésta —indicó señalándose la pierna izquierda.

—¡Dios mío! —gritó ella. Y es que la pierna tenía realmente mal aspecto, con sangre coagulada alrededor de la pantorrilla y lo que parecía una herida bastante fea.

Salió corriendo para llamar a M. Aymar. Estaba abajo en su estudio, pero respondió de inmediato a su llamada. En cuanto vio el estado de la pierna, le ordenó a la madre que fuera enseguida a por el médico.
—Dile a Guillemin que, por lo que más quiera, guíe el caballo tan rápido como pueda —le gritó cuando ya bajaba a toda velocidad las escaleras.

Françoise hablaba entre dientes:
—Oh, ¡Dios mío! ¡Qué desgracia, qué desgracia! —se lamentaba, ocupada en coger agua caliente y trapos para lavar la herida. El mismo Aymar se ocupó de esta tarea.

La herida consistía en un profundo agujero, como si el chico se hubiera caído sobre una horca. Ése fue el primer pensamiento de Aymar.

—¿Has estado saltando desde el pajar del granero? — inquirió.

—¡Ay! —se quejó Bertrand—. Eso duele. No, no he estado saltando en el granero.

Había una herida al otro lado de la pantorrilla, cerca de la tibia, y aquello no hizo más que confirmar la primera impresión de Aymar. Porque al lavar aquella zona, descubrió que había algo duro que apenas sobresalía de la piel.

—Cielo santo —se dijo—, hay un trozo de horca clavado en la carne.

Presionó la piel con ambos pulgares para extraer el objeto.

—No cabe duda —aseguró cuando aparecía una punta brillante por la abertura de la piel—, se trata de uno de los extremos de la horca.

A pesar de los alaridos de Bertrand, presionó con más fuerza hasta que con las uñas logró enganchar el metal y lo sacó.

En aquel momento, por fortuna, dio la casualidad de que Françoise estaba fuera. Había ido a por más agua y a por más trapos. Y fue una verdadera suerte, ya que Aymar no hubiera sabido qué decirle de haberse encontrado allí en el momento en que sacó lo que pensaba que era la punta de uno de los dientes de la horca y terminó identificando como una bala, la bala de plata de Bramond de la que todo el pueblo estaba informado.

A Bertrand, que seguía quejándose a voz en cuello y no lo había estado observando, no le dijo nada. Se metió la bala en un bolsillo del chaleco y esperó al médico. Este, al llegar, halló limpia la herida y auguró una rápida recuperación.

—La horca —explicó— por suerte sólo penetró en el duro músculo de la pantorrilla y no llegó a tocar el hueso. Podrá dejar la cama en una semana, siempre que no haya ninguna complicación, aunque no creo que haya nada que temer.

Tras la marcha del médico, Aymar hizo salir de la habitación a Josephine y Françoise e interrogó con severidad a Bertrand.

—Debes contármelo todo, Bertrand. No ocultes nada. ¿Dónde estuviste anoche?

—Pues aquí, en la cama.

—Y entonces, ¿cómo te heriste?

—No lo sé, tío Aymar.

—Vamos, vamos Bertrand. La gente no se hace heridas como ésa tumbada en la cama.

—Pero tío, te digo que...

—Bertrand —ordenó Aymar—, mírame a los ojos. Mírame.

Y al pronunciar esas palabras, cogió la mano del chico para tranquilizarlo.

—No voy a castigarte. Sólo quiero la verdad.

Había tocado antes aquella mano, y no le había dado la menor importancia. Pero ahora se estremeció de la cabeza a los pies. Había una capa de finos cabellos en la palma de esa mano. De pronto recordó cómo su tía, Mme. Didier, hacía ya diez años, le había hablado sobrecogida acerca del pelo de la palma de la mano del bebé. Por un instante aún pudo oír aquel terrible aullido la noche en que Mme. Didier había muerto.

Hacía ya muchos años y, entretanto, habían sucedido bastantes cosas. Él se había ido a Langres a estudiar para ser sacerdote. En el último momento le entraron dudas en cuanto a la fuerza de su

vocación y no llegó a ordenarse, Mientras, Bertrand había ido creciendo sin un solo signo del horrible destino que según Mme. Didier lo iba a marcar.

Ahora, diez años después, ¿estaba el chico a punto de ser alcanzado por aquel destino?

—Mírame a los ojos y dime que estuviste en la cama toda la noche.

—Tío —protestó Bertrand—, ¿por qué iba yo a levantarme de la cama? He dormido aquí toda la noche. Lo sé porque me desperté una vez y había tenido un sueño muy malo y estaba cubierto de sudor. Me sentía muy enfermo y quería llamar a mamá, pero luego me volví a quedar dormido.

—¿Qué soñabas?

—No me acuerdo muy bien, pero era como cualquier otra noche. Ultimamente, casi todas las noches sueño.

—Ya lo sé, tu madre me lo ha dicho. Mira, Bertrand. Dime: no te gusta tener pesadillas, ¿verdad? Claro que no. Pues quizá yo te pueda ayudar, pero tendrás que ser muy sincero conmigo. ¿Desde cuándo tienes esas pesadillas?

—Te lo puedo decir porque sé muy bien cómo empezaron. El verano pasado salí de caza con el viejo Bramond y me enseñó a disparar. Y luego me señaló una ardilla y dijo: “A ver si le das”. Y apreté el gatillo y la ardilla lanzó un chillido y cayó. Y Bramond dijo: “Bien, siempre que no haya sido la suerte del principiante. ¿Cómo lo has hecho?”. Pero yo me sentía tan mal al pensar que había matado aquella cosita que la recogí y me eché a llorar. Y después la besé y le supliqué que me perdonara. No quería matarla. Era tan bonita y tan blandita y tan caliente que se me rompía el corazón. Y mientras la besaba una y otra vez, noté el sabor de algo templado que fluía de ella. Y me quemó la lengua como si fuera pimienta, sólo que era más amargo, aunque dulce, pero no dulce como el azúcar. No puedo decirte bien cómo sabía, pero me gustó tanto que la besé una vez más y seguí besándola, pero ya no lo hacía porque quisiera besarla, sino porque quería saborear su sangre y no quería que Bramond supiera lo que estaba haciendo. Y te lo cuento todo tal y como sucedió porque sé que no hice bien.

—¿Y qué más?

—Sí. Bueno, y desde entonces todas las noches sueño que bebo sangre y me entra muchísimo miedo. Y a veces pienso que soy un lobo como el de los dibujos de los libros y que estoy matando una perdiz o un cordero como se ve ahí. Y otras veces sueño que soy yo el lobo que busca Bramond. Puedo verlo disparándome y matándome, y no puedo hablarle y decirle que yo no soy un lobo. ¡Oh, es terrible cuando quieres hablar y no puedes!

—Se te ha disparado la imaginación —lo animó Aymar y acarició aquella palma peluda—. ¿Dónde encuentras esos corderos y esas perdices? ¿Piensas en eso en tus sueños?

—Sí, me da la sensación de que soy como un perro o un lobo y salgo de un brinco por la ventana y echo a correr a cuatro patas y corro muy, muy rápido. Y después salto sobre varias cercas y encuentro un pájaro o un cordero... Todo parece tan auténtico como si realmente estuviera sucediendo.

—Sí, algunos sueños son muy realistas. Pero no por ello son ciertos. Aunque, si hubiera barrotes en esa ventana, ¿crees que seguirías soñando que saltas por ella? Verás lo que vamos a hacer: supón que colocamos unos barrotes en la ventana y cerramos la puerta con llave por la noche, a ver qué pasa. A lo mejor ya no te molestan más los malos sueños. ¿Hacemos la prueba?

—Sí, tío. Por favor, hazlo. Tengo mucho miedo de irme a la cama. Sí, creo que si supiera que la ventana y la puerta están cerradas no me daría por soñar que huyo del dormitorio.

Por lo tanto, aquel mismo día, y tras dar una explicación satisfactoria a Josephine y Françoise en la que, sin embargo, no se les revelaba toda la naturaleza del sufrimiento del chico, procedió a instalar barrotes en la ventana y a engrasar la cerradura de la puerta.

A la mañana siguiente se dirigió impaciente a preguntar a Bertrand qué tal había dormido y le agradó descubrir que no se había visto turbado por ningún sueño. De ahí en adelante se convirtió en costumbre cerrar bajo llave a Bertrand todas las noches. Josephine era la única que no se sentía del todo satisfecha con el remedio.

—¿Y si hay fuego? —sugería—. ¿Y si Bertrand se queda encerrado en la alcoba y no puede escapar? Tendríamos que encontrarte cuanto antes para conseguir la llave.

—Colgaremos la llave aquí mismo, en esta alcayata junto a la puerta, y si hay un incendio, entonces alguien, cualquiera, el que más cerca esté, podrá abrirle para que salga.

Y Josephine quedó conforme sólo a medias.

—No se puede negar —puntualizó— que ha recuperado el apetito desde que no tiene pesadillas, aunque así y todo es como tentar al peligro.

Desde entonces se levantaba todas las noches con el temor de que alguien se hubiese dejado encendido algún candil o algún quinqué, o que no hubiera apagado bien la leña de la estufa o de la chimenea.

Aymar también se levantaba a altas horas de la noche para escuchar junto a la puerta de la alcoba de Bertrand. A veces se oían ruidos extraños. Cuando la casa estaba absolutamente silenciosa —ese completo silencio que tiene una casa sólo cuando es muy tarde y todos sus ocupantes están dormidos, ese completo silencio en el que es posible oír cómo se desperezan las vigas de las paredes, al parecer cansadas de tantos y tan largos días de trabajo, ese denso silencio en el que los muebles cobran vida y comienzan a crujir, hablando, a su manera, de los años que pacientemente han pasado en su rincón—, en ese completo silencio era cuando oía la respiración de Bertrand. Un respirar de ritmo monótono, como el de cualquier niño durante su tranquilo sueño. Pero luego la respiración se aceleraba. Más rápida, más rápida, hasta que dejaba de ser respiración y se convertía en jadeo. A veces, después, aunque con menor frecuencia, venía el acerado e inconfundible ruido de unas garras que golpeaban la madera del suelo. A continuación, sentía olisquear y resoplar por la rendija de debajo de la puerta y las garras la traspasaban una o dos veces. Luego llegaba el silencio, roto quizá por un largo lamento u otro resoplido. Y poco a poco los jadeos cesaban. Se volvía a percibir la respiración rítmica de Bertrand.

—Ya no puede haber ninguna duda —murmuraba Aymar, quien, con un profundo suspiro, abandonaba su labor de discreta vigilancia. Pero su convicción no duraba demasiado. Al poco tiempo volvía a tener dudas,

“Si al menos pudiera ver de verdad lo que hace”, se decía Aymar para sus adentros, aunque bastante difícil era ya oírlo. Debía tomar infinitas precauciones incluso para acercarse a un metro de la puerta. “Puede olerme” pensaba.

De cuando en cuando, subía corriendo hasta la puerta y entraba a toda velocidad. En ocasiones, hasta el mismo momento en que su mano estaba agarrando el pomo, en el interior se oía un gran alboroto y, una vez abierta de golpe la puerta, allí estaba Bertrand dando vueltas en la cama y gimiendo como sumido en la angustia de una pesadilla.

Se quejó a su madre y Josephine se lo echó en cara a Aymar:

—Tienes que dejar de despertarle de esa forma tan repentina —insistía Josephine—. Dice que le provocas pesadillas. ¿Por qué lo haces?

Él, sintiéndose incómodo, se excusaba:

—Sólo pretendo asegurarme de que todo está bien antes de irme a dormir.

Abajo en su estudio, Aymar había reunido todo el material que le fue posible acerca de los hombres lobo. Extraño mal el de la licantropía. A lo largo y ancho del mundo, por dondequiera que morase el hombre, la gente creía en él. Desde Ceilán hasta Islandia, desde Islandia hasta Ceilán, todos los pueblos antiguos poseían leyendas sobre ello. Desde los berserkir (hombres oso) de Escandinavia, los hombres hiena, los hombres bisonte de los indios norteamericanos, las mujeres gato de Constantinopla (que comen arroz con una horquilla, a sabiendas de que se llenarán el estómago en el banquete de demonios necrófagos del cementerio), hasta los hombres tigre de la India, la espantosa superstición es conocida y de acreditada autenticidad.

Aymar leyó acerca de los terribles brotes de hombres lobo en Francia en el año 1598, cuando la enfermedad pareció convertirse en epidemia y afectó a familias enteras. En la casa de un sastre de Châlons hallaron toneles con huesos humanos. Su juicio ante el Parlamento fue tan pavoroso que se ordenó quemar los documentos y archivos en la hoguera junto con el criminal. En ese mismo año, sin embargo, a otro hombre al que juzgaron por los mismos cargos le fue conmutada la pena por la de prisión en el hospital de Saint Germain de Prés, *où on a accoutumé de mettre lesfols*[32]. Y también ese año la familia Gandillon al completo fue condenada y ejecutada. Se cuentan por cientos los casos en Francia, Inglaterra y Alemania, por mencionar sólo tres países. Un viejo panfleto lleva por título:

> *La muy verdadera relación en que se cuenta la infortunada vida y muerte de un tal Stube Peeter, un alto germano (alemán), conocido brujo, quien bajo la apariencia de un lobo cometió muchos asesinatos a lo largo de veinticinco años; y por ello fue ejecutado en la ciudad de Bedbur, cerca de Coleyn (Colonia) el 31 de marzo de 1590. Publicado en Londres por Edward Venge.*

En todos estos terribles casos, los criminales, conscientes de sus delitos, no dudaron en confesar cómo se transformaban en lobos y corrían a través del bosque y los campos, buscando presas de todo tipo.

Cuando en plena noche Aymar abandonaba la lectura y la cabeza le zumbaba, se decía a sí mismo: "Imposible. Ridículo". Acto seguido sacaba la bala de plata de un pequeño cajón secreto de su mesa y la contemplaba. Luego pasaba revista mental a todos los extraños acontecimientos de que había sido testigo desde la tormenta que arrojara a la pobre Josephine en brazos del padre Pitamont. Y, aún

[32] “Donde se suele alojar a los locos".

no convencido del todo, subía las escaleras y escuchaba a la puerta de Bertrand. Si no oía nada más que la habitual respiración de Bertrand, se retiraba a su dormitorio lleno de escepticismo. Si, por el contrario, oía un singular gimoteo y el golpear de unas pezuñas en el suelo, se santiguaba rápidamente y bajaba corriendo las escaleras de nuevo, incapaz ya de dormir esa noche.

¿Podría darse el caso de que aquellas sangrientas historias medievales fueran algo más que meras ilusiones? ¿Eran fenómenos de los dominios de la naturaleza, fenómenos que perecieron como los animales que se han extinguido? ¿Pudiera ser que una inusitada concatenación de causas, una insólita articulación de acontecimientos, de las que surgen no más de una vez en varios siglos, hubiera dado lugar a una monstruosa excepción dentro del normal curso de la naturaleza?

En el informe Galliez, Aymar escribe:

“Hay entre nosotros espíritus primordiales, almas de bestias que han muerto, o de bestias más horribles que jamás han vivido. Cuando el cuerpo de un hombre se debilita, el alma de ese hombre empieza a separarse de los tentáculos de la carne y se prepara para partir en el mismo instante en que el cuerpo muera. Y en círculo alrededor de un hombre agonizante aguardan vigilantes las almas bestiales. Les gustaría hacer de ese hermoso cuerpo su morada, ese cuerpo humano que es la más alta creación esculpida por las manos de Dios, el cuerpo de espalda erguida ante el que las espaldas horizontales del animal han de humillarse.

» Es por defenderse de la invasión de las almas errantes por lo que los cuerpos se endurecen en el rigor mortis en cuanto mueren. De ese modo las almas que penetren en el envoltorio de un hombre no encontrarán más que un cascarón rígido. Sin embargo, a veces sucede que el alma de una bestia logra entrar en el cuerpo de un hombre mientras aún está vivo. Entonces las dos almas batallan entre sí. El alma de ese hombre puede partir por completo y dejar allí sola a la de la bestia. Y eso explica el que en este mundo haya hombres que sólo son monstruos disfrazados con temporal apariencia de hombres, los reyes de la creación. Igual que un criado con la ropa de su señor.

» Hay dos clases de hombres lobo. Primero están los que tienen dos cuerpos y una sola alma. Esos dos cuerpos llevan una existencia independiente, uno en el bosque, el otro en una casa. Y comparten un alma. En ese caso, el hombre sólo sueña con su vida de lobo. Cuando está en la cama, se cree lejos de allí, hollando grandes pinares de un país lejano, escabulléndose sobre sus almohadilladas zarpas, o aullando en una manada ante los cascos voladores de tres caballos que tiran al galope de un trineo por una llanura nevada... Y, del mismo modo, el lobo, saciado con su presa y dormitando en la madriguera, tiene un extraño sueño. Es un hombre, lleva ropa y camina, atareado con sus ocupaciones urbanas.

» Y en segundo lugar encontramos a los hombres lobo que tienen un único cuerpo en el que están en guerra el alma del hombre y el alma de la bestia. Entonces, cualquier elemento que debilite el alma humana, ya sea el pecado o la oscuridad, la soledad o el frío, hace aflorar al lobo. Y todo lo que debilita el alma de la bestia, virtud o luz del día, calor o compañía de otros hombres, saca a la superficie el alma humana. Porque es sabido que el lobo retrocede ante aquello que anima al hombre.

» Estas grandes verdades se han olvidado, porque en los tiempos antiguos esos monstruos fueron perseguidos y eliminados de forma tan cruel que ahora disfrutamos de cierta inmunidad y libertad en lo que respecta a aquellos peligros. Pero tenemos el deber de mantenernos muy alerta para no

permitir el declive de la especie humana, para que la civilización del hombre no se hunda ante la anarquía de los lobos o de los leones o de algún otro monstruo aún sin forma. Tenemos el deber de recuperar los modos de la Edad Media, cuando los adversarios no humanos del hombre casi fueron extinguidos por el cruel, aunque necesario uso del fuego".

Durante las semanas que siguieron al hallazgo de la bala, Aymar estuvo pensando seriamente en la conveniencia de acabar con Bertrand por medio del fuego. ¿Cómo? ¿Llevándolo al bosque y quemándolo en una de las viejas cabañas para el carbón ya abandonadas? Era peligroso. ¿Prender fuego a la casa, pues? ¿Por qué no? Quemar el edificio y hacer que Bertrand pereciese entre las llamas como por accidente.

Una noche, dándole vueltas al tema por enésima vez, tomó una decisión. Reuniría sus papeles más importantes, las respuestas a las cartas con las que solicitaba información acerca de Pitamont y sus antepasados, su lentamente adquirida colección sobre licantropía, la bala de plata, el hisopo y otros objetos relacionados con Bertrand: lo distribuiría todo en varios bultos y lo llevaría a las alejadas cocheras. Aquello era lo que deseaba conservar.

Entonces fue al piso de arriba con una lata de petróleo, como para rellenar el quinqué. Se detuvo en la oscura sala que había ante la puerta de Bertrand, a unos metros de distancia, con el objeto de no despertar al bruto. Y no había ninguna duda, de nuevo pudo oír aquel seco golpear de zarpas en el suelo de madera, el olisqueo nervioso seguido de los violentos resoplidos junto a la delgada rendija de la parte inferior de la puerta.

"Puede olerme", se dijo Aymar, "y está en guardia".
Por un instante se le encogió el corazón al ponerse en el lugar del pobre chico, obligado a sufrir por un pecado que él no había cometido. Pero recobró el ánimo y ya se disponía a echar el combustible contra la puerta para después encender una cerilla cuando oyó unos pasos que se aproximaban.

—¿Quién anda ahí? —gritó nervioso.
—Soy yo —respondió Josephine, acercándose.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con dureza.

—Oh, estaba muy preocupada, no podía dormir.

—¿Preocupada por qué?
—Por el fuego —contestó ella.
—¿Cuántas veces te he dicho que con la llave colgada junto a la puerta no hay nada que temer? —le gritó enfadado.

—Lo sé —admitió ella dócilmente—, es sólo que no podía irme a dormir esta noche sin antes asegurarme.

—Mujeres... —espetó él, y bajó pesadamente las escaleras hasta su estudio, donde se echó en el sofá temblando como un flan. Un sudor frío bañaba su cuerpo. Los calambres torturaban sus intestinos. Tras largas horas de insomnio, se quedó dormido.

Por la mañana, Guillemin fue a buscarlo.

—He encontrado unos paquetes de libros y de papeles y otras cosas en las cocheras. ¿Qué quiere que haga con ellos?

Sin saber qué decir, profirió las palabras que más dispuestas estaban en su boca, las palabras que parecían haber estado emboscadas en la punta de la lengua a la espera de volar por el aire: Son para quemarlos, Guillemin.

—Los objetos de metal no van a arder, *monsieur*.

—¿Qué? Bueno, aplástalos a golpes y entiérralos con las cenizas de lo demás.

—*Oui*, *monsieur*.

Tras haber dado la orden tuvo mucho tiempo para preguntarse por qué lo había hecho. Con aire fatalista, declaró:

—Quizá sea mejor así.

La gente sumida en la duda, torturada por los miedos, incapaz de ver una salida o incapaz de elegir una solución entre las diez posibles que de pronto salen a su encuentro, esa gente enloquece o se vuelve fatalista. No hay mejor descanso para unos nervios desquiciados que unas pequeñas vacaciones en el territorio del fatalismo.

—Se destruyen las pruebas en lugar de al monstruo —se lamentó un poco después—. Me arrepiento.

Pero había dejado de preocuparse. Se dio la vuelta en el sofá y se durmió de nuevo al instante.

Y, por extraño que parezca, Bertrand empezó a mejorar. Ya no se quejaba de las pesadillas. Por la noche, de su habitación no salía otro sonido que no fuera el de la acompasada respiración. Pero Aymar no relajó la vigilancia:

—El lobo de su interior está tranquilo, por el momento.

Josephine propuso:

—Bertrand mejora muy rápido. Me gustaría que no lo tuvieras encerrado más tiempo.

—Cuando yo crea que está mejor, haré lo que sea necesario —fue la tajante respuesta de Aymar.

Pero la insistencia de la madre le hizo ceder. Y nada sucedió. “Quizá se haya curado del todo”, pensaba.

—Eran esas historias sobre el lobo las que lo atemorizaban —aseguró Josephine—. ¿Por qué no empiezas a darle clase otra vez? No le has dado ninguna desde hace meses. No podrá presentarse a los exámenes.

Dicho y hecho: Aymar y Bertrand volvieron a encontrarse en el estudio, como antes, dos horas al día.

Pero Bertrand estaba espeso. Aprendía despacio. Antes solía aprender rápido.

“Ha estado sin estudiar demasiado tiempo”, concluyó Aymar. “O quizá ha alcanzado su techo. Loro viejo no aprende a hablar”, le dio por pensar también.

Pasaron los meses y todo seguía en calma. Un día Françoise llamó a la puerta de su estudio.

— ¿Qué ocurre Françoise? Pareces preocupada.

—Sí, *monsieur*.

Hizo una pausa.

—Creo, *monsieur* —volvió a hablar de manera súbita y veloz—, que debería volver a cerrar con llave la puerta de Bertrand.

Aymar se quedó boquiabierto. ¿Qué sabía Françoise?
—¿Tiene pesadillas otra vez?
—Usted y yo, *monsieur*, no necesitamos hablar de pesadillas. Yo no soy Josephine, cuyo amor de madre la ciega. Sé cuántas son dos y dos tan bien como usted.

Se apartó de la frente un mechón de cabello gris.

—¿Qué sabe usted? —le preguntó.

—He oído que la gente se queda con crías de tigre y las tiene de mascotas. Pero cuando alcanzan cierta edad hay que meterlas en una jaula.

—¿Qué sabe usted? —repitió él con tono de cansancio.
—Lo sé todo —insistió ella—. ¿Es que acaso no lo he visto crecer a lo largo de toda su niñez? Era un chico encantador y travieso. Como los cachorros de perro. O puede que como las crías de tigre.

—Pero, ¿por qué has venido a contarme esto ahora?

—Porque Guillemin me ha dicho esta mañana: “Ese zorro ha vuelto”. El hijo de Guillemin encontró una cabeza de pato cortada.

Aymar, exhausto, se secó la frente.

—¿En qué acabará todo esto?
A la hora de cenar tuvo una idea. Fue a la cocina, donde estaba comiendo Bertrand. Se acercó al chico y tiró hacia abajo del párpado inferior de uno de sus ojos.

—Anemia —diagnosticó.
—Ha vuelto a perder el apetito —se quejó Josephine.

—Le daremos un poco de carne cruda todos los días —recetó Aymar—. Eso hace criar sangre.

Después se echó a reír. Buen truco. Alimentaremos al lobo que lleva dentro y lo mantendremos calmado. Y lo cierto es que tuvo éxito. Bertrand se comía la carne cruda con avidez. Su aspecto mejoraba, El pelo le crecía brillante. Tenía la piel lustrosa. Los ojos, luminosos. Aumentó de peso y de estatura. Y Josephine, que notaba los excelentes resultados, ofrecía a su querido niño mayores trozos de carne, una carne cada vez más chorreante de sangre, con pedazos más gruesos de grasa pegados a ella.

En las clases también iba a mejor y era una delicia ver cómo se divertía en el patio. Corriendo lograba cansar incluso al perro. Cuando jugaba al rescate con los chicos del pueblo, era el último al que atrapaban, si es que lo hacían. Y cuando le tocaba adivinar al veo—veo, a sus ojos no se les escapaba nada.

En líneas generales, el pueblo no sospechaba de la peculiar condición de Bertrand. Lo cierto es que la mujer de Bramond se olía algo misterioso en aquella casa, pero lo atribuía a una aventura amorosa entre Josephine y Aymar. Se solía ir de la lengua diciendo que Bertrand era el hijo

secreto de Aymar, pero gran parte de su maledicencia era debida al hecho de que, como su marido tenía ocasión de señalar de cuando en cuando, estaba celosa del hijo de Josephine, al que tenían destinado a estudiar medicina, una carrera que ella deseaba dar a su propio hijo Jacques, aunque las posibilidades de éste eran muy remotas en vista de la gran cantidad de hijos que dependían de la familia Bramond —cinco— y de los reducidos ingresos que procedían en exclusiva del salario de Bramond como guardabosques.

Pero insistió tanto al respecto que consiguió lo que quería. Cierto es que no inmediatamente, sino paso a paso. Primero logró enviar a Jacques a la escuela local. Eso era lo máximo a lo que Bramond estaba dispuesto. Luego le hizo ingresar en el liceo. Y cuando hubiera aprobado el examen de ingreso, bueno, podría quedarse allí un año o dos, pero no más. Y así sucesivamente, hasta que los años pasaron y Jacques estuvo preparado para presentarse a los exámenes del bachillerato y al acabar el verano podría irse a París a estudiar medicina.

Bertrand se iba a presentar a los exámenes del bachillerato al mismo tiempo. Había estudiado en casa con Aymar, a quien él llamaba tío, y no esperaba conseguir tan buenos resultados como su amigo ya que, a pesar de que era un chico brillante, pasaba demasiado tiempo enfermo. Sobre todo, en invierno, en febrero. En esa época se volvía torpe en las clases y de noche no dejaba de tener unos sueños terribles. Se avergonzaba de ello, de la que era su única debilidad, y a los amigos curiosos sólo les decía que padecía migrañas.

El también sentía curiosidad por aquellos extraños sueños en los que anhelaba correr a cuatro patas por un bosque, subir una colina y luego bajar hasta un valle. Su tío lo tranquilizaba:

—No es nada. Es normal que a veces les ocurra eso a los chicos de tu edad. Se te pasará.

Entonces le preguntaba a Bertrand:

—¿Qué dicen tus amigos?

—No dicen nada. No les cuento gran cosa.

—Mmm... Ya veo. Bueno, quizá lo mejor sea que no digas nada.

Los exámenes de bachillerato de primavera tenían lugar en Auxerre. Jacques y Bertrand fueron juntos a hacerlos. Su duración era de tres días.

Al principio Aymar tenía intención de ir con Bertrand, de cuya conducta, a pesar de todos esos años de relativa calma, no se fiaba una vez fuera del alcance de su vigilante mirada. Pero Françoise lo veía de otro modo:
—Si más tarde va a tener que ir solo a París, déjale ir también solo ahora. Servirá para ponerle a prueba.

Aquella parecía una postura inteligente. Después de todo se había portado bien durante los últimos seis años, gracias sin duda a la triquiñuela de Aymar de alimentarlo con ingentes cantidades de carne cruda.

Al llegar a Auxerre, Jacques y Bertrand se alojaron en una pequeña posada llena de chicos que habían ido allí con el mismo propósito. Durante los primeros días todo estuvo tranquilo en el lugar. No se oía nada excepto el pasar de páginas y la cantinela de un montón de chavales que

recitaban en voz alta, preparándose para las varias horas de examen que tendrían que soportar cada uno de los días. Pero al tercer día, cuando ya no había más que una sencilla prueba en perspectiva, la tensión decreció. Las voces se transformaron en gritos, se daba rienda suelta a las carcajadas, dos chicos empezaron a pegarse en el patio. Y, en el momento en que la tercera prueba hubo pasado felizmente al limbo, se desató el caos. Los chavales se pusieron a recorrer como locos la ciudad donde los ciudadanos, aleccionados por una larga experiencia, habían cerrado las tiendas. Los cafés sólo servían sus productos en la loza de peor calidad y estaban dispuestos a cobrar lo que les rompieran como si fuera de Sèvres.

Por la noche, ya algo bebidos, un joven con quien Jacques y Bertrand habían trabado amistad les propuso que fueran a una casa que él conocía.

Jacques lo estaba deseando, ya que había vivido con una mayor libertad en el barrio pobre de su pueblo y no era lo que se dice casto. Pero Bertrand se quedó de piedra. No, él no podía ir.

Jacques le provocó:

—¿Tienes miedo?

El otro chico se burló:

—*Garçon*, un vaso de leche para el bebé.

Bertrand se explicó con aire serio:

—No, no es eso. No me encuentro bien. No dormí bien anoche.

—¿Y quién sí? Ninguno de nosotros pudo dormir.

—Y además creo que me está volviendo la migraña.

Lo cierto era que estaba notando aquella extraña congestión y aquella tensión que asociaba a una noche de delirio.

Jacques le dio una palmadita en la espalda.

—¡Pues aquí está la solución! Eso es lo que llevas tiempo necesitando. *Une petite femme*...

El otro se puso a recitar ciertos versos desagradables cuyo oscuro significado les daba un tono más picante si cabe:

Marc une béquille avait
Faite en fourche, et de manière
Qu' à la fois elle trouvait
L'oeillet et la boutonnière.

D' une indulgence plénière
ll crut devoir se munir,
Et courut, pour l' obtenir,
Conter le cas au Saint-Père.

Qui s'écria: Vierge Mére
Que ne suis-je ainsi bàti!
Va, mon fils, baise, prospère,
Gaudeant bene nati[33]

—Bien, adiós Bertrand —se despedía Jacques—, no olvides tu bufanda o cogerás frío...
Gaudeant bene nati[34]
Aquello ya era demasiada provocación. Se levantó y declaró con solemnidad:

—Voy con vosotros.

Entre los otros dos lo cogieron cada uno de un brazo y fueron calle adelante cantando juntos. Bertrand se dejó llevar por la temeraria euforia de sus amigos. Elevó la voz y se puso a cantar más alto que ellos.

La casa a la que se dirigían estaba en una tranquila calle lateral. Les abrió la puerta una mujer pequeña, aunque corpulenta, que les mostró el camino hacia un salón muy reducido. A lo largo de la pared había dispuestas unas pequeñas sillas doradas. Uno de los rincones estaba ocupado por un diminuto piano dorado. La pared estaba decorada por varios cuadros que, a la parpadeante luz de los quinqués, dejaban ver mujeres gordas, desnudas, tumbadas en divanes o cerca de fuentes, y que eran atendidas por esclavos negros. Una imagen solitaria en un rincón mostraba a María Magdalena lavándole los pies a Jesús. Ante este cuadro ardía una llama eterna en un cristal de intenso rojo rubí.
Tres chicas entraron en la sala. No eran ni bonitas ni alegres. Vestían con sencillez, con ropa de tejido oscuro y austero. Una de ellas, la más fea con diferencia, llevaba unas gruesas gafas. Ya que Jacques y su amigo Raoul se habían acercado de inmediato a las otras dos, Bertrand saludó a la miope y se pusieron a bailar una polca junto con los demás mientras la *Madame* tocaba sentada al dorado piano.

Cuando el baile terminó, el ambiente había mejorado de forma notable. Las chicas se abanicaban los rostros sudorosos con sus pañuelos. La *Madame* había ido a por champán. Raoul acababa de terminar una canción endemoniadamente divertida y se estaba arrancando con otra.

El champán, junto a lo que ya habían bebido, el baile y las canciones, animaron un poco el ánimo de Bertrand.

En ese momento la *Madame* sugirió con delicadeza que se estaba haciendo tarde. Abrió la puerta y les mostró el camino al piso de arriba.

Bertrand estaba solo con la chica. De repente se sintió presa de una terrible sensación de fatiga. Casi no podía aguantar en pie. Sus nervios no soportaban tanta excitación. Deseaba que hubieran

[33] "Marc tenía una muleta / con forma de horcadura, y de manera / que a un tiempo hallaba / los ojales de arriba y los de abajo / De una indulgencia plenaria / creyó que se debía proveer / y corrió, para obtenerla, / a contar su caso al Santo Padre. / Éste exclamó: ¡Virgen Santa! / ¿Por qué no estoy yo hecho así? / Ve, hijo mío, folla, prospera. / *Alégrense los bien nacidos*". (N. del T)
[34] ¡Alégrense los bien nacidos! (N. del T.)

pasado todos los embarazosos preliminares; en realidad, deseaba que todo aquel asunto hubiera concluido ya.

La chica se rió abiertamente de él. Estaba acostumbrada a la timidez de los jóvenes. Su método de ataque era tomarles el pelo. Le dijo:

—*Monsieur* debe de ser muy pudoroso si pretende hacer el amor con la ropa puesta.

Acto seguido él comenzó a desabotonarse la chaqueta.

—Espera —se le ocurrió a ella de repente—, antes tienes que escribir algo en mi libro de firmas.

Le trajo un libro voluminoso.

Abrió el tomo y se sorprendió al ver el nombre de Victor Hugo con su inmensa rúbrica bajo un sucio verso.

En otra página estaba Horace Vernet[35] debajo de un dibujo espantoso y repugnante.

La siguiente mostraba un soneto firmado "Todo tuyo, Adolphe Thiers"[36].

Estaban Dumas, Garibaldi e incluso una enorme corona con una firma esbozada a toda prisa bajo la cual se hallaba el nombre: Napoleón III.

Al principio Bertrand lo miró desconcertado, de hecho, estaba abrumado, y antes de que pudiera darse cuenta de su error ya había firmado con su nombre, Bertrand Caillet, Mont d'Arcy.

Entonces lo comprendió. Todo aquello no eran más que simples fantasías. Una broma cruel ideada por la primera persona en incluir su nombre y perpetuada por los que vinieron después.

—¿Sabes leer? —preguntó él.

Ella se ruborizó y negó con la cabeza.

Se fue haciendo una ligera idea de la situación. La chica llevaba gafas por la misma razón por la que tenía un libro para las firmas de las visitas, para ocultar su desgracia, su mísera condición.

—¿No vas a escribir nada más?

Él complació su deseo y añadió unas líneas sobre su nombre:

O mon amante!

O mon desir!

Sachons cueillir

L' heure charmante![37]

---

[35] Pintor francés que se distinguió por su pintura de género: escenas de la vida en Oriente y lienzos de batallas. (N. del T)

[36] Jefe del poder ejecutivo con Napoleón III; firmó la paz con los prusianos y reprimió sangrientamente la Comuna de París en 1871. Su gobierno se refugió en Versalles, mientras que la Comuna se había instalado en el *Hôtel-de-Ville* (Ayuntamiento parisino), como más adelante se menciona en la novela. (N. del T.)

Como Bertrand seguía mostrándose tímido, la chica, Thérèse, propuso un pequeño juego. Ella se quitaría dos prendas por cada una que se quitase él. Hubo una mínima discusión acerca de si contaba la gorra o no. No, dijo ella, porque si él contaba la ropa de salir a la calle también podría hacerlo ella. Debían empezar desde cero, por así decirlo. Bertrand no tardó en seguirle la corriente y se desprendió de la chaqueta que ya tenía previamente desabotonada. Ella se quitó el jubón y una chaquetilla corta de encaje. Daba la impresión de que su vestimenta, en apariencia discreta, constaba de innumerables elementos, de varias combinaciones, cubrecorsé y corsé, ligas y mil cosas más a las que ella iba dando nombre una por una a medida que se las quitaba, acompañando su acción con risitas de triunfo. Pero al final se quedó únicamente con una media y la enagua; y, cuando Bertrand se deshizo de su última prenda, exclamó:

—¡Empate!

—No, no lo hay —replicó ella, y se quitó la media y las gafas y se quedó con la enagua—. He ganado —sentenció Thérèse señalando al último elemento de su atavío.

—Pero tus gafas... Eso no es justo —protestó él.
—Sí que lo es —aseguró ella—. He ganado, y como castigo tú tienes que quitarme la última prenda, pero no se te permite usar las manos.

Se colocó junto a Bertrand, quien, todavía algo pudoroso, había refugiado su desnudez en la cama.

—¿Cómo lo voy a hacer? —preguntó con una risa nerviosa—. ¿Cómo te lo voy a quitar sin usar las manos?
—Te siguen quedando dientes y dedos en los pies, ¿no es así? Con cierta timidez él empezó a tirar de la tela con los dientes.

—Se va a romper —previno.
—Entonces me tendrás que comprar otro —le avisó ella—. Pero es muy barato —le tranquilizó entre risas.

Él se puso de nuevo en acción.

—¡Ay! ¡Me estás mordiendo! *¡jésu-Marie!...*
Había pillado entre los dientes un trozo de piel junto con la tela. Oyó el grito, notó una gota de sangre que atravesó el tejido. Tenía los brazos alrededor del cuerpo de ella. Quiso soltarla, pero una extraña furia lo invadió. Mientras la sujetaba con una mano, con la otra detuvo sus alaridos. Ella, al sentir que aquella mano ahogaba sus gritos, también la mordió y utilizó los puños para defenderse con todas sus fuerzas.

A primera hora de la mañana siguiente Jacques y Raoul llegaron a un acuerdo:

—Dejemos a Bertrand aquí y larguémonos juntos. Le daremos un buen susto.

Cuando la *Madame* les presentó la cuenta sólo pagaron lo suyo. El champán, el uso de la sala de baile (¡!) y todos los demás servicios que la completaban, se lo dejaron a Bertrand.

---

[37] "¡Oh mi amor! / ¡Oh, mi anhelo! / ¡sepamos aprovechar / el mágico momento!" (N. del T.)

—Lo pagará —tranquilizaron a la alcahueta—. Es rico.
—¿De verdad? —preguntó ella. No le había pasado desapercibido que aquel chico iba mucho mejor vestido que los otros dos.
—Muy rico —insistieron ellos.
Ella, por su parte, pensaba: “En ese caso habrá que ver si se puede añadir algo más en la cuenta”.

Y, satisfecha con su plan, despidió a sus clientes y se retiró para anotar una cuenta nueva y mejor elaborada. El negocio no iba del todo bien, de modo que había que aprovechar al máximo al público que se dejaba caer por allí.

Jacques y Raoul regresaron a la posada, empaquetaron los libros y esperaron a Bertrand. Pero Bertrand no daba señales de vida.

—Volvamos a ver qué le ha ocurrido —sugirió Jacques.
Pero su regreso a la vida normal les había infundido una sensación de vergüenza con respecto a su aventura. Ninguno de ellos deseaba ir de nuevo a aquella casa a plena luz del día.

Entretanto, el dueño de la posada quería las habitaciones libres.

—Si los caballeros van a alargar la estancia, les tendré que cobrar otro día.
Raoul decidió lavarse las manos en todo aquel asunto y, silbando una alegre melodía, se fue a su casa; tenía el presentimiento de que algo había salido mal y quería apartarse de ello lo antes posible, ya que si llegaba a oídos de sus padres él estaba perdido.

Y en cuanto a Jacques, también estaba intranquilo. A la bravuconería de la noche anterior le habían sucedido los escrúpulos de la conciencia.

—Bien —interrumpió el dueño los pensamientos de Jacques—, será mejor que saquen también las pertenencias de su amigo, a no ser que él vaya a seguir en la habitación.

—No, yo me las llevaré —decidió Jacques—, y le dejaré una nota por si viene.

Con la seguridad de que así el problema quedaba resuelto, Jacques reunió en un bulto los libros de su compañero de habitación, escribió una breve nota en la que le decía a Bertrand que tenía todos sus libros y que se había ido a casa, y después partió.

De vuelta al pueblo, aguardó nervioso noticias de Bertrand. Cuando se enteró de que estaba en casa enfermo, su inquietud aumentó. “Ahora sí que se descubre todo el pastel”, pensó. Pero no ocurrió nada. Se arriesgó a preguntarle a su madre:
—¿Qué le pasa a Bertrand?
—Oh —respondió ella con gesto severo—, ¿quién sabe qué es lo que sucede en esa casa? He oído que el viejo Galliez le ha dado al pobre chico una paliza que casi lo mata. ¡Vergüenza debería darle al viejo libertino! ¡Porque eso es lo que es!

Él no respondió. Sabía de la actitud de su madre hacia la casa de Galliez; por lo tanto, conforme con saber que su propio pellejo estaba a salvo, se dedicó a esperar el inminente viaje hasta una lejana granja en la que iba a trabajar durante el verano. Volvería a mediados de agosto y de nuevo partiría enseguida hacia París para incorporarse a la escuela de médicos. A pesar de que ese verano comenzó la guerra, aquello no alteró los planes de su madre. Nada cobraba en la imaginación de aquella mujer la suficiente importancia, como para retrasar su única ambición.

CAPÍTULO OCHO

La mañana en que Jacques y Raoul se fueron, dejando a Bertrand a cargo de la mayor parte de la cuenta, la patrona se había retirado para idear una nueva factura que sería una obra de arte. Una vez que la tuvo terminada, esperó a que apareciese su huésped. Ya era tarde, pero, teniendo en cuenta que muchas veces una chica y su invitado se quedaban durmiendo hasta bien avanzada la mañana, no pensó más en ello y se dedicó a sus quehaceres.

Sin embargo, a las diez comenzó a impacientarse y fue a llamar a la puerta de Thérèse. No hubo respuesta.

—Estos ricos... —pensó molesta para sus adentros y tomándolo como una ofensa a su sentido de la propiedad. De nuevo bajó las escaleras y añadió un día más de alojamiento a la cuenta. Eso hacía un total de más de cien francos. ¿Tendría ese chico tanto dinero? Bueno, estaba dispuesta a regatear con todo lo que llevase encima. “Incluyendo ese reloj tan bueno que tiene”, decidió.

A las once volvió a llamar. No respondieron. Pegó la oreja a la puerta. Se oía un débil lamento al otro lado. Giró el pomo y entró.

Thérèse, pero qué Thérèse, yacía sola en la cama y se quejaba débilmente. Grandes manchas de sangre marrón cubrían las sábanas. De su cliente no había ni rastro.

Los gritos de la *Madame* atrajeron a las demás chicas a la habitación de Thérèse.

—Id deprisa a buscar un médico —ordenó la *Madame*.

—Que también venga la policía —propuso una de las chicas.

—¡No! —chilló la patrona—. Ni se os ocurra.

No se llevaba demasiado bien con las autoridades y lo último que quería era implicarse más en el asunto. Si la policía se hacía necesaria, siempre se podía esperar hasta el último momento.

Una vez que a Thérèse le hubieron lavado y vendado las heridas, la patrona le preguntó:

—¿Y cómo has podido permitir que te hiciera algo así?

—Pues supongo que me desmayé.

—Y por todo eso no te pagó un céntimo, ¿no?

—¿Cómo iba yo a saber que me haría esto?

—Los hombres que quieren cosas así las pagan pero que muy bien en París —señaló la *Madame*, para quien París era el *arbiter elegantiarum*[38] en todos los asuntos relacionados con las tarifas, etc., en los establecimientos de su gremio.

—No parecía de ésos —se quejó Thérèse con mansedumbre.

—¡Si al menos supiera su nombre! —gritó la *Madame*.

—Pero si lo tengo en mi libro de firmas... —declaró Thérèse.

—¡Bah! —exclamó la patrona con impaciencia y desdén—. ¡Tu libro de firmas!...

[38] En latín, "árbitro de elegancia". Aquí se interpreta la frase en el sentido de "canon" o "medida". (N. del T.)

—Sí —insistió Thérèse. Entonces la *Madame* echó un vistazo por si hubiera alguna remota posibilidad y allí vio escrito con toda claridad

“Bertrand Caillet, Mont d 'Arcy”. Aquello sonaba bastante real. Y a Mont d 'Arcy se podía llegar en unas dos horas.

Aquel mismo día alquiló un coche y no le fue difícil descubrir que los Caillet vivían en la elegante casa Galliez, detrás de un paseo de algarrobos. Éstos estaban en plena floración y tenían un aspecto esplendoroso con miles de flores amarillas colgando de ellos. El suelo estaba cubierto por una alfombra de pétalos. El aire, cargado de una lenta lluvia amarilla.

La corpulenta proveedora de amor *al por menor* no se vio intimidada por la elegancia exterior; ella sabía que con frecuencia eso no era más que la fachada tras la cual se escondían unos vicios muy caros. Tuvo la seguridad, por el contrario, de que su visita a aquel lugar le reportaría un considerable beneficio económico y con esa sensación reunió el valor para tocar el timbre. Aymar Galliez la recibió en su estudio.

—He venido a hablarle de su hijo Bertrand —comenzó a decir la propietaria del lupanar.

—Usted dirá —invitó Aymar.

Le relató el suceso embelleciéndolo con mucho arte, aunque sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su profesión, de la cual, en realidad, a veces le gustaba alardear en presencia de la rica burguesía.

—¿Y qué quiere usted que haga yo? —se interesó un Aymar al que le hervía la sangre por dentro a pesar de su aparente indiferencia.

—¡Por el amor de Dios!, *monsieur*. Quisiera una indemnización por daños y perjuicios. Quién hubiera pensado que un chico tan fino y tan educado...

—En mi opinión es a la policía a quien corresponde ocuparse de estos temas —interrumpió Aymar, preguntándose si estaría ante la gran oportunidad de librarse por fin de Bertrand.

La *Madame* consiguió que no se le notara el temor. Aunque era obvio que la razón estaba de su parte y que, por consiguiente, tenía todo el derecho a acudir a la policía, el hecho de que Bertrand fuese menor de edad y el que ella pudiera verse implicada en actividades de índole criminal, hacían necesario evitar esa solución; además, eso le impediría sacar un solo céntimo de beneficio. Mientras fingía reflexionar sobre el asunto, en realidad trataba por todos los medios de inventar una buena excusa.

—Muy bien, *monsieur* —se le ocurrió de pronto—. Iré a la policía. Al principio pensé que usted valoraría la oportunidad de dejar zanjado el tema sin publicidad, pero ya veo que he desperdiciado mi tiempo y mis caritativas Intenciones.

Aymar libraba una batalla consigo mismo. ¿Por qué creía que un hombre lobo era una desgracia? ¿Por qué estúpida y vergonzante razón no tenía el valor suficiente para sacar a la luz a aquel monstruo? Un monstruo, por lo demás, de cuya existencia no era responsable él, sino un extraño, aunque le había tocado a él cargar con ello a causa de un cúmulo de circunstancias.

En definitiva, ¿estaba sirviendo de algo mantener oculto a aquel hombre-bestia? Aun así, no podía permitir que se conociera la existencia de Bertrand. Sus esfuerzos por el chico habían

tenido un éxito tal que casi había logrado dar carpetazo al problema; pero una vez más se había hecho evidente que aquel chaval era una fuente constante de complicaciones y de peligro; y no, bajo ningún concepto, se le podía dejar ir a estudiar medicina a París.

Terminó cediendo con un suspiro.

—¿Cuánto quiere? —preguntó.

—Cinco mil francos —contestó ella, apretando los labios.

—Dígame su dirección —solicitó él con tranquilidad—; le enviaré mil francos antes de que acabe el día y espero no volver a oír nada sobre este asunto.

La calma con la que tomó la decisión intimidó a la mujer. Mil francos no estaban nada mal. Ella se levantó y se fue. De vuelta a casa, se le ocurrió una idea brillante. Lo primero que haría al llegar sería reprender a todo el mundo, sobre todo a Thérèse.

—Sería capaz de matarte —gritó a la pobre y maltrecha chica.

—Oh, *madame* —sollozó Thérèse a través de los vendajes.

—Y ni siquiera podemos pagar las facturas del médico que te ha atendido. La verdad es que incluso me han amenazado con una denuncia por haber admitido a un menor.

Al final adoptó una actitud más relajada.

—Bueno, tendré que pagar al médico con mi dinero —señaló—, Vosotras tenéis la cabeza a pájaros y nunca pensáis en ahorrar; si ahora no me ocupase yo de tu tratamiento, lo más probable es que tuvieras que dejarte morir.

Thérèse se mostró profundamente agradecida a su patrona.

—Ya verá, *madame* —prometió—, trabajaré duro para usted.

—Vamos —replicó la *Madame* con tono jocoso—, a lo mejor trabajas tan duro y tan bien que algún cliente te lleva con él, se casa contigo y aquí no nos dejas ni el libro de firmas para que nos acordemos de ti.

—Oh, *madame*, ¿cómo puede decir algo así? —le reprochó Thérèse, mientras su mente se dejaba llevar por la maravillosa posibilidad de que aquello pudiese suceder en realidad alguna vez.

La generosa actitud de la patrona aún albergaba un remordimiento de la conciencia que no se vería satisfecho hasta que le hubo comprado a Thérèse un vestido de diez francos, además de haber pagado de su propio bolsillo el lavado y planchado de las sábanas ensangrentadas. Los mil francos, sin embargo, fueron a engrosar sus pequeñas, aunque limpias, inversiones en rentas, en las que tenía puestas sus esperanzas para jubilarse algún día. El camino hacia la independencia económica es terriblemente lento y difícil.

Mientras tanto, Aymar caminaba de un lado para otro de su estudio sin dejar de cavilar. ¿Cuánto tiempo llevaba sucediendo todo aquello con Bertrand? ¿Podría no tratarse de su primera visita? El aspecto sexual del crimen, desde su punto de vista, no carecía de importancia. No es que hubiera olvidado del todo sus deslices de libertino pero, tras haber reprimido los propios apetitos carnales durante sus estudios en el seminario de Langres, ya no era capaz de aceptar que esos deseos fuesen imposibles de dominar por parte de los demás. Cuanto más pensaba en el

comportamiento del chico, más se encendía su ánimo. Al final abrió la puerta del estudio y, totalmente en contra de su costumbre, gritó:

—¡Josephine!

Ella salió corriendo desde la cocina y atravesó el salón para llegar a su habitación.

—*Oui, monsieur*.

—¿Ha vuelto ya Bertrand?

—*Non, monsieur*, todavía no.

—En cuanto llegue, dímelo.

En los ojos de Josephine había un gesto de interrogación, pero él lo ignoró y cerró la puerta. Le vino a la memoria una carta que alguien le había enviado y que hablaba de los Pitamont y los Pitaval, y de cómo habían encerrado a un Pitamont en un pozo y lo alimentaban de carne y sebo y, después de muchos años, había perdido la capacidad de hablar y sólo aullaba como un lobo; "y en realidad", concluía la carta (Aymar lo recordaba muy bien), "se decía que jamás hubo un Pitamont bueno, salvo aquél al que tuvieron encerrado. E incluso él asesinó a dos personas antes de que lo metieran allí. Por supuesto, los muertos eran de los Pitaval, de ahí que nadie les echase demasiado en falta; ni a él tampoco, excepto la novia que lo esperó durante treinta años o más. Pero los Pitamont siempre fueron dejando un notable rastro de sufrimiento que se extendía allí por donde pisaban".

Y Aymar no dejaba de preguntarse:

—¿Habrá llegado todo eso hasta Bertrand?

Si aquello continuaba, no quedaría más remedio que dejarlo encerrado. Le daba vueltas a la cabeza acerca de si el dormitorio de Bertrand serviría de celda. Tendría que ser un lugar habitable, sin duda, al menos tan habitable como la mazmorra en la que estuvo preso Pitamont o incluso más.

Le dio por imaginar que Bertrand se comportase en su propia casa de un modo tan violento como lo había hecho en alguna ocasión fuera de ella, que traspasara el límite de matar corderos y llegase a herir de gravedad a la gente, como a aquella pobre prostituta, por ejemplo. En ese caso sólo quedarían dos posibilidades: la policía o una celda en casa.

Al hilo de sus pensamientos, subió las escaleras y abrió de golpe la puerta de Bertrand. Allí estaba el joven, ¡durmiendo en su cama!

Aymar se asustó al verlo, como si de pronto se hubiera encontrado cara a cara con un tigre.

Consiguió dominarse y se aproximó a la cama. El chico tenía el rostro muy congestionado. Respiraba profundamente. La cabeza estaba echada hacia atrás como privada de toda energía. El pelo, alborotado. Parecía estar durmiendo una buena borrachera.

Bertrand abrió los ojos bajo el influjo de la atenta mirada de Aymar. Primero mostraron sorpresa; después los apartó.

—¿Cuándo volviste? —preguntó Aymar.

—¿Qué? Yo..., no lo sé. Oh, no me acuerdo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Bertrand tardó unos instantes en responder.

—He tenido otro de esos terribles sueños; no sé cómo he regresado. Déjame pensar, tengo la cabeza embotada y el cuerpo como si hubiese estado corriendo toda la noche. Me pregunto...

—¿Qué te preguntas?

—Me pregunto, me pregunto si esta vez habrá sido sólo un sueño. Estaba en la ciudad para hacer los exámenes. ¿Cómo he vuelto a casa? ¿Ha sido corriendo, como en el sueño? ¿Y qué pasó antes? ¿Eso ha sido un sueño también?

—¡Esta vez no! —bramó súbitamente Aymar haciendo que el chico, aterrorizado, diese un respingo hacia atrás—. ¡Esta vez no!

A Bertrand se le salían los ojos de las órbitas. Sintió un intenso miedo. Se movió hacia la otra esquina de la cama y se refugió en el ángulo de la pared; allí se quedó temblando como un perrito faldero aterido de frío.

—Espera aquí —le gritó Aymar. Se le había ocurrido algo de repente. Salió a toda velocidad tras asegurarse de dejar la puerta cerrada con llave y corrió todo lo que sus pobres piernas le permitieron hasta llegar al granero, donde cogió el imponente látigo para domar potros. Volvió rápidamente al piso de arriba y después de gritar a las mujeres "¡No os acerquéis!" se metió en la habitación de Bertrand.

"Voy a domar al lobo que hay en su interior", pensó Aymar fuera de sí y se puso a azotar al chico, que seguía en la misma postura en que lo había dejado. Cuando el látigo se enroscaba en su cuerpo, Bertrand dejaba escapar un grito que parecía arrancado de lo más profundo de su ser.

El látigo subía y bajaba sin cesar.

—¡Te domaré! —pensaba Aymar con los dientes apretados y tratando de reunir todas las fuerzas de que disponía—. ¡Te domaré!

La frente se le llenó de gotas de sudor.

Bertrand estuvo dando alaridos hasta que se quedó ronco y su voz se convirtió en un hilillo con aire de falsete. Después comenzó a gimotear dando al mismo tiempo angustiados gritos entrecortados. Finalmente calló. Y Aymar se detuvo.

Aturdido, apenas sin saber qué había hecho ni por qué, abandonó el dormitorio. Al otro lado de la puerta vio a Josephine tendida en el suelo mientras Françoise se inclinaba sobre ella con un frasco de sales. La mujer de Guillemin, desde el piso de abajo, gritaba:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡En el nombre de Dios!

—Nada. ¡Vamos! Ocupaos de vuestros asuntos —le espetó Aymar con brusquedad; tras pasar como una exhalación delante de ella, se encerró en su estudio.

La casa permaneció en silencio durante días, cargada de una enorme tensión contenida. Sólo en una ocasión Josephine, puños en alto, le gritó a Aymar:

—¡Lo has matado!

—¡Cállate! —ordenó Aymar.

—¿Qué te ha hecho él a ti? —preguntó ella con un oscuro indicio de amenaza en la voz.

—Eso no es asunto tuyo.

—Y tú, que casi eres su padre.
Aymar resopló con gesto desdeñoso.

—Sí, y si él muere, ¡yo te mataré a ti! —le chilló.

Pero los muros de la iracunda inflexibilidad de Aymar se desmoronaron poco a poco y terminó indefenso ante el empuje del arrepentimiento y la comprensión. Un día subió a la habitación de Bertrand. El joven miró a la cara a su tío con sus tiernos ojos castaños. En ellos no había odio ni deseo de venganza sólo una súplica y un ligero destello de terror.
—No...
“Parece un perro apaleado", pensó Aymar. "Quizá lo haya curado”.

—Déjame ver tu espalda — le ordenó.

La piel del muchacho estaba veteada de líneas paralelas en color amarillo, rojo, púrpura y verde. Aymar se asustó.

—¿Cómo te sientes?
—Ahora, mejor —contestó Bertrand, respetuoso.

—¿Y vas a hacer todo lo posible por no repetir tu..., por llamarlo de algún modo, aventura?

—Lo haré, tío —prometió.
—Más te vale.
Aymar ya iba a salir cuando Bertrand requirió de nuevo su atención:

—Tío, ¿de verdad he hecho lo que he soñado? Quiero decir...

—¿Qué has soñado?

El chico dudó. Se sentía tímido y avergonzado.

—…Quiero decir, morder y arañar... a esa chica.

—Sí, creo que lo hiciste... Y me ha costado un buen dinero. Pero ahora olvídalo y no hables de ello nunca más.

Bertrand se quedó pensativo durante unos instantes.

—He tenido muchos de esos sueños en los que muerdo y araño y la gente me dispara.

Hizo una pausa.

—¿Y bien? —preguntó Aymar.

—Pero no son más que sueños.

—Pues claro —asintió Aymar—. Aunque lo que sí debes hacer es no juntarte con malas compañías.
—Te lo prometo. Y... —volvió a dudar y continuó—. Le has dicho a mi madre que no me vas a

enviar a París.

—No creo que puedas ir tú solo, al menos por el momento —le comunicó Aymar, y acto seguido salió de la habitación.

A lo largo de los días siguientes se hizo el propósito de blindar su corazón. La espalda de Bertrand estaba curada, pero Aymar seguía sin dejarle salir de la habitación. Cuando Josephine se quejaba y suplicaba, su respuesta era tajante.

—A su debido tiempo —respondía; y si ella insistía, él no decía nada más y se iba. No pensaba correr más riesgos: lo tenía decidido.

Pero un día murió aquel viejo tacaño de Vaubois. Después de tantos años de vecindad, los Galliez estaban obligados a asistir al entierro. A Bertrand se le permitió salir con aquel motivo, siempre bajo la solemne promesa de que se comportaría con propiedad. En realidad, el joven se condujo tan bien como siempre lo había hecho en su vida normal. Se mostró afable y relajado con Mme. Bramond.

—¿Has estado enfermo? —preguntó ella.

—Sí —respondió él.

—Jacques dejó unos cuantos libros tuyos en casa —le informó—. Enviaré a uno de mis chicos con ellos.

Él se lo agradeció y se preguntó: "¿Qué sabe en realidad Jacques? ¿Qué le ha dicho a su madre?"

—¿Cuándo te vas a París? —inquirió ella.

—Mi tío aún no me lo ha dicho —contestó él.

—Pues mira, Jacques vuelve el doce del mes que viene, es decir, de agosto —señaló ella—. Deberías venir a la cena de despedida. A la mañana siguiente se va andando hasta París. ¿Por qué no hacéis los dos el camino juntos?

—Le preguntaré a mi tío —fue la evasiva respuesta de Bertrand.

Ella se fue pensativa: "Sólo porque tienen un poco de dinero piensan que han de ser distantes y engreídos. Bueno, su madre se tiene que ganar el pan y me apuesto lo que sea a que Galliez no se lo pone nada fácil".

Mientras tanto, él pensaba: "Gracias a Dios que no me ha hecho demasiadas preguntas embarazosas".

La ceremonia del entierro comenzaba a afectar a Bertrand. Se sentía tenso e incómodo. Por alguna razón que no era capaz de determinar, los lentos e interminables movimientos del sacerdote y de los demás le molestaban tanto que tenía ganas de gritar: "¡Venga, acaben de una vez!". Casi se sentía feliz al pensar que pronto estaría de vuelta en el encierro de su habitación. "Extraña idea", reflexionó. Pero, en fin, él no era como los otros. Ellos podían ser abiertos y libres. Él tenía secretos cuyo peso le resultaba opresivo cuando se encontraba entre gente que podía sospechar de su problema. Sí, estaba más seguro en su habitación.

Pero por la noche, cuando se sentó a cenar en la cocina por primera vez en un mes, sus sensaciones cambiaron en lo que a regresar a su dormitorio se refería. Por el contrario, deseaba salir al campo y sentir la benéfica brisa estival y su frescura vespertina.

Entró Aymar.

—Es hora de que te vayas arriba —declaró.

Bertrand no respondió; se limitó a bajar la mirada hacia el plato con hosquedad.
—¿Por qué no comes?
—No tengo hambre.
—¿Y qué pasa con la carne cruda para tu anemia?

—No la quiero.
—Pues antes te gustaba mucho. Aunque he visto que de un tiempo a esta parte ni la tocas.

—No la quiero —repitió, huraño.
—En ese caso, ¡a tu habitación! —ordenó con severidad.
Bertrand no rechistó. Josephine, al oír el altercado, se había acercado hasta el umbral de la puerta.

Aymar pensó con rapidez: "No tiene hambre, ¿eh? Está volviendo de nuevo. Claro, ahora que ya ha probado el sabor de la sangre humana..."

—¡Yo te enseñaré! —dijo a gritos—. ¿Dónde está el látigo? Salió corriendo hacia el granero. Josephine se deslizó hasta donde estaba Bertrand y lo rodeó con sus brazos.

—Mi querido niño —susurró—, haz lo que te dice. Te matará. Corre a tu habitación ahora mismo. Luego yo te abriré la puerta, mientras él esté dormido.
Cuando regresó Aymar, Josephine se las arregló para calmarlo, haciéndole ver que el chico ya había subido al piso de arriba.
—Haya hecho lo que haya hecho, no puede ser tan malo. Y no te creas que no sé lo que ha sido. Me lo ha dicho. Pero los chicos siempre hacen esas cosas. Tú mismo lo hacías. ¿O crees que no me acuerdo?

—No sabes nada —le lanzó él a la cara. —Sé que, si esto no se acaba, acudiré al alcalde.

Él sintió miedo, pero disimuló.

—Lo que estoy haciendo es por su propio bien. Y dejaré de hacerlo cuando crea que ha aprendido la lección. Si queréis hacer el equipaje y marcharos los dos, estaré encantado.

Y la dejó allí plantada para subir y echar la llave a la puerta de Bertrand.

Al día siguiente, Françoise entró en su estudio.

—No sé si sabe usted que han encontrado la tumba de Vaubois abierta esta mañana y su cuerpo mutilado. Todo el pueblo habla de ello. Han detenido a Crotez, el pastor. Dicen que lo hizo para coger los dientes de oro de Vaubois, que por cierto hallaron en su habitación; pero él asegura que Vaubois, con todo lo miserable que era, cuando estaba a punto de morir, y ya que no podía comer, le dio los dientes como pago de todo lo que le debía; de todas formas, sabía que ya no le iban a servir de nada.

—Mmm... —murmuró Galliez—. Lo creo, viniendo de ese hombre.

Françoise parecía ansiosa por decir algo más, pero permaneció de pie allí mientras se echaba hacia atrás el cabello gris con gesto desafiante.
—¿Y bien, Françoise? —le dio pie él para explicarse.
—Creo que a *Monsieur* le interesaría saber que Bertrand no estuvo en su habitación anoche.

— ¡Bobadas! ¿Cómo pudo haber salido?
Ella se encogió de hombros.
—Quizá se haya hecho una llave maestra. Sea como sea, yo lo vi andar a hurtadillas por el jardín esta mañana temprano, cuando apenas había amanecido. Estoy convencida de que no lo confundí con otro.

—Bueno, estoy cansado de todo esto —concluyó, y volvió a sus libros de política económica. En esos momentos se hallaba inmerso en el estudio de Karl Marx, un alemán cuyos panfletos estaban provocando un considerable revuelo en la época.
Pero, en medio de sus lecturas, sus pensamientos se vieron invadidos por una conexión que adquirió forma en lo más profundo de su mente, incluso mientras ésta trabajaba a toda máquina con los complicados textos en alemán. Bertrand-Crotez-Vaubois... ¿Por qué no? Sí, ¿por qué no Bertrand? ¿Era eso lo que había dado a entender Françoise? No, ¡imposible! Y aunque su insinuación no hubiese querido llegar tan lejos, sin embargo, la posibilidad existía. Ahora que ya la ha probado, ¡necesita carne humana! Y en cuanto al misterio de la puerta, sólo podía haber sido Josephine quien, con su absurda excusa del fuego, se la había abierto.

Su curiosidad era tan grande que ni siquiera dejaba espacio a la ira. Subió a la habitación de Bertrand. Aunque ya eran más de las nueve, el joven continuaba durmiendo. Tenía el rostro enrojecido, la boca relajada y su respiración era intensa. Su aspecto era exactamente el mismo que el de la mañana en que la corpulenta propietaria del lupanar se había presentado para reclamar su indemnización.

“Duerme después de la orgía”, pensó Aymar con horror y repugnancia. A partir de aquel momento su decisión se hizo irrevocable. Buscó a Josephine.

—Le has abierto la puerta a tu hijo. Hasta ahora he hecho todo lo posible por respetar tus sentimientos, pero debes entender que tu hijo es un peligro. Y que de ahora en adelante llevaré siempre conmigo la llave de su dormitorio, con fuego y sin él. Y si no estás conforme, puedes ir a la policía.

—No dudes que lo haré —replicó Josephine alzando la voz.

—Lo único que lograrás es que tu hijo esté tras los barrotes de una institución estatal y no tras los barrotes de esta casa. ¡Tú eliges!
Tras aquellas palabras, le dijo a Josephine que se retirase.
Ella acudió de inmediato a Françoise, pero ésta no le dijo nada nuevo.

—Debes hacer lo que diga M. Aymar —le aconsejó—, o sólo conseguirás empeorar las cosas. *Monsieur* está esforzándose al máximo por ayudar a Bertrand y tienes que dejarle tranquilo; lo llevará a París por ti.

La situación, por supuesto, era imposible de ocultar. Por el pueblo empezaban a circular vagos rumores alimentados por los Guillemin: Bertrand se había vuelto loco y lo habían tenido que encerrar en su habitación.
Sin embargo, Josephine, siempre que iba al pueblo, no se arredraba lo más mínimo. Su pobre Bertrand estaba enfermo otra vez. Tenía unos nervios muy delicados. Pero seguro que mejoraría

en cuanto el tiempo refrescase y estuviera en condiciones de ir a París. De no haber sido por la guerra, la situación de los Galliez hubiera sido objeto de conversaciones más pormenorizadas en los mentideros del pueblo, pero pronto se supo que Bertrand había partido rumbo a París y el protagonismo se desplazó hacia otros temas más importantes y más alarmantes.

CAPÍTULO NUEVE

Bertrand, en el prolongado y forzoso tiempo libre de que disponía, no dejaba de cavilar acerca de su caso, pero no llegaba a ninguna conclusión. A veces creía que se sentiría mejor con sólo tener libertad para salir a campo abierto. Era aquel encierro en un espacio tan limitado lo que provocaba su malestar. Casi no podía respirar. En él iba creciendo el resentimiento. ¡La próxima vez que su tío entrara allí, lo mataría! Pero en otras ocasiones, sobre todo por la mañana, al despertar de un sueño en el que corría sin descanso para salvar la vida, perseguido por un gran perro blanco o alguna pesadilla similar, experimentaba una enorme alegría al verse a salvo en casa. Su cuerpo en tensión se relajaba, los acelerados jadeos de su pecho regresaban con lentitud al ritmo de la respiración habitual.

A instancias de su tío, de quien tenía la vaga promesa de que lo llevaría a París, abría los libros y estudiaba con desgana. Quería preguntarle muchas cosas a su tío cuando éste le traía la comida o cuando lo sacaba a dar un corto paseo. Pero Aymar siempre hacía girar la conversación en torno a otros temas, hablaba de la guerra, o de economía, de los seguros de vida a cargo del Estado y asuntos por el estilo; o a veces ponía a prueba su latín o sus matemáticas. Bertrand no se mostraba brillante. A veces le fallaba la memoria.

—El lobo se ha vuelto a apoderar de lo mejor que hay en él —concluía Aymar.

La mayor parte de aquel tiempo libre, no obstante, la pasaba Bertrand soñando despierto. Le gustaba pensar en Thérèse y se preguntaba si ella estaría dispuesta a verlo otra vez. A menudo se asomaba a la ventana y miraba al patio. Françoise pasaba por allí con frecuencia, pero nunca miraba hacia arriba. Luego su madre, elegante, esbelta, iba andando y, tras asegurarse de que no había nadie alrededor, le lanzaba un beso. Eso siempre le producía una gran emoción. O, en otro momento, se trataba de Mme. Guillemin inclinada en el pozo, con su enorme trasero apenas contenido por la falda roja que refulgía a la luz del sol. La vista de aquellas mujeres, de algún modo, siempre le recordaba a Thérèse. No podía olvidarla de pie delante de él sólo con la enagua y tomándole el pelo:

—Quitámela con los dientes.

¡El loco placer de arrancarle la última prenda!

Su madre se detenía de vez en cuando ante la puerta y le hablaba.

—Voy a sacarte de ahí —le prometía—. Irás a París. Tengo dinero para ti.

De hecho, en los últimos tiempos había ido reservando todos sus ahorros. Un día en el pueblo se enteró de que Jacques había vuelto e iba a celebrar una cena de despedida antes de iniciar su camino a pie hacia París.

—No, no creo que podamos pasarnos —se disculpó ante Mme. Bramond—. Bertrand se va esta noche a Arcy para coger el tren desde allí. Seguro que se encontrará con Jacques en París.

Josephine se regodeaba con su triunfo. El pobre Jacques iba andando. Sin embargo, Bertrand iría montado en el tren. Y Mme. Bramond, a quien no le pasó inadvertida la mordacidad de aquellas palabras, contraatacó:

—Pues el nombre de Jacques estaba delante del de Bertrand en la lista de los aprobados en el examen.

Esperaba que aquella flecha diese en la diana, a pesar de que ya le habían explicado que la lista era meramente alfabética y Bramond, como era natural, iba antes que Caillet. Cuando la falsa flecha llegó a su destino y Josephine se limitó a marcharse, algo desconcertada, Mme. Bramond se encontró con un nuevo motivo de satisfacción: aquella ignorante Josephine no sabía siquiera que el orden de los nombres no se establecía en virtud de los méritos, sino del abecedario.

Josephine ya había decidido que Bertrand debía irse esa misma noche. Le preparó en secreto una bolsa con ropa, puso dinero dentro y esperó impaciente a que llegase la noche. Sabía que Aymar guardaba la llave de la habitación de Bertrand en el bolsillo del chaleco y se proponía robarla tan pronto como él se durmiese. Era consciente del riesgo, pero estaba dispuesta a correrlo. Se las arregló para hablar con Bertrand y le susurró:

—Espérame esta noche. Te vas a París.

"París", pensó Bertrand. Lo que más deseaba en ese momento era ir a ver a Thérèse. Pero seguo que en París también habría mujeres y eso le procuró un buen material para sus ensoñaciones hasta la llegada de la noche.

A última hora, cuando ya se había quedado dormido, sintió que alguien le daba un beso. Había soñado con Thérèse y por un instante no cayó en la cuenta de que se trataba de su madre que, en camisón, había abierto la habitación y sin dejar de besarle le decía:

—Mi querido niño. Levántate y vete deprisa antes de que tu tío descubra que le he quitado la llave.

Él le devolvía los besos aún somnoliento.

—Despierta, hijo. Tengo una bolsa preparada con todo lo que necesitas. También hay dinero. ¡Rápido! Tienes que poner tierra de por medio con esta prisión. Oh, mi querido niño. ¿Cuándo podré volver a verte? Estoy tentada de irme contigo.

Se había sentado junto a él en la cama, lo había incorporado y lo sostenía abrazado contra su pecho. Y él, asimismo, tenía los brazos alrededor de ella y la apretaba con fuerza. Trataba desesperadamente de sacudirse la niebla de su sueño. Pero sus facultades conscientes estaban como enredadas en una tela de araña. Tenía entre sus brazos a Thérèse y ella se burlaba provocándole para que le quitara la enagua.

—Querido niño mío... Pero, ¡Bertrand! ¿Qué haces? ¡Basta ya, Bertrand! —le susurró lo más alto que se atrevía—. ¡Bertrand, te digo que pares!

Trató de luchar frente a su musculoso cuerpo juvenil; luego se rindió no ofreció más resistencia. De su sacrificio emanó un extraño fulgor de satisfacción que le relajó el gesto en una sonrisa extática. Todos los años de su vida confluyeron: Pitamont, Aymar, Bertrand. Todos se hicieron

uno. Se fundieron en un único cuerpo de múltiples brazos que se agitaban en torno a ella, pero sólo poseían un rostro.

Al despertarse unas horas después, el consternado Bertrand vio a su madre desnuda en el suelo junto a él y con los brazos extendidos ofreciendo un aspecto de total laxitud. En medio de una violenta y turbadora impresión, se levantó sin hacer ruido, se vistió y abrió la puerta. El salón estaba silencioso y oscuro en contraste con la débil luz que su habitación recibía del cielo nocturno. De nuevo tuvo aquel familiar deseo de correr por el bosque. Tenía que salir. No recordaba muy bien lo que había pasado, pero estaba invadido por una sensación de temor y vergüenza de la que creía que podría huir abandonando la casa.

Apenas acababa de salir de la habitación cuando la figura de su tío en camisón se situó de pronto ante él y le cortó el paso.
—¿Qué estás haciendo aquí fuera? ¿Cómo has salido? ¡Vuelve a tu habitación!

Bertrand enseñó los dientes.

—No puedes tenerme prisionero para siempre —gritó—. ¡Me voy a París! ¡Déjame ir, te digo! ¡Quiero salir! ¡Me estoy muriendo!
—Vuelve a tu habitación. Vuelve...
Bertrand agachó la cabeza y salió disparado. Oyó el grito ahogado de su tío al derribarlo, pero no se quedó para ver qué le había pasado. Corrió escaleras abajo. La puerta principal estaba cerrada con llave, aunque la habitación contigua, el estudio de su tío, tenía las puertas del balcón abiertas de par en par para que entrase la brisa nocturna. Cruzó veloz la sala, saltó por la barandilla los dos metros que le separaban del suelo y cayó suavemente de pie. Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, tomó la carretera principal y echó a andar por ella.

El ruido del alboroto despertó a Josephine. Dándose cuenta enseguida de lo que sucedía, se levantó para ponerse a salvo en su habitación. Recuperó su destrozado camisón, vio la bolsa que Bertrand había dejado olvidada y pensó: “Escribirá y le enviaré dinero”. Cogió la bolsa y se metió a hurtadillas en su dormitorio. Al pasar por la puerta, arrancó la llave de la cerradura y la arrojó a los arbustos que había bajo la ventana.

Bertrand iba corriendo a gran velocidad y ya le faltaba el aliento. Finalmente se tiró sobre la hierba a un lado del camino y se quedó tumbado respirando en el rocío y disfrutando de un relajante frescor. Tenía la cara apoyada en varias briznas de hierba. Abrió la boca y se puso a mordisquearlas instintivamente.

Pero un momento después se estremeció de arriba abajo. Su cuerpo se puso en tensión. Por el camino se acercaba alguien. Se incorporó con precaución y se escondió tras la cerca de un campo. ¡Su tío iba tras él!

No. A través de la oscuridad adivinó la presencia de una forma no muy definida, un hombre con un morral a la espalda que iba caminando con ritmo uniforme, dando cada dos pasos un golpecito en el suelo con su cayado.

Un salvaje deseo de poner las manos sobre aquel hombre se apoderó del cuerpo de Bertrand y prendió fuego a su cerebro. De tal modo le ardían los ojos que no podía parpadear sin una punzada de dolor. Hasta el último rincón de su cuerpo estaba tan irritado y sensible que todas y

cada una de las costuras de la ropa se le clavaban en la piel como la punta de una aguja. No tardó en liberarse de su vestimenta, arrancándose los botones en su afán. Cuando la ropa cayó al suelo amontonada, se sintió mucho mejor. Pero el súbito contacto de su cuerpo desnudo con el viento frío dio lugar a la distensión de su vejiga y procedió a aliviarse.

Ahora sí que se sentía libre y sin estorbos; con largas y silenciosas zancadas, corrió tras aquel hombre que había desaparecido en la noche. En unos minutos había logrado alcanzar su silueta, apenas visible en la oscuridad. El instinto le procuraba el deseo de echar mano de aquella garganta. Con un grito saltó la cerca y se abalanzó sobre el hombre que, sorprendido e indefenso, se giró para sucumbir de inmediato ante la violencia del ataque.

Aunque unos segundos antes las manos de Bertrand estaban deseando hacerse con la garganta del caminante, ahora no se movían para sujetar a su presa. La tensión no se situaba en sus miembros, sino en el rostro, en los musculos maseteros de sus madíbulas. Tenía la boca abierta por completo. Sus dientes se habían clavado en la ropa y la carne. Un cálido fluido inundaba su cara y él lo lamía con enorme avidez.

Arrastró a su presa hasta la cerca que había junto al camino. No se le ocurrió utilizar las manos para aquella tarea. Tiraba con los dientes. Los brazos y las piernas lo sujetaban apoyados en el suelo y con ellos fue caminando de espaldas hasta llegar al borde de la senda. Allí empezó a devorar pedazos de carne arrancada de la garganta. Lo que quería era la carne del cuerpo, pero el grueso tejido de la ropa se lo ponía difícil. Por mucho que tirase, no era capaz de romperlo, y sus dientes tampoco lograban rasgarlo. Pero ya había saciado su apetito. Ahora se moría por echar un sueño. Apoyó la cabeza en el cuerpo de su víctima. Se durmió. Después no recordaría cuánto tiempo estuvo así.

Pero cuando se despertó lo hizo con un respingo. Estaba helado y había tenido una pesadilla, una enmarañada pesadilla de sangre y carne, de luchas y gritos y saltos. Estiró la mano para buscar la manta que, sin duda, había apartado en medio de la turbación de su sueño. Pero no la encontró. Debía de estar encajada entre la cama y la pared. Tiró. Cuánto pesaba aquella manta. ¿Qué era aquel objeto blanco y pesado como un repollo comido por los gusanos?

La maltrecha cara de su amigo Jacques Bramond apareció con claridad ante sus ojos.

—¿Es que no van a acabar nunca estas pesadillas? —se lamentó soltando la manta. La cabeza cayó al suelo—. Decididamente, esto es demasiado real. ¿Cómo puedo despertarme? Ya lo sé, me levantaré de la cama.

Pero no había manera de bajarse de la cama. Estaba despierto. Aquello era la realidad. La creciente claridad le permitió ver el cuerpo mutilado. Su propia boca estaba pegajosa a causa de la sangre reseca.

—Dios, ¿esto es real? —gritó—. ¿O aún podré despertarme de la más horrible pesadilla que he tenido?

El sonido de su voz era demasiado evidente para negarlo.

Cayó sobre el cuerpo y rompió a llorar violentamente.

—¡Jacques! ¡Jacques!

Pero Jacques no podía responder.

—¡Oh! ¡Sabía que era real! ¡Sabía que era real! Sabía que mi tío me tenía encerrado por alguna buena razón.

Lloró. Hizo rechinar los dientes con furia. Se arrancó mechones de pelo. Cuando se hubo calmado un poco, su primer deseo fue correr a casa con su madre. Pero el borroso recuerdo de haberle hecho algo terrible le frenó.

—¿Aquello también fue real? ¡No, no! ¡Nunca!... Y, sin embargo...

No, no podía volver a casa.
Aquello bien pudiera ser tan real como esto. *Esto* le hizo volver a llorar desconsolado. ¡Qué monstruo tan repugnante era! Lo único que merecía era estar encerrado para siempre. Pero, con la luz del día tamizando todo el ambiente, empezó a pensar en tomar precauciones. Debía ir a algún sitio. Si lo encontraban allí los del pueblo... ¡El viejo Bramond, sin ir más lejos! ¡Dios no lo quisiera!
Al ceder el horror que sentía ante sí mismo para dar paso al miedo por su propia integridad, se puso rápidamente en pie y estudió la situación. A unos cientos de metros había un bosque. ¿Y si pudiera arrastrar el cuerpo hasta él?

Su frialdad le sorprendió. Cogió el cadáver por los hombros y lo hizo pasar a rastras a través de una abertura de la cerca; campo a través lo acercó hasta los árboles.
—Eras un tipo corpulento, Jacques, ya lo creo —pensó. Una vez se hubo internado unos cuantos metros en el bosque, se sintió a salvo. Se puso a escarbar el mantillo con las manos hasta que hizo una fosa poco profunda.

Un nuevo pensamiento le inquietaba. Quizá debería quitarle la ropa a Jacques.

—No puedo volver a casa a por la mía.
Entonces recordó, como si hubiese sido un sueño, que había dejado sus ropas en el prado allá a lo lejos, tras la cerca.
—Si todos mis sueños son reales —se dijo—, mi ropa tiene que estar allí. Abandonó el cuerpo y corrió hacia el lugar. No había tiempo que perder. Una nítida bruma nacarada iba invadiendo la sección oriental del cielo. A lo lejos se oía cantar a los gallos. Casi deseaba no hallar la ropa. Eso querría decir que al menos algunos de sus sueños no eran reales. Pero allí estaba, húmeda por el rocío, en el mismo lugar donde se la había arrancado de su cuerpo en estado febril. Se vistió y volvió para terminar el trabajo.

Iba clareando por momentos y la tarea de enterrar a su antiguo compañero se hacía más truculenta. Era difícil manejar aquel cuerpo rígido. El morral le estorbaba. Lo apartó.

—Buena idea —pensó—. Puede haber cosas que necesitaré más adelante.

Echó un rápido vistazo al contenido. Comida, ropa y, en un paquete separado, una billetera con dinero.

De repente se le ocurrió que tenía que deshacerse del pan, del vino y de los fiambres que había en el morral y echar en él uno o dos de los miembros del cadáver. La idea le revolvió tanto el estómago que casi le entraron arcadas.
—¿De dónde me vienen esas ocurrencias? —exclamó horrorizado.

Se dio prisa en acabar con la tumba y borró las señales de su actividad lo mejor que pudo esparciendo hojas por todo el lugar. Después se echó el morral al hombro y se apresuró a regresar al camino.

Anduvo durante todo el día, haciendo algún que otro descanso, tratando de seguir, en la medida en que sus conocimientos se lo permitían, el rumbo noreste camino de París. Al caer la noche se vio a una distancia considerable de su casa y experimentó cierta sensación de seguridad.

A mediodía el hambre le hizo interrumpir la huida durante unos momentos. Buscó un lugar fresco y discreto e investigó con más detalle en el contenido del morral. Había una buena cantidad de manjares diversos, de pollo frío y de liebre. Cómo no iba a tener liebre el viejo Bramond, pensó. Había una botella de vino, varias rebanadas de pan y un par de manzanas tempranas. Y también encontró una jarra con cierta clase de paté, probablemente de hígado, y verduras troceadas. El caso es que todo aquello conformaba una comida deliciosa. El vino era excelente y los fiambres sabían de maravilla. Comió con auténtico apetito.

—Dejaré algo para la noche —pensó—. Quedará bastante para otra comida.

Una vez satisfecho, tanto con el presente como con la perspectiva del futuro inmediato, se echó una pequeña siesta y reanudó la marcha.

La caída de la noche lo sorprendió hambriento, qué duda cabe, pero incapaz de pensar en más pollo o en más liebre para cenar. Un extraño pensamiento volvió a apoderarse de su mente.

—¿Por qué no cogí uno de los brazos de Jacques? Sí, era mi buen amigo Jacques, a quien conocía de toda la vida, pero, después de todo, estaba muerto, ¿no? ¿Qué bien pueden hacerle ya mis escrúpulos?

Estuvo un rato dándole vueltas a aquella idea con gran frialdad.

—Me servirá de lección para la próxima vez.

Las punzadas de dolor a causa del hambre comenzaban a ser muy intensas y, cuando se quiso dar cuenta, se hallaba merodeando por los pueblos con la esperanza de ver algún niño extraviado y observando muy de cerca las iglesias y sus patios adyacentes en busca de coronas, cintas y cualquier otro indicio de un entierro reciente. Pero la noche lo halló errante, insatisfecho, pasando junto a granjas desde las que los perros ladraban de un modo extraño al percibir su olor. Se refugió en el bosque. Su cuerpo sufría la tortura del hambre. Se puso a gritar y aullar al frío destello de una luna en la que se recortaba la silueta de las hojas y las ramas.

Apenas unos minutos después de que Bertrand hubiera abandonado la escena de aquel crimen matinal, pasó por el camino un joven mozo de labranza. Su zapato topó con un objeto duro que salió despedido por el vigor de su zancada. Cogió un magnífico y nudoso cayado.

—¿Quién habrá perdido esto? —pensó; y continuó su camino sirviéndose del bastón para hacer el paso más llevadero con su movimiento y su golpeteo en el suelo.

Al llegar a su lugar de trabajo, se lo enseñó a sus compañeros.

—Mirad lo que he encontrado. Es bonito, ¿verdad?

Los peones lo admiraron; pero uno de los hombres observó:

—¿De dónde lo has sacado? Es del viejo Bramond, el guardabosques, Será mejor que lo devuelvas.

—Supongo que tendré que hacerlo —admitió el joven, algo apenado y sin muchas ganas de separarse de aquella pieza de madera pulida con la que su mano había entablado tan buena amistad.

—Más te vale —insistió el hombre de más edad. A pesar de todo, y de forma intencionada, el joven dejó que otros asuntos le permitieran retrasar una semana la devolución del cayado a su dueño.

—¿Dónde lo has encontrado? —le preguntó Bramond, sorprendido.

—En el camino.

Bramond meneó la cabeza.

—Mmm...

Le mostró el bastón a su mujer.

—¿Qué significa? —preguntó ella con una enorme curiosidad.

—Mmm... Nada, supongo. ¿Recuerdas que no lo quería y lo colocó entre las correas del morral? Se le debe de haber caído y no se dio cuenta.

—Pero no hemos tenido noticias suyas ni de la tía Louise. Ya tenía que haber llegado a París.

—Dale tiempo, mujer. Ya sabes que el dinero no le va a sobrar. Con los otros cuatro que tenemos aquí, no nos queda más remedio que tomárnoslo con calma. Él lo sabe. Y la tía Louise es incluso más pobre que nosotros. Así que no te preocupes.

—Pero es que estoy preocupada. Oh, ojalá hubiese podido viajar a lo grande. M. Galliez me dijo que Bertrand cogió el tren en Arcy. Y el propio M. Galliez irá lo antes que pueda a reunirse con él. ¡Oh! ¡Espero que no le haya pasado nada a Jacques!

El joven peón de labranza sintió una repentina añoranza de la novia que tenía en el pueblo. De buena gana renunció a la paga de una semana de trabajo. Aquello se convirtió en un importante argumento en su contra cuando, más o menos una semana después, descubrieron el cuerpo del pobre Jacques y el joven fue llevado a juicio. Todas las pruebas daban a entender que la mañana en cuestión tuvo que encontrarse con Jacques en el camino muy cerca del lugar del bosque en que éste apareció enterrado.

Al final se libró de ser condenado, pero sólo debido a que, excepción hecha del cayado y el encuentro en el camino, hechos que explicarían bien el hallazgo del bastón, bien el asesinato, las pruebas eran insuficientes. Y tampoco se pudo establecer un móvil, aunque la acusación sacó a relucir el robo como su gran baza en el proceso.

Al viejo Bramond se le oyó mascullar:

—Si no lo condenan, ¡yo mismo lo mataré!

Pero su mujer no sentía más que tristeza y movía la cabeza de un lado a otro repitiendo:

—¿Quién iba a pensar que ni siquiera había salido de los límites del pueblo? ¡Y nosotros que le creíamos en París desde hacía tiempo!

Hasta la novia del joven campesino albergaba alguna que otra sospecha y terminó rompiendo con él; de ese modo, el chico vio que su comunidad lo trataba como si fuese culpable. Sólo

Galliez se había portado bien con él; sin embargo, al llamar a la puerta de su casa, se enteró de que *Monsieur* estaba en París. Pensó en emigrar, pero no tenía dinero, aunque el pueblo entero estaba convencido de que se había quedado con el de Jacques. Se le pasó por la cabeza alistarse en el ejército, que estaba reclutando hombres para defender la patria ante los prusianos, que habían sitiado París. Pero, antes de tomar esa decisión, una noche de desesperación se emborrachó y acabó ahorcándose.

—Le ha ahorrado el trabajo a mi escopeta —refunfuñó Bramond—. Bueno, eso demuestra que tenía mala conciencia.

Le contaron que el joven había dejado escrita una nota. Decía así: "Soy inocente, pero hasta mi amada Hélène me cree culpable. ¿Cómo podría seguir viviendo?".

—Mmm —murmuró Bramond con sorpresa—. Menuda cara tiene esa gente; son capaces de mentir hasta cuando van a comparecer ante el tribunal de Dios.

Aymar era el único que sabía la verdad. La mañana en que Jacques fue asesinado era la misma en que había huido Bertrand. Los detalles del crimen, la arteria carótida seccionada, la mutilación, etc. No cabía ninguna duda. Pero, así y todo, ¿qué pruebas tenía?

Su primer impulso fue el de partir a toda prisa hacia París, donde sospechaba que estaba ya Bertrand, pero lo retrasó varias semanas. Se celebró el juicio del pobre mozo de labranza. Debía impedir que se cometiese una injusticia en él. Viajó a Auxerre, donde tuvo lugar la causa y, tras una conversación con los abogados de la defensa para asegurarse de que en ningún caso condenaran a aquel hombre, pensó que había cumplido con su obligación en cuanto le hubo entregado al pobre diablo cincuenta francos junto con la promesa de seguir haciendo lo que estuviese en su mano.

Como es natural, cuando meses después, en París, volvió a tener noticias y supo la verdad, se lo reprochó amargamente.

—Si le hubiese pegado fuego a la casa aquella noche... —pensaba.

Aquella frase de la carta había resultado ser cierta: los Pitamont dejan un rastro de infortunios que se extiende por los lugares que pisan sus emponzoñados pies... Si hubiera sido capaz de presentarse ante la policía y confesarlo todo... Pero una extraña deshonra envolvía el asunto y eso era demasiado para él. Oh, la terrible desgracia, la ignominia de... poseer un monstruo mítico en la propia familia, ¡Y en esta época, la era de la ciencia y del progreso!

CAPÍTULO DIEZ

Aymar logró entrar en París el tres de septiembre, cuando sólo faltaba un día para que los alemanes completaran el cerco. Mucho antes de haber llegado a París tuvo claro que, sin ninguna pista de la que partir, le iba a resultar difícil encontrar a Bertrand.

—¿Cómo voy a dar con él?

Más tarde se le ocurrió la solución, triste y realista a un tiempo:

—Irá dejando un rastro de crímenes.

Lo primero que debía hacer, por lo tanto, era presentarse a la policía. Pero, como era natural, no se sentía muy inclinado a realizar esa visita. ¿Qué le diría a la policía? Por ejemplo: "Sé algo que les interesa. Conozco a un hombre que algunas noches tiene una gran necesidad de sangre y se transforma en lobo para matar a sus presas". Si no se reían abiertamente de él, seguro que al menos preguntarían: "¿Y lo ha visto usted con sus propios ojos?" Y él respondería: "No, pero puedo probarlo porque he convivido con él durante diecinueve años"…"¿Qué prueba tiene?"... "Una bala de plata que le dispararon a un lobo y apareció en su pierna"..."La existencia de esa bala no sería suficiente pero, ¿dónde está?"..."No la tengo, pero ese hombre nació en Nochebuena y sus cejas...".

No, era absurdo. Ni siquiera llegaría tan lejos y, en caso de hacerlo, ¿qué ganaría? Al final sólo conseguiría que lo encerraran por loco y además "me lo tendría merecido, porque sería un loco si actuase de ese modo". Así puso Aymar punto y final a aquellos pensamientos.

Lo mejor sería esperar a que las circunstancias fueran revelando el asunto a una cantidad cada vez mayor de gente.

—Entonces sí que podré darme a conocer para confirmarlo todo. Además, si se producen los crímenes, el asunto saldrá a la luz; pero si no los hay, no tendré motivo de preocupación.

Por tanto, Aymar empezó a leer a diario las diversas ediciones de todos los periódicos. Dejaba de lado con impaciencia las noticias de la guerra y buscaba los sucesos. Pero éstos terminaron desplazados por la contienda bélica. Ante la gran trascendencia de los miles que caminaban hacia la muerte, ante el hombre lobo de enormes dimensiones que se bebía la sangre de regimientos enteros, ¿qué importancia tenía un pequeño hombre lobo como Bertrand?

Sin embargo, terminó apareciendo una pista. Había muerto un tal general Darimon. Su muerte provocó la compasión del público debido a las trágicas circunstancias que la rodearon. Un día perdió a su única hija. Al siguiente fue víctima de un ataque brutal; el criminal fue todavía más lejos al profanar la tumba de la niña muerta; un día más tarde era él el que expiraba. Al autor del crimen lo tuvieron retenido en el Depósito de cadáveres, de donde poco después sería trasladado a la prisión de *La Grande Roquette* en espera del juicio.

Es posible reconstruir los hechos a partir de los datos incluidos por Aymar en su informe, los aparecidos en los periódicos de aquellos días, el *dossier* de un tal Jean Robert, etc.

El general Darimon había sido un personaje popular en el París imperial. Tras una vida en la que su dedicación principal fue la de satisfacer los más bajos instintos, se había asegurado tanto

una posición acomodada como la adquisición de una nueva fortuna mediante el matrimonio con una rica heredera. A pesar de las habladurías, su amor por ella era auténtico y estaba absolutamente decidido a dejarse domar, hecho que no debe sorprender si tenemos en cuenta que se encontraba próximo a la jubilación. Todos sus anhelos se vieron colmados cuando fue bendecido con una hija; no dudaba que ésta sería el último fruto de su vida.

En noviembre de 1870, cuando apenas había cumplido los cinco años, la niña falleció como consecuencia de una enfermedad tan fulminante que casi no hubo tiempo para llamar a un médico, a quien le fue imposible hacer otra cosa que presenciar los ahogados estertores del ardiente y torturado cuerpo, cuya fiebre descendió veloz hasta hallar el frío de la muerte.

La ceremonia en la iglesia fue impresionante. El cortejo fúnebre, carente de caballos debido a su escasez en aquellos días, se convirtió, no obstante, en una hilera formada por tanta gente que parecía no tener fin. Mujeres, niños con mantones para protegerse del frío, haciendo largas colas para obtener sus pequeñas raciones de carne, contemplaban la triste procesión y les resultaba más fácil cargar con su infortunio. Hasta tiritar de frío es una manifestación de vida. Lo malo es cuando el frío ya no hace tiritar y entonces...

El pequeño cuerpo recibió sepultura en Père-Lachaise[39]. Los obreros habían quitado las grandes losas de piedra de la cripta y, debido a lo avanzado de la hora y el frío helador, se habían ido a casa con la idea de regresar por la mañana y cerrar del todo la estructura.

El atribulado padre, con lágrimas corriéndole por las mejillas, no era capaz de contener su llanto en público y decía a los cuatro vientos que había sido cruel con su angelical niña, ya que en una ocasión le había gritado fuera de sí por haber pintarrajeado unas cartas de gran Importancia. Nunca se lo perdonaría. ¿Por qué no había guardado aquellos garabatos para enmarcarlos? Ahora habrían pasado a ser los más amados recuerdos de su vida.

Entre los dolientes se encontraban los viejos camaradas del general, que no podían evitar el recuerdo de que aquel apenado anciano, con su historia de aflicción infantil, había sido durante veinte años el más notable relator de historias *atrevidas* de Francia, más de una experimentada en las propias carnes. ¡Qué chistes contaba en compañía de hombres y mujeres jóvenes, de tal manera que éstas no entendían una palabra mientras que a ellos no les quedaba otra que mantener la compostura! De hecho, se trataba de su habilidad favorita, su especialidad.

Los corazones más duros se derretían a la vista del padre destrozado por la fuerza de la fosa que se había tragado a su hija en el ataúd blanco. La esposa, deshecha, medio inconsciente, se dejó conducir hasta la larga fila de carruajes sin oponer resistencia. Pero el general puso en aprietos a sus amigos. Al final se vio de pie junto a la puerta del coche. De repente se fue con decisión hacia los caballos de plumas negras para hablar con el cochero.

—Llámeme mañana por la mañana a las cinco. Y todas las mañanas de ahora en adelante y hasta la hora de mi muerte. Veré amanecer en este lugar cada uno de los días que me queden de vida.

El desconcertado cochero se descubrió el alto sombrero negro y farfulló algo incomprensible. Por la mañana temprana, el general estaba preparado y esperaba al cochero, que llegó puntual.

[39] Principal cementerio de París. (N. del T.)

Atravesaron a toda velocidad las calles oscuras y silenciosas, donde sólo unos cuantos carros repletos de repollos y zanahorias distribuían pequeñas raciones de aquellos productos por la ciudad sitiada. Los conductores saludaban desde sus asientos, mientras los pacientes burros o los caballos trotaban resignados. Detrás roncaba alguna mujer o un niño, envueltos en varios mantones para combatir el frío de la mañana. Era la imagen detallada de una escena que el general había contemplado con frecuencia al volver a casa tras una larga fiesta, pero al final de la noche, nunca en el inicio del día.

El general se sentó erguido, sereno. Se disponía a cumplir una promesa cuya puesta en práctica, en virtud de las exigencias que hacía recaer sobre él, ya suponía una ayuda a la hora de soportar su carga de dolor. Mientras avanzaban se le ocurrió de repente que estaba haciendo partícipe de aquella promesa a un extraño. Un hombre que, de allí en adelante, sufriría el mismo castigo que él se había impuesto a sí mismo. La idea, algo que jamás hubiera pensado en otros tiempos, se hizo tan insistente que se vio obligado a actuar. Le dijo al cochero que parase. Luego descendió del coche y se subió junto al conductor.

—Continúa.

El perplejo cochero alzó las riendas e hizo que golpearan en los lomos de sus bestias. El viento nocturno se deslizaba veloz al paso de los dos hombres. El general iba muy erguido. El cochero, asimismo, se puso tieso abandonando su natural postura encorvada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el general mostrándose amable.

—Jean Robert, para servirle.

—¿Estás casado? —continuó el general. —Sí, excelencia.

—¿Tienes hijos?

—Cinco, excelencia.

—¿Niñas?

— Dos.

—¿Las quieres?

—Ah, por supuesto, *monsieur*, son mis hijas.

—Desde luego.

—Y su buen dinero me cuestan.

—Ni que lo digas —confirmó el general, asintiendo con la cabeza.

—Cuando nacen y son tan pequeñitas, entonces no cuestan nada, claro; pero durante un rato, porque en cuanto uno echa cuentas de lo que le debe a la matrona...

—Sin duda.

—Tienen la boca pequeña pero la tripa grande, y siempre con hambre.

—Curioso, ¿verdad? — señaló el general, dándole la razón.

—Y cuando crecen y se hacen hombres y mujeres y se casan, entonces uno espera, como debe ser, que se hagan cargo de él y lo cuiden en la vejez.

—Un buen hijo jamás olvida ese deber —aseguró el general, poniéndose serlo.

El cochero continuó de inmediato:

—Yo no me olvidé de mis viejos padres, se lo aseguro, pero los chicos de ahora no son como los de antes. Ya no respetan a sus mayores. Y en los periódicos no hay más que historias de crímenes.

—Sí, los buenos viejos tiempos —recordó el general, suspirando—. En cualquier caso —cambió de tema el general, como si aquella idea que tenía en mente desde hacía tiempo se le acabase de ocurrir—, es una pena que tengas que madrugar tanto para traerme al cementerio. Desde ahora me levantaré una hora antes y vendré andando.

El gesto del conductor se torció. Su voz revelaba la decepción:

—No, no hay problema general. Estoy encantado, es un placer...

—Está bien, mi buen amigo —le tranquilizó el general con una palmada en el muslo—. Tienes un gran corazón. Pero no tiene sentido que te prive de la compañía de tus hijos durante la mañana sólo porque yo he perdido a la mía. Vendré caminando.

Lanzó un suspiro.

Durante unos instantes avanzaron en la oscuridad sin decir una palabra.

—Así que se acabó —asumió el cochero, también lanzando un suspiro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que se ha terminado.

—¿El qué se ha terminado?

—Este estupendo trabajo en el que tenía tantas esperanzas.

—No te entiendo.

—Nuestro sueldo es muy bajo, señor —explicó el cochero—. Y con esto yo tenía un trabajo extra todos los días a unas horas en las que nadie requiere mis servicios. Además, ya lo he organizado todo y le prometí al portero una gratificación por abrirnos las puertas tan temprano.

El general cayó en una profunda reflexión.

Cuando el coche se detuvo ante la puerta del cementerio, todavía cerrada, el general, espoleado por una repentina determinación, entregó al cochero su bien repleta cartera.

—Mira. Aquí tienes el dinero de todo un año de trabajo. Cógelo. Es tuyo. Y yo me sentiré libre para venir andando todas las mañanas y sobrellevar mi dolor en soledad.

Al conductor no se le ocurrió otro modo de expresar su agradecimiento que ponerse de rodillas y, con la voz ahogada y entrecortada por los sollozos, masculló palabras imposibles de comprender.

—Vamos, amigo mío —le animó el general, para quien la escena estaba resultando desagradable—, levántate y hagamos lo que tenemos que hacer.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó el cochero.

—¿Qué sucede?

—Tengo que despertar al guarda que duerme en aquella caseta. Prometió que nos abriría las puertas.

—No, no. De eso nada. ¿Por qué habríamos de interrumpir su sueño? Además, no parece apropiado gritar en este lugar. Échame una mano y en un momento estaremos al otro lado de la puerta.

Para facilitar la escalada, que era digna de tener en cuenta, el cochero acercó marcha atrás su vehículo hasta dejarlo pegado a la puerta.

Faltaba poco para que dieran las seis. Una bruma matinal, luminiscente y de un gris blanquecino, anunciaba un amanecer muy frío. Los árboles mojados y sin hojas se cernían sobre los senderos adoquinados. Apenas se habían dejado caer al otro lado los dos hombres, cuando un perro pasó corriendo junto a ellos, de un salto se colocó en lo alto de la cerca, se quedó quieto un instante sobre el enrejado superior y desapareció.

—¿Qué era eso? —preguntó el general, estupefacto.

—El perro del guarda, supongo —aventuró Jean Robert.

—Me ha puesto los nervios de punta —admitió el general. Echaron a andar por el sendero a través de la pared de niebla en la que las lápidas parecían sólo porciones más concretas de la bruma que todo lo ocupaba, figuras toscamente esculpidas que se agazapaban para hacer frente al frío.

Los pies de los caminantes abandonaron los duros adoquines e hicieron crujir los guijarros de una senda más estrecha: ese crujido se convirtió en el único sonido amistoso de aquel lúgubre ambiente. Pero incluso ese amigable ruido, a fuerza de repetirse, terminó haciéndose odioso, adquirió un matiz alarmante, se mostró como una amenaza. Y de ser el único sonido del cementerio pasó a ser el único sonido del mundo. Sus pasos crujían. *¡Crujían!* ¡Crujían! Los dos hombres andaban por momentos al mismo ritmo y la coincidencia los animaba mutuamente; pero en otros perdían el paso dando lugar a un tumulto de crujidos; luego volvían a caminar al unísono, como bailarines que girasen sin parar, como amantes besándose y peleándose.

Los oídos del general estaban invadidos por aquel sonido; su corazón, su cuerpo, su mente, no atendían más que a aquel crujir incesante, hasta que apareció ante él la tumba de su hija, una tumba que se hallaba en un estado de extraña confusión.

Sus ojos trataban de penetrar entre la bruma. Avivó el paso. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Ten piedad de mí. El blanco ataúd estaba de lado y habían arrancado y hecho trizas la tapa. Del cuerpo de su pequeña no quedaban más que restos horriblemente destrozados, diseminados por el suelo. En la distancia retumbaban los tempraneros cañonazos de los sitiadores, las tropas prusianas que abrían fuego sobre el fuerte de Mont-Valérien.

Dos horas más tarde, el guarda descubrió la terrible escena al realizar su ronda de la mañana. Su perro, un animal viejo y silencioso que rara vez ladraba, había salido corriendo delante de él y gruñía y olisqueaba excitado el cuerpo de un hombre, el general Darimon, así como los restos esparcidos del cadáver enterrado el día anterior.

La policía, una vez informada, se puso a trabajar en el caso de forma instantánea. Tanto la posición social del general como lo truculento del crimen exigían atención inmediata. El general había sido trasladado a su casa, donde yacía entre altas fiebres, incapaz de responder a pregunta alguna, pero la conocida eficacia de la policía de París se puso de manifiesto. En menos de tres

horas, un oficial y cuatro agentes partían con una orden de arresto en dirección a una pequeña calle de Porte Saint-Martin. Se detuvieron frente a una casa baja de dos plantas y apariencia anodina. El arco de entrada daba acceso a una oscura escalera. Una vez situados sus hombres, el oficial, aunque de natural pusilánime, se creyó obligado por su condición de mando a subir los escalones, acción que llevó a cabo con el arma amartillada. Tomó la precaución adicional de pararse en casi cada uno de los escalones para gritar a pleno pulmón:

—¡En el nombre de la ley!

Por fin llegó a un descansillo y llamó a la puerta que tenía delante. Abrió una mujer de aspecto desaliñado con dos niños pequeños pegados a sus faldas y otro más en un brazo. Con el brazo libre se apartaba el cabello negro de un rostro moreno y no carente de belleza. Entonces, con un gruñido de desprecio, dijo:

—Está debajo de la cama. ¡El cobarde!

El oficial, con su timidez transformada en valor, incluso podría decirse que, en auténtica bravuconería, ante aquella muestra de una cortedad que superaba a la suya, avisó a sus hombres con un silbido y éstos acudieron sin perder un segundo.

—¡Sacadlo de ahí a rastras! —gritó, señalando una cama sin hacer y con colchones de plumas y almohadas amontonadas.

Lo que sacaron a rastras era, obviamente, un hombre muerto de miedo. Su mano se aferraba a una pesada cartera de cuero rojo con un elaborado escudo de armas en hilo dorado.

—Mmm — murmuró el oficial echando mano de la cartera.

Cuatro mil francos en billetes del Banco de Francia.

—Bien, bien...

El oficial se echó a reír, burlándose del hombre que ahora estaba de rodillas.

—Es tuyo, ¿verdad?

—¡Mío! —gritó el cochero como un loco—. Mío, mío. Oh, no me lo quiten. Nos hace mucha falta. Es mío, lo juro por todos los santos del cielo. ¿No ven lo pobres que somos?

—Claro que es tuyo, amigo mío. ¿Y acaso nos crees tan crueles como para separarlo de ti? No, los dos vendréis juntos. Vamos, ¡mi querido funerario! ¡En marcha!

Sus hombres levantaron a empellones al cochero.

Jean Robert lanzó a su mujer una mirada de desesperación.

—¡Y has tenido que ser tú!

Ella volvió la cabeza.

—Llévenselo. ¡Ladrón! ¡Perro sarnoso! He sido como una esclava para él, le he dado cinco hijos porque lo amaba, porque creí que nunca volvería a robar.

—Volver a robar... —repitió el oficial y luego silbó—. Así que ya lo ha hecho antes, ¿verdad? ¿Cuándo?

—Estuvo en la cárcel de Besançon tres años —respondió ella—. Oh, ¡Cómo juraba por todos los santos del cielo que jamás volvería a robar si yo lo aceptaba de nuevo! Dios, ¿por qué fui tan tonta como para creerte? ¡Ahora, fuera de aquí! ¡Todos!
Tras una visita a la comisaría, donde tomaron nota de su nombre, dirección, etc., el cochero Jean Robert fue conducido a un lugar muy cercano, al otro lado de unos enormes y sombríos muros, un sitio húmedo por la fría lluvia, el Depósito de cadáveres, donde la Jefatura de Policía estaba ocupada las veinticuatro horas del día. Allí metieron a Robert en una pequeña celda, en la que trató de recomponer el rompecabezas del extraño destino que le había tocado en suerte. Rico de repente y ahora más pobre que nunca. Nunca había tenido mucho éxito. Pero recordaba lo que le había dicho un cura que solía visitarle en la cárcel de Besançon. Allí, cuando Robert se lamentaba de que él sólo había jugado un papel menor en el delito por el que sus compinches habían recibido condenas más leves, aquel viejo sanador de almas le decía:

—Hijo mío, un hombre culpable debe cargar con frecuencia con el castigo que pertenece a otro criminal. Y tan lleno de pecado está el mundo, que en ocasiones incluso un inocente ha de sufrir; y tanta virtud hay en el mundo, que a veces un pecador puede disfrutar de la vida en paz. Pero éstas son excepciones. En general es la gran comunidad de los culpables la que paga por la infamia de los de su calaña, mientras que la gran comunidad de los inocentes es recompensada. Las escasas excepciones no deben cegarnos ante la regla. Y esa regla dice: si no se atenta contra ninguna norma moral, no hay razón para temer el castigo.

Tan a menudo había tratado el gentil y benevolente sacerdote de convencerle de aquel hecho, que Robert había memorizado las palabras, si bien no su trascendencia. Ahora, sin embargo, comprendía el significado: si no violas la ley, si no cometes ni siquiera la menor infracción contra las normas, estás a salvo por completo. Es la gente que se mueve en la frontera, quienes no han sido grandes criminales ni grandes santos, los que tienen razones para quejarse de la severidad de la justicia, ya que es frecuente que ésta caiga sobre ellos con una dureza mayor de la que merecen.

—Hijo mío —solía advertir a Robert el sacerdote—, apártate hasta de la misma apariencia de pecado.

Robert recordó este aviso de manera obligada al ser conducido por un agente ante el juez de instrucción, en una sala pequeña muy próxima a donde se encontraba. Unos bancos, una silla especial para él, un secretario judicial que estaba ocupado escribiendo: “Frente a nos, Gustave Le Verrier, juez de instrucción, comparecen: Jean Robert, cochero relacionado con los servicios de pompas fúnebres”, etc., aunque a Gustave Le Verrier, el juez en cuestión, no se lo veía por ninguna parte.
Cuando apareció, sin embargo, era imposible que pasara desapercibido. Era inmenso. Era descomunal. La amplia toga se balanceaba en torno a su cuerpo con la grandiosa libertad y magnificencia de un telón de teatro. Su enorme rostro rosáceo, con una fina barba a través de la cual brillaba el color de su piel, era todo sonrisas. Miró al prisionero con un aire tal de benevolencia que en su oscuro interior surgió el sol de la esperanza.

—Qué tiempo, qué tiempo de perros —musitó, aunque con una voz poderosa y sin dejar de buscar los ojos del preso para que confirmase sus palabras.

Y como Robert no sabía qué hacer o qué decir, el juez se inclinó hacia delante acercando su gigantesco rostro al acusado, con una profunda y oscura boca flanqueada por unos dientes relucientes y unas encías sonrosadas en las que brillaba la saliva, una boca que parecía exhalar un inmenso: ¿Y BIEN? ¿No tiene nada que decir?, hasta que Robert contestó casi sin aliento:

—Sí, señor juez... hace un tiempo de perros, un tiempo de perros, ¡seguro!

Entonces aquel corpachón se apartó, el gesto sonriente volvió a apoderarse de él y, mientras los pequeños ojos centelleantes no dejaban de mirar al preso, los gruesos labios proclamaron:

—Pero seguro que va a cambiar.

Y lo hizo con un gesto de desaprobación de unos dedos que parecían salchichas. Robert secundó aquella declaración con entusiasmo.

Tras algunas formalidades preliminares y ciertas preguntas dirigidas al portero y a un austero caballero, que era el encargado del cementerio (Robert lo reconoció a lo lejos), el juez interrogó al reo:

—¿Sabe usted cuál es el artículo Treinta y siete del Título Siete?

—No, *monsieur* —contestó Robert, tembloroso.

— ¿Qué? ¿Es usted cochero de pompas fúnebres y no sabe que tiene prohibido prestar sus servicios con carácter privado?

—Sí, *monsieur*, lo sé.

El juez fulminó con la mirada a aquel hombre que sabía y no sabía al mismo tiempo.

—¿Y el artículo Treinta y ocho? ¿Ése lo conoce?

—No, *monsieur*.

—¿Que entrar en un cementerio de noche está prohibido?

—Sí, *monsieur*, lo sé, pero...

Sin duda, aquel hombre era demasiado para el juez.

—¿Lo sabe o no lo sabe? —bramó.

—Lo sé, lo sé —repitió débilmente Robert.

—En ese caso, dígame cuáles son los artículos Cuarenta y ocho y Cuarenta y nueve del Título Diez.

Incapaz de expresarse con rapidez, Robert titubeó:

—No lo sé.

Con aquello, el juez se dio por vencido. Se apoyó por completo en el respaldo, se encogió de hombros y, con un tono de absoluto malestar, declaró:

—El Cuarenta y ocho prohíbe los perros; el Cuarenta y nueve prohíbe escalar los muros. Y ya que usted no sabe nada de las reglas fundamentales que atañen a su ocupación, y que están a la

vista por doquier para que cualquiera pueda familiarizarse con ellas, dudo mucho que sepa cuál es el artículo Trescientos sesenta del Código de Instrucción Criminal.

Como Robert no respondía, la voz del juez volvió a tronar:

—¡Hable!

Robert confesó su ignorancia al instante.

—Será castigado con pena de prisión, etcétera —recitó el juez—. Quienquiera que sea hallado culpable del delito de profanación de tumbas o sepulturas será castigado con pena de prisión de entre tres meses y un año y con una multa de entre dieciséis y doscientos francos. Ello sin perjuicio de las penas acordadas para otros crímenes o infracciones que en su caso puedan estar asociados a la anterior... Esta última frase es de aplicación al robo de la cartera —añadió a modo de generosa explicación.

» Y permita que le lea la decisión de la Corte de Casación de veintitrés de junio de mil ochocientos sesenta y seis. “Por ser la profanación de sepulturas un crimen, la intención culposa del profanador queda demostrada. Pero la mera profanación de sepulturas implica, necesariamente, la intención de insultar a los muertos”.

» La ley nos ha dotado aquí de unas delicadas tenazas —se admiró el juez—. El crimen de profanación de tumbas tiene que estar fundamentado en las intenciones del acusado. Sin duda. Pero esas intenciones son claramente culposas siempre que la tumba haya sido profanada.

Sonrió satisfecho. Ponderó la sutileza de la ley. Su rostro rezumaba amistad de nuevo, irradiaba amor, y con ese espíritu se dirigió al prisionero:

—Puede comprobar usted cómo nuestras benéficas leyes extienden su manto de protección incluso sobre los muertos. Ningún cadáver tiene nada que temer en Francia.

Robert asintió rápidamente con aire sumiso.

A continuación se trató la cuestión del robo de la cartera y, una vez que se hubieron analizado sus connotaciones legales, se llamó a declarar a Robert. El secretario judicial tomó nota del relato de Robert: cómo admitía su culpabilidad por querer ganar un dinero extra, cómo había planeado compartir ese dinero con ciertos empleados cuya ayuda era indispensable para llevar a cabo todo el asunto. Pero, al margen de eso, no había hecho nada más. El general le había dado el dinero. La tumba ya estaba profanada cuando llegaron ellos. El general se había desmayado y él había huido aterrorizado.

De este modo se dio por concluido el interrogatorio. Al juez sólo le quedaba decidir si era necesario o no llevar al prisionero a juicio.

Aquella decisión no era difícil de tomar. La honradez y la inocencia jamás daban lugar a contradicciones. Sólo el crimen se enreda en esa maraña de saber y no saber al mismo tiempo. No había duda de la culpabilidad del hombre y debía ir a juicio. Entretanto, se dio la orden para que lo trasladaran a la prisión de La Grande Roquette: “... a tiro de piedra de la escena del crimen en Père-Lachaise”, según la propia redacción del juez; y allí debía Robert esperar la recuperación del general para que éste testificara en su contra.

Robert juntó las manos en actitud de plegaria.

—¡Pero el general sabe que soy inocente!

El juez, ante esta exclamación, dibujó una de sus más condescendientes sonrisas. Su inmenso rostro prácticamente estalló de amable jovialidad.
—Entonces, no me cabe duda, así lo declarará en el juicio.

—Pero, ¿y mi trabajo?... ¿Mi familia?

—Esto es un tribunal, amigo mío, no el cielo. La ley está para castigar el crimen, no para recompensar la inocencia.
Mientras se llevaban a Jean Robert, el juez observó:

—¿Por qué la ignorancia de la ley es tan universal?

Se encogió de hombros. Fue como si un terremoto hubiera hecho elevarse las montañas. Los grandes pliegues de su toga se desparramaban como el agua de las mareas. Y la majestuosidad de la ley se incorporó para retirarse unos instantes camino de los lavabos, de reciente instalación y hasta con cisterna incluida al mejor estilo inglés. Por desgracia, el general eligió este inoportuno momento para exhalar su último aliento. Como es normal, los periódicos se hicieron eco del duro destino que se había cebado con él en aquellos días; y de esa forma la noticia llegó hasta Aymar.

—Bertrand ya lo ha hecho antes —observó, pensando en Vaubois.

Cuantas más vueltas le daba, más convencido estaba. Enseguida se dirigió a la cárcel para ver al juez Le Verrier.
Tras ser presentado, aseguró:
—Creo que conozco al criminal de Père-Lachaise. Quiero decir que sé quién es el responsable de la mutilación del cuerpo de la niña.
—¿De verdad? —se interesó el juez con una amplia sonrisa, pero sin esa pizca de calidez que pudiera iluminar su cara como la puerta de un horno.
—Se trata de un hombre joven con quien he vivido durante años y ya ha mostrado esas inclinaciones con anterioridad.

—¿Cómo se llama?

—Bertrand Caillet.

—¿De París?

—Creo que vive en París. Se escapó de casa.
—¿Sí? ... Pero, ¿no sabe que ya hemos cogido al criminal?
—Lo sé, pero ese hombre puede que no sea culpable de lo que se le acusa

—Eso es asunto del jurado y de los jueces —señaló con frialdad el juez de instrucción.
—Y quizá el hombre que tienen detenido sepa algo sobre el verdadero culpable. Me refiero a Bertrand Caillet. *Hay* un hombre que debería estar entre rejas. En cuanto comience a cometer crímenes, no habrá forma de pararlo: terminarán siendo toda una serie.
El juez se inclinó hacia delante hasta dar con la barbilla de su enorme cabeza en la superficie de la mesa. Y después habló, mientras meneaba la cabeza de arriba abajo y movía la barbilla al ritmo con que daba forma a las palabras.

—¿Y si le hiciera detener a *usted*, habría más crímenes?

—¿A mí? Pero, ¿por qué? ¿Qué tengo yo que ver en este asunto?

El juez echó la cabeza hacia atrás. Decididamente, el mundo de los hombres poco duchos en leyes estaba dominado por la contradicción. Primero sabían, luego no sabían; primero una cosa, luego la contraria.

—¡Pensaba que usted tenía algo que ver con el caso! Pero, si no tiene ninguna relación con este tema, ¿se puede saber por qué está metiendo las narices en él?

Su voz adquirió el volumen de un trueno.

Aymar retrocedió encogido, musitó alguna que otra excusa y salió todo lo rápido que le permitía su cojera.

Pero no dejó de mirar los periódicos y, al día siguiente, recibió la recompensa de la nueva profanación en una tumba reciente en Père-Lachaise, Más adelante se produjeron otros saqueos de tumbas en el cementerio de Montmartre y después volvieron a darse en Lachaise. A pesar de la desagradable acogida de que había sido objeto por parte del juez de instrucción (sintió un escalofrío al pensar en lo que podría haber pasado de haberle explicado a aquel hombre la verdadera naturaleza del caso), Aymar decidió ir a ver al encargado del cementerio de Montmartre. Era un hombre afable y, tras haberle informado su ayudante del propósito de la visita de Aymar, lo recibió de inmediato y se lo presentó al encargado de Père-Lachaise, que por casualidad se hallaba allí presente.

—Con mucho gusto escucharemos lo que tenga que decirnos, ya que acabamos de llegar a una increíble conclusión.

—¿Cuál es? —preguntó Aymar, dándose cuenta de repente de que no deseaba en absoluto que hubieran descubierto al hombre lobo.

—Díganos primero lo que tenga que decirnos.

—Hay un joven, un pariente lejano mío, que allí en nuestra tierra dio muestras de este tipo de inclinaciones.

—Mmm.

—Hace no mucho que ha venido a París y lo estoy buscando; creo que sé cómo controlarlo.

—Mmm.

—Bueno, el caso es que imagino que todo esto es obra suya.

—Me temo que su caso tiene poco que ver con el nuestro.

—¿Por qué?

—Una observación detallada de las huellas que hay alrededor de las tumbas profanadas nos hace pensar a ambos que, tanto aquí como en Lachaise, el asunto está relacionado no con un hombre joven, sino...

—Sino con un lobo —interrumpió Aymar—,...o con un perro —añadió sin perder un segundo.

—¿Cómo lo sabe? No habíamos pensado en un lobo. ¿Qué le hace creer eso?

—Bueno, ya saben, él..., esto... Bueno, tiene un perro entrenado (que en parte es lobo, ya me entienden) y le ayuda.

—Ya veo —indicó uno de los dos caballeros. Pidió a Aymar cierta información, le preguntó por nombres, detalles, etc., a los que él respondió lo mejor que pudo mientras el encargado lo apuntaba.

—Bien, esperemos que todo esto acabe pronto —le confió a Aymar—Cada noche colocamos trampas cerca de todas las fosas nuevas, y el maleante, hombre, perro o lobo, o los tres, se verá pronto atrapado en unas incómodas y poderosas pinzas.
—El único problema —señaló el otro— es que pronto la guerra se trasladará a nuestros cementerios. Se van a instalar cañones tanto aquí como en Père-Lachaise para que París pueda resistir en caso de que caigan las defensas exteriores. ¡Dios no lo quiera!
—Uno pensaría —reflexionó el primero de los dos caballeros— que la gente está deseando morir, por el modo en que se suceden las guerras en el mundo. ¿Es que acaso imaginan que si no se matan unos a otros a lo mejor no se mueren nunca? Le aseguro que están muy equivocados si piensan así. Desde que tengo memoria, no he visto un solo día sin un funeral.

El lúgubre y nostálgico cariz que había tomado la conversación permitió a Aymar disimular su temor: pobre Bertrand, atrapado en una poderosa trampa de acero. Vaya, ¿y por qué no? Esto tendría que acabar más tarde o más temprano.

Se fue a casa y esperó. Pero no pasó nada. Daba la sensación de que habían cesado las profanaciones. Transcurrieron cinco días y las indagaciones en el cementerio no revelaron ningún otro intento de saqueo de tumbas. El encargado opinó:

—O bien nos hemos equivocado en cuanto a la teoría del perro, o bien éste es capaz de oler nuestras trampas. Quizá tenga usted razón, M. Galliez, y se trate de un hombre. Puede que uno de nuestros empleados o, al menos, alguien en contacto con ellos. De no ser así, ¿cómo se explicaría que aquellas profanaciones casi diarias se interrumpieran de repente en cuanto se hubieron colocado las trampas y que, además, en los últimos cinco días no se hayan repetido ni una sola vez?

CAPÍTULO ONCE

El número del diecisiete de noviembre del *Messager*, de Galignani, contenía entre los sucesos un discreto artículo que, por casualidad, atrajo la atención de Aymar cuando leía con detalle aquella página; como es lógico, se interesó por él de inmediato.

“Las historias de lobos asesinos en París siempre han sido habituales en tiempos de guerra. Se trata de una leyenda que nunca muere. La dureza del invierno que se acerca, anunciada por los recientes fríos, y la hambruna que se adueña de nuestra pobre ciudad, han conspirado de nuevo para resucitar esa leyenda imperecedera. En los suburbios se habla de un lobo, algunos incluso hablan de rebaños de lobos y otro informador nos quiere hacer creer que ya se ha atrapado a un espécimen de lobo y que éste ha sido trasladado al Jardin d 'Acclimatation para su estudio. De lo que ha sucedido ahí sólo se tienen noticias muy vagas. No es muy inteligente poner una leyenda en manos de un científico como nuestro estimado A. Geoffroy Saint-Hilaire”.

El artículo le provocó un gran sobresalto a Aymar. Desde el primer momento tuvo la seguridad de que la historia tenía fundamento real y de que este fundamento era, ni más ni menos, Bertrand. Extraña forma de dar con lo que buscaba. Pero en el estado mental en que se encontraba, después de varias semanas en París sin pista alguna acerca de Bertrand, excepto una serie de horribles crímenes que nadie que no fuera él atribuía a un monstruoso hombre lobo, era capaz de aferrarse al rastro más insignificante y encontrar cualquier cosa en él, como el investigador que descubre poblaciones enteras en una gota de agua sucia mediante el microscopio.

—¿Cómo iba a llegar un lobo hasta París? —se preguntaba—. ¿Cruzando las líneas alemanas? ¡Ridículo! *Ergo* este lobo tiene que ser nuestro Bertrand. ¡Se ha afincado en París!

Un gran salto, aunque no mayor que el de Newton desde la caída de la manzana a la eterna caída de la luna. Sí, ahí había una pista. Nítida y directa. Además, merecía la pena investigar hasta la más pequeña posibilidad. Estaba decidido.

En París la hambruna de la que hablaba el artículo del periódico había alcanzado en ese momento unas proporciones considerables, si es que se puede decir que la nada puede adquirir una determinada magnitud. A pesar de que el problema del abastecimiento de París se había presentado en cuanto se rompieron las hostilidades, y siendo París una ciudad casi fronteriza y expuesta al avance del enemigo próximo a territorio francés, no se hizo gran cosa hasta la noche del 4 al 5 de agosto, cuando el peligro fue inminente. El gobierno acababa de recibir un telegrama anunciando la derrota en Wissembourg.
M. Henri Chevreau, que recientemente había sustituido al famoso e infame Haussmann, y que impulsó el embellecimiento de París, formó en calidad de Gobernador del Sena un comité de consejeros y funcionarios municipales e instó a que se acumularan en la ciudad las suficientes provisiones de alimentos de todo tipo, carnes, heno y grano para los caballos, sal, vino, etc. Aunque a los miembros del Parlamento les aseguraban sin descanso que se habían tomado todas las medidas necesarias para proteger a París de la hambruna durante un largo asedio, y a pesar de que transcurrieron más de seis meses antes de que la ciudad se hallara completamente cercada, no

obstante, no tardó en producirse una carestía de alimentos que tuvo como inmediata consecuencia el alza de los precios. La política gubernamental de racionamiento no era de gran ayuda. Los pobres se lo tomaron con filosofía y con inteligencia, como hacen siempre. Sabían muy bien que, cuando se anunciaban las negociaciones de paz, por muy falsas que éstas fueran, enseguida aparecían en las tiendas grandes cantidades de alimentos y los precios bajaban de golpe. Todo el que podía acaparaba comida en espera de beneficios más altos, pero iban dando salida a sus reservas debido a que nunca podían estar seguros de que el estado de sitio no terminase de repente. De lo que se deduce que en París había ingentes cantidades de alimentos, pero el deseo de muchos particulares de sacar partido tenía manipulado el mercado.

El nombre de Geoffroy Saint-Hilaire también llamó la atención a Aymar.

—¿Saint-Hilaire? —se preguntó—. En especial esa combinación: Geoffroy Saint-Hilaire. ¿Será el que yo conocía?

Si era así, le facilitaría el trabajo. Geoffroy Saint-Hilaire no podía haberse olvidado de él y lo recibiría con los brazos abiertos. Debía de ser el mismo. Los Geoffroy Saint-Hilaire siempre estuvieron relacionados con la zoología.

Aquella misma tarde, Aymar se dirigió al despacho del director del Jardin d 'Acclimatation.

Al parecer, el director estaba demasiado ocupado.

El ayudante regresó al despacho del director. Unos momentos más tarde, Geoffroy Saint-Hilaire—nieto del famoso Geoffroy Saint-Hilaire, cuyos descubrimientos le habían parecido a Goethe de mayor relevancia que el destino de los reinos— hizo su aparición y, apresuradamente, dijo:

—*Monsieur*... —empezó, como si deseara terminar con el asunto para volver a su trabajo lo antes posible. Después dudó—. ¡Venga, eres tú, Aymar!

Se dieron un abrazo.

—¿Qué sucede?

Tras intercambiar las cortesías propias de un reencuentro, Aymar empezó a hablar del tema que le había llevado allí:

—He sabido por los periódicos —declaró— que han traído un lobo aquí.

El director soltó una risa nerviosa.

—¿Un lobo? Oh, sí. ¡Ja, ja! Los periódicos, por supuesto.

Después adoptó un aire bastante serio.

—¿Te interesa ese lobo?

—Sí. ¡Y mucho! —exclamó Aymar.

Entonces, alentado por su propia emoción, trató de explicarse:

—Eso es precisamente por lo que he venido. Verás, te lo voy a contar.

—No hace falta —respondió el director con aire grave y tranquilo—, amigo mío. Me temo que lo comprendo muy bien.

Mientras Aymar temblaba, él dudó un instante.

—Déjame ver... —continuó diciendo—. Mmm... Ahora estoy muy ocupado, pero tu visita es realmente oportuna. Estoy invitado a cenar junto con Maubert. ¿Lo conoces? ¿Maubert? ¿El gran Maubert? ¿No? Bueno, en cualquier caso, él no puede ir, así que tú vendrás conmigo. Quedamos aquí dentro de dos horas. Iremos a cenar juntos. Sí, lo mejor será que quedemos aquí mismo —concluyó apresuradamente. Aymar pensó que incluso algo nervioso.

—Pero, ¿el lobo?

—Sí, de eso se trata. El lobo —repitió, con aire misterioso, y regresó a su despacho.

Aymar, asombrado, ilusionado, tratando en vano de pensar en posibles explicaciones, volvió a casa para vestirse y luego acudir a la cita con su viejo amigo exactamente dos horas después. "Lo sabe todo", pensaba, aunque, cuando apareció, el director no dio ninguna muestra de ello.

Geoffroy Saint-Hilaire cogió amistosamente a Aymar del brazo y lo condujo hacia la puerta, donde aguardaba un carruaje. Hicieron el recorrido a una buena velocidad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Aymar.

—A casa del Dr. Anatole de Grandmont.

—¿Y el lobo? —siguió preguntando Aymar.

—¡Chisss! —replicó su amigo.

El trayecto era corto. Unos momentos después se apearon y entraron en una casa antigua y elegante. El comedor, que se veía al otro lado del salón, tenía una espléndida iluminación; la mesa, preparada para diez, centelleaba con una porcelana y una cristalería magníficas, con la vajilla de plata y oro, todo ello dispuesto sobre un mantel blanco como la nieve.

Aymar fue presentado.

—El pobre Maubert no podía venir. Me he tomado la libertad de traer a un viejo amigo, M. Aymar Galliez, un antiguo republicano. M. *le docteur* Anatole de Grandmont, nuestro anfitrión, M. de Quatrefages y M. Richard du Cantal, vicepresidentes de nuestra sociedad [40]. M. Demarets, el famoso…

—Ya nos conocemos —informó Aymar. Se dieron la mano.

—M. Decroix, nuestro celebrado propagandista para el consumo de la carne de caballo.

—Más jugosa, más energética y más sana —describió M. Decroix con gran seriedad.

—M. Graux, cuyo padre consiguió que las ovejas dieran seda.

—M. Degient.

—M. Giraudeau[41].

Aymar tenía la impresión de que había algo extraño en torno a aquella reunión. Por supuesto, era natural que todos ellos estuviesen interesados en los asuntos del reino animal, pero había algo más. No dejaba de sentir susurros y risitas contenidas y, en general, intuía un trasfondo que no lograba captar. En un momento dado, llegó a sus oídos el siguiente diálogo:

---

[40] *La Société Impériale Zoologique d'Acclimatation.*

[41] El mismo M. Giraudeau que alcanzó cierta notoriedad durante la hambruna, cuando era completamente imposible conseguir queso de ninguna manera, por engarzar una pequeña loncha de *fromage de Brie* en el alfiler de una bufanda.

—Lo conseguirás, sin duda.
—Me temo que voy debilitándome por momentos —respondió la persona a la que se dirigían. Al verse cerca de su amigo, Geoffroy Saint-Hilaire, y por lo tanto sintiéndose seguro, Aymar intentó hablar claro:
—Acerca de ese lobo...

—Lo sabrás a su debido tiempo —le cortó el director inmediatamente.
Aymar se preguntó si quizá se había descubierto todo el misterio y si era eso lo que causaba aquel murmullo de excitación contenida.

En aquel instante, el anfitrión requirió la atención de los presentes.

—¡Caballeros! ¡Atención, por favor! Ya veo que el propósito de esta cena no ha permanecido tan en secreto como desearíamos. No tiene importancia. Ustedes ya saben que estamos en un momento de enorme peligro para nuestra amada patria y nuestra querida ciudad de París, la joya de Europa. Aquí estamos, cerca de dos millones de personas, y con una terrible carestía de alimentos. Nuestros enemigos lo saben y tratan de sacar provecho de ello con el objeto de lograr nuestra perdición. Pero, Dios mediante, nos las arreglaremos para resistir hasta que las provincias agrupen sus fuerzas y vengan a liberarnos, bajo el liderazgo de nuestro incondicional Gambetta.

» Nosotros, por nuestra parte, también podemos hacer algo. También podemos ayudar. También, caballeros, tenemos un pequeño plan. No es un invento que haga saltar ejércitos por los aires, no es un proyecto para una huida en masa, no es ninguno de los planes de nuestro querido Trochu o cualquier otro valeroso general. Es, mis queridos amigos, una contribución de la ciencia zoológica a la humanidad. No sólo para nuestra maltratada ciudad, no. Para todo el mundo, en nuestros días limitado en sus posibilidades alimentarias a un número muy pequeño de animales.

» Nos hallamos ante una ocasión histórica. Tendremos una buena razón para recordarla. El mundo nos honrará por este valiente paso. Por la destrucción de unas cadenas que los prejuicios estúpidos se bastaron para forjar y que fueron templados por la tradición. Caballeros, dejemos que éste sea un día de felicidad. Nosotros, como Colón, estamos a punto de explorar un nuevo mundo, de descubrir un nuevo sabor en los platos y un nuevo valor nutricional en los alimentos. Dejemos, como les he dicho, que éste sea un día de felicidad. ¿Han oído el chiste que circula por todo París? Anuncia una nueva era. Deshagámonos de los conceptos de nuestro viejo cascarón y zambullámonos en los nuevos con una sonrisa.

» ¿El chiste? Sí, ahí va: “Un buen burgués de París, sin nada que llevarse a la boca, ha sacrificado a su perro en el altar del gran dios del apetito. Él y su mujer están sentados en silencio comiéndose a su amado foxterrier. La mujer, después de un rato, alza la vista y se da cuenta de que su marido está colocando cuidadosamente los huesos junto a su plato, como siempre había hecho.

» —Pero, ¿qué estás haciendo?

» —Ah—, entiende él al fin, con un suspiro—. Es terrible —afirma, moviendo la cabeza de un lado a otro—. A Fido le hubieran encantado estos huesos”.

Aunque el chiste no era nuevo para la mayoría de los invitados, se produjo una cumplida explosión de carcajadas y el grupo entró en fila en el comedor contiguo para ocupar los asientos. Aymar estaba empezando a comprender. Sólo empezando.

La sopa estuvo excelente. Los invitados no paraban de hablar y de hablar, sobre todo M. Decroix, el abogado de la carne de caballo como alimento humano. Y el motivo se puso de manifiesto de inmediato. Apenas habían retirado los platos, cuando el anfitrión anunció que la sopa era:

—*Consomé de caballo con mijo*.

Después trajeron los aperitivos. Más exclamaciones de alegría. Se hizo venir al cocinero para felicitarle. Aymar, un poco confundido, probaba los platos, los encontraba agradables y se asombraba. Tras alguna viva discusión entre los invitados, el anfitrión, leyendo de un pedazo de papel, anunció:

—Hemos tomado: *Pincho de asado de hígado de perro à la maître d'hôtel*; y *Carne picada de lomo de gato con salsa mayonesa*.

Aymar controló su estómago. Pero era evidente que se trataba sólo de un chiste. Se volvió hacia su amigo para confirmarlo, pero Geoffroy Saint Hilaire estaba anotando algo en el dorso de una carta. Llegaron los platos. Y, más tarde, sus nombres:

Guiso de paletilla y cuarto trasero de perro con salsa de tomate;
Gato estofado con champiñones;
Chuletillas de perro con guisantes;
Ragú de carne de rata a la salsa Robert.
Luego, en grandes fuentes, vino el asado, y Aymar estaba dispuesto a desaparecer debajo de la mesa. Si sus compañeros científicos no hubieran sido tan objetivos en su conducta y en su degustación, en sus críticas, debates y comparaciones, hacía tiempo que él se hubiera rendido y venido abajo por completo. El asado era:

Pata de perro y mapache a la pimienta;
Ensalada: begonias aliñadas y ratones hervidos fríos;
Plato adicional: pudín de ciruelas con ron y tuétano de caballo.

Y no dejaban de venir, un plato detrás de otro.

Por fin terminó el ágape. Los más inteligentes no habían hecho más que probar cada uno de los platos para no darse un atracón. Una vez que todos hubieron saciado su apetito, se invitó a Geoffroy Saint-Hilaire a leer su informe:

—La sopa estaba excelente. Algunos encontraron algo duro el mijo, pero todos sin excepción han alabado el sabor.
» Nuestra repugnancia hacia el hígado de perro, servido asado y en pinchos, cayó al instante en el olvido una vez degustado en esta receta verdaderamente deliciosa. Se podría sostener que el riñón de cordero es lo que más se le aproxima, pero es una carne menos tierna.
» Mucha gente ha repetido lomo de gato. Se trata de una carne blanca que recuerda un poco a la ternera fría, pero es más agradable. Está recomendada para los inválidos.
» El guiso de paletilla y cuarto trasero de perro ha tenido mucho éxito y, al parecer de muchos, es muy semejante a la carne de gamuza.

» El gato estofado, aunque algo tieso, tenía tanto sabor que, de no haber sido tan grande el número de platos, más de uno lo hubiera vuelto a pedir con agrado.
» Había demasiado vinagre (supongo que los otros invitados estarán de acuerdo) en las chuletillas de perro. Esta carne tiene algo de nervio, pero no posee mal sabor.
» Ninguno de nosotros ha tenido más remedio que deshacerse en elogios hacia el ragú de ratas. Sólo se puede comparar con la carne de golondrina.
» La pata de perro se come muy bien, aunque es de textura algo basta Estaba mejor por las zonas menos pasadas, donde sangraba un poco; el mapache no ha tenido gran éxito: era algo insípido.

» La ensalada de begonias recordaba a las acederas. Creo que estamos ante un excelente regulador para las dietas basadas casi exclusivamente en la carne salada. Sería bueno investigar este aspecto; los ratones fríos son, en una primera impresión, de un sabor similar a las gambas; algunos han acusado al cocinero de querer engañarnos.

» El gran triunfador de la velada es el ragú de ratas. No logro entender por qué el mundo ha rechazado durante tanto tiempo esta deliciosa comida Yo, por mi parte, me he convertido. De aquí en adelante, con hambruna o sin ella, mi menú se verá adornado con frecuencia por la carne de rata, y mis invitados aprenderán a gustar de ella como yo lo hago. Sí, preveo la aparición de una nueva y gran industria, porque, una vez que las ratas salvajes sean exterminadas por nuestros sibaritas, no habrá más remedio que criar a las ratas en granjas y su cría las mejorará, si es que necesitaran algún tipo de mejora.

» Que desde esta sala se extienda la buena nueva al mundo: ¡La rata es un buen alimento! Y no crean que se necesitan muchas ratas para hacer una buena comida. Una rata, después de despellejada y deshuesada, tiene algo así como un cuarto de kilo de carne, del cual unos treinta gramos pertenecen al hígado, muy jugoso y suculento. Dos ratas bastarían para una familia modesta. Y probarla una sola vez es suficiente para convencerse y convertirse.

» Una sola crítica y una única advertencia antes de concluir:

» La crítica: nuestro cocinero lo ha hecho de maravilla, pero se ha equivocado al tratar de ocultar el sabor diferente de estas carnes mediante salsas muy pesadas. Estas carnes pronto serán apreciadas por su propio y peculiar sabor.

» La advertencia, que pienso colocar en todos los muros de nuestra ciudad: “La carne de rata debe ser hervida antes de cocinarse, para de ese modo prevenir la triquinosis observada por su consumo en algunas ocasiones”[42]

[42] Aquí, como en todas partes, se puede oler el rastro de los negocios. Debido a que *la Societé del Jardin d'Acclimatation* tenía cada vez más dificultades para alimentar a las bestias a su cargo, se las vendieron a las carnicerías y a restaurantes de alta categoría, que en consecuencia ofrecían, aunque ni que decir tiene que a precios desorbitados, carnes y aves tan exóticas como casuario, avestruz, dingo, tapir, canguro, etc. Hay que reseñar especialmente la venta de dos elefantes, Cástor y Pólux, que fueron a parar a manos del rico carnicero Deboos por 27.000 francos. Estas lentas y pesadas bestias, adoradas durante veinticinco años por los niños de París, que viajaban en su lomo por 50 céntimos el paseo, terminaron decorando los platos del Jockey Club y otros lugares de comidas para ricos. Los dos elefantes estaban desconcertados en el momento de afrontar su destino. Después de

Geoffroy Saint-Hilaire tomó asiento en medio de una salva de aplausos. Después sirvieron el oporto, al estilo inglés, y Aymar cogió el vaso y bebió con ansiedad por acallar su estómago. La cena había durado tanto tiempo que los invitados ya no tardaron mucho en irse. Aymar logró dominarse para mostrar su efusivo agradecimiento por la exquisitez de las viandas y la novedad de la experiencia.
—Sin ninguna duda —señaló Geoffroy en cuanto salieron a la calle—, esto es sólo el principio. No hemos tocado el mundo de los insectos.
Sacó pecho con orgullo y satisfacción.
—Vamos, caminemos un poco. El aire de la noche es refrescante.
Aymar pensaba lo mismo.
—Sí, los insectos. ¿Has probado alguna vez una chinche? ¡No te imaginas lo dulce que es! Pero huele muy mal. Ahora bien ¡las langostas son otra cosa! No se parecen a nada que hayas comido. Necesitaremos nuevos términos al hablar de estos temas. Sí, el hombre es omnívoro. Los zoólogos siempre lo han clasificado así junto con el oso. En ese caso, ¿por qué hasta ahora se había mostrado tan cobarde cuando no tenía más que alargar la mano? ¡Como Colón! El viejo Grandmont dio en el clavo con eso.
Aymar dudaba si interrumpir aquel discurso de tono casi elegíaco del científico, quien, por un momento, parecía hablar con el don de la profecía. Aymar se aventuró por fin, aunque con timidez:

—Y en cuanto al lobo...

Entonces, Geoffroy Saint-Hilaire hizo algo curioso. Se volvió hacia su compañero y, agarrando con fuerza su mano, declaró emocionado:

—Lo sé, amigo mío, lo comprendo. No es necesario decir nada más.

Aymar se preguntó qué era lo que comprendía su amigo. ¿Acaso lo comprendía realmente? Desde la cena, Aymar había empezado a dudarlo.

“Todos se han convertido en lobos”, pensó. “Bertrand los ha infectado, pero no saben nada del lobo que yo busco. Aun así, cuando un hombre te dice que comprende, tú inclinas la cabeza como gesto de gratitud” Aymar inclinó la cabeza. Caminaron juntos en silencio.

—Si lo hubiera sabido, mi querido Galliez, puedes estar seguro... ¿Crees que he sido cruel? Pero, ah..., ah..., piensa un poco en ello: fue como en el chiste que nos contó Grandmont.

—¿Cuál?

—El chiste del perro.

---

una vida en la que no habían recibido más que amabilidad, no podían sospechar que hubiera algo distinto en las acciones de quienes los llevaban al matadero. Se produjo alguna que otra discusión acerca de cuál sería la mejor forma de matarlos. finalmente, un hombre muy forzudo agitó una enorme maza con todo el poder de sus voluminosos músculos. La pesada madera se estampó en la cabeza de uno de los elefantes. La bestia se tambaleó mientras la sangre salía a borbotones de una gigantesca herida en la frente. Por un momento pareció sorprendido, pero sólo por un momento, y después recobró la seguridad de toda una vida en los cuidados y la alimentación que siempre le habían proporcionado los animales de dos patas. Al final se empleó a un experto tirador cuyas precisas balas acabaron con los brutos. carne se llegó a vender hasta por 142 francos el medio kilo.

—¿El chiste del perro?

—Verás, yo lo supe enseguida, en cuanto llegaste con lo del lobo, que tú sabías que no era un lobo. Y cuando me diste a entender lo muy interesado que estabas en el asunto, se me abrieron los ojos de inmediato.

—¿Se te abrieron los ojos? —preguntó Aymar, todavía perdido.

—Caí en la cuenta de que era tu perro. Es evidente que cualquiera podría haber visto que no se trataba de un lobo, excepto ese periodista. Quería una buena historia. Y nosotros queríamos un perro para nuestro cocinero. Y entonces pensé: si no le digo nada, ¿será una crueldad? Pero luego tuve esa idea tan feliz: te llevaría conmigo y así, por lo menos, asistirías a su funeral. Es mejor que nada, ¿no crees? Es terrible, desde luego, pero...

La "idea feliz" atravesó a Aymar como una cuchilla de acero helado. ¡El lobo o el perro era lo que habían servido en aquella cena infernal! ¡Bertrand! ¡Se habían comido a Bertrand! ¡Su carne era de *delicado sabor, aunque con algo de nervio!* ¡Dios Todopoderoso!

Con un hormigueo que se extendía hasta la última fibra de su cuerpo, salió corriendo sin decir una palabra.

—Pero, Galliez..., perdóname —oía gritar al director tras él. Sin embargo, Aymar huía como si una manada de lobos le pisara los talones y con el estómago revuelto. Se detuvo en un oscuro rincón y allí vomitó hasta que se quedó limpio y sin fuerzas.

Aymar no volvió a sentirse bien hasta la mañana siguiente, cuando los periódicos daban cuenta de un nuevo crimen horrible y sangriento. No habían matado a Bertrand. Bertrand seguía vivo. La noticia era la prueba:

"En la calle de Budapest vivía La belle Normande, así llamada, o más bien deberíamos decir que se hacía llamar así, con el propósito de atraer a los clientes de esa región como prostituta honesta, muy respetada en su propio barrio, aunque en ningún sitio más. Anoche, un hombre joven de atractiva apariencia, vestido con el uniforme de la *Garde Nationale*, al menos eso es lo que declara el conserje, llegó a casa con La belle Normande. Ambos se retiraron y no se oyó nada de ellos hasta que el artesanal trabajo de él ha salido a la luz. Esta mañana, La belle Normande necesita una sucesora en lo que respecta al cariño de sus numerosos paisanos en París. Está muerta. Acuchillada por un áspero y tosco instrumento. Literalmente cortada en dos. Así la encontraron, sobre un charco de sangre en el suelo de su habitación. Parece que no han robado nada. La policía está investigando entre los batallones de la *Garde*".

El modo de actuar delataba al auténtico culpable. De modo que Bertrand estaba en la Guardia Nacional. Pues claro. Todos los hombres jóvenes estaban ahí.

CAPÍTULO DOCE

La deducción de Aymar era correcta. Bertrand estaba en la Guardia Nacional. ¿En qué otro sitio podría estar un joven, en aquel París sitiado, más que en la Guardia Nacional, donde tenía asegurado su sueldo diario? Los talleres se hallaban vacíos, no había trabajo, pero ningún hombre tenía por qué preocuparse con la Guardia Nacional dispuesta a aceptar a cualquiera que quisiera estampar su firma. En cuanto a prestar un servicio real, eso era otra historia. Cuando se decretó que los soldados debían elegir a sus oficiales, se acabó la disciplina, ya que los oficiales tenían mucho mayor interés en complacer a sus hombres y en conservar sus puestos que en planear una resistencia eficaz contra los prusianos.

Bertrand, que en poco tiempo se había gastado todo su dinero en busca de orgías con las que repetir el placer obtenido con Thérèse, se dejó convencer fácilmente por un conocido para enrolarse en la Guardia Nacional; y lo hizo con alguna pequeña alteración en el nombre, lo que motivó que, comprensiblemente, Aymar no pudiera encontrarlo en los registros.

En el caos de aquel período, los empleados administrativos no tenían demasiado tiempo para investigar. Muchos hombres se enrolaban en diversos batallones y con nombres distintos: de esa manera conseguían una paga mayor. Sólo unos cuantos imbéciles negaban tener esposa e hijos y perdían así las cantidades adicionales por cargas familiares. Los oficiales electos, asimismo, estaban deseosos de engordar sus listas para recibir una paga por tener bajo su mando a mil hombres, cuando la realidad es que reunían sólo ochocientos; se embolsaban la diferencia como ganancias bien merecidas en virtud de su astucia.

Pero no está bien exigir de los pobres la virtud si han de pasar hambre para ponerla en práctica. Sería mejor preguntar qué hacían los ricos de París.

No hay duda, a ellos les correspondía su parte en el esfuerzo patriótico y se veían bien recompensados por él, como siempre les sucede a los ricos.

Bertrand, en aquellos días, sentía la imperiosa necesidad de saciar el oculto apetito que desde hacía muy poco tiempo comprendía con cierta claridad. Plenamente consciente ya del lado oscuro de su naturaleza, regulaba su existencia de tal manera que pudiera satisfacer aquella voraz tendencia sin correr ningún peligro. Alquiló una habitación barata en un sótano, en la parte de atrás de un edificio. Una ventana, que podía dejar abierta, le permitía escapar y regresar de noche sin que lo vieran. Por el día cerraba bien la ventana; incluso se había tomado la molestia de comprar e instalar una cerradura nueva. Hizo lo mismo con la puerta para evitar cualquier posible incursión por parte de la portera, una entrometida que quería hacer de madre limpiándole la habitación y arreglándole la ropa.

Era capaz de prever los ataques. Durante el día no tenía apetito. Sobre todo le entraban náuseas al pensar en el pan y la mantequilla. Por la noche se sentía tenso, y cansado y sin ganas de dormir al mismo tiempo. Entonces preparaba la ventana y echaba la llave a la puerta y, tras haber tomado sus precauciones, se tumbaba. Se despertaba con frecuencia por la mañana, en la cama, sin recordar en absoluto lo que había sucedido por la noche. Sólo una espantosa rigidez en el cuello y una laxitud en brazos y piernas, que no podía deberse más que a haber corrido muchos

kilómetros, arañazos en manos y pies, y un acre regusto en la boca, hacían pensar que había pasado la noche fuera de casa. En una ocasión, sin embargo, al despertar le aguardaba la prueba definitiva. Sus ojos captaron, como un relámpago, algo blanco debajo de la cama. ¡Un antebrazo humano! De un hombre. Tenía los dedos cerrados con fuerza y formando un puño. Entre los dedos se veían mechones de pelo como arrancado de un abrigo de piel.

Se estrujó el cerebro. ¿Dónde? ¿Quién? Era obvio que se trataba de un hombre con un abrigo de piel. A su mente regresaron vagas imágenes de sí mismo saltando con júbilo por entre la nieve derretida y fangosa, en medio de un viento cargado de cristales de hielo que barría las calles desiertas, que gemía entre las chimeneas y que le dejaba a uno sin aliento al doblar las esquinas. Pero, ¿un hombre con abrigo de piel? No recordaba a ningún hombre con abrigo de piel. Sin embargo, sí se acordaba de que, como concesión a los bajos instintos de su condición, había seguido un funeral que se celebraba a última hora en el cementerio de Montparnasse. El día era oscuro y frío, el cielo estaba totalmente cubierto y en el aire había una sensación de nieve. Los temblorosos dolientes caminaban con esfuerzo y Bertrand decidió unirse a ellos. Los familiares y amigos no prestaron atención al joven con uniforme de la Guardia Nacional que parecía expresar su dolor de un modo particular. En momentos así se respeta la pena de los demás y cualquier excusa mental es válida: un amigo del café, alguien a quien el muerto le había hecho un buen favor una vez, etc. Incluso le añadía cierto encanto a Bertrand. Un encanto que se veía ampliado por su timidez, por su veloz retirada una vez que hubo terminado la ceremonia.

El único que habló con Bertrand fue un anciano. No lo atosigó mucho con sus preguntas. Daba la sensación de que, sobre todo, deseaba charlar.
—¿Es usted amigo de *Madame* o de Blaise? —fue todo lo que le preguntó, aunque no se trató más que de una forma como otra cualquiera de empezar, ya que en cuanto Bertrand terminó de responder al azar: “De Blaise”, el hombre siguió hablando:

—Un sabio como no ha habido ninguno. El hombre con mejor corazón que uno podía echarse a la cara. Sólo Dios sabe qué le llevo a casarse con una chica tan joven, ¡si tenía casi cincuenta años! Y miré que se lo advertí: Blaise, le decía una y otra vez, eres un viejo loco. Una chica joven y con tanta vida se llevará a la tumba a un viejo como tú. Te chupará la sangre. No serás capaz de seguirle el ritmo. Pero se empeñó. Ella lo tenía embrujado... Así y todo, no creí que el final llegase tan pronto. Llevaban poco más de tres meses casados.

» Y le diré algo más —continuó el anciano, la voz cada vez más apagada y pasando a un tono confidencial—, hay algo en todo esto que no me gusta. Hace dos días estaba muy bien de salud. Lo vi yo mismo, y también hablé con él. Al día siguiente, muerto, y al otro, enterrado. ¿Por qué tanta prisa? Y en cuanto a la viuda, parece más preocupada por dar una imagen de duelo que por sentir verdadero dolor. Ah, bueno. Blaise, mi viejo amigo, pasará mucho tiempo antes de que te olvide.

Al recordar aquella conversación, todos los demás detalles de esa noche también regresaron a la memoria de Bertrand: la fosa abierta que, a causa de la tardía hora del entierro, había quedado sin rellenar; el ataúd, cubierto por una fina capa de tierra y nieve. Y, después, ¡la horrible pelea con un cadáver que recuperaba la conciencia tras los efectos de un potente narcótico!

Y más tarde comprendió algo más. ¡El pelo no era de un abrigo, sino su propio pelo! ¡Aquellos mechones grisáceos y castaños eran suyos! De modo que el cambio no era una ilusión; ¡no se trataba de una simple alteración de los deseos de sus músculos, ¡sino una transformación real!

¿Podía alguien creerse algo así? ¿Cómo había sido capaz de levantar la pesada tapa de un ataúd valiéndose de garras?

Le hubiera gustado confirmar aquel punto, pero de poco servía la decisión de estar más atento a ese hecho la próxima vez que tuviese oportunidad. Ni siquiera cuando se despertaba en la calle y se veía yaciendo junto a una nueva tumba o al lado de alguien a quien, obviamente, había atacado en la calle, le era imposible recordar si lo había hecho en forma de bestia o de hombre que actuaba como una bestia. Al parecer, en aquellas salidas, no tenía pensamientos racionales, humanos, aunque no por ello carecía de la habilidad necesaria para lograr sus propósitos.

Tras su llegada a París, y cuando todavía le quedaba parte del dinero de Jacques, se dedicó a frecuentar los lupanares. Pero tuvo que abandonar pronto esa clase de diversión, ya que las chicas de París estaban bien aleccionadas en lo que se refiere a su profesión y, al igual que los peluqueros, cobraban cifras desorbitadas por cualquier desviación de la norma, por cualquier atracción extraordinaria.

Con la exigua paga que recibía como soldado, Bertrand no podía permitirse los juegos caros. Buscó un material más barato por las calles. A veces lo encontraba; la mayoría no. En estos casos, ciego de ira y resentimiento, engañaba a alguna mujer de la calle por medio de grandes promesas. Aquellas conquistas amorosas solían acabar en asesinato. Y eso sucedía sobre todo cuando ya no pudo hallar más tumbas recién cavadas para saquearlas.

De su vida de soldado no hay mucho que contar. Los anales militares de la Guardia Nacional son un libro vacío. Bertrand estuvo en pocas batallas. Desfiló con frecuencia, fue testigo de celebraciones y escuchó mucha palabrería acerca de este o aquel plan para salvar París. Hizo pocos amigos entre sus camaradas.

A última hora de la tarde, tras finalizar el servicio, solía entrar en una cantina, donde se bebía un vaso de vino y, taciturno, le daba vueltas a la cabeza acerca de su mal. Se habituó a ir a una cantina que gozaba de buena fama entre los soldados, no tanto por sus vinos como por la presencia de una jovencita que casi todas las tardes dedicaba parte de su tiempo a pasarlo allí de forma desinteresada. Estaba por encima de la belleza humana. Era de pequeña estatura y no podía tener más de diecisiete años; a pesar de tales limitaciones, su físico pertenecía a esa perfecta variedad que trasciende el envoltorio, y hubiera parecido tan grácil y firme envuelto en la manta de un salvaje como en su cara vestimenta.

Su tez morena era fuente de perpetua alegría, ya que una permanente sonrisa lo transfiguraba y dejaba ver unos dientes cuya blancura era impecable. Sus negros y vivaces ojos iban de un hombre a otro y para todos tenía una palabra agradable y una sonrisa. Era Mlle. Sophie de Blumenberg, hija del famoso banquero.

Muchos de los hombres, en particular los oficiales, por supuesto, intentaban arrastrarla hacia algo más que simples bromas, pero ella no permitía que la llevaran por el mal camino. Cuando su coche venía a recogerla y el lacayo descendía para abrirle la puerta, se deshacía del delantal, se quitaba la gorra militar, se embutía en sus pieles, agitaba el manguito para despedirse y se iba sin más.

En numerosas ocasiones, un oficial, fácil de reconocer como militar de alta graduación por su llamativo uniforme, y del que algunos sabían a ciencia cierta que era el capitán Barral de Montfort, aparecía acompañando a Mlle. Sophie. Formaban una distinguida pareja. Él, perfecto con su elegante ropa militar; ella, con su exótica clase de belleza.

A ese tipo de gente se le tiene envidia, pero al mismo tiempo se desea que gocen de todas las alegrías que la vida puede ofrecer y que, sin embargo, con tanta insistencia nos niega a la mayoría. Porque da la sensación de que la naturaleza ha elegido a esos seres para colmarlos con los más preciados dones.
Ella esperaba de la vida una interminable sucesión de nuevas maravillas, de nuevos placeres y sorpresas. Y lo cierto es que la vida había sido eso para ella hasta el momento. Y poseía esa infinita capacidad para disfrutar que una princesa debe tener si no quiere ser desgraciada incluso en el más bello palacio del mundo.
Durante los trayectos compartidos por ambos, a ella le encantaba tomarle el pelo a Barral. Le decía que todos los hombres la adoraban. Describía a algunos de ellos. Hacía hincapié en lo atractivo de su físico. Afirmaba que superarían a Barral si se les permitiera vestir su brillante uniforme azul adornado con aquellos galones dorados.

Sabedor de que a ella le complacía verlo molesto y celoso, hacía todo lo posible por fruncir el ceño y hallar palabras de enfado como réplica. Mme. Hertzog, la tía Louise de Sophie, trataba de estar presente siempre que podía en calidad de carabina, y se quedaba por completo inmóvil e indignada durante aquellas traviesas discusiones que ella encontraba, claro está, de muy mal gusto. En realidad, consideraba todo el asunto de la cantina como una gran vergüenza para una hija de la aristocracia, y no podía aprobar el patriotismo llevado a tales extremos. Ese patriotismo, se imaginaba ella con tino, no era más que una excusa para la relajación de las costumbres.

Pero el barón de Blumenberg era incapaz de negarle nada a su hija, su única hija. Además, una muestra de patriotismo siempre era una buena política para los negocios. Él había sido un patriota bajo el Imperio, y fue de nuevo un patriota con el gobierno del Cuatro de Septiembre[43]. Hasta podría hacer un guiño de patriotismo a la Comuna. Los buenos negocios bien lo merecían.

Había contribuido al mantenimiento de las cantinas con una enorme suma de dinero, pero la presencia de su hija constituía un gesto incluso más eficaz. En cualquier caso, las hijas y esposas de las mejores familias de París se estaban dedicando a trabajar en las cantinas o como enfermeras.

A la hora de la comida, la tía Louise nunca perdía la ocasión de sacar el tema de Sophie, de su descuidada educación, de su trabajo en la cantina, de su libertad, de lo que “una podría casi llamar promiscuidad”.
Y más tarde, por la noche, cuando se preparaba para regresar a su apartamento, continuaba la discusión, ya que la familia permitía a Sophie quedarse hasta altas horas. Barral de Montfort también se marchaba y acompañaba a Mme. Hertzog. En el coche ella se sinceraba con él:

—Usted es demasiado bueno para esa chusma, incluso si es cristiano.

[43] Fecha de la proclamación, en 1870, de la Tercera República en Francia. (N. del T.)

Él no sabía si sentirse halagado o insultado.

—Desde que esos artistas han puesto de moda la decadencia moral, el mundo degenera a toda velocidad. Esta guerra no es más que otra prueba de ello.

Él murmuraba alguna educada respuesta de asentimiento ante su tesis.

—Recuerdo —contaba ella, encogiendo la barbilla con indignación— cuando ese tipo, Courbet[44], colocó su cuadro con una mujer desnuda en el Salón. Yo estaba allí en el momento en que la Emperatriz se puso de espaldas a él, horrorizada. Ni que decir tiene que todo París se congregó frente a aquel cuadro. Desde entonces la caída no ha cesado. Malos cuadros, malos libros y los más vergonzantes tejemanejes.

Él, con la inflexión apropiada, señalaba:

—Terrible.

Ella lo miraba con dureza.

—Yo también me divertí en mi juventud sin necesidad de comportarme de modo indecoroso.

Él estaba tentado de preguntarle cómo.

—Supongo que su generación me consideraría una mojigata.

A él le hubiera gustado decir:

“Sophie es quizá más mojigata que usted. Si la conociera bien...”.

Cuando él estaba ya de vuelta en su propio apartamento y se despojaba de la capa y de la espada, se sentaba y pensaba en Sophie: el ceñido vestido de Sophie, de terciopelo blanco con un ligero tono limón, la larga falda de blanco satén y de volantes, como si caminase saliendo del mar cuando éste rompe en la orilla y una ola corriese tras ella con una cresta de espuma blanca; y, surgidos de ese cáliz de blancura, sus hombros de hermoso trazo curvilíneo, y su pecho como de bronce bruñido, sus morenos brazos desnudos, su atezado y sonriente rostro, su cabello de rizos de ébano.

Él sentía al mismo tiempo como deber, y como placer y privilegio, escribirle todas las noches, y pensar en nuevos modos de describir sus brillantes cejas negras cuando se alzaban en resueltas curvaturas desde su frente modelada a la perfección. Era su deber hallar nuevos símiles para sus dientes, blancos como pétalos de gardenia, o, mejor incluso, como raíces recién partidas en el bosque que refulgen desde el suelo. Era su deber nocturno escribir todo aquello, intercalando sus declaraciones de amor, y enviarle la carta para que pudiera leerla por la mañana.

Una vez que los invitados a cenar se iban y el barón se retiraba a su despacho, donde solía dormir, y la baronesa a su tocador, entonces Sophie se moría por hacer algo. Pero, ¿qué podía hacer allí? Si iba con papá, la acogería con una sonrisa, la acariciaría, le contaría banalidades de los días en que ella era un bebé. Si iba a mamá, la recibiría con preguntas sobre su salud, le hablaría de ropa y seguro que, en algún momento de la conversación, introduciría un sonoro rapapolvo.

[44] Conocido como "el Apóstol del Realismo". Fue adversario de Napoleón III y, durante la Comuna, autorizó el derribo de la Columna Vendôme, episodio que se mencionará más adelante. (N. del T.)

El enorme apartamento estaba en silencio. Los macizos muebles brillaban, los accesorios metálicos de las volutas y las esfinges lanzaban destellos bajo la luz de las lámparas de gas. En algún lugar detrás de la puerta, ella lo sabía, un criado somnoliento bostezaba esperando a que ella se fuese para apagar las luces.

Cogía unas cuantas revistas de la mesa del salón, algún que otro volumen de la librería y se iba a su habitación. Leía hasta que le dolían los ojos y, así y todo, seguía sin haber nada que suscitase su interés. Se desnudaba y leía en la cama, retrasando todo lo posible la acción de apagar el candil de la pared y la de soplar la vela de la mesilla.
Al final reunía el valor suficiente para estirar el brazo y apagar la llama. El continuo silbido del gas, un sonido del que no había sido consciente hasta entonces, cesaba. El gran tuérdano[45] de porcelana abandonaba su explosiva blancura y se rebajaba hasta el gris. Toda la habitación parecía de repente arrancada del bello presente y arrojada a la Edad de las Tinieblas. La única vela producía unas sombras gigantescas. Los rincones de la habitación, envueltos en la oscuridad, se veían en unas lejanas tinieblas. Sólo quedaba una brizna de vida apiñada en torno a la vela.

La soplaba. Quedaba rodeada de oscuridad. Incluso la Edad Media se desvanecía. Había retrocedido hasta la absoluta negrura de los tiempos prehistóricos. Se hundía entre las almohadas y rezaba para que el sueño llegara pronto. Pero estaba demasiado nerviosa. Tenía que escuchar una docena de ruidos incomprensibles y descubrir el origen de cada uno. Tenía que diseccionar un buen número de sombras indefinidas que crecían hasta adquirir un aire de amenaza y decidir si eran o no reales. Sospechaba de cada nueva sombra que sus ojos forjaban a partir de la oscuridad total y no se tranquilizaba por el hecho de que hubiese errado ya cien veces. Miraba y miraba hasta que la oscuridad de la habitación cobraba vida mediante figuras enigmáticas que no dejaban de dar vueltas: productos de la fatiga visual. Y eso era lo que ella se decía, pero cada nueva forma parecía más real que la anterior. Estaban esperando a que cerrase los ojos para lanzarse sobre ella. No, permanecería despierta toda la noche. No se atrevería a cerrar los ojos para dormir.

Al igual que la oscuridad ponía fin al día, la muerte ponía fin a la vida. En vano dedicó todas sus energías a penetrar en el misterio de la tumba. ¿Cómo era estar muerto? Así: oscuridad. Una profunda oscuridad. Y sombras entre las sombras. Y un miedo inmenso. No, de ningún modo era así. Era como la nada absoluta. Un completo vacío. Y, sin embargo, dentro de esa nada, un algo más horrible de lo que la mente puede imaginar.
Eso era la muerte. Yacer bajo tierra en un ataúd. Su imaginación la había puesto en esa situación en mil ocasiones. En Père-Lachaise, en la parte judía del cementerio, no muy lejos de la entrada, cerca del monumento en memoria de Rachel, la actriz. Allí estaban los terrenos pertenecientes a los Blumenberg y a los Hertzog. Ella recordaba el día en que murió el tío Moisés, el marido de la tía Louise Hertzog. El cortejo había pasado por la calle du Repos. La calle del descanso. La calle del descanso. Curioso nombre, fascinante y terrible al mismo tiempo.

[45] Recogedor de porcelana que se utilizaba para retirar el hollín y las cenizas acumuladas de las chimeneas. (N. del T.)

Ella yacería allí. Su madre y su padre yacerían allí. Quizá ella sería la primera. Podía oír a su padre y a su madre llorar. Oía a su madre que decía:

—¡Tan joven! ¡Y recién casada!

Y su marido, Barral, estaba allí. Le oía jurar venganza.

Al llegar a ese punto decidía que todas sus imaginaciones eran realmente absurdas. ¿Por qué iba él a jurar venganza? ¿Contra quién? Pero su corazón seguía sangrando debido a aquellas truculentas ensoñaciones. Por supuesto que todo era absurdo. ¿Cómo es que se había casado con Barral y la enterraban en la vieja parcela de su propia familia? La tendrían que enterrar con él, desde luego. Como a cualquier otra esposa.

En cierta manera, eso era un alivio. La enterrarían con Barral. Además, así se demostraba que no había nada de cierto en su imaginación. No se trataba de ningún poder profético. Ese cuadro de Barral jurando venganza en el cementerio judío de Père-Lachaise no podía ser verdad.

Entonces pensaba que los padres de Barral, que vivían en el campo, de quienes se sabía que no veían con buenos ojos la relación de su hijo con Sophie, no permitirían que ella, una mujer judía, fuera enterrada en un cementerio cristiano. Y una vez más toda la historia recuperaba su aire de amenaza y descendió sobre su pecho como una pesada losa.

Por la mañana nunca quedaba ni rastro de sus sueños. La luz del día se filtraba a través de las cortinas de la ventana. Estaba en su preciosa cama con sus dorados cupidos. Sobre la cabeza tenía el azur del dosel tachonado de estrellas de oro e iluminado por una luna blanca bordada en seda.

Lejos estaban los locos sueños de cementerios, de Barral jurando venganza, de todas las estúpidas telas de araña con que la oscuridad emponzoña el cerebro. Si se levantaba temprano, antes que su madre, podría disponer de la ayuda de la doncella para vestirse y peinarse. Y pronto llegaría el cartero con la descripción que Barral había hecho de lo adorable que había estado la noche anterior y del amor eterno que sentía por ella. Así eran los sueños del día.

Las noches eran cada vez más horribles. A veces los alemanes acercaban los emplazamientos de su artillería a pocas millas del anillo de las fortificaciones defensivas y bombardeaban el interior de la ciudad. Entonces había que irse a dormir sin luz alguna, o al menos con la mínima iluminación posible, y el sueño se hacía con frecuencia inalcanzable. Las noches invernales eran frías y largas. No gritar de angustia exigía un gran esfuerzo. Pero, después, el día se hacía incluso más placentero. Ella debía obtener una risa de cada segundo, porque de lo contrario no lograría compensar lo que le aguardaba en la noche inevitable.

De esa forma iban transcurriendo sus días, llenos de risas, y sus noches, repletas de angustia. Pero también solía pensar:

—Yo, al menos, tengo la compensación de la riqueza. ¿Qué hacen los pobres?

Ella tenía a Barral. ¿Qué hacían las pobres chicas que no recibían cartas de Barral?

El tiempo que pasaba en la cantina lo pasaba pensando en Barral. El vendría a recogerla.

Lo veía a lo lejos, a pie o a caballo, pero siempre con su brillante uniforme azul de dorados cordones.

Los hombres también lo veían llegar. Se daban disimulados codazos entre ellos y sonreían. Pero allí había un joven, ni muy guapo ni muy feo, cuyo único rasgo notable eran sus grandes ojos

castaños. Todos los días Sophie se daba cuenta de que mientras los demás sonreían él no cambiaba su sombrío gesto.

Una vez, cuando ella se inclinaba para enjuagar un vaso, miró de lleno aquellos ojos tristes. Había algo extrañamente emotivo en ellos. Algo que traía a su mente los pensamientos nocturnos. Ella apartaba la mirada, temerosa de que hubiera visto y leído en sus ojos las ideas que él mismo le había hecho recordar, sus ensoñaciones de terror y de muerte.

Sin embargo, una y otra vez, en la cantina, cuando ella pensaba que él no miraba, dirigía la vista fugazmente hacia aquellos ojos abiertos de par en par y situados bajo unas pobladas cejas. Casi siempre la mirada de él interceptaba con rapidez la suya. Entonces ella desviaba la vista. Pero, un instante después, volvía a mirar. Había algo cautivador en los ojos de aquel joven. Algo que obligaba a mirarlos de un modo tan extraño como lo hacen los abismos. La invitación del vacío, de las grandes alturas: ven, lánzate. Déjate ir. ¿No sabes que es algo más dulce que cualquier cosa que hayas imaginado o experimentado en tu vida? ¿Por qué tienes miedo? ¿Por qué tienes miedo de lo que aún no has conocido? ¡Ven! ¡Ven!

¡Oh! ¡La dulce y opiácea atracción de la muerte!

Ella conocía aquella atracción. Cuántas veces no se habrían agitado esos pensamientos en su mente, de noche, cuando acababa de apagar el candil y de soplar la vela. Durante el día, una vez que había salido de la cantina, rara vez pensaba en aquellos ojos, pero de noche la hechizaban. Se situaban frente a ella en la oscuridad y poseían esa insólita fosforescencia de los ojos de ciertos animales. Aquellos ojos se mezclaban con sus ensoñaciones nocturnas. Eran sus compañeros en la larga y espantosa noche. Aparecían junto a ella en el cementerio judío de Père-Lachaise. Ya no estaba sola por la noche. Aquellos ojos la habían rescatado de sus solitarias pesadillas.

Ella preguntaba a esos ojos: ¿Qué sucede en la tumba? ¿Qué sucede con los cuerpos que se descomponen en la tumba? Y los ojos tenían una respuesta. Los ojos decían: Dondequiera que estés, yo estaré contigo. Noche y día. En la vida y en la muerte.

Por la mañana aquellos pensamientos desaparecían. Recibía la carta de Barral y, mientras planeaba sus visitas y las compras que podría hacer durante la jornada, su alegre risa retumbaba sin cesar. Incluso su padre la oía desde el despacho. Él sonreía y meneaba la cabeza:

—Qué chiquilla tan alegre. ¿Cómo puede alguien estar siempre de tan buen humor? Y sobre todo nuestra Sophie, de quien se podría decir que casi nació de la tumba. Dios la bendiga.

Pero por la tarde, cuando llegaba a la cantina, los ojos de Sophie buscaban de inmediato los del joven. Si él no estaba allí, ella casi se alegraba, pero no del todo. No dejaba de mirar a su alrededor, expectante, deseando verlo entrar. Deseándolo con ese temblor en el que se confunden el miedo y el anhelo. Y mientras sonreía a los hombres como si en su cabeza no hubiera otros pensamientos que el placer, la alegría, la diversión, seguía buscando con la mirada.

Él venía. Siempre venía. Se sentaba solo y con aire taciturno. Taciturno por el aberrante destino que había hecho de él mitad hombre y mitad bestia. En ocasiones se le pasaba por la cabeza consultar a un médico. Pudiera ser que existiese una cura para casos como el suyo. Pero no. Su caso era único.

Además, no tenía sentido pensar en ello. No podía acudir a un médico. No se atrevía. Sus numerosos crímenes le cerraban esa vía para siempre.

Quizá si lo hirieran y lo llevaran a un hospital le sería posible preguntar a algún doctor. Solía detenerse en los quioscos para dar un repaso a las publicaciones médicas, pero lo que hallaba no le servía de mucho. Descubrió que su enfermedad era conocida, es decir, tenía un nombre, pero los analistas la tachaban de fraude o de delirio; y con respecto a su curación nadie ofrecía ninguna propuesta, aunque sí afirmaban que el remedio medieval de quemar al sujeto era de una crueldad poco meritoria.

Él empezaba a pensar que aquel rechazo del fuego era una decisión tan superficial como la que negaba su enfermedad, y que, por el contrario, la hoguera podría no ser una solución tan desatinada. Consideraba seriamente la necesidad de quitarse la vida.

Aquellos pensamientos se habían ido haciendo más frecuentes cuando, por casualidad, entró en la cantina donde trabajaba Sophie. La vio y se enamoró de ella al instante. Desde entonces fue todos los días. Ella representaba todo lo que él no era, Todo lo que jamás podría ser. Ella era el epítome de lo que él había perdido y nunca recobraría: la alegría de vivir.

Entonces él empezó a notar que ella lo observaba. Y un día, cuando los ojos de ambos se encontraron, tuvo la sensación de que entre ellos había un vínculo. Sintió un escalofrío al pensar en el lodazal desde donde se atrevía a contemplar aquella pureza, y se comprometió con firmeza a reformarse. Decidió que, en lo sucesivo, se atiborraría de los alimentos habituales para un ser humano, de tal manera que se redujera su horrendo apetito nocturno. Pero aquella primera noche, a pesar de su hartazgo de comida, se despertó con el cuerpo en tensión, carente de todo deseo de descanso, con la piel sufriendo por sentir la libertad del aire de la noche, con sus miembros anhelando el contacto del suelo, con sus mandíbulas ansiosas por morder y desgarrar. Durante unos momentos luchó consigo mismo por mantener la imagen de ella como prioritaria en su mente.

Su boca abierta jadeaba. Y sintió que la lengua, su lengua, su corta y abultada lengua, comenzaba a aplanarse y a crecer.

—¡Que Dios me ayude! —gritó.

Pero aquella lengua ya se retorcía fuera de su boca, estaba colgando más allá de los dientes. Incapaz de resistir por más tiempo, de un salto se bajó de la cama. Fue hasta un rincón de la habitación, hociqueó bajo una prenda de ropa y sacó a rastras un brazo, un brazo humano. El último de los dos brazos que le había quitado a La belle Normande. Clavó los dientes en él. Sus ojos no cesaban de mirar alrededor con aire de sospecha. De su garganta surgían graves gruñidos. Durante unos momentos se hizo el silencio, luego volvieron los ruidos, el palmeo de la mano muerta y endurecida al caer al suelo, el crujido de un hueso y, de cuando en cuando, el agudo sonido metálico producido por el anillo de uno de los dedos al golpear la madera.

Por fin logró calmar el hambre, pero después no recordaba nada. La mañana lo halló en la cama con la cabeza embotada, el cuello dolorido, la lengua pastosa. Le resultó difícil levantarse, pero en cuanto lo hubo conseguido comenzó la desagradable tarea de limpiar los restos que quedaban en el suelo.

Se vistió y salió para unirse a su regimiento.

Mientras cruzaba el patio, la obesa portera se le acercó corriendo:

—*Monsieur*, *monsieur*. Déjeme su llave, por una vez. Me gustaría hacerle la habitación.

—Aquí está —contestó él con aire misterioso—, pero, en ese caso, me mudaré.

—Ah, *monsieur*... —trató de replicar ella.
—¿Cuántas veces tengo que decirle que no quiero que limpie mi habitación? ¿Por qué cree usted que he instalado mi propia cerradura? ¿Para que usted pueda entrar y molestarme cuando le venga en gana?

—Ah, pero..

—Bien, ¿quiere la llave o no?
—Ah, pero, verá...
—¡Mierda! —exclamó él, y se marchó.
—¡Bah! —musitó ella—. ¡Qué bestia feroz! Cualquiera diría que pretendo espiarlo. Muy bien, si está tan empeñado en cerrar así la puerta, apuesto a que es porque tiene algo que ocultar. — Con aires de indignación y mordiéndose los labios, reanudó su interrumpida labor de fregar la casa.

Una vez finalizado el servicio, Bertrand se dirigió a la cantina y se sentó, triste, lleno de horror hacia sí mismo:

—Has caído lo más bajo que se puede caer. ¿Cómo te atreves siquiera a ponerte a resguardo del mismo techo que ese ser tan puro?
Deseaba con todas sus fuerzas poder transformarse en algún odioso insecto, una araña, por ejemplo, para así poder correr bajo el pie de ella y morir aplastado por su suela.

—No —pensó, ella no me pisaría. Permitiría vivir incluso a un bicho venenoso. Es demasiado buena.

A pesar de todo, consiguió tranquilizarse y, al final, alzó la cabeza. Ella lo estaba mirando, pero apartó la vista rápidamente. Sin embargo, volvió a posar sus ojos en él. Aquellos ojos contemplaban los suyos como magnetizados, y él le devolvía la mirada. Duró una fracción de segundo, pero bien pudieron ser años.

Esa noche se hizo una solemne promesa y, en cuanto llegó a su habitación, envolvió toda la carne y los huesos que le quedaban, les añadió una piedra de gran peso, y con todo ello preparó un compacto paquete que lanzó al fondo del Sena, ingeniándoselas para pasar desapercibido.

—Se acabó —decidió—. Nunca más. Nunca. Lo juro por tus ojos.
Estaba enamorado. Estaba enamorado. Una mujer lo abordó cuando caminaba de vuelta a casa, pero él la rechazó negando violentamente con la cabeza.
—Horrible criatura —murmuró para sus adentros. Aquella clase de vida era historia para él. De pronto se había convertido en un remilgado. Se fue a casa y durmió profundamente. Por la mañana despertó de un sueño sin pesadillas.
—¡Estoy curado! —quería gritar a la luz del sol que en aquella mañana se colaba en su habitación— ¡Estoy curado! Ella me ha curado. Con su ayuda, sólo hacía falta un buen esfuerzo.

Por la tarde, en la cantina, tuvo el impulso de levantarse y darle las gracias, pero no se atrevió. Sin embargo, cogió un trozo de papel y escribió: “Me has rescatado de mis pesadillas. Eres un ángel”. Pero durante dos días llevó consigo el papel a todas partes sin reunir el valor para dárselo. Por fin, una tarde, al ver que ya venía el coche a buscarla, y con él la posibilidad de dejar escapar un día más, pasó andando como una exhalación junto al mostrador y dejó el papel delante de ella. Ella lo cogió y lo ocultó en la manga como si estuviese esperando un mensaje suyo, como si llevase toda la vida guardándose en secreto sus mensajes.
Antes de irse acompañada de Barral, tuvo ocasión de echar un vistazo a la nota: “Me has rescatado de mis pesadillas”. Aquello tuvo un efecto eléctrico sobre ella. ¿Cómo lo sabía él? ¿Cómo conocía sus sueños?

No estaba de humor para las bromas de Barral. Pero disimulaba. Para ella era completamente natural estar siempre sonriendo y riéndose. Era capaz de hacerlo a pesar de que su corazón no dejaba de temblar.
—Sophie —le reprochó su tía Louise, moviendo la cabeza—, ¿es que nunca puedes estar seria?

Sophie dejó de reírse. De repente se le ocurrió que su tía y ella estaban dándole vueltas a la misma idea. Ella, al igual que la tía Louise, había estado pensando: “¿Es eso todo lo que tienes que ofrecer, Barral? ¿Chistes y respuestas ingeniosas y diversiones tontas? ¿En qué piensas por la noche?”.
Ella sabía qué respuesta daría él a esa pregunta: “Pienso en ti durante toda la noche y, cuando Dios me lo concede, también sueño contigo ya dormido”.
Unas frases bonitas, nada más. Un buen hombre ese Barral, pero vacío y estúpido. Y ella estaba segura de que le daría esa respuesta, aunque nunca le había ofrecido la oportunidad de expresarla por sí mismo.

Durante varias semanas, Sophie y Bertrand se limitaron a intercambiar notas. Pero aquellas declaraciones de sueños y amor compartidos no tardaron en ser insuficientes. Ella ansiaba una mayor intimidad.

Por las noches, en casa con Barral, y generalmente bajo la vigilante mirada de la tía Louise, Sophie estaba a punto de bostezar.

—Si Barral se marchase —pensaba—, yo podría al menos irme a la cama y estar con los ojos de mi Bertrand.

Ya no tenía miedo de la oscuridad, ya no tenía miedo de la muerte desde que se sabía acompañada en su destino.

La tía Louise, en una ocasión, los dejó solos un minuto. Y Sophie cortó su intrascendente parloteo sin darse cuenta. Pensaba: “Pobre Barral, pronto te abandonaré”.

Y con un impulso de súbita compasión puso su mano sobre la de él. Asustado por aquella abierta demostración de cariño, una señal más intensa que cualquier otra de las que ella le había dedicado, apretó su mano con los dedos, debilitado de tal modo por el amor que ninguna palabra logró salir de su boca. Con un asombro y un deleite tan intensos que incluso dolía observarlos, él miró sus ojos llenos de lágrimas y oyó que ella decía:

—Pobre Barral.

La tía Louise entró e insinuó que se había hecho tarde. Él la llevó a casa con la sensación de que iba flotando por las nubes y, una vez en su propio apartamento, se olvidó de quitarse la capa en su afán por sentarse para escribir a Sophie. Rellenó más páginas que nunca. Describió sus emociones una docena de veces, le juró su amor en cada párrafo y, al salir para poner la carta en el correo, eran las tres de la mañana, pero no tenía ninguna intención de dormir aquella noche.

Sophie se llevó la carta a su habitación por la mañana y se sentó, dispuesta a leerla. Pero sus pensamientos la arrastraban hacia Bertrand. Se preguntaba por la mejor manera de organizar un encuentro con él. Se hacía tarde y le quedaba poco tiempo para acudir a una cita estúpida que se arrepentía de haber concertado, aunque no se podía negar que citas como aquélla eran la coartada perfecta para mantener a la gente al margen de su secreto.

Pero antes de salir de casa debía escribir una nota para Bertrand. ¿Por qué no le decía que quería ir a su casa? Sí, eso es lo que tenía que hacer. En poco tiempo, cualquier día podría suceder, llegaría el final del asedio y con él el de las cantinas y el de una buena parte de su libertad. Escribió la nota y se dispuso a salir a toda velocidad. Entonces se acordó de la carta de Barral, que aún no había leído.

—¡Bah! —exclamó—, en otro momento.

Y la arrojó sin abrir a uno de los cajones de su escritorio.

Aquella noche, Bertrand apenas fue capaz de reprimir un grito de júbilo. Ella iba a su casa. Ella, sí, ella. Iba a entrar en su habitación. No podía dedicarle más de media hora, pero llegaría puntual y podrían estar juntos a solas.

Los terrores nocturnos desaparecieron. Ahora estaba seguro de que dormiría sin sobresaltos y de que, en caso de soñar, soñaría con ella. Por la mañana, cuando salía de casa, recordó algo:

—¡Mme. Labouvaye! —gritó por un oscuro agujero.

—*Oui*, *monsieur*! *Oui*, *monsieur*! —respondió la portera, y llegó corriendo, con su voluminoso pecho balanceándose al ritmo que imponían sus zancadas.

—Aquí tiene la llave —le ofreció él—. Por favor, déjelo todo bien limpio.

Ella estaba tan sorprendida que no podía ni hablar. Él sonrió, haciendo un gran esfuerzo. Era capaz de sonreír de nuevo, ahora que volvía a pertenecer a la especie humana.

—Espero la visita de una persona.

Ella comprendió y se echó a reír con él.

—Ah, *monsieur*—señaló, alargando las palabras.

Luego, riendo entre dientes, añadió:

—Lo limpiaré. Voy a fregarle la habitación de tal modo que podrá comer en el suelo.

Él sintió un escalofrío, pero logró contenerse y, dedicándole una sonrisa como despedida, se fue. La mujer, en el aire helado de aquel día invernal. no dejaba de mirarlo mientras se alejaba.

—Mmm... ¿Eso es todo lo que deseaba para mostrarse más humana? Los jóvenes se toman esas cosas demasiado en serio. Aunque, después de todo. ¿acaso hay algo mejor en la vida?

Sophie llegó a la hora convenida. Se encontraron en una esquina de la calle y él la guio hacia su cuarto a través del laberinto de patios y oscuros pasillos

—La próxima vez me acordaré —aseguró ella, y le sonrió.

Una vez en el interior, ella comprobó la fealdad de la habitación. La ventana, desde la que no se veía el cielo, sino los muros de al lado. Las sillas duras e incómodas. Se sentaron juntos en la cama y se cogieron las manos. Y se quedaron. en silencio, invadidos por veloces pensamientos y emociones, pero se sentían violentos. ¿Qué debían hacer, ahora que estaban juntos? No hacían nada, sólo estar sentados y mirarse el uno al otro. Por fin, con la voz enronquecida por el peso del amor, él se disculpó por lo modesto de su cuarto. Y ella, con un tono cálido y palpitante, hizo algún comentario igualmente banal.

Quizá ya llevaban así unos veinte minutos o más, sentados e intercambiando frases de escasa inspiración, cuando a ella empezó a rondarle por la cabeza una extraña idea. ¿Qué hacía en aquel cuarto? ¿Quién era aquel joven cuya mano sujetaba ella con fuerza, como si la vida le fuera en ello? ¿Por qué...?

Un extraño terror se apoderó de ella, un terror similar al que, justo antes de despertar de una pesadilla, nos hace gritar con toda el alma: “¡No puede ser verdad!”, aunque en el fondo tememos que sí lo sea.

De repente, soltó la mano y se levantó.

—¿No te irás ya? —exclamó él.

—Debo hacerlo —aseguró ella.

—No te vayas —imploró él.

Ella recorrió rápidamente la habitación con la mirada, como si imaginase que se hallaba atrapada en una jaula. Y, de hecho, se sentía atrapada. ¡Tenía que salir de allí! Ella misma se había introducido en una pesadilla de verdad. ¡Se había enterrado viva! Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero él cogió su mano otra vez y la sujetó.

—¡Deja que me vaya! —exclamó ella, aunque no le salió más que un susurro.

Él quería permitir que se fuera, pero sus dedos no se aflojaban. La acercó a su cuerpo lentamente. Ella se tapaba la cara con la mano, como para protegerse de él. Sus ojos estaban abiertos de par en par en un gesto de terror.

—¡No me hagas daño! —le suplicó—. ¡Oh, por favor! ¡No me hagas daño!

En ese instante, de forma súbita, él la soltó.

—No te iba a hacer daño —explicó él, con un tono de aflicción en la voz.

Luego desvió la mirada y señaló:

—Puedes marcharte, si lo deseas. ¿Quieres que te acompañe hasta la calle? El terror que ella había sentido se desvaneció. ¿De qué había tenido miedo? Por el contrario, ahora estaba arrepentida. Con un repentino impulso, abrazó a Bertrand.

Los brazos de él no se movieron. Ahora le tocaba a él estar asustado. Era consciente de que, al menos durante unos segundos, había perdido el control de sí mismo. No se atrevía a estrecharla entre sus brazos. Lo mejor sería no volver a verla. Lo mejor sería matarse cuanto antes.

—Bertrand —le rogó ella en voz baja.

Él no respondía.

—Bertrand —gritó desesperada—, ¿no me amas?

Él lanzó un suspiro.

—Te quiero tanto que sería mejor...

—Entonces, abrázame ahora mismo —interrumpió ella. El obedeció.

—Más fuerte —le pidió ella.

Él volvió a obedecer.

—Más fuerte todavía —susurró ella. Sintió fluir tanta dicha a través de su cuerpo al notar aquellos brazos alrededor, al notar el cuerpo de él tan cerca del suyo, que la cabeza le daba vueltas y su respiración se iba haciendo más intensa. Su cuerpo se puso en tensión y, después, pareció disolverse y hacerse líquido. A punto de disolverse, pero no del todo. Si la abrazase con más fuerza... Si la estrujase... ¡Ojalá la partiera en dos! ¡Ojalá la mutilara!

—Abrázame, abrázame más fuerte —imploraba entre jadeos. Y seguía al borde de la disolución, pero sin poder disolverse. Desesperada, gritó:

—¡Hazme daño, Bertrand! ¡Hazme daño!

Entonces ella sintió la presión de sus brazos alrededor, dominada por los instintos más primarios. Y en aquel círculo de dolor, experimentó una extraña exultación, como si hubiesen liberado un pájaro en su interior y éste le llenase los oídos de un canto salvaje. Y fue como si todo su cuerpo se disolviese por fin. Respiró profundamente. Los dos seguían de pie junto a la cama.

—Me haces daño —aseguró ella, finalmente,

Él la soltó al instante. Ella lo miró. Primero miró uno de sus ojos, luego el otro. Buscaba una explicación para el placer que acababa de vivir. No vio nada, sólo unos grandes e insólitos ojos castaños bajo unas pobladas cejas, todo ello fuera de lugar en un rostro tan juvenil.

Ella le estaba agradecida. Deseaba demostrarle su gratitud. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? Estaban sentados en la cama una vez más, cogidos de la mano.

—¡Qué uñas tan grandes! —exclamó ella.

—No las mires —pidió él—, son feas.

—No digas eso —objetó ella—. No son feas. Son muy bonitas, y muy brillantes. Pero, ¿por qué son tan grandes?

—Porque... —comenzó a decir él, pero cambió de idea—. Porque tengo..., tengo una enfermedad.

—¿Una enfermedad?

—¿Qué clase de enfermedad?

Él estuvo a punto de lanzarse a los pies de ella y contarle todo. Pero se contuvo y buscó una forma de cambiar el curso de la conversación—. Se llama onicogriposis[46] —aseguró.

—Onico... ¿qué? —preguntó ella.

—Onicogriposis —repitió él.

La risa de Sophie tintineó en toda la habitación.

—Vas a tener que escribírmelo.

—Mejor fijémonos en tus uñas —sugirió él—. Como joyas refinadas. Se las llevó a la boca y las besó. Sintió la tentación de mordisquearle las puntas de los dedos, y lo hizo, aunque con gran delicadeza.

Y aun así le hizo daño. Ella hubiera querido quejarse y retirar los dedos, pero no los movió. ¿No era así como podía demostrarle su gratitud? Le insistió:

—¿Te gusta eso?

Se sintió como aquella ocasión en que, siendo un niño pequeño, le confesó a su madre que sentía un dolor en la entrepierna y ella había querido verlo.

Él se sobrepuso a su timidez y respondió:

—Sí, me gusta.

Pero, en ese instante, el deseo desapareció.

—En otro momento —señaló él.

—La próxima vez —especificó ella—. Mañana.

Ella se levantó.

—¡Oh! ¡qué tarde es ya! No podré ir a la cantina.

La breve tarde invernal se había diluido en un crepúsculo frío y gris. Salieron rápidamente a la calle para buscar un taxi.

En su casa la estaba esperando Barral. La tía Louise también se encontraba allí y guardaba un silencio de profunda indignación. Su madre comenzó a regañarla en cuanto entró. Barral, sin embargo, sentía tal alivio que sólo pudo decir:

—Gracias a Dios que estás bien. Gracias a Dios.

—¿Dónde has estado? —preguntó su madre—. Nos tenías a todos en ascuas; toda la casa está alborotada por tu culpa.

—Dando un paseo —respondió ella, de forma despreocupada, y se fue a su habitación.

Después de cenar, se sentó a solas con Barral.

—Me tenías muy preocupado —confesó él—. Pensé que te había alcanzado una bomba alemana y ya estaba decidido a infligir una sangrienta venganza a esos bárbaros. Ella sonrió.

—Mi buen Barral.

Y por segunda vez en su largo noviazgo, ella puso su mano sobre la de él. Conmovido hasta lo más profundo de su ser, él la cogió con fuerza y habló en un tono a la vez trémulo y grave:

[46] Hipertrofia de las uñas de manos o pies con incurvación. (N. del T.)

—Querida, ¿qué pensaste de mi carta? ¿Crees que he ido demasiado lejos?

—¡Claro que no! —respondió ella, dubitativa. Él le dio un sentido erróneo a aquella muestra de rubor—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Entonces, ¿debo atreverme? ¿Debo? —gritó él.

—Pero, ¿qué, Barral? —exclamó ella.

—¿Estás dispuesta...? Quiero decir que si me permites... ¿Me permites besarte?

Ella sonrió de nuevo. Se sentía inmensamente superior a él.

—Claro que te lo permito —declaró ella con dulzura. Él tomó su cabeza entre las manos y la miró a la cara.

—Mi querida Sophie —musitó, con voz entrecortada. Ella sentía interés por ver qué sucedería. Aquel beso fue el más casto que recibirían aquellos dulces labios, cuya virginal pureza él temía arruinar. No pasó nada. No hubo ningún pájaro cantando de forma ensordecedora en sus oídos. Su cuerpo no se puso tenso ni amenazó con disolverse. Nada. A ella aquel beso le hizo recordar la leche diluida en agua dulce y templada que su niñera solía darle por la noche.

Él se fue a casa y le escribió la carta más apasionada jamás surgida de su pluma. Puso en ella todo su corazón. Le pidió perdón mil veces, le confesó hasta una docena de deslices que hacían a sus labios indignos de tocar la pureza de la boca de Sophie. ¿Estaría dispuesta a pasarlo por alto? ¿Podría perdonarle por haber mantenido oculto tan miserable pasado? Juró por lo más sagrado que, desde que sus ojos se fijaron en ella, hacía ya dos años, su conducta había sido intachable como la de un recién nacido, y así sería siempre. Ella tiró la carta sin abrir al cajón de su escritorio. Debido a que la dicha de Sophie con su nuevo amor era cada vez mayor, y a que en cada ocasión que iba al cuarto de Bertrand su cuerpo experimentaba una sensación diferente y exultante, dejó de importarle que la gente lo supiera. Es más, quería hacer ostentación de su amor delante de los demás.

—¡Mirad! —deseaba gritar—. Mirad lo que me sucede cuando mi amante me estrecha entre sus brazos.

A veces pensaba que nada le gustaría más que invitar a todo el mundo al cuarto de Bertrand, desnudarse delante de ellos y preguntar:

—¿Creéis que soy bella? Entonces, mirad, porque toda esta belleza se la entrego a él. Observad cómo me abraza y me besa, cómo acaricia hasta el último rincón de mi cuerpo. ¿Puede haber en el mundo alguien que tenga un amante así?

Los hombres de la cantina no tardaron mucho en descubrir su secreto. Entre ellos se decían:

—Esa chica estaba a punto. No entiendo por qué se la hemos dejado a ese mocoso, Bertrand. Cualquiera de nosotros hubiera podido ocupar el lugar de ese presumido de uniforme azul, ese Barral de Montfort.

Se iban envalentonando y hacían comentarios que iban más allá de las simples insinuaciones. Ella seguía riendo y eso los alentaba. Era una buena chica, esa Sophie de Blumenberg, aunque su padre fuese millonario.

—Es como nosotros —concluían, intercambiando sonrisas de complicidad. El espíritu conciliador y la jovialidad se adueñaban de la cantina cuando ella estaba allí.

Barral, por el contrario, tardó en comprender lo que, ciertamente, no deseaba comprender. Por supuesto, se daba cuenta de que últimamente los ojos de Sophie brillaban de alegría para enseguida cubrirse de sombras, como si estuviesen bajo los efectos de la fiebre. Notaba que nunca antes había poseído una belleza tan cautivadora. No le pasaba desapercibido que había engordado, que estaba más rellena. Pero él lo atribuía a la natural madurez física que había alcanzado. Y, cuando lo comprendió, ya era demasiado tarde para hacer nada. El asedio había terminado, se declaró el armisticio, Francia debía entregar Alsacia y Lorena y pagar una indemnización de billones. Y después llegó la revolución y la proclamación de la Comuna de París; y Barral se había comprometido a llevar a cabo una tarea delicada: se convirtió en espía, de modo que, en lo sucesivo, le estaría vedada cualquier acción violenta en lo que se refería a sus asuntos personales.

CAPÍTULO TRECE

Si se tiene en cuenta la época en la que escribe, la de los cataclismos que asolaban París en su punto álgido, y cuando la gente casi no pensaba en otra cosa, no se puede decir que Galliez hiciera un gran esfuerzo por dar noticia de los históricos sucesos del momento. Yo me he tomado la molestia de subsanar esa omisión, ya que, en nuestros días, aquellos hechos han quedado en el olvido. Además, creo que las características de la época ejercieron una gran influencia en este asunto. Galliez también piensa así, porque, de vez en cuando, insinúa que el ambiente de aquel tiempo jugó un papel nada desdeñable en el transcurrir de estos extraños acontecimientos. De todos modos, en algunas ocasiones se inclina hacia la postura contraria, es decir, sugiere que aquellos tiempos fueron una enfermedad contagiosa expandida por Bertrand y por otros como él.

Escribe: "Ahora veo un posible significado en el hecho de que mi tía, Mme. Didier, en su testamento, expresara el deseo de que yo me hiciera sacerdote. ¿Fue el germen de las creencias religiosas, que ella sembró de esa manera, el que me protegió de Bertrand? No lo sé. Pero algo está claro: pocos son los que han tenido contacto con él sin sufrir.

» Muchas veces me he preguntado si unos cuantos monstruos como él no podrían, en progresión geométrica, infectar naciones enteras en el plazo de pocos días. Como esa imagen del Cólera que camina y acecha en la novela de Eugène Sue. Sí, eso explicaría muchos puntos que son inexplicables en esta historia".

Sin duda hubiera sido así, y parecía claro que París estaba infectado, aunque la causa es más fácil de hallar entre los horrores de la guerra que en los hombres lobo. El durísimo invierno, las multitudes hambrientas, los niños pequeños que morían como moscas, las bombas que estallaban por todas partes, constituían una experiencia que podía minar las fuerzas de los más resistentes. La ciudad estaba repleta de odio y de sospecha. Cualquier persona de nombre o rasgos demasiado germánicos estaba expuesta a sufrir por algo de lo que poca culpa tenía. En toda casa extraña había espías. Los pobres que se refugiaban en las alcantarillas, para evitar el frío de las noches invernales, a veces veían cómo los despertaban de malos modos, habiéndose convertido en claros sospechosos de colocar bombas para hacer saltar la ciudad por los aires.

Una anciana, a punto de cometer una inmoralidad que se diría impropia de sus años, colgó la falda hecha trizas delante de la ventana para atenuar la luz de su vela y así no ponerse en evidencia. Pero la insólita configuración de la luz, vista desde el exterior, congregó en la calle a una muchedumbre, que creyó ver un código secreto en aquella combinación de puntos y rayas a través de la tela rota: una señal para facilitar la entrada de los prusianos en París. En lugar de mantener en secreto su vergüenza, la pobre mujer se encontró con la habitación invadida y con que su pecado se había convertido en el hazmerreír de la calle.

Una oscura noche, durante los bombardeos, una distante luz en el Este, obviamente algún dispositivo luminoso de señales que estaba colgado sobre una estructura elevada, hizo que la multitud se echase a las calles de París para ir a hacia aquel lugar. No sirvió de nada que un astrónomo aficionado intentase convencer a la gente de que iba en busca de un planeta del sistema solar, cuyo lejano interés en los asuntos mundanos se limitaba a la ley de la gravedad.

Una vez, a raíz del informe de un patriótico aprendiz de espía, una brigada entró en la casa de apartamentos del número 3 de la Place du Théâtre Française, provista de órdenes de busca y captura. Era un asunto de enorme gravedad. Se decía que, en ciertas ocasiones, se veía ondear una bandera blanca y negra desde el cuarto piso. La brigada regresó con el rabo entre las piernas. La bandera blanquinegra resultó ser, en realidad, blanca y azul, y colgaba de la ventana del consulado de Honduras.
Sin embargo, aunque en algunos casos las sospechas terminaban en risas, lo más habitual es que acabasen con algún cadáver.
Pero todo ha de tener un fin. Louis Adolphe Thiers se convirtió en jefe del ejecutivo, se firmó el armisticio, se ratificó el tratado de paz, y los alemanes realizaron su breve marcha triunfal por París. Por fin había finalizado el largo asedio. El corazón de París bullía. Los especuladores, que habían mantenido almacenadas durante demasiado tiempo sus partidas de alimentos, se vieron sorprendidos por el levantamiento del sitio y se apresuraron a poner los productos en el mercado, saturando los puestos de venta. Los precios se desplomaron. En el aire había un aroma de primavera, La vida era una delicia.

Pero la sombra del odio y la sospecha no desapareció. La multitud arrasaba las tiendas y los cafés que habían seguido abiertos para comerciar con los alemanes. Se corrió el rumor de que el gobierno había entregado la ciudad. Los hombres de la Guardia Nacional, cerca de cuatrocientos mil, se quejaban de que la traición les había impedido desarrollar su cometido de forma apropiada. Y no querían ser desmovilizados. La desmovilización significaba el hambre.

Sin embargo, el nuevo gobierno puso de manifiesto su estupidez reaccionaria. Se iba a suspender la moratoria para la deuda que había salvado a los pobres durante la guerra. Y es que, ahora que el enemigo nacional ya no era una amenaza, había llegado el momento de que los más humildes volvieran a apretarse el cinturón, y de romper el hechizo transitorio que les hizo creer que la esclavitud económica francesa era preferible a la alemana.

A pesar de todo, la idea popular de que los políticos de Thiers habían entregado el país a Prusia era errónea. Era rotundamente incierta. Un auténtico político, y ellos lo eran, jamás entrega su país a un extraño. Se lo entrega a sí mismo. Él es el enemigo, y está dentro.

Bismarck había ofrecido desarmar a la Guardia Nacional mediante la oferta de una barra de pan por cada rifle. Su oferta fue rechazada por Favre, que más tarde se arrepintió. Y se arrepintió porque la Guardia Nacional se negaba a disolverse, rehusaba comenzar una vez más la dura tarea de buscar un puesto de trabajo de reducida paga, muchas horas y ningún futuro. Se manifestaron delante del Hôtel de Ville. Levantaron barricadas. Abatieron a tiros a un par de generales. El gobierno de Thiers huyó a Versalles, allí reagrupó sus fuerzas y después regresó para someter a la ciudad a su segundo asedio. En París se proclamó la Comuna. No era lo que la gente buscaba. Pero la gente siempre es así. Como un hombre honrado que levanta un hacha para matar una serpiente y, en vez de lograrlo, se hace un profundo tajo en su propia espinilla. Esa imagen se puede encontrar prácticamente en todas las páginas de la historia.

Los rusos declararon el 18 de marzo fiesta nacional: el día en que se proclamó la Comuna. Pero lo que adoraban era una leyenda, aunque es cierto que la Comuna fue un error del que aprendería mucho una nueva generación de revolucionarios. Sí, la Comuna fue un gobierno del proletariado, pero también lo es un campamento de vagabundos. La Comuna nunca pasó de ser un rechinar de dientes por parte de hombres furiosos a causa de su impotencia y su fracaso. Entre aquellos hombres había muchos amantes de la Humanidad, muchos viejos luchadores, hombres que habían pasado buena parte de su vida en prisión por sus opiniones políticas, hombres que fueron allí a su martirio, pero también había muchos incompetentes, oportunistas, codiciosos, y más traidores de los que ningun gobierno ha tenido nunca trabajando en su contra.

Aymar, como la mayoría de los viejos republicanos, sobre todo los que habían participado en la revolución de 1848, recibió ofertas para formar parte del gobierno de la Comuna. Las rechazó en varias ocasiones, pero finalmente aceptó un cargo menor que le suponía pocas responsabilidades y ningún sueldo; estaría a las órdenes de Courbet, el pintor, que había sido nombrado por la República Director de Bellas Artes, y que como tal continuaría durante la Comuna. Aymar estaba encantado de renovar una amistad que se remontaba a los días de Balzac en la *brásserie* de la calle Hautefeuille.

Sin embargo, se había producido una fractura entre él y la mayor parte de sus viejos socios. Ya no iban todos a una en el tema de la religión. Él defendía con tanta intensidad como antes el alejamiento del clero de la política, de la educación y de la industria, pero había dejado de considerar la frase “La religión no es más que una superstición” como un argumento de peso.

Aunque, acerca de aquella materia, mantenía la boca cerrada. Hablar podía conllevar complicaciones, como Aymar pudo comprobar en más de una oportunidad. Por ejemplo, durante el caso Picpus.

Un día, poco después de la insurrección, Aymar acompañó a Courbet al magnífico hotel de la Place Saint-Georges, en el que vivía el barón de Blumenberg. Hallaron el palacio casi vacío de su famosa colección de obras de arte. Gracias a su fama, y a pesar de la indudable zafiedad de su porte, Courbet logró ser recibido por el barón, quien se disculpó por el aspecto de la casa. Les contó que se iban de veraneo al campo. Aquel hombre bajo y fornido, y de carácter jovial, se sacó la pipa de la boca y soltó una risotada. Observó que muchos consideraban conveniente tomarse con antelación las vacaciones de verano. Aún era posible salir de París, y mucha gente, consciente de lo que se avecinaba, iba en busca de refugio antes de que estallase la tormenta.

Courbet realizó la visita en virtud de su cargo como Presidente de la Sociedad de Artistas, y también como Director de Bellas Artes. Le preocupaba la integridad de las obras de arte frente a la furia de la muchedumbre, tanto en la cercana casa de Adolphe Thiers como en las viviendas de otros famosos coleccionistas. En lo más profundo de su mente se hallaba la idea de que todas las colecciones de arte debían quedar bajo la custodia del Estado. En particular, deseaba ampliar la colección del Louvre.

Fue en aquella ocasión cuando a Aymar Galliez le presentaron a cierta Mlle. Sophie de Blumenberg, una deslumbrante belleza de unos diecisiete años a la que veía por primera vez.

En su informe, Aymar Galliez hace de esta visita una mención demasiado breve en relación con su importancia ulterior. Por lo tanto, sería bueno que el lector se detuviera aquí un momento en compañía del autor y echase un vistazo más detallado a la familia Blumenberg.

El barón de Blumenberg era uno de los ciudadanos más prominentes de París. Su condición de mecenas artístico, sus obras de beneficencia, su espléndida hospitalidad, eran el hermoso barniz que ocultaba los nefandos medios con que había acumulado sus millones. Su generosa mano derecha se extendía con un gesto tan amigable hacia el pueblo de París, ricos y pobres por igual, que las acciones de su mano izquierda pasaban desapercibidas.
Lo cierto es que los panfletistas lo descubrieron. Lo convirtieron en objetivo de su agudeza ingenua, aunque no exenta de mordacidad. Exageraban su barriga, algo que le ponía furioso. Se dice que hasta el propio Courbet se dejó sobornar para tratar con indulgencia aquella panza en un retrato de encargo[47]. El barón se sentía muy complacido al ver que artistas de alto nivel lo representaban con la apariencia que a él le gustaría tener. Así de infantil era en cuanto a sus emociones. Ahora bien, en lo que se refería a pergeñar un astuto plan de negocios, a elaborar un contrato con una cláusula de apariencia inofensiva que, bien enterrada en el texto, le reportase un millón más con que engrosar su fortuna personal, para eso no había en París una cabeza mejor.

La Revolución de Septiembre y la caída del Imperio no habían afectado a su situación. Se volvió republicano con gracilidad y elegancia. Un movimiento que no conllevaba mayor dificultad que la que tiene una vaca para cambiar de pasto. Seguía siendo el barón de Blumenberg. Continuaba en posesión de su dinero y de su poder. Ni siquiera la Comuna supuso un gran problema para él. Conocedor de las malas finanzas de los revolucionarios, no tardó en donar un millón en efectivo, y, a cambio, podía hacer lo que le viniera en gana. Rara vez la Comuna se atrevía a expresar sus opiniones de modo categórico. En realidad, el día de su caída, las opiniones de la Comuna no habían dejado de ser objeto de discusión.

El día de la visita de Courbet, el barón trataba de ponerse a salvo. En la casa había un gran tumulto. Se estaban empaquetando o enrollando un centenar de bronces y de alfombras y tapices, un millar de prendas de ropa y tejidos de encaje doblados se introducían en baúles. Abajo, a través de la puerta de entrada, había un incesante fluir de jarrones, pinturas, sillas, etc., que, protegidos con fundas, iban a parar a grandes carruajes de transporte. El conductor hacía sonar el látigo y las obras de arte partían a toda velocidad rumbo a sus vacaciones.

Mme. de Blumenberg corría de una habitación a otra, reunía sus preciosas baratijas, supervisaba el embalaje de sus pieles, de sus abanicos, de sus plumas de avestruz. Llevaba bajo el brazo un espléndido bolso repleto de joyas. Se trataba de una mujer muy pequeña, delgada, vivaz, cuyos brillantes ojos y súbitos movimientos le daban, en general, un aire muy similar al de un pájaro. Pasaba sin cesar de un lugar a otro, subía y bajaba las escaleras a saltos, y desde la buhardilla hasta el sótano no se le escapaba ni una miga de pan. Ni uno solo de sus empleados había logrado jamás sisarle un minuto de tiempo o un céntimo de su propiedad. Ella solía asegurar que, si el gobierno de Francia cayese en sus manos, el país funcionaría con la mitad del presupuesto. Pocos lo

[47] Se cuentan muchas historias similares acerca de la disposición de Courbet a prostituir su famoso Realismo por dinero. Por ejemplo: que un conocido musulmán lo contrató para hacer un cuadro -realista de una mujer en pleno acto amoroso. En esa pintura, de la que se asegura que aún existe, todos los detalles intrascendentes como la cabeza, los miembros, las caderas, los pechos, etc., fueron omitidos al no tener una función directa en el tema central.

dudaban. Lo que no se le pasaba por la cabeza era que, como responsable de las finanzas francesas, su política de austeridad económica hubiera convertido a su marido en un mendigo.

—Odio tener que dejar esto aquí —se lamentaba él a última hora del día, cuando Courbet y su ayudante ya se habían ido con ciertos valiosos regalos para el Louvre, y la casa estaba casi vacía de todo su contenido—, pero supongo que no nos lo podemos llevar todo. Contemplaba con tristeza el enorme piano Érard, de palisandro con incrustaciones de marfil.

—Edmond, querido —exclamó su esposa, exasperada—, ¿no tienes nada mejor que hacer? Por supuesto que no podemos llevarnos eso. Nadie más puede... A ver, vosotros dos —se volvió hacia dos hombres con traje de faena—, esto también hay que sacarlo, y eso. ¡Rápido! No tenemos todo el día.

—¿Recuerdas cuándo te lo regalé? —preguntó el barón, suspirando. Levantó la tapa, cuya superficie interior dejaba ver un barco, naufragando en medio de una violenta tormenta, hecho en marfil y diversas maderas naturales, y rodeado por una hilera de hojas en la que retozaban apasionadas sirenas. El volvió a suspirar y tocó una tecla. En el vacío de la habitación, emitió una nota quejumbrosa que quedó suspendida y vibrando en el aire.

—¡Edmond! —le reprendió ella. Él la tomó del brazo y la acercó hasta el piano.

—¿Lo recuerdas? —preguntó él.

—Por supuesto, por supuesto —respondió ella, molesta.

—Aquel maravilloso, terrible naufragio.

Una vez más, él lanzó un suspiro.

—Qué romántico eres —se burló ella, y trató de zafarse de él.

—No —suplicó él—, no te vayas... Después de todo, fue el único momento de mi vida en que te entregaste a mí por completo.

Su voz sonaba rota por la emoción.

—Mejor me lo recuerdas en otro momento.

Pero él le había pasado el brazo por la cintura y seguía reteniéndola.

—Yo siempre lo recordaré.

—¿Y cómo puedes hacerlo, entre tantas otras? —le tomaba el pelo ella.

—Sabes que ellas no significan nada para mí. Sólo han sido la distracción de un hombre muy ocupado. Tú has sido mi único amor. A menudo me pregunto cómo habrían sido las cosas si tú hubieras correspondido a todo mi cariño.

—¿No me he ocupado de tu casa? Y, en cuanto a mujeres con las que acostarse, puedes tener las que quieras por un par de francos. Chicas experimentadas incluso..., en lo suyo.

—La única vez —musitó casi para sus adentros, y pasó la mano por encima de la escena del naufragio—. Todos pensamos que estábamos condenados. La terrible tormenta, el aparejo arrancado, el casco con vías de agua por todas partes, el capitán y la tripulación desesperados. Y nosotros también, convencidos de que íbamos a morir en aquel viaje que tenía que ser nuestra luna de miel. Durante los primeros días, pensaba que tu rechazo no era más que recato femenino; más tarde lo comprendería... Pero, con la muerte al acecho, tuviste el gesto de entregarte a mí,

porque se trataba de mi última voluntad. ¡Ah! Todos estos años de frialdad no borrarán aquel abrazo.

—Por lo que a mí respecta —aseguró ella, con tono cortante—, no ha dejado de pesarme... Venga, ¿ya has acabado con tus recuerdos?

—¿Cómo puede pesarte —preguntó él— sabiendo que de allí salió Sophie? Nunca dejará de maravillarme que la vida, y la alegría de vivir que tiene Sophie, puedan surgir del abrazo de dos seres que se sabían a punto de morir.

—No piensas más que en Sophie —le reprochó ella—. Pero, como te conviene, te olvidas de todo el daño que me hiciste. Y te olvidas de todos esos meses en los que una ve que su cuerpo se hincha y sabe que está cerca el día en que se tenga que partir en dos. *Eso* es de lo que *tú* deberías haberte llevado tu parte, ya que tuyo fue todo el placer. Lo único que yo tuve fue el dolor.

—Y pensar —continuó el barón— que de tan terrible experiencia tuvo que salir nuestra alegre Sophie, arrancada de la misma tumba, por así decirlo, y jovial y despreocupada como un pajarillo, sin un solo momento oscuro, sin siquiera un pensamiento sobre la muerte,

—En lugar de estar hablando de Sophie —señaló la baronesa—, deberías tener una conversación con ella.

—¿Qué problema hay ahora? —se lamentó él, y, de mala gana, bajó la tapa del piano con la escena del hundimiento del barco, que conmemoraba los instantes más emotivos de su vida, cuando la muerte se transformó, milagrosamente, en vida.

—Otro de sus caprichos. ¡Quiere quedarse en París!

—¿Quiere quedarse en París? ¡Qué ridiculez! ¿Dónde se quedaría?

—Con la tía Louise.

—¡Qué tontería!

—Bueno, a ver si eres capaz de convencerla. Yo he agotado todas mis armas.

El barón cruzó los grandes salones vacíos hasta llegar a la habitación de su hija. Estaba sentada en un desnudo escaño, junto a la ventana. Al oír entrar a su padre, alzó la vista con una sonrisa.

"Cálida y radiante criatura", se decía él mientras entraba. "Afortunado el hombre que se la lleve por esposa. ¡Cómo lo amará! Afortunado Barral..."

El barón se sintió conmovido por una extraña emoción que no eran celos, ya que no producía dolor, pero estaba relacionada con ellos.

—¿Has tenido otra discusión con tu madre? —preguntó él.

—De eso nada. ¿Acerca de qué?

—Me acaba de decir que no quieres venir con nosotros. Bueno, me alegro de que esté todo claro.

Sin duda se sentía alegre, porque quería tanto a su mujer y a su hija que el mínimo malentendido entre ellas era suficiente para arruinarle el día.

—Desde luego que está claro —afirmó ella, despreocupada—. No me voy. Me quedo con la tía Louise.

—Pero, hija mía —objetó él—, ¿por qué no lo has dicho antes? Nos hubiésemos quedado todos juntos. Ahora ya hemos trasladado hasta el último mueble. Además, me sería imposible persuadir a tu madre para que cambie de planes. Ya conoces a tu madre. Pero, ¿por qué nunca os ponéis de acuerdo?

—Pero, querido papá, no necesitáis cambiar de planes. La tía Louise me cuidará bien.

—Ah, ya entiendo —sonrió él de pronto—. ¿Cómo no me he dado cuenta? Él también se queda, ¿no es así?
Ella se sonrojó y se mordió el labio inferior.
—Sí —respondió—. También se queda.
“Afortunado Barral”, volvió a pensar el Barón. “Sí, quédate”, bendijo a su hija mentalmente. “Quédate, y a ambos os doy mi bendición. Entrégate, entrégate por completo al hombre que has elegido y haz que sea feliz, como yo fui feliz sólo una vez en mi vida”. Los pensamientos le llevaron al borde de las lágrimas, y sintió el impulso de sentarse junto a su hija y rodearla con sus brazos.

—¿No te acuerdas cuando te cogía de los brazos de la niñera y te paseaba por toda la habitación? ¡Ah! Eras el bebé más dulce del mundo. No te ibas a dormir, ni comías, ni..., ¡ah!.., ni hacías nada de lo que tenías que hacer a no ser que antes yo te diera una vuelta por tu cuarto. ¡Ay! Cómo me gustaría poder hacerlo ahora.

Ella ocultaba su irritación y aguantó las caricias durante unos momentos.
—Entonces, ¿vas a cuidar de mamá y te vas a portar bien con ella? —le preguntó ella, mientras aprovechaba la ocasión para liberarse de sus brazos.
Él se levantó con un suspiro.
—Haré lo que pueda.
La desagradable perspectiva le hizo secarse el sudor de la frente.
Ella se puso en pie de un salto, le dio un abrazo y le besó.
—¡Mi buen papá! —exclamó. Él abandonó la habitación flotando sobre una nube.
Nada más salir, se encontró con Barral e hizo el instintivo gesto de frotarse las manos.
—Te aguarda una sorpresa —le indicó—. ¡Una gran sorpresa! Entra. Sophie te espera para contártela.
Barral, que parecía preocupado, mostró una mirada de alivio.
—¿Qué clase de sorpresa, señor?
—Sophie te lo dirá —insistió el barón. Pensaba que no estaría bien privarla de la alegría de contarle ella misma a Barral que se quedaba en la ciudad.

Aunque Barral había ido a despedirse, aquél no parecía ser el motivo principal de su preocupación. Muy al contrario, a lo largo de los últimos dos días, había empezado a alegrarse por la marcha de Sophie, ya que, ante la creciente convicción de que había algo de verdad (no mucho, por supuesto) en lo que todos los hombres repetían acerca de Sophie, no podía haber imaginado una solución mejor que su alejamiento de París. Eso pondría fin a su amistad con aquel joven soldado.
“¿En qué consistirá la sorpresa?”, se preguntaba Barral. “Quizá ha decidido aceptarme cuando pida su mano”. Ese pensamiento era excesivo para él. Con el corazón latiéndole de manera audible, llamó a su puerta.
—Sophie —musitó mientras entraba, y no fue capaz de decir nada más.
Conversaron con frases entrecortadas. Ninguno estaba relajado. Barral pensaba si debía poner una rodilla en tierra. ¿Y debía hablarle claro y sin miedo? Al final, se decidió:

—Ahora que estás a punto de irte de París, mi querida Sophie, y yo debo permanecer aquí, lejos de ti, y ocupado en asuntos peligrosos..., hay algo que me gustaría pedirte.
—Pero si yo no me voy, Barral —le informó ella.
El río de palabras que él había hecho fluir con tanta limpidez cesó de inmediato. Desconcertado por completo tan de repente, durante unos instantes no supo qué hacer ni qué decir.
—No pareces muy contento —comentó ella.
Él desvió la mirada y masculló:
—Si pudiera estar seguro de que es por mí por quien te quedas...
Ella no le había oído.
—¿Qué has dicho, Barral?
—He dicho... He dicho...
Reunió fuerzas para seguir.
—Que los hombres de la cantina cuentan cosas muy desagradables sobre ti.
—¿De verdad? —replicó ella—. ¿Qué, por ejemplo?
A él le volvió a decaer el ánimo.
—Sólo... Bueno, cosas desagradables —concluyó sin convicción—. Por supuesto —se apresuró a añadir—, yo no creo ni una palabra.
—Pero, ¿de qué?
—Pensé que ya te lo había dicho.
—Entiendo —dijo ella.
Hubo unos instantes de silencio. Él se sentía incómodo e insatisfecho.
—Se trata sólo de habladurías, desde luego —insistió él, esperando la confirmación de Sophie.
—¿Qué son sólo habladurías?
—Lo que dicen.
—Pero aún no me has contado lo que dicen —fue su tranquila y muy razonable *riposte*.
Él, hecho un manojo de nervios, suplicó:
—¡Sólo dime que no es verdad!
Pero ella insistió, implacable:
—¿Qué tengo que decir que no es verdad?
Espoleada por algún espíritu maligno, deseaba oír las palabras de los labios de Barral. Anhelaba el extraño gozo de escuchar cómo él confirmaba el amor que ella sentía por Bertrand. Al menos obtendría ese placer, dada la imposibilidad de ponerle delante de los ojos una prueba más íntima de aquel cariño. En las últimas semanas había experimentado muchas nuevas sensaciones, y aún quería más. Ahora que se había internado en un mundo nuevo, era insaciable en su búsqueda de nuevas emociones.
Él se vio atravesado por una punzada de intenso dolor.
—Entonces, ¿es cierto? —murmuró—. Pero, ¿cómo puede ser verdad?
Parecía un hombre que, tras llegar corriendo al puerto y descubrir que su barco ya se hallaba en alta mar, se quedaba en la orilla, diciendo una y otra vez “No puede ser. No, no puede ser”, como si una mentira que se repite constantemente pudiera actuar de bálsamo para las heridas de la verdad.

Y, entonces, le invadió un sentimiento de furia.

—Ya sé lo que haré —declaró—. Lo mataré. Me enteraré de dónde vive, y lo mataré.

Inspirada por su propia crueldad, ella lo animó:

—Encuéntranos cuando estemos juntos y así podrás acabar con los dos de un solo golpe.

—¡A ti no! —balbució él, fuera de sí—. ¡Pero a él lo mataré!

—Viene a ser lo mismo —aseguró ella—. Porque somos sólo uno, y, si él muere, yo también.

—Muy bien —admitió él—. Entonces tú también puedes morir, porque a él lo atraparé.

—Vaya, ¿así es cómo me amas? —se burló ella—. ¿Éste es el valor que tenían tus cartas? Después de todas las veces que me has jurado amor eterno... Y pensar que me he creído todas esas promesas baratas.

Ella dejó de mirarle, como indignada.

Él se quedó atónito. La audacia del argumento de Sophie le dejó casi sin aliento. El que lo hubiera abandonado pasó a un segundo plano. La cuestión ya era si él había mentido en sus cartas o, por el contrario, había dicho la verdad. ¿Con qué había que quedarse?

Totalmente derrotado, y con voz lastimera, le preguntó:

—Entonces, ¿qué voy a hacer?

—Si tu amor por mí ha sido real alguna vez, seguirás amándome —respondió ella—. *Mi* amor por *él* jamás flaqueará. Puedes estar seguro.

Aquello era una locura incluso mayor que su primer argumento. Pero él lo aceptó.

—Yo siempre te amaré —declaró él con un hilo de voz.

—Tú eres bueno, Barral —lo elogió ella—. Y yo seguiré dándote lo que siempre te he dado: mi amistad. Nunca te di nada más, ni te prometí nada más. Y por mí, y por el amor que sientes por mí, no harás daño a Bertrand, ni le dirás nada de esto a mi padre o a mi madre, ni a la tía Louise, ni a nadie. Él tragó saliva y lo prometió.

Regresó a casa aturdido. Tras quitarse el uniforme, se tumbó en la cama. Pero se sentía muy incómodo. Y no tenía ganas de dormir. ¿De qué tenía ganas? Echaba algo en falta en la habitación. Miró a su alrededor, con la mente en un estado de extraña confusión.

Entonces cayó en la cuenta. La carta. Debía escribir una carta a Sophie. Y se sentó y escribió. Escribió acerca de su amor y de la belleza de ella, y de su dolor y de su angustia, y de su eterna fidelidad. Y, por la mañana temprano, una vez enviada la carta, se volvió a sentir casi el mismo Barral de siempre.

El capitán Barral de Montfort, desengañado en el amor, con el corazón roto, se dedicó de lleno a su trabajo. La tarea de espiar para el gobierno de Versalles era muy delicada. En sus complejidades halló el antídoto necesario para su tristeza.

Además, aunque debido a su promesa no podía vengarse directamente de Bertrand o de los demás componentes del 204° Batallón, sí podía atacarlos de otro modo. Y él iba en busca de su sangre. La idea de que iban a sufrir gracias a su trabajo lo espoleaba. Se trataba de la gente a la que destruiría con sus acciones.

Pero, a pesar de que se esforzó en su labor, no bajó la guardia a la hora de protegerse de las sospechas. Por ejemplo, aunque como miembro del Estado Mayor podría haber obtenido una valiosa información en las reuniones del mismo, evitaba de forma deliberada estar presente y se dejaba ver en cualquier otro lugar. Así nadie podría pensar que estaba husmeando.

Cluseret[48], el Jefe del Estado Mayor, al darse cuenta de las ausencias de Montfort en las reuniones, lo acusó de negligencia y trató de expulsarlo. En general, Barral se ganó fama de oficial poco comprometido, más interesado en su uniforme, y en impresionar en sus apariciones a caballo, que en la guerra.

[48] Cluseret, célebre soldado de fortuna, luchó a las órdenes de Garibaldi, y, más tarde, en la Guerra Civil Americana, en el bando del Norte. Lincoln lo ascendió a general. Participó en la Guerra Franco-Prusiana y en la Comuna, y, tras ser condenado a muerte, huyó a México, donde permaneció hasta la amnistía. Regresó, entró en política y formó parte del legislativo francés. Tenía talento como pintor.

CAPÍTULO CATORCE

Ya he mencionado anteriormente el caso Picpus. Aunque de escasa importancia en sí mismo, sirve para ilustrar con tanto acierto, a modo de telón de fondo, el signo de los tiempos, que bien merece la pena detenerse en él unos momentos. En su informe, Aymar Galliez hace varias referencias a los misterios de Picpus. Se trata de hechos históricos bien conocidos, por lo tanto, no será difícil completar las observaciones de aquél para darles un toque de vitalidad. Pero no es ésta la única razón que hay para observar con detalle el caso Picpus:

Aymar ya llevaba en París al menos ocho meses y todavía no había visto a Bertrand ni una sola vez. Además, durante los últimos tres meses no se había producido ningún crimen que se pudiese atribuir a Bertrand de forma segura. Aymar, con frecuencia, se decía:

—Bertrand está muerto. Sí, tiene que estar muerto.

Y qué fácil era estar muerto en aquella época. Los alemanes habían bombardeado París durante un mes largo. Habían muerto centenares de personas. Y en las batallas, más bien escasas, en que había intervenido la Guardia Nacional, su incompetencia había significado el sacrificio de millares.

—Bertrand se encuentra entre esos pobres diablos —pensaba Aymar, y se sentía apenado. Recordaba al niño al que su tía tanto quería. El pelo suave de la palma de sus manos; sus grandes ojos castaños, acuosos y suplicantes como los de un perro.

Y un día, de repente, se encontró cara a cara con Bertrand. Aymar había seguido tantas pistas que ya se consideraba un espectador permanente de todos los escenarios de crímenes. La amistad que le unía a muchos de los revolucionarios con cargos relevantes le garantizaba cierto grado de inmunidad en aquellos agitados días, aunque, de cuando en cuando, alguien lo tomaba por espía y en una ocasión estuvo cerca de la cárcel.

El dos de abril, el efímero gobierno del Hôtel de Ville (la Comuna) decretó la nacionalización de todas las propiedades consideradas de “manos muertas” —es decir, las tierras e inmuebles de las instituciones religiosas, cuya posesión se perpetua sin posibilidad de enajenación—, y la policía recibió la orden de investigar y consignar dichas propiedades, así como las organizaciones a las que pertenecían hasta la fecha.

Hay quien asegura que el jefe de policía, Rigault[49], estaba deseando atrapar a clérigos importantes para utilizarlos como rehenes e intercambiarlos por Blanqui, prisionero del gobierno de Versalles, aunque la acusación oficial era que sociedades como los jesuitas, etc., tenían almacenadas, de forma clandestina, grandes cantidades de armas y municiones, un falso rumor político que sigue vigente en nuestros días.

[49] Debería decir, de forma más precisa, el delegado de la ex Jefatura de Policía, ya que la odiosa Jefatura de Policia de los tiempos del Imperio había sido abolida. La ex Jefatura de Policía, sin embargo, siguió funcionando bajo su nuevo nombre, con la designación de Raoul Rigault para hacerse cargo de ella.

La idea de que, por fuerza, tenía que haber algo misterioso tras los muros de piedra gris de un convento o de un monasterio; alguna víctima secreta enclaustrada, cuyos ruegos de libertad ante unos monjes de negro corazón y sus incesantes cánticos no hallaban más que sorna y desdén bajo los hábitos marrones; o alguna delicada doncella oculta allí donde sus lamentos se diluían antes de atravesar las paredes, una doncella obligada a complacer la brutal lujuria de los célibes, que debían, de cara al exterior, fingir el cumplimiento de unos votos imposibles; o, por otro lado, algún tesoro, o fantasmas, o apariciones inexplicables acompañadas de sonidos extraños... Lo cierto es que estas ideas llevan vivas desde hace siglos y nunca morirán. Los periódicos del momento, al parecer sin nada mejor a lo que dedicarse, resucitaron aquellas viejas historias. "El delegado de la ex Jefatura de Policía", se nos cuenta en un artículo, "tiene pruebas de que el alto clero de París ha traicionado a Francia para entregársela a Roma, y también tiene constancia de que sus miembros trabajaron como espías a favor de Alemania durante el asedio".

Entre las iglesias investigadas en busca de escondites de armas y proyectiles, se encontraba la de los Padres y Hermanas del Sagrado Corazón de Picpus, dos congregaciones que poseían dos edificios colindantes en la calle de Picpus. Se decía que habían escondido allí ochocientos *chassepots* (un nuevo tipo de rifle) junto con el gran "tesoro de los Padres". Registraron el lugar el siete de abril. No se encontró nada. No obstante, un periódico anunció el descubrimiento de armas, municiones y un taller de fabricación de bombas, con algunas de ellas en proceso de construcción.

El público pedía a gritos más noticias. El doce de abril se llevó a cabo un nuevo registro. Pero no hubo manera de hallar la misteriosa cámara subterránea, a pesar de que excavaron zanjas por todas partes y echaron abajo los muros en docenas de sitios. Llegados a aquel punto, con la leyenda a punto de perecer, el afortunado golpe del pico de un obrero sacó a la luz unos huesos humanos en el jardín del convento. Las bombas y los *chassepots* cayeron en el olvido ante este hallazgo, más horrible si cabe.

En consonancia con este horripilante descubrimiento, que implicaba claramente no sólo la violación de la ley contra los enterramientos fuera de los cementerios oficiales, sino la sospecha, creciente por momentos, de asesinato en masa, se produjo otra extraña averiguación. Arriba, en el último piso, había tres pequeñas habitaciones, limpias, aunque con barrotes, y, en cada uno de aquellos cuartos, una mujer de cabello gris, incapaz de hablar de forma inteligente o musitando incoherencias, profiriendo amenazas a voz en grito y dando potentes alaridos, En resumen, tres mujeres locas. ¿Qué hacían allí? ¿Cómo habían acabado en aquel lugar? No cabía ninguna duda. Aquellas pobres mujeres habían sido hermosas jóvenes, pensionadas, con toda seguridad, en el convento, quienes, por haber expresado alguna opinión improcedente o por haberse negado a obedecer una orden cruel, habían permanecido encerradas durante tanto tiempo que terminaron perdiendo la razón.

Pero lo peor estaba por llegar. Se iba a demostrar que aquel lugar era escenario de secretas relaciones de sórdida naturaleza, aunque fácilmente comprensible, entre los monjes y las monjas. No era difícil adivinar de qué se trataba.

¡Entre las posesiones de las monjas se encontró una cuna! Sí, ¡una cuna para bebés! Y, lo que es peor, en la celda destinada al Reverendo Padre Bousquet, el prior de los hermanos, quien en aquel

momento no estaba en París, se halló un libro: *¡manual de obstetricia práctica!* Ni más ni menos. Y, por si no fuera suficiente, ¡un arcón con huesos humanos! Y en el piso de arriba, una especie de buhardilla, había instrumentos de hierro con extrañas e inquietantes formas, y unas curiosas camas con trinquetes y tornos. Y todavía quedaba algo más: en la cripta de la capilla de las monjas se hallaron dieciocho cadáveres, cada uno en su ataúd y en diferentes estados de conservación.

El caso estaba cerrado. Los periódicos lo presentaron con todos sus lúgubres detalles pintados en los más vívidos colores: "¿Por qué encerraron a la pobre hermana Bernardine en una especie de jaula tan pequeña que, si se le caía la aguja, le era imposible agacharse para recogerla? ¿Cuál es el propósito de esta corona de hierro, de esta cama enrejada, de este corsé de acero? Son componentes de un arsenal de tortura, accesorios necesarios para una sucursal de la Inquisición medieval que florece en París en el siglo diecinueve".

Un periódico recordó que, diez años antes, un hombre se había dormido en la iglesia de Picpus y, sin que nadie se diese cuenta, se quedó encerrado por la noche. Unas horas después lo despertó un lamento indescriptible. Un perspicaz reportero señalo que los dieciocho cuerpos eran de mujeres, y que no parecían estar bien dispuestos en los ataúdes. Los cadáveres eran, obviamente, recientes. La abundancia de cabello de color rubio ceniza de una de ellas llamó la atención de forma especial. Se dijo que un vinatero del vecindario reconoció así a su hija, desaparecida hacía algunos años. "Las mandíbulas abiertas de estos restos humanos", escribió el reportero, "adquieren apariencias fantásticas cuando se contemplan a la luz del día".

"Da la sensación de que esos huesos sin carne estén deseando hablar, como si ansiaran contar las tragedias que acabaron con sus vidas". Y, pleno de inspiración, el propio reportero escribió lo que aquellos cuerpos no podían expresar. "Ved", decían ellos (los cadáveres), "ved nuestras pobres cabezas, inclinadas a la derecha o a la izquierda. ¿No es ésta la prueba de que fuimos enterradas antes de que nuestros cuerpos fueran alcanzados por la rigidez de la muerte?". Seguía describiendo espantosas orgías de medianoche, celebradas por los monjes en las criptas bajo la vacilante llama de las antorchas. Era una historia de chicas atraídas por la promesa de que, si asistían a ciertas celebraciones religiosas especiales, tendrían asegurado un salvoconducto hacia el cielo.

A pesar de lo tentadora que pudiera resultar una oferta así para lograr la gloria futura, no había una sola chica que estuviese dispuesta a pagar el precio, ya les podían prometer lo que les prometieran. Pero en el vino les ponían un potente narcótico. La hostia consagrada se había amasado a partir de harina mezclada con polvo de hierbas adormecedoras secas. Y los curas descargaban su terrible y perversa lujuria sobre las doncellas, que, abotargadas por las drogas, apenas se resistían hasta que el telón de la pérdida total de conciencia descendía sobre ellas.

Una vez disipado el efecto del narcótico, recuperaban la sensación de estar vivas y se veían confinadas en un espacio oscuro y cerrado, de cuya naturaleza se iban percatando poco a poco hasta que su existencia se desvanecía en la noche final de la muerte. Y allí, en sus tumbas prematuras, permanecían sus cuerpos junto con la prueba de su última lucha: los cadáveres contorsionados, las mandíbulas abiertas, los dedos encorvados; señales de su agonía, el pecho que trataba de obtener un soplo de aire, las manos que buscaban la libertad.

“Pero la justicia”, afirma nuestro autor, “avanza de modo inexorable, ¡majestuoso! No importa lo oculto que pueda estar un crimen: algún día saldrá a la luz sin remisión. ¡Adelante!, todos vosotros, los ciudadanos parisinos de nobles sentimientos, y observad con atención estas negras fechorías del clero infame. ¡Observad!, y, o bien podéis yacer vivos en vuestros ataúdes, como Carlos V, o podéis levantaros, como Lázaro, de vuestro largo sueño del *laissez-faire*. Aquí, ante este osario, ¡permaneced vigilantes! Y que se convierta en vuestro luminoso faro para guiar a la humanidad hacia la sublime armonía”, etc., etc., etc.[50]

Otro diario se extendió acerca de la cuna encontrada en el convento y le dio a la noticia un tono retórico. ¿Qué pobres criaturas, producto de la unión de monjes y monjas, habían acunado allí para que se durmieran, separadas apenas unos pocos metros, por unas paredes, del altar de la Virgen? ¿Qué había sido de aquellos niños? Seguro que los monjes no querían mantenerlos con vida, como prueba fehaciente de su vergonzoso incumplimiento de los votos sagrados. No, sus intenciones estaban demasiado claras. Y es que, ¡ay!, cuando las madres, las monjas, cruelmente privadas de su derecho a la maternidad por una religión cruel, se encariñaban con su descendencia, y tenían oportunidad de contemplar la imagen de María y del Niño Jesús, y comprendían algo de cuya existencia no habían tenido conocimiento hasta entonces: el tironcillo de la boca de un bebé en el pezón, un tironcillo que llega hasta el corazón, entonces los monjes arrancaban al niño del pecho de la madre y lo mataban o lo arrojaban a alguna fosa. Y si la pobre hermana Bernardine, o Celestine, se volvían locas de dolor, se las encerraba en una jaula en la buhardilla, donde sus absurdas canciones de cuna, mezcladas con chillidos desesperados, morían entre las vigas del tejado.

Más adelante, los monjes idearon un sistema mejor. Estudiarían obstetricia y aprenderían el arte de practicar abortos para, de esa manera, quitarse de encima el problema de los niños. Se deshicieron de la cuna. Ya no era necesaria. Monjes y monjas ya podían ocultar sus delitos tras unas sonrisas eternas y angelicales.

Un hálito de locura barría París, ya no había duda posible. El público se aglomeraba en la calle de Picpus. Entre ellos estaba Aymar. Etienne Carjat, “sirviéndose de la milagrosa ayuda de la luz eléctrica”, fotografió los esqueletos en la cripta. En las tiendas se vendía un dibujo del funeral secreto. Hubo registros en más conventos y en más monasterios. ¡Más descubrimientos terribles! Cadenas sujetas a la pared, esposas, camisas de fuerza, etc., todo ello obviamente destinado a la adoración de Venus recalcitrantes.

Por supuesto, no todo París se comportaba de forma tan estúpida, pero la masa ignorante, habituada a bailar al son que tocan los periodistas, a reaccionar primero con una emoción y después con la opuesta, se vio profundamente conmovida por aquellos románticos cuentos de terror[50]. Seguro que muchos estudiantes de la Escuela Médica de París sabían que había un Bousquet, sobrino del prior de los hermanos de Picpus, que acababa de presentar su tesis sobre obstetricia como uno de los requisitos para obtener su doctorado, y sus amigos debían de estar al tanto de ese hecho. Pero decidieron guardar silencio. Él tampoco dijo nada, ya que hablar a

[50] Una de las tres mujeres locas fue llevada a los cuarteles de Reuilly. La mujer de la cantina cobraba una entrada de diez céntimos. Si era intención de la Comuna mejorar a las que se encontraban en sus mismas circunstancias…

[50] Todavía es posible visitar en París el cementerio Picpus, y merece la pena hacerlo.

destiempo se había convertido en asunto peligroso. El Dr. Paillet, médico de las hermanas, había sido arrestado como "cómplice de los crímenes de *Picpus*".

Muchas personas del barrio, con toda probabilidad, se acordaban de la representación teatral anual, realizada por las monjas, del Nacimiento de Cristo y la visita de los Reyes Magos. Y no les resultó muy difícil darse cuenta de que la cuna era la misma que se utilizaba como parte del decorado. Pero no abrieron la boca. Y sus razones tenían. El diez de mayo, una joven que osó expresar algún comentario escéptico en relación con los esqueletos de la cripta, fue arrestada y encarcelada.

¿Qué cotas había alcanzado la ignorancia para que no se reconociera en un cofre con huesos el relicario que contenía los restos de un santo? Un hombre, más valiente que los demás, envió a la policía una copia anotada de la *Historia de París*, de Dulaure. Los edificios de la calle de Picpus habían sido construidos sobre un viejo cementerio, y parte de ese cementerio aún se utilizaba[51], mientras que el resto había pasado a ser un espacio ajardinado. El Terror de 1793 había enterrado allí a 1.306 aristócratas guillotinados en una enorme fosa común. Quizá la policía no sabía leer.

Antiguos discípulos del convento salieron a la palestra para declarar que los instrumentos de tortura, las camas de Procusto[52] con enrejados para las víctimas en la "sucursal de la Inquisición", no eran más que aparatos ortopédicos que se empleaban en el tratamiento de niños tullidos al cuidado de las monjas. Quedó demostrado que las tres mujeres locas eran tres viejas hermanas que habían perdido la razón y recibían un trato exquisito por parte del convento. Pero estas pruebas no fueron aireadas por los periódicos.

El Dr. Piorry, profesor de la Academia de Medicina, recibió de la Comuna el encargo de redactar un informe médico-legal. Retrasó el envío de los resultados de sus observaciones hasta que la Comuna se hubo convertido en un asunto del pasado y estuviese garantizada la libertad de opinión. Sólo entonces publicó su estudio. Los dieciocho cuerpos eran todos de mujeres ancianas, no de jovencitas. Habían sido enterrados mucho tiempo atrás. Él no sabría decir exactamente cuánto, pero no tenía dudas de que hacía muchos años. No había la más mínima prueba de crímenes recientes.

Pero cuando apareció el artículo hacía ya mucho que la pantomima de Picpus había llegado a su, al parecer, inevitable y trágico final. Raoul Rigault, un tipo enclenque y de dificultosa respiración al que le gustaba pavonearse con su brillante uniforme, y siempre dispuesto a ofrecer su cajita de rapé a los amigos, un día se dejó caer por el lugar y ordenó detenciones masivas. Rigault era un genio nacido para detective que desde sus más tempranos días se había propuesto ser jefe de policía. Lo había conseguido, pero su ambición insaciable y sus malévolas inclinaciones también le llevaron a la ruina.

Rigault quería hacerse con importantes clérigos que le sirvieran de rehenes, ya que el gobierno de Versalles tenía en su poder al veterano revolucionario Blanqui, y el jefe de policía pensó que sería posible realizar un intercambio de prisioneros.

---

[51] *Journal Officiel*, 21 de mayo de 1871.

[52] Procusto era el nombre de un legendario bandido griego que hacía acostar a sus víctimas en una cama de hierro y les cortaba la parte de las piernas que rebasaba la longitud del lecho, o bien se las estiraba con cuerdas cuando no alcanzaban aquella longitud. De ahí el adjetivo inglés *Procustean*, "el que intenta lograr la uniformidad por medios violentos". (N. del T).

A las dependencias de la ex Jefatura fue llegando un buen número de monjes y monjas. También habían ido a parar allí otros hombres de iglesia, sobre todo monseñor Darboy, arzobispo de París, Lagarde, su vicario, y unos cuantos sacerdotes de menor rango.

Rigault los examinó en persona.

—¿Cuál es tu profesión? —preguntó a un jesuita.

—Siervo de Dios.

—¿Dios? ¿Cuál es la dirección de tu amo?

—Él está en todas partes.

—Escriba —ordenó Rigault a uno de sus secretarios—. Fulano de Tal, que se hace llamar a sí mismo "siervo de Dios". El ciudadano Dios, vagabundo sin domicilio conocido.

Se acarició la exuberante barba y el espléndido bigote.

El arzobispo trató de hacer un ruego.

—Hermanos... —comenzó a decir, extendiendo los brazos.

Rigault le interrumpió.
—Aquí no hay hermanos. Sólo ciudadanos.

El arzobispo se detuvo, y luego quiso proseguir.
Rigault volvió a interrumpirle. Afirmó que la policía ya tenía suficiente información para demostrar que los curas conspiraban con el gobierno de Versalles, que los curas eran responsables de las últimas escaramuzas en las que la Guardia Nacional había sido derrotada por las tropas de Versalles. Había traidores, eso era indiscutible. Se estaba filtrando información. Por fin tenían a los culpables y su intención era arrestarlos. Y, cuando el prelado intentó replicar, Rigault espetó:

—¡Basta! Ustedes se han estado saliendo con la suya durante dieciocho siglos. Si se niegan a confesar su delito de conspiración, el asunto se someterá a una investigación. Entretanto, quedan detenidos.

Cogió un trozo de papel y escribió: "El director del Depósito de cadáveres mantendrá incomunicados a los dos que se hacen llamar Darboy y Lagarde". En los muros de las iglesias vacías se colocaron unos carteles: "Establo en venta"[53]. Los edificios religiosos se transformaron en lugares de reunión para asociaciones políticas.

En algo sí acertaba la policía: había traiciones y conspiraciones. Jamás ningún gobierno tuvo que sufrir tantas conspiraciones ni estuvo tan carcomido por la traición como el gobierno de la Comuna; pero, al dedicarse a buscar el foco de la infección entre el clero y en las organizaciones religiosas, a la policía le pasó desapercibido el auténtico nido de víboras, el Café de Suède, desde el que se extendía la red sobre toda la Comuna.

[53] "Si tenemos en cuenta que Jesucristo nació en un establo", escribió Rochefort, el ingenioso periodista, "no puede haber ofensa, para las mentes más religiosas, en que conviertan sus iglesias en establos".

París estaba llena de hombres para quienes la revuelta no era más que una oportunidad de especulación. El gobierno de Thiers en Versalles conocía los precios que había que pagar y tenía preparado el dinero. Muchos de los que desempeñaban puestos importantes en la Comuna pasaban por el Café de Suède para recibir el oro. El capitán Barral de Montfort, del Estado Mayor de la 7a Legión, oficial condecorado de las fuerzas militares de la Comuna, se sentaba junto a su pequeña mesa y mantenía casuales conversaciones bajo una densa nube de humo de puros. A los ojos de cualquiera aquello no pasaba de ser la hora del aperitivo y un momento de alegre plática.

Sin embargo, allí iban a verlo agentes procedentes de todas partes. Los recibía en calidad de amigos, hablaban de asuntos intrascendentes, les entregaba con disimulo unos cuantos billetes del Banco de Francia. Las tarifas ya estaban estipuladas: por abrir una puerta, cinco mil francos, que serían abonados por el jefe de policía de Versalles; diez mil francos por un batallón, con cargo al ministro de la Guerra; tres mil francos por un hombre: de esto se ocupaba el Ministerio del Interior. Estas actividades eran las que se desarrollaban mientras la policía dedicaba todos sus recursos a la búsqueda de comunicaciones subterráneas con Versalles, a través de las docenas de posibles túneles de cuya existencia se sospechaba, aunque nunca daban con ninguno. Estas actividades eran las que tenían lugar mientras la policía perseguía a los inexistentes asesinos de personas muertas cien años atrás.

Al concluir sus reuniones de negocios en el Café de Suède, cuando los vasos ya estaban vacíos, y los ceniceros llenos de plateadas cenizas de puro, el capitán Barral de Montfort se levantaba y, antes de reincorporarse a sus deberes militares, iba en taxi o a pie hasta la cantina donde se congregaba el 204° Batallón.

Una asombrosa belleza morena alzaba los ojos en cuanto lo veía entrar.

—Bien, ¿qué hay de nuevo hoy, Sophie? —saludaba él, como por casualidad.

Ella miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie los observaba y, después, susurraba:
—He oído que van a retirar las tropas del baluarte de Hautes Bruyères y de la avanzadilla de Cachan.

—Mmm... Un movimiento estúpido.

—¿Os sirve de algo?
—Pudiera ser. Si no hay defensas por esa zona, será un buen lugar por el que lanzar un ataque.

Ella le dedicó una ligera sonrisa.

—Infórmame de lo que suceda. Y si mi trabajo ha dado su fruto, ya que yo he cumplido mi parte, tú deberás hacer lo mismo.

—Confía en mí —declaró él con tono solemne. Después pasaron a hablar de asuntos sin importancia. Ella se quitó el delantal con el que protegía su elegante vestido y salieron a dar un paseo cogidos de la mano.

—¿Todavía lo amas? —inquirió él. En su boca había una expresión de amargura.

—Pues claro —contestó ella, con cierta despreocupación.

—Eres una mentirosa —replicó él. Se detuvo en una esquina solitaria y la cogió de los hombros— ¿Por qué mientes?

La zarandeó y subió el tono de voz:

—¡Dime por qué mientes!

De haberse atrevido, Barral hubiese gritado a pleno pulmón.

—No seas imbécil —protestó ella, con aire de fastidio.
—¿Qué? ¿Acaso piensas que no tengo ojos en la cara? Cada día que pasa estás más pálida. Tu rostro se va pareciendo poco a poco a una máscara esmaltada.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan exasperante?

A él se le torció el gesto, como si estuviese a punto de gritar.

—¿No ves que yo te amo? —le preguntó sin alterarse y con tristeza.

—Eres un buen hombre, Barral. Ojalá yo también te amara. Pero ya es demasiado tarde.

—No digas eso —exclamó él—. ¿Por qué es demasiado tarde? Vámonos, abandonemos esta terrible ciudad. Puedo salir cuando quiera.

Y, como ella no respondía, sino que tenía la mirada perdida en la distancia, como anhelando algo fuera de su alcance, él no tardó en continuar:

—Venga, vámonos juntos al campo, a mi pequeña propiedad de Vallauris.

Ella lo interrumpió de repente.

—Vamos a coger un taxi. Debo darme prisa; él me espera. Tiene guardia en Picpus y su relevo estará llegando en este momento.

Él masculló algo que ella no pudo oír, aunque sí captó su significado.

—¡No te atrevas a tocarle un pelo de la cabeza! Ten cuidado con lo que haces. Si algo le ocurriese, te mataré; me dará igual si has sido tú o no.

—Prometí que no le haría nada —aseguró él—, y mantendré mi promesa... Pero, ¿te importaría darme tu dirección?

—¿Para qué? —preguntó ella con tono de sospecha.
Él no contestó, por el momento, pero después, ya sentados en el taxi, repitió su petición.

—No veo la razón por la que quieres mi dirección. Supongo que es para decírselo a la tía Louise.

—No —objetó él, muy serio—. Es por otro motivo. Quiero escribirte. Ya sabes, llevo demasiado tiempo con el hábito de escribirte todas las noches. No puedo dejar de hacerlo. Y no es lo mismo entregarte las cartas en persona. Sentía un inmenso placer al salir a la calle muy tarde, por la noche, para enviártelas por correo.

—Eso es un gesto encantador por tu parte, Barral. Siempre has sido realmente encantador.

A él se le puso un nudo en la garganta. Trató de sacar partido de la situación.

—Y, por supuesto, una vez que te fuiste de casa de Mme. Hertzog, tampoco tenía sentido enviar las cartas allí, porque yo sabía que tu deseo es que ella pensara que estábamos juntos.

—Eres realmente encantador, Barral —repitió ella, profundamente conmovida, y puso su mano encima de la de él—. Eres demasiado bueno conmigo. Oh, no tienes ni idea de lo bajo que he caído. De las terribles cosas que he hecho. Oh, Barral, deberías estar agradecido por tenerme fuera de tu vida.

Mientras hablaba así, ella era consciente de que sentía con respecto a Barral algo más que mera compasión. Era consciente de que albergaba un toque de orgullo. Se sentía superior al "encantador" Barral. Ella era muy, muy mala.

CAPÍTULO QUINCE

El autor pide disculpas por la confusión de los últimos capítulos. Sírvale de excusa que la cronología del informe tampoco es demasiado clara y que, asimismo, el esclarecimiento de los hechos de esta historia no es tarea sencilla. Aymar, como vimos anteriormente, se encontró por primera vez cara a cara con Bertrand durante el caso Picpus, y, aunque le perdimos la pista en nuestro recorrido del último capítulo por el informe Galliez, nos proponemos retomar el hilo en el que nos ocupa.

Aymar tenía cierta amistad con el comisario de policía Clavier, quien se encontraba al mando en Picpus, y, un día, mientras charlaba con él junto a los edificios en los que se investigaba, un soldado llegó a la carrera para informar al comisario del hallazgo de los cadáveres en la cripta. Clavier entró enseguida y Aymar lo siguió. Varios obreros, con la ayuda de los soldados de la Guardia Nacional, sacaban al exterior los ataúdes en cuanto éstos eran desenterrados del suelo de la cripta.

Al ver a uno de los soldados, Aymar sintió que un escalofrío le recorría de arriba abajo la espalda. No fue sólo la identificación de Bertrand, con la cara colorada y llena de sudor por el esfuerzo de sostener un pesado ataúd, lo que hizo estremecer a Aymar. Había algo más. Unos meses antes, mientras caminaba por una calle de la zona de la Bastilla, se dio la nada extraordinaria circunstancia de que iba pensando en Bertrand, y se preguntaba si no se habría equivocado por completo y Bertrand no estaba en absoluto en París, ni quizá hubiera estado en ningún momento, cuando, de pronto, vio un gran cartel rojo encima de una tienda. Unas letras blancas proclamaban: *"Guerre à outrance!"* (¡Guerra hasta el último aliento!). Era una carnicería de gatos, perros y ratas, de las que existía un buen número en la ciudad.

Al pasar por la puerta, echó un vistazo al interior. Había un grupo de amas de casa que, envueltas en sus mantones, hacían cola para comprar. La mujer del carnicero envolvía la carne en papeles viejos. El carnicero agitaba su pesado cuchillo enrojecido por la sangre. Su cara de gran papada estaba tensa y colorada, en consonancia con el esfuerzo cadencioso de su brazo. Aymar siguió su camino, pero la visión de aquel rostro permaneció con él, cubriendo el desarrollo de sus pensamientos como un dibujo sobre papel transparente. Tres manzanas después, exclamó:

—Pero, ¡si era el padre Pitamont!

Regresó a toda velocidad para asegurarse, aunque, cuando miró de nuevo, en efecto, el carnicero se parecía al padre Pitamont, pero Aymar ya no tenía tan claro que fuese él. Después de todo, habían pasado muchos años desde la última vez que había visto al sacerdote. Mientras lo observaba, durante un instante estaba seguro y al siguiente dejaba de estarlo. Podría ser el padre Pitamont y, un momento después... Desconcertado, terminó por alejarse de allí. Y ahora, al mirar a Bertrand en pleno esfuerzo bajo el peso de un voluminoso ataúd, tenía la misma extraña e intermitente sensación: podría tratarse del padre Pitamont y, un momento después... Pero no era más que Bertrand, que se había hecho mayor y más corpulento. A Aymar le hervía

la sangre. Eso era lo que había estado esperando. ¿Qué debía hacer? ¿Gritar? ¿Saltar sobre Bertrand? ¿Alborotar la capilla abovedada maldiciendo a Bertrand? En vez de anatemas, a su mente sólo acudían palabras irónicas.

Se quedó entre la muchedumbre mientras arrancaban la tapa del ataúd. Bertrand estaba exactamente delante de él. Tocó el brazo del joven soldado y, cuando Bertrand se dio la vuelta, Aymar, en voz muy baja, señaló:

—Un trabajo apropiado.

Bertrand, sorprendido, musitó:

—Tío..

—Éste es tu talento particular, ¿eh?

—Tío...

—Quiero decir, tu especialidad, ¿no es así?

Bertrand se apartó abriéndose camino entre la multitud, que, gustosa, ocupó el espacio que había dejado libre. Se aproximó a un banco y Aymar fue hacia él.

—Sabía que te encontraría aquí —insistió Aymar.

Bertrand alzó la vista con una expresión inocente en sus ojos castaños.

Su rostro bien afeitado, de cerca, le pareció juvenil a Aymar, incluso atractivo. Pero en cuanto Bertrand abrió la boca para preguntar "¿Cómo lo has sabido?", la visión de sus blancos dientes, con aquellos enormes colmillos trabados entre ellos, hicieron pensar a Aymar en lo que acechaba bajo el agradable envoltorio exterior.

—¿Me estás preguntando cómo he sabido que te encontraría aquí? ¿No pensarás que me había olvidado de ti y de tus gustos?

—Eres cruel.

Las carcajadas de Aymar sonaron entrecortadas.

—Y tú, sin duda, eres una persona de nobles sentimientos.

—He sufrido —siguió Bertrand.

—¿Y los que has asesinado? Ellos no sufrieron, supongo. ¿Crees que no te he estado observando, incluso desde la distancia? Han sido..., déjame ver: Jacques, el primero de todos. ¿Qué? ¿Ya no te acordabas de él? Bueno, imagino que cuando uno tiene tantos a quienes recordar, cuando se está tan terriblemente ocupado...

—Tío... —suplicó Bertrand con la cabeza agachada.

—Y hay alguien más que puedes añadir a tu lista —informó Aymar, recordando algo de repente—. Cuando se restableció el correo después del armisticio, recibí una carta de Françoise. Por cierto, no se te ocurrió escribir, ¿verdad? Diecisiete años de alimentos y buenos cuidados y después uno se larga tan tranquilo y ya está.

—Me tenías prisionero —se defendió Bertrand, sumiso, con la cabeza aún hundida.

—Y supongo que hacía mal, ¿verdad?

—No —musitó el soldado.

—Mmm. Bueno, me alegra que por lo menos lo admitas. Eso ayuda. Ah, sí. Como te iba diciendo, Françoise escribió para decirme que el peón de labranza acusado de matar a Jacques fue absuelto. Pero la comarca entera le creía culpable. La vida se le hizo insoportable. Se colgó.

Bertrand lanzó un suspiro.

—Mientras desenterrabas al tacaño Vaubois, no se te pasó por la cabeza que le echarían la culpa al pastor, a Crotez. O, en el asunto de la hija del general Darimon, tampoco te paraste a pensar que un pobre enterrador, el cochero Jean Robert, iría a la cárcel por ello y su familia se quedaría en la miseria, ¿no es así? No podría decir cuántos más han sufrido por tus acciones. Me considero responsable por no haber hecho nada al respecto. Tenía que haber aireado tu autoría a los cuatro vientos desde los tejados. Pero me sentía avergonzado. Como un hombre que teme verse sorprendido en un retrete. Eso es. No quería que la gente me relacionara, ni por lo más remoto, con un monstruo como tú.

—Tío —suplicaba Bertrand.

—Sí, un monstruo —continuó Aymar, cada vez más furioso, con una voz que se iba transformando en un ronco susurro—. Sí, un monstruo, el hombre capaz de asesinar a prostitutas como La belle Normande. Porque también fuiste tú, ¿verdad? ¡Confiesa! ¡Todos aquellos crímenes fueron tuyos!

Bertrand asintió con la cabeza. El cuerpo entero le empezó a temblar.

— Eres una bestia —espetó Aymar, con una especie de grito ahogado—. Un... *¡loup-garou!*[54].

En ese momento, Bertrand se mordió los nudillos para estrangular un deseo salvaje de gritar, un grito que finalmente se quedó en gemido. El público, alborotado en torno a los crímenes recién descubiertos de los monjes, los dieciocho ataúdes de las mujeres jóvenes, no prestaba atención a aquellos dos que se habían sentado en las proximidades. Ni los oficiales, acostumbrados a la relajada disciplina de la Guardia Nacional, se preocupaban de Bertrand.

El cuerpo del joven se vio sacudido por violentos espasmos.

—¡Eso no! —sollozaba—. Oh, ¿no tiene uno bastante con saber que es un hombre lobo, sino que encima ha de soportar que se lo reprochen arrojándoselo a la cara?

Aymar se conmovió. Había sido cruel. Aquello era la desgracia del chico, no su pecado.

—Lo siento, Bertrand. Durante años he intentado que no supieras la verdad. He tratado de ayudarte. Ni siquiera se lo conté a tu madre. A veces resultaba muy duro.

—¿Mi madre nunca lo supo?

—Creo que no.

—¿Cómo está?

—Bueno, supongo que está bien —fue la lacónica respuesta de Aymar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bertrand, sospechando algo.

—Nada. Ya sabes, el correo no funciona bien en estos tiempos.

[54] "Hombre lobo". (N. del T.)

—Cuéntamelo —insistió Bertrand—. Quiero saberlo.

Y Aymar pensó: "¿Por qué iba a ocultarle que su madre se avergüenza de él? Con todo lo que ha ocurrido, eso es un asunto menor".

— …A tu madre —empezó a decir tras coger aire—, la vieron embarazada y hubo un gran escándalo en el pueblo, sobre todo por parte de la madre de Jacques, que no dejó de hablar y me acusó de tener relaciones pecaminosas con tu madre, algo que, por supuesto, no era cierto, quiero decir que no era del todo...

Se detuvo, abrumado por los recuerdos.

—Sigue.

—Bueno, Françoise no podía tolerarlo y, además, había visto al joven Guillemin merodear a hurtadillas por la casa, así que se arriesgó y lo acusó. Tu madre confesó que había sido él, pero Guillemin, al principio, lo negó. Aunque es evidente que mentía, porque un día huyeron juntos.

—¿Adónde?

—Nadie lo sabe —contestó Aymar con un movimiento de cabeza y un suspiro.

Bertrand también meneó la cabeza.

—También eso —se lamentó con un hilo de voz.

Aymar pensó que aquello era otra deshonra que caía sobre la espalda del chico y asintió con tristeza. Entonces, como si le hubiese alcanzado un rayo, comprendió a qué se refería Bertrand:

—¿Qué? ¿Eso también?... ¡*Bon Dieu*!

—Sí —admitió Bertrand, alzando la vista y dirigiéndola hacia su tío—. Eso también. Pero es agua pasada. Todo ha terminado. Gracias a Dios.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso de agua pasada?

—Se acabó. Estoy curado —respondió sin más.

Aymar se preguntaba si Bertrand estaría tratando de escapar o, por el contrario, se habría curado de verdad.

—¿Cómo? —le preguntó.

—No lo sé. Bueno, sí lo sé. Una chica. Estoy enamorado. Ella me ha curado. Ella impide que yo...

No terminó la frase.

¿Sería cierto? No, imposible. Y, aun así, Aymar no podía dejar de pensar que los crímenes habían cesado de forma repentina. Por tanto, ¿ésa era la solución? ¿El amor? ¿El milagro del amor? El amor por una buena mujer.

—¿Quién es ella?

—Se llama... Bueno, es mejor que no lo diga. Pero la verás, porque se va a reunir conmigo aquí. Termino a las cinco. No te la presentaré. Pero podrás verla desde lejos. Es rica, y muy guapa, y muy buena. Oh, no te puedes ni imaginar lo buena que es. No, es imposible.

—Mmm... —murmuró Aymar, y sonrió. Curado por una relación amorosa. Y muy propio de Bertrand eso de comportarse como un joven y apasionado amante. Eran las ironías de la vida. Aymar no tenía duda de que aquella relación era pura y plena de sentimientos empalagosamente dulces.

La mente de Aymar se vio asaltada por numerosos cuentos de hadas relacionados por Grimm[55]con el tema del hombre lobo y, por esa razón, conocidos por él durante sus estudios acerca del fenómeno. Se trataba de una historia con infinitas variantes: el príncipe que se transformaba en un feo lagarto o en una rana, o en cualquier otra bestia peligrosa y repulsiva, y que necesitaba el amor de una virgen pura para recobrar la forma humana. Por supuesto, ninguna estaba dispuesta a casarse con una rana. Pero, finalmente, una chica pura e inocente, llena de compasión, aceptaba el matrimonio y se llevaba a la rana a la cama... La rana que, de inmediato, deja de ser una rana para convertirse en un príncipe. Y los dos, desde luego, vivían felices para siempre.
¿Acaso aquella pesadilla iba a terminar de ese modo, en un amanecer de vino y rosas? ¿Y viviría Bertrand feliz para siempre? ¿Qué había de cierto en las viejas historias? ¿Así se curaban esos seres?

La bella y la bestia. Sí. Los viejos cuentos albergaban una profunda sabiduría.

—Ya la estoy viendo —declaró Bertrand con un emocionado susurro—. Ven y mírala desde lejos, tío. Es lo más bello que hayas podido ver nunca.

Bertrand salió corriendo y saludó a Sophie con un beso. Se abrazaron como si llevasen un año separados.

Aymar los miraba desde el pórtico de la iglesia. Vio a un joven oficial pagar al cochero y alejarse cabizbajo, como si no tuviese nada que ver con la escena, pero fijándose en ella sin perder detalle. Seguro que era su hermano. Y lo cierto es que ella era realmente hermosa. ¿No la había visto antes en algún sitio? Pero, ¿dónde? Y Aymar contempló a Bertrand y a su amor mientras se marchaban, cogidos de la mano, “Y la oveja yacerá con el lobo” —citó—, “y con sus espadas forjarán azadones”. Un auténtico y tierno amor—musitó.

Después comenzó a formular un cínico pensamiento:

—Me gustaría saber...

Y una idea cruzó por su mente: “Supongamos que hablo con ese joven oficial. Quizá descubra si he hecho bien dejando marchar a Bertrand después de perseguirlo durante tanto tiempo”.

Se acercó a aquel oficial, que estaba de pie en la acera, como esperando a que pasara otro taxi y así poder pagar a un nuevo cochero.
—Discúlpeme —le dijo Aymar—. ¿Le importaría que le hiciera una pregunta?

El capitán Barral del Montfort, en ese mismo instante, dejó de ser un amante desgraciado para convertirse en espía.

—En absoluto —contestó—. Lo que no puedo asegurarle es que vaya a obtener una respuesta.

[55] *Deutsche Mythologie*. Gotinga, 1835.

—Entendido —aceptó Aymar—. ¿Conoce usted a aquella joven dama?

—Quizá.

—¿Conoce al hombre que va con ella?

—No.

—Bien, gracias por su amabilidad —concluyó Aymar—. Espero no haberle molestado en exceso.

—De nada —confirmó Montfort. Pero, cuando Aymar se disponía a marcharse, el capitán se lo pensó mejor y también decidió preguntar:

—Ahora es mi turno: ¿conoce usted a esa joven dama?

—No.

—¿Y conoce al hombre que va con ella?

—Quizá.

Ambos sonrieron.

—Creo —señaló Aymar— que, si unimos los fragmentos de lo que sabe cada uno de nosotros, podríamos sacar algo en claro de todo esto. Sentémonos en algún sitio para hablar.

Encontraron un café en las proximidades, se acomodaron y pidieron de beber. Pero la conversación no fue demasiado productiva, ya que cada uno de ellos quería recibir más de lo que estaba dispuesto a ofrecer. Ni Barral tenía intención de revelar la penosa historia de su amor, ni Aymar pensaba divulgar la verdad acerca de Bertrand. Hizo vagas referencias a cierta condición misteriosa y repugnante, pero en ningún momento habló de crímenes.

—Deduzco —indicó Barral en un momento de la charla— que no tiene usted una gran opinión de su sobrino. En eso coincidimos por completo. Deje que le cuente algo que he observado. Cuando ella empezó a verse con ese tipo, sus mejillas mostraban un color más vivo de lo habitual. Me llamó la atención, y, aunque aquello hacía incluso más deslumbrante su belleza, también me llenó de preocupación. A esa nueva vivacidad de su rostro hay que añadir un extraño y penetrante fulgor en sus ojos. Al principio creí que podrían ser los síntomas de una incipiente enfermedad. Pero no era así; su salud era perfecta, como siempre. Luego lo comprendí. Estaba hechizada. De otro modo, ¿cómo explicar que la criatura más bella, feliz y divertida que pueda existir, mimada durante toda su vida, criada en medio de un lujo inaudito, pudiera entregarse a un joven tan lúgubre y acosado por la miseria?

Por alguna oscura razón, aquello molestó a Aymar, que, aunque sin mucho ímpetu, salió en defensa de Bertrand.

Después, a modo de excusa, preguntó al capitán:

—¿Por qué no se ha puesto usted en contacto con sus padres?

—Bueno, verá —contestó, Barral, con una evidente incomodidad—, ella me hizo prometer que no se lo diría.

Aymar se dio cuenta de que también el militar estaba enamorado de ella. Pobre hombre. Y lo peor de todo es que él mismo, Aymar, había permitido que Bertrand se fuese sin ponerle ningún obstáculo.
Tras una hora de diálogo descorazonador, los dos se levantaron descontentos con los resultados del mismo y, tanto el uno como el otro, terminaron invadidos por una sensación de fatalidad. Barral, que había iniciado la conversación con cierta esperanza, al ver ahora que el intercambio de información tocaba a su fin, no pudo contenerse y alzó la voz con tono lastimero:

—Pero, *monsieur*, ¿no podría hablar usted con su sobrino? ¿No hay nada que usted pueda hacer?

Aymar le dio una palmadita en el hombro.

—Amigo mío, eso es cosa suya. Pero le daré un consejo. ¡Haga algo! Y hágalo cuanto antes.

Y después se alejó cojeando, satisfecho porque, por un lado, si Bertrand seguía siendo un criminal, él había cumplido con su obligación al prevenir a aquel joven capitán para que realizase algún desesperado movimiento que solucionase el problema de raíz; por el contrario, en caso de que Bertrand estuviera reformado de verdad, había hecho bien en no forzar demasiado las cosas. No obstante, temía que, a largo plazo, esa forma de eludir el problema no fuese la solución adecuada. Y es que tantos años de medias tintas habían convertido esa tibia forma de afrontar el asunto en un hábito muy arraigado.

Barral, al ver alejarse a Aymar, quiso correr tras él y gritar: "¿Por qué me ha dicho eso? ¿Por qué no ha hecho más que insinuaciones terribles sin hablar claro? Vuelva, tiene que ayudarme. ¡Tenemos que trabajar juntos!"

En lugar de hacerlo, se fue a casa y empezó a escribir su acostumbrada carta nocturna a Sophie. Era el único momento hermoso y tranquilo del día. Entonces quedaba en segundo plano la duplicidad a la que le obligaba su trabajo secreto, Bertrand desaparecía de sus pensamientos y se concentraba en el recuerdo de qué aspecto tenía Sophie en un día determinado, puede que hiciera ya dos años. Quería traer a su memoria el vestido exacto, el color del tafetán, el diseño de las cintas que colgaban en forma de guirnaldas, entre un lazo y otro, alrededor de la amplísima falda. Deseaba recuperar las frases precisas de la conversación que habían mantenido esa noche, y su mente se puso a trabajar para encontrar las palabras textuales de la carta que le había escrito después de aquella velada.

Todo formaba ya parte del pasado y era imposible volver a tocarlo con las manos, pero resultaba sorprendente la rapidez con la que los recuerdos saltaban desde la oscuridad y se situaban ante sus ojos como si hubiesen sucedido el día anterior.

Al resucitar el pasado de este modo, sentía de nuevo el placer que le había proporcionado cortejar a Sophie cuando pensaba que su amor era correspondido. Como es natural, Barral poseía una memoria magnífica. Sus actividades de espía le obligaban a confiar en su boca y su mente de forma casi exclusiva, con el objeto de evitar la manipulación de documentos escritos que pudieran convertirse en pruebas delatoras.

A altas horas de la noche, una vez terminada la misiva, salió y la llevó al correo. Entonces pensó si se trataría de una dirección real y, por tanto, si ella viviría allí o no. Si existía aquel número en esa calle, lo más probable es que le hubiese dicho la verdad.

Iba andando por calles frías e interminables en dirección al lugar indicado. Había una distancia considerable, pero no le importaba. Por fin dio con el sitio. El número era correcto. Se preguntó cuál sería su apartamento. Cruzó la calle y miró hacia arriba. Todas las ventanas eran cuadrados negros sin brillo, cuya oscuridad contrastaba con el muro de piedra. En un lado había un callejón estrecho. Quizá su ventana diera a él. No. Todo estaba oscuro. Seguro que dormían. Dormidos.
En una cama. Juntos. O no estaban durmiendo..., y yacían despiertos en la oscuridad…

Estuvo cerca de lanzar un gemido de dolor. En ese momento, de la parte más baja del edificio salió una luz muy tenue. Tras la ventana de aquel semisótano, alguien había encendido una vela. Le habían oído y quienquiera que fuese iba a abrir la ventana para ver qué sucedía. Estuvo a punto de huir. Pero no. La ventana seguía cerrada y el reflejo de la luz de la vela continuaba filtrándose por una gruesa cortina blanca, probablemente un trozo de sábana.

¿Y si fuera el cuarto donde vivían ellos? Él se agachó y miró, tratando de descubrir algo. Se veía el interior, pero apenas era posible distinguir nada.
Oyó voces. Salían por una rendija de ventilación. Parecían de un hombre y una mujer. Pero hablaban en susurros tan débiles que no había forma de saber de quién eran o qué decían. Barral decidió irse de allí, agotado emocionalmente. La vela seguía encendida.

—¡Bah! —se dijo Barral—, no serán más que una madre y su hijo enfermo.

Pero no creía en sus propias palabras. Por el contrario, estaba convencido de que era la ventana que buscaba. Fue dando tumbos por las calles como un borracho. La cabeza le daba vueltas.

—No debo volver a hacer esto —se prometió—. Si me vieran, todo se habría acabado para mí. ¡Y después de todas las precauciones que he tomado para que no sospechen que soy un espía!

Sí, en efecto, tras aquel tragaluz tapado con una cortina, yacían ellos. Fatigados por los abrazos de la noche. Dormían. Bertrand se despertó de repente. Siempre había sido de sueño ligero. El más tenue ruido del exterior lo desvelaba. Estaba tumbado, no del todo despejado, aguardando a que le venciera de nuevo el sueño. La habitación estaba oscura, pero ya no tenía ganas de dormir. Dio varias vueltas en la cama, malhumorado. Le ardía todo el cuerpo.

Ella lo oyó y se volvió hacia él.
—¿No puedes estarte quieto? Le reprendió, impaciente. Hasta el último poro de su cuerpo clamaba por seguir durmiendo.

Él suspiró.

Ella se compadeció al instante.

—Pobre niño mío —lo tranquilizó, apiadándose del sufrimiento de Bertrand, y lo rodeó con sus brazos. Se besaron. El mordisqueó la oreja de Sophie con aire juguetón. Ambos se abrazaban con fuerza.

—Por favor... —murmuró él, irritado por pedir lo que pedía. ¿Por qué lo había hecho?

—Si es necesario —se resignó ella—. Está sobre la mesa.
Él se levantó y encendió una vela, furioso consigo mismo y con ella por acceder a su petición, aunque incapaz de contenerse una vez llegado a aquel punto. La hoja afilada del cuchillo desprendía un fulgor anaranjado.

Apartó la ropa que la cubría. En el cuerpo de Sophie apenas quedaba una zona que no tuviera uno o más cortes. Los más antiguos habían cicatrizado en líneas que atravesaban la piel morena y que eran ostensiblemente más claras que el área circundante. Las más recientes estaban ribeteadas de rojo o se habían convertido en duras protuberancias de costra. Éstas últimas, a la luz de la vela, semejaban joyas envejecidas o concha pulimentada.

Tras superar un momento de duda, él se inclinó sobre el cuerpo de ella... La sangre surgió de un color rojo rubí. Acercó la boca sin perder un segundo y bebió con avidez. Sus labios producían desagradables sonidos al succionar con denuedo tanto líquido como podía.

Ella, entretanto, mesaba con sus dedos los cabellos de Bertrand.

—Pobre niño —murmuró. La cabeza le daba vueltas, repleta de imágenes insustanciales, de retazos de pensamientos inconexos. De nuevo se fundieron en un mutuo abrazo.

Al fin el sueño logró separarlos. Yacían exhaustos, sus miembros entrelazados, el sudor de su esfuerzo secándose en la brisa nocturna. La vela, ajena a todo aquello, continuó ardiendo hasta que la llama se extinguió sobre una masa de cera derretida.

Por la mañana, cuando la luz del día los despertó, él era una persona distinta. Contemplaba horrorizado sus actos nocturnos. Palpaba las heridas de ella y lloraba.

—Te estoy matando —gemía—. ¡Qué destino!
Se golpeaba la frente con la palma de la mano, la peluda palma de su mano.

Ella se reía a través de sus propias lágrimas.

—No seas tonto, Bertrand. Además, por ti moriría gustosa.

Y una inexplicable punzada de placer acompañaba al pensamiento de la muerte.

Él se mostraba inconsolable.

—Si tuviera la más mínima compasión, me mataría antes de llegar siquiera a arañarte.

—¡No, Bertrand! ¡No! ¿Qué haría yo si me dejaras?
Él buscaba con los dedos la última herida que le había infligido. Al hallarla, cerraba los ojos para no sentir la tentación de mirarla.

—¿Yo he hecho eso?... ¿Cómo has podido permitírmelo? ¿Por qué no acabaste conmigo al instante?

—No seas tonto, Bertrand —repitió ella, e hizo desaparecer aquellas negras ideas con sus besos. Había salido el sol y era hora de dedicarse a pensamientos más placenteros. La noche

había pasado y las locuras de las horas de oscuridad debían regresar a las tumbas de las que emanaban. La portera se acercó corriendo a ellos mientras cruzaban el patio adoquinado.

—*Madame* —gritó—, una carta para usted.
—¿Una carta? —se preguntó Bertrand en voz alta.

—Sí, una carta —confirmó la portera dedicándoles una sonrisa.

Sophie reconoció la letra de forma instantánea. No era más que la carta diaria de Barral.

—No es nada —replicó ella ante el gesto de sospecha de Bertrand—. Puedes leerla si quieres, o, incluso mejor, puedes tirarla a la basura.
—¿De verdad puedo? —preguntó él, a punto de romper por la mitad el envío.
—Si no lo haces tú, lo haré yo, no te quepa duda... Y ahora, vamos a desayunar. Estoy hambrienta.

A ambos les resultó agradable el sonido del papel al rasgarse.
Durante el desayuno estuvieron muy animados. Él hablaba de lo que haría cuando terminase la guerra. Volvería a estudiar medicina.

—Mi tío tiene mucho dinero —afirmó.

—Y yo. ¿Acaso no tengo yo dinero? —replicó ella—. Mi padre me dará millones si se lo pido. Además, de cualquier modo, todo será mío algún día. Nos iremos de aquí y viviremos en mi habitación, en mi casa.

Ella recordó su preciosa cama y el azur del dosel. En ocasiones echaba de menos el bruñido lujo de su antiguo entorno, las pinturas, las alfombras, los coloridos mármoles, los bronces y el oro y las maderas veteadas, pulidas de tal forma que su brillo parecía el de un espejo.
—Quizá —pensaba él en voz alta—, podría aprender a controlarme, o encontrar a otra persona para mis momentos malos y así mantener puro mi amor por ti.

A ella eso le dolió. Le dolió en lo más profundo de sus entrañas. De pronto comprendió, como si ya hubiese experimentado una sensación similar en otro momento, que estaba celosa de esa "otra persona", de quien pudiera entregarse a Bertrand, aunque fuese en parte.

—No digas eso. No lo vuelvas a decir —suplicó ella con un hilo de voz—. Tú sólo eres mío.
—Pero... —empezó él a decir.
—¡Chisss! —le advirtió ella. Borró de su mente la imagen de Bertrand con otra chica y volvió a su idea anterior: de modo que *aquello* eran los celos, un dolor terrible que hacía detestar de pronto toda la comida. Y se acordó de Barral. "Pobre alma", se compadeció, "¿es así como sufre?". En aquel momento hubiese sido capaz de entregarse a él, de entregarse a cualquiera que la necesitara. A todo el batallón que la observaba con ojos hambrientos y lujuriosos. A todos esos rostros barbudos y mal afeitados que deseaban la suavidad de sus mejillas. A todos aquellos fornidos brazos que anhelaban apretar su blando cuerpo. A todas aquellas manos sucias y llenas de callos que querían tocarla con sus caricias más íntimas,

Y todo aquel amor para el mundo de los hombres bullía en su interior y se agolpaba en sus labios. Y se inclinó por encima de la mesita y lo depositó entero en la boca de Bertrand. Él

sintió el regalo que ella le hacía. Sintió que su amor, que podría haber entregado a cualquiera, a todos, aquel inmenso amor, ella había elegido ofrecérselo a él y a nadie más que a él. Él sintió una profunda conmoción en su interior y se quedó sin palabras en el centro del remolino de sus sentimientos.

—Nunca, nunca vuelvas a decir que puede haber otra persona entre nosotros, Bertrand —le exigió—. No sabes cuánto duele eso.

—Lo sé —admitió él—, es sólo que...

—Chisss. ¿No fui yo quien primero se entregó a ti? ¿No fui yo también la que compró el cuchillo porque tú temías hacerme más daño con los dientes? No hay nada a lo que yo no estuviera dispuesta por ti.

En el silencio que llegó a continuación, ella pensó, de repente, en su padre y en su madre. ¿Se habían amado ellos de aquella forma? ¿Se había ofrecido así su madre a su padre? La idea tenía algo de patética. Por algún motivo, no era capaz de aceptar la imagen que su mente invocaba. No podía creer que su padre y su madre hubieran compartido cama alguna vez. Y, sin embargo, tuvo que haber sucedido, al menos en una oportunidad. Pero seguro que no había sido una cama como la de Bertrand y la suya, en un sótano, un miserable lecho, tan pequeño que sus cuerpos debían mantenerse pegados toda la noche. ¿Se despertaron su padre y su madre en alguna ocasión dándose cuenta de que la vela se había consumido hasta el cuello de la botella de vino en la que se hallaba encajada?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Estaban aferrados el uno al otro como dos niños en la oscuridad cuando sienten, angustiados, que un cierto destino los aguarda inexorable y cualquier día los atrapará. Y seguían unidos con toda la desesperación de quienes están a punto de ahogarse. Tenían la impresión de ir hundiéndose en esa llama eterna de la nada que sucede al breve día de la vida. Sus almas eran demasiado débiles para continuar unidas con fuerza a sus cuerpos, y, conscientes del poco tiempo que la muerte tardaría en despojarlos de aquel delicioso hogar de carne que protegía el frágil fuego de su espíritu, sabedores de que esta vida ha de ser fugaz, no importa lo que dure, porque todo lo que tiene un final es fugaz, era como si entrelazaran sus brazos y no quisieran soltarse, como si juntasen los labios y temiesen separarlos y que algo se interpusiese entre ellos, como si no desearan nada, ni de noche ni de día, que no fuera, para él, infligirle a ella dolor, y, para ella, sentir su cuerpo magullado y cortado, para tener plena constancia, a cada momento, de que se hallaban verdaderamente vivos, vivos al menos en ese corto instante del ahora, sin importarles lo muertos o privados de humanidad que pudieran estar en el tiempo que tenían por delante.

Una noche de amor, un día de compañía, no eran suficientes para ellos. Cada uno pensaba en el otro en sus momentos de reposo. Él era cada día más insaciable. El cuerpo de ella se había convertido en una fuente de sangre para él. Y parecía que ese cuerpo respondiera a su necesidad. Ella engordaba y cada vez se veía más llena de sangre, como una madre en el período de amamantar a su hijo.

Cuando ella caminaba, su cuerpo tenía un suave balanceo. No era capaz de controlar el movimiento de sus caderas. Daba la sensación de que aún lo tenía a él entre sus brazos y, de hecho, era como si lo llevara grabado en las heridas de su cuerpo. Y por esa razón, cuando se encontraba sola porque él estaba de servicio en algún lugar al que ella no podía seguirlo, algo infrecuente, ya que procuraban estar juntos incluso en las murallas fortificadas, se llevaba el brazo a la boca y besaba alguno de los lugares en los que él le había hecho una herida.

De forma extraña, pero comprensible, esa unión perpetua les permitía afrontar la perspectiva de la muerte con valor. Ella le suplicaba con frecuencia, ahora que las tropas de Versalles rodeaban la ciudad y realizaban atroces ofensivas contra los comuneros, que tratara de evitar el peligro.

Pero entonces él le preguntaba:

—¿Qué harás si me matan?

Y ella respondía:

—Matarme yo también.

Y ninguno de los dos sentía miedo, Podían morir juntos. Hubiera lo que hubiera más allá de la tumba, aunque fuese la nada, al menos lo compartirían. El pensamiento de sobrevivir o ser sobrevivido hubiera sido insoportable.

Tal era el estado de ánimo en que se hallaban, que en sus conversaciones aparecía con frecuencia la idea de suicidarse saltando desde un tejado, abrazados el uno al otro. Una muerte así no sería una muerte real, no sería más que un tipo de caricia más salvaje que las experimentadas hasta el momento.

Ella se había unido de modo permanente al 204° Batallón como cantinera ayudante, un puesto en cuyo desempeño tenía a los hombres más contentos que nunca. Ahora daba una imagen más acorde con el trabajo. Se había hecho, en cierta medida, más vulgar. Tenía los labios más gruesos y se le arqueaban en una especie de mohín, como a punto de lanzar una maldición. Su abundante cabellera, a la que tantos cuidados había prestado antes, quedaba recogida en un moño improvisado. Más que una tez delicadamente bronceada, su rostro presentaba ya un tono oscuro y curtido. Pero aquellos cambios no habían menoscabado su belleza, sólo la habían alterado.

En el ambiente se respiraba desesperación. Se presentía la proximidad del final. En ese momento, muchos defensores de la Comuna comenzaron a perder la cabeza. Courbet mandó derribar el gran bronce de la Columna Vendôme, el monumento que conmemoraba las victorias de Napoleón. Un traidor hizo saltar por los aires una enorme fábrica de munición. Se perdieron muchas vidas. En medio de aquella atmósfera de violencia, no es extraño que se encargara a una delegación de científicos, como tarea prioritaria, el acopio de materiales inflamables: petróleo, azufre, dinamita, resina, además de diversas cantidades de explosivos que, junto con todo lo anterior, podrían servir para reducir París a cenizas cuando estuviese a punto de caer.

Y lo que es peor: bombas de gas, diseñadas para asfixiar; y también se fabricaron otras que rociaban con ácidos, aunque éstas eran aún de limitada eficacia. Se crearon unos anillos, cada uno con una bolsita de goma llena de veneno que, por medio de una diminuta aguja hueca, podían ser utilizadas por los prisioneros contra sus captores: un simple arañazo bastaba para matar. En realidad, las cantidades de estos artefactos fueron muy reducidas, pero, aunque resultaran de poco provecho, constituyen un símbolo que ilustra muy bien el desesperado estado de los comuneros.

Y aquellas dos personas del cuarto del sótano sentían la tensión en mayor medida que los demás. Sobre todo, Bertrand. El olor de la muerte a su alrededor le daba ganas de aullar. A veces, en su garganta se formaba un grito salvaje que intentaba ascender para salir al exterior, pero lograba ahogarlo a tiempo. Su mente no dejaba de repetirse: “Estoy curado. Estoy curado”, pero él sabía que no era así, y también sabía que la bestia de su interior se mantenía a buen recaudo sólo a expensas de Sophie.

Se despertaba en plena noche y se decía: “¡Dame fuerzas, Señor! ¡Dame fuerzas!”. Repetía una y otra vez todos los fragmentos de oraciones que recordaba y pedía ayuda a todos los santos. Al final, desesperado, agarraba el cuchillo. Sophie dormía. Llegó un momento en que ella no siempre se despertaba ante las peticiones de él. Juntaba su cuerpo con ternura al de Bertrand y se movía lentamente, con los músculos relajados, como si actuase en sueños.
Él no tardó en sentirse insatisfecho. Entonces, se apoderó de él un diabólico deseo de acabar con aquellos pequeños sorbos y atacar la fuente principal, allí, en la parte más blanda del cuello, y tener de nuevo la sensación de verse inundado por un cálido fluido una vez que la sangre saliera a borbotones de la arteria carótida.

Terminaba moviendo la cabeza de forma frenética para sacudirse esos pensamientos.

—¡No, no! —gritaba, apretando los dientes—. ¡Oh, Dios! ¡Quítamelo de la mente!

Y toda la noche se convertía en una larga batalla para destruir un deseo que surgía sin cesar, más intenso después de cada caída. Una y otra vez intentaba aplacar su destructiva sed, pero la cantidad que se procuraba era insuficiente.

—La estoy matando poco a poco —bramaba—. ¡Mejor sería acabar de una vez por todas!

En una ocasión, de hecho, el ansia que sus dientes tenían por lanzarse sobre aquella garganta se hizo tan irrefrenable, que saltó de la cama, se vistió a toda prisa y salió a la calle. “Si debo hacerlo”, pensó, “que al menos no sea ella”.

A unas manzanas de allí atacó a un hombre. Sintió que sus manos y sus pies se despegaban del suelo e impulsaban su cuerpo por el aire. Sus dientes buscaban la garganta. El hombre se defendió sacando fuerzas que procedían de su propio terror. Bertrand dejaba escapar ahogados gruñidos y rugidos. La ropa le oprimía. Era consciente de haberse equivocado al ponérsela. Cuando se quiso dar cuenta, había caído sobre el resbaladizo adoquinado con una pesada rodilla que le presionaba el estómago y un puño que atravesó la protección de sus brazos para estamparse contra su cabeza.

Más tarde, cuando Sophie se despertó, lo primero que pensó fue que Bertrand había salido temprano con la intención de comprar algo para el desayuno. Pero, después de un buen rato, comenzó a preocuparse. ¿Se habría unido a su batallón en la lucha que entonces se libraba cerca del Porte Saint Claude? Mme. Labouvaye, la portera, no había visto a *Monsieur*. Sophie fue corriendo hasta el cuartel general del batallón. La tienda donde lo habían instalado estaba cerrada. Nadie sabía nada. Fue de un lado a otro, mirando en cada cantina, interrogando a cualquiera que tuviese aspecto de oficial. Siguió una docena de pistas erróneas.

Por la noche estaba exhausta, tanto mental como físicamente. Sus esperanzas renacieron cien veces, sólo para desaparecer otras cien. Finalmente, con los pies destrozados y hambrienta, aunque indiferente ante su condición, regresó a su cuarto. Mientras cruzaba el patio, tuvo la certeza de que él estaría dentro, esperándola. Pero la habitación se encontraba a oscuras y vacía, y el desorden era exactamente el mismo que ella había dejado.

Se convenció de que por la mañana tendría más suerte y se tumbó para descansar. Pero el sueño no llegó. Echaba de menos el otro cuerpo a su lado. Echaba de menos la seguridad de la presencia de Bertrand. Hizo lo que llevaba meses sin hacer: moldear formas terroríficas a partir de la oscuridad, poblar las sombras de figuras agazapadas y a punto de saltar sobre ella. Podía verlas moverse para ocupar los lugares más adecuados, esperando el momento de lanzarse sobre su garganta y matarla. ¿Por qué no estaba allí Bertrand para protegerla?

—¡Bertrand, Bertrand! —gimió.

¿Acaso ya no volvería a verlo? ¿Había llegado el fin? ¿Terminarían en tumbas separadas? Entonces, ¿a ella la iban a enterrar realmente en el cementerio judío? Y, por lo tanto, ¿se haría realidad la imagen con la que tanto había soñado? Sus padres llorando ante el ataúd. Barral jurando venganza. Ella oía aquel llanto. Sí, casi era capaz de oír las palabras de Barral. Y ahora ya la habían bajado hasta el fondo de la fosa. Oía, sí, ahora lo oía, lo oía con toda nitidez, la tierra que caía palada a palada sobre la tapa que la cubría.

Se incorporó en la cama, aterrorizada. El sudor le cubría todo el cuerpo. Respiraba con ansiedad.

¡Qué estúpida! No era más que algún vecino andando por la habitación de arriba. Algún obrero con sus recias botas claveteadas.

Oyó otro ruido. Por fin volvía a casa Bertrand. ¡Por fin! ¡Gracias a Dios! Los pasos se fueron haciendo más audibles. Ella estaba a punto de gritar "¡Bertrand!". Entonces los pasos se desviaron, fueron desvaneciéndose por un largo pasadizo adyacente. Desaparecieron.

La abrumadora oscuridad la envolvió de nuevo. Se levantó y encendió la vela. Sólo quedaba un pequeño cabo y no tardó en apagarse. El candil tenía una mecha que ya no podía reavivarse. Además, el combustible se había consumido hasta dejar poco más que una mancha en la base.

La vela emitió sus últimos destellos. Sophie sólo tenía unas cuantas cerillas y tuvo que dosificarlas, encendiéndolas en largos intervalos. Era inevitable que se le acabasen. Pero, de algún modo, se quedó dormida. En sus manos húmedas y calientes, las cabezas de azufre de las cerillas se reblandecieron y se fusionaron. Se despertó por la mañana con una masa de sustancias químicas malolientes adheridas a la palma de la mano. No había ni rastro de Bertrand.

Lo cierto es que lo habían arrestado. Como era soldado, y su captor también, el caso se iba a decidir en un consejo de guerra.

Aymar, mientras paseaba aquella mañana, se encontró con el coronel Gois. Aymar lo felicitó.

—Hace unos días me enteré de que lo han nombrado presidente de un nuevo consejo de guerra.

—Da la casualidad —replicó Gois— de que estamos a punto de tener la primera sesión. Tenemos que juzgar varios casos de interés. Algunos traidores, un loco que trató de morder a un camarada...

En ese momento, Aymar lo interrumpió.

—¿Un loco que intentó morder a un camarada?

—No conozco el caso —explicó Gois—, pero, si le interesa, venga conmigo. Por el camino, el coronel le reveló a Aymar sus intenciones: restablecer la severidad de los tribunales revolucionarios.

—¿Qué sentido tiene un consejo de guerra si se convierte en un simple foro de absoluciones? —se lamentó—. Los consejos de guerra han perdido su carácter revolucionario de juicios rápidos y duros, y la culpa es del público que asiste a las sesiones. Deberíamos llevarlos a cabo a puerta cerrada y matar a cinco inocentes antes de permitir que escape un solo traidor. Le garantizo que nuestros reveses militares se acabarían de inmediato.

» Sí —continuó—, el error fue abolir la guillotina. De ese modo, nos deshicimos del instrumento más valioso que los revolucionarios hayan tenido a su disposición.

No prestó especial atención al interés de Aymar hacia el loco que iban a juzgar aquella tarde. Quizá tenía otros temas en mente. Los cientos de sábanas, fundas de almohadones, etc., todo del más elegante tejido de damasco, y los lujosos muebles, etc., que había hecho transportar hasta Londres para tener allí unos ahorrillos en caso de que la Comuna sucumbiera. O puede que estuviera pensando en sus especulaciones con el ajo, del que había una enorme carestía. ¿O quizá

estas historias no pasan de ser meras invenciones anticomuneras? ¿Quién puede asegurarlo? Lo cierto es que sus amigos demostraban muy poco respeto por todo lo que tuviera que ver con él, excepto por su garganta, que era capaz de admitir sin rechistar todo el coñac que le cayera, que, todo hay que decirlo, no era poco.

Se puso a toquetear sus papeles con aire ausente y, por fin, proporcionó a Aymar un pase para ver al loco: "Se le permite al ciudadano Galliez comunicarse con el ciudadano Bertrand Chaillet, detenido por la corte marcial en la prisión del Cherche-Midi"; se lo firmó y se lo entregó a Aymar, quien, al ver el nombre, ahuyentó todas sus dudas.

"Sólo con añadir una *h* a la *c* ha logrado ocultarse de mí", pensó. Después se expresó en voz alta:

—Le podría contar muchas cosas sobre este hombre. Quisiera escribir un breve informe para usted.

—Será bien recibido —agradeció Gois—. Pero no creo que nos podamos detener mucho en el asunto. Me gusta mostrar clemencia en esos casos, para compensar mi severidad con respecto a temas de mayor trascendencia.

Aymar fue enseguida a ver a Bertrand. Un guardia nacional le guió hasta una pequeña sala que no había sido construida para hacer de celda. Dentro, sentado sobre un camastro, estaba Bertrand, sus rasgos casi irreconocibles debido a los manchones color púrpura de la cara. Le habían inmovilizado los brazos con una camisa de fuerza. Estaba cabizbajo y no cambió de postura.

—Bertrand —dijo Aymar en voz baja.

—¿Eres tú, tío? —preguntó Bertrand, sin moverse.

—Bertrand —repitió Aymar, con tono compasivo—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Déjame aquí. Quiero morir.

—¿Dónde está Mlle. de Blumenberg?

—No lo sé. No quiero saberlo. No debo volver a verla nunca más. Ya he hecho suficiente daño en mi vida.

—¿Se encuentra bien?

—Espero que sí. Aunque lo que sí sé es que he arruinado su vida. ¿Recuerdas cuando solías darme carne cruda que chorreaba sangre y me decías que era para la anemia? Bien, ahora sé que aquello no era más que una estratagema. Pero no funcionó.

—¿Qué intentas decirme? —le preguntó Aymar. Bertrand le explicó en pocas palabras el sacrificio que Sophie hacía por él. Y concluyó con lo siguiente:

—No intentes salvarme de nuevo y no dejes que Sophie se entere de que estoy aquí, porque no me fío de mí mismo. Lo mejor es que muera.

—Hace tiempo que no tengo intención de salvarte. Más bien al contrario. Si en Picpus no me hubieras asegurado que te habías curado, no te quepa duda de que te hubiese hecho acabar donde estás ahora. Y haré lo que esté en mi mano para que esta vez no escapes. Adiós, Bertrand.

—Adiós, tío —se despidió el chico, que seguía sin alzar la vista.
A Aymar aquella situación le encogía el corazón. ¿De verdad iba a ser capaz de dejarle así? No sólo sacrificaba a Bertrand, sino todas las horas que había dedicado a su educación, todos los años de instrucción. ¿Es que podía uno olvidarse por completo de aquello y separarse así, con tan pocas palabras?

—¿No hay nada que pueda hacer por ti?

No hubo respuesta.

—¿Quieres que le entregue algún mensaje a Sophie?

Bertrand negó con un enérgico movimiento de cabeza. Después habló:

—Despídeme de Françoise. Ella siempre fue buena conmigo. Y de mi madre, si es que la vuelves a ver.

Aymar, con los ojos húmedos por las lágrimas, salió cojeando y tomó un taxi para volver a casa. “Sí, acabemos de una vez” pensó, y se puso a trabajar de inmediato en la elaboración de un informe que inculpara a Bertrand.

En un principio se había propuesto limitarse a un rápido esbozo de los crímenes en que el joven estaba implicado. No pretendía realizar más que un bosquejo. Pero se dejó llevar por la subjetividad y permitió que los sentimientos personales intervinieran en el informe. Era algo ridículo y se sentía avergonzado por ello. Pero llevaba demasiado tiempo incubando aquellas ideas. Le estallaban en medio de las frías frases con las que hubiese querido moldear la aséptica narración de una carrera criminal. Pero, le gustara o no, se vio arrastrado por una corriente de emociones que lo transportó hasta una encendida arenga, repleta de inapropiada retórica, aunque, por otro lado, una retórica completamente natural, ya que fluía desde la punta de su pluma como si hubiese nacido allí y no en su cerebro.

Y, a medida que avanzaba, su tratamiento del asunto iba siendo cada vez más encendido. Se descolgó con comentarios blasfemos para las mentes de la Comuna; desarrolló argumentos que en aquel momento histórico eran pura herejía. No tardó en dejar de lado cualquier temor y en lanzarse a escribir con todo el fuego y toda la energía de que fue capaz. Después de todo, tenía que esforzarse por cambiar un aspecto del proceso. El coronel Gois había dicho: “Me gusta mostrar clemencia en esos casos, para compensar mi severidad con respecto a temas de mayor trascendencia”. No debía permitirlo bajo ningún concepto. Bertrand tenía que ser condenado a muerte. Con ese objetivo, Aymar hizo alarde de todas sus investigaciones, intentó demostrar que el castigo de la hoguera administrado por la Iglesia no había de ser rechazado como simple crueldad medieval, sino que debía analizarse como un método que poseía grandes ventajas.

“Los grandes pasos que en nuestra generación se han dado para conquistar el mundo material no deben conducirnos al engaño de que, una vez que hayamos sondeado el mundo físico hasta sus últimas profundidades, eso nos dará la completa información de todo lo que hay que explicar. Los científicos de tiempos antiguos lucharon con denuedo por penetrar en las honduras del mundo espiritual y sus éxitos y sus logros ni mucho menos han caído en el olvido.

» Quién es capaz de valorar lo que les debemos a esos audaces sacerdotes de la antigüedad que se internaron en la amenaza de los bosques druídicos y, campana y libro en mano, con el oscilante incensario, exorcizaron a los espíritus de la espesura, desterraron a los demonios familiares, expulsaron a las fuerzas elementales, hicieron huir a los monstruos y a los diablos de la antigua Galia? ¿Quién es capaz de valorar la deuda que tenemos con ellos por acabar con todas las bestias extrañas y antinaturales que en tiempos lejanos se agazapaban en la oscuridad de cada grieta y cada hueco, bajo los helechos y las rocas cubiertas de musgo, aguardando para abalanzarse sobre el incauto caminante que no había pasado a tiempo? No todos aquellos monstruos eran igualmente malvados, pero todos ellos constituían penosas interferencias en el destino del hombre.
» Si hoy en día el viajero solitario puede caminar sin temor por las sombras nocturnas de los silenciosos bosques de Francia, ¿es acaso gracias a la vigilancia de nuestra policía? ¿Es quizá porque la ciencia nos ha enseñado a no creer en fantasmas y en monstruos? ¿O no será más bien obra de la Iglesia, que después de un milenio de batallar consiguió, tras un enorme esfuerzo, liberar el ambiente de su carga de terror oculto y así permitir el completo desarrollo del ego humano? Nosotros, quienes hemos disfrutado de los beneficios de aquella obra, no debemos dejar que el orgullo nos tape los ojos ante nuestra deuda. En el futuro, pensadores más preclaros me darán la razón.

» Sí, si hoy nos sentimos a salvo de los terrores diabólicos que afligieron a las ignorantes gentes de tiempos pasados, no nos enorgullezcamos como si hubiésemos superado un simple miedo infantil. Analicemos el asunto sin prejuicios.

» El mal existe. Y el mal alimenta el mal. Los horrores y las crueldades de la historia se dan la mano desde tiempos inmemoriales. Un crimen engendra otro; no, lo multiplica. Quien comete un crimen, infecta a los demás. Los de su calaña se reproducen como las moscas. Si nada se opone a esa plaga, acabará haciendo del mundo un hervidero de corrupción.

» Juzguemos con la mayor severidad posible. Se dice que la Iglesia Católica quemó a 300.000 brujas, hasta que el mundo exclamó, horrorizado: “¡Qué absurda superstición! ¡Las brujas no existen!”. Y claro que ya no existían. Dejaron de existir para siempre.

» Pero ahora se han quitado los barrotes, se han abierto las puertas de par en par, y los monstruos de antaño, bajo nuevos disfraces, pronto poblarán el mundo. Los modernos terrores no acecharán en el bosque, sino que caminarán por la plaza del mercado; no atacarán a caminantes solitarios, sino que se aferrarán a la garganta de naciones enteras. Habrá guerras como nunca ha visto el mundo, y crímenes contra la especie humana con los que nadie ha soñado aún. Y la oscura sangre de la vida fluirá en cascadas, y los gritos de aquellas 300.000 brujas no serán más que el piar de los pájaros comparado con los lamentos de la humanidad agonizante”.

Rojo por el esfuerzo, ya que había estado escribiendo a gran velocidad para terminar antes del juicio, y rojo también por lo violento que se sentía al haber expuesto a la luz secretos rincones de su corazón, salió corriendo en dirección al edificio habilitado para los consejos de guerra, en la esquina de la calle du Cherche-Midi y de la calle du Regard.

Vio al coronel Gois, pero estaba ocupado. Eran más de las siete y la sesión debía comenzar a las nueve de la noche. El coronel cogió el informe de Aymar, le hizo algunas preguntas que Aymar

esquivó lo mejor que pudo con la respuesta “Lo encontrará todo ahí”, y, tras asegurarle el coronel que leería el documento, se fue.

Bueno, ya estaba hecho. Si había sido un error, ya era irreparable. Y había más consuelo en esa certeza que en seguir cavilando si llevarlo o no a efecto. Sintiéndose aliviado, Aymar tomó asiento en la enorme y anodina sala en la que pronto se celebrarían los juicios. Por el momento, el lugar permanecía vacío. Unas cuantas lámparas suspendidas del techo trataban de imponerse a la penumbra. Las sombras retrocedían ligeramente y se reagrupaban en los rincones, como para reponer fuerzas y regresar en forma de enjambre de murciélagos que quisieran ahogar las tenues luces.

Varios soldados de la Guardia Nacional, con la bayoneta calada, se ocupaban de que el público, que comenzaba a llenar los bancos, se sentara de forma ordenada. Las damas, ataviadas con caros vestidos, se pusieron en primera fila.

Por último, entró Gois y comenzó la vista de los distintos casos. Asuntos de poca monta: robos, faltas de consideración, peleas. Después llegó el plato principal de la noche. Jean-Nicolas Girot, capitán del 74°, acusado de insubordinación por el jefe de escuadrón. Los abogados expusieron sus alegaciones. Luego habló Girot.

Admitió los hechos. Su compañía llevaba de servicio tres días bajo el fuego enemigo en el Porte Maillot. Se les había prometido un relevo. Los hombres estaban agotados por el esfuerzo y por la falta de comida. Sin embargo, una vez relevados, y apenas iniciada la marcha, les ordenaron regresar.

—Mi conciencia —concluyó Girot— me decía que tenía derecho a desobedecer. Como jefe de mi compañía, me atribuí esa responsabilidad.

El presidente Gois suspendió la vista por unos momentos y deliberó con los jueces ayudantes. Al poco tiempo, anunciaron el veredicto, que Gois leyó en voz alta. Se trataba de una serie de *Dado que... dado que*, es decir:

—Dado que el acusado admite los cargos; dado que el pasado político del acusado, no importa cuán glorioso sea —Girot era un republicano de solera— no puede servir de excusa por incumplir las obligaciones militares con las que se ha comprometido, etc., etc., declaramos al acusado culpable por haberse negado a avanzar contra los rebeldes armados de Versalles.

» Por consiguiente, este tribunal, tras la obligada deliberación, impone al Ciudadano Girot, Jean-Nicholas, la pena de muerte, que se ejecutará en...

El condenado interrumpió con su potente e impertinente voz la lectura de Gois:

—Gracias, caballeros.

Se trató un nuevo caso de inmediato para evitar que el público se manifestara. Y es que, una vez que se invitaba al público a manifestarse, se lo solía tomar muy en serio. Era más de medianoche cuando le tocó el turno a Bertrand. La sala, para entonces, se había convertido en un horno. Las lámparas echaban humo. El aire era agobiante. Los espectadores se agitaban, algo impacientes. Al ver a Bertrand no se conmovieron lo más mínimo. No había nada desacostumbrado en él, ni

su avergonzada expresión, ni las manos atadas a la espalda, ya que le habían quitado la camisa de fuerza.

El caso se despachó con rapidez. El único testigo, con los brazos vendados y el rostro lleno de cortes de dientes y uñas, fue llamado a declarar. Después se lo pidieron a Bertrand, pero se negó. Ambas partes, tras previo acuerdo, habían prescindido de abogados, razón por la cual el tema quedó zanjado enseguida.

Tras una corta deliberación, el presidente Gois se levantó para hablar. El corazón de Aymar empezó a latir con fuerza al ver que el presidente tenía en la mano el informe de Aymar y parecía que iba a leerlo; y, en efecto, leyó algunos pasajes, pero de un modo que alteraba punto por punto las intenciones de Aymar.

—Nos hallamos —concluyó, tras un breve y sucinto sumario de los hechos aportados por Aymar— ante un caso que en otros tiempos hubiese acabado en la hoguera. La Iglesia Católica, damas y caballeros, quemó a trescientos mil seres humanos que se encontraban en esta situación. ¡Piénsenlo! Trescientas mil personas cuyo único crimen era el de estar afectados por una enfermedad, personas que, por lo tanto, debieron haber caído en manos de médicos competentes y no en las de los verdugos. La Comuna, iluminada y guiada por la ciencia, no tiene intención de confundir los desórdenes físicos o mentales con una violación deliberada de las leyes de la sociedad. En realidad, el objetivo de la Comuna es el de tratar a todos los criminales como si fuesen enfermos y curarlos mediante la aplicación de los avances médicos y las medidas higiénicas. Y ese afortunado día llegará, una vez que los rebeldes de Versalles y sus aliados, los curas y los monjes, hayan sido exterminados.

» Es esa prole la que ha fomentado durante siglos la creencia de que sólo sus cruces y sus plegarias, sus cámaras de tortura y las llameantes piras de leña de sus hogueras podían mantener a raya al diablo. Y este joven, inducido a creerse un perro enloquecido por no sé qué enfermedad, se hubiese convertido para ellos en una clara prueba de la existencia del demonio y de lo necesarios que son el clero y la aristocracia para mantener al Maligno a buen recaudo.

» Nosotros afrontamos los problemas de otro modo. Aquí no existen intereses creados que busquen oprimir a un pueblo y mantenerlo sometido por medio de la ignorancia y la superstición forzosas e inculcadas con habilidad. Aquí está el progreso, la libertad y la inteligencia. Este tribunal, por lo tanto, acuerda lo siguiente: “Dado que el acusado sufre una enfermedad que le hace enloquecer en ocasiones; dado que muestra, con su actual comportamiento, que su violencia es solamente temporal; dado que este tribunal no juzga más que crímenes y no se propone curar la enfermedad mediante la cárcel o la ejecución, este tribunal, por tanto, decreta que el acusado sea entregado a la enfermería de la prisión de La Santé para recibir tratamiento y ordena que permanezca allí bajo custodia hasta su restablecimiento.

» Leído en la audiencia pública del consejo de guerra..., etc.

—¡Hablar, hablar, hablar! —farfulló Aymar, malhumorado al ver sus propias palabras citadas en su contra—. Se habla de una forma y luego se habla de otra. Sólo palabras, palabras, palabras para discutir, pero luego ninguno de nosotros sabe nada.

La verdad es que hubo mucho de que hablar aquel día. Esa misma noche, en el Hôtel de Ville, el "Americano" Cluseret, que había sido la cabeza visible de los asuntos militares, compareció ante un tribunal acusado de alta traición. Parecía que en aquel juicio no se deseaba llegar a una conclusión clara. El comité, formado con el propósito de juzgar a aquel revolucionario profesional que había puesto su espada al servicio de una docena de guerras, en numerosos países tanto del viejo como del nuevo mundo, estaba inclinado, en su mayor parte, a dejar libre al general, pero se encontraba incluso más deseoso de aprovechar la ocasión para atacar a la minoría que había presentado cargos contra él.

Hubo oradores que discurseaban sin cesar, hubo discusiones interminables. Se tuvo que volver a revisar cada uno de los detalles que ya se habían examinado a lo largo de las últimas semanas.

Ya era tarde: última hora de la noche. Hablaba Vermorel. Declaró que el proceso había demostrado la falsedad de las acusaciones contra Cluseret, pero "la facilidad con que es posible arrestar a un jefe militar cuando parece actuar contra nuestra causa es lo que este juicio tiene de importante. Eso, en mi opinión, es uno de los mejores síntomas de la solidez de la Comuna, ¡la mejor prueba de su fuerza!".
Un hombre nervioso y pálido había entrado en la sala. En la mano llevaba un telegrama y esperaba con impaciencia a que Vermorel acabase, pero, como éste daba toda la impresión de tener todavía mucho discurso por delante, el hombre, molesto, gritó:

—¡Termine ya!

Todo el mundo se volvió hacia el que había interrumpido de forma tan grosera. Era Billioray, miembro del Comité Central. En cuanto se hizo el silencio, ordenó que todos los militares de baja graduación salieran y que se cerraran las puertas. Entonces, leyó el telegrama. Procedía del general Dombrowski y anunciaba que las tropas de Versalles habían abierto una brecha en las defensas de la ciudad y entraban en ella sin cesar.

El juicio se reanudó, pero los oradores tenían la cabeza en otra parte. Ya no hubo intervenciones de gran duración. Varios alegatos breves pusieron fin al asunto y se llegó a la votación. El resultado fue de veintiocho contra siete, a favor de la inmediata puesta en libertad. Se llamó a Cluseret para que estuviera presente en la lectura de la decisión.

Él creyó necesario decir unas palabras, pero nadie se quedó para escucharlas. La sala se vació. Los días de hablar, hablar, hablar, habían terminado. Los miembros del Comité Central salieron a la noche de la ciudad. Algunos pensaban en su familia o en sí mismos: éstos se dieron prisa en ponerse a salvo en los barrios más seguros. Pero otros, heroicos hasta el final, fueron a supervisar la construcción de barricadas y se encaminaron hacia la última y desesperada resistencia para morir por sus ideas.

CAPÍTULO DIECISIETE

Más adelante, Aymar realizó varios añadidos a su escrito sobre Bertrand Caillet, conocido como Bertrand Chaillet, del 204° Batallón de la Guardia Nacional. Aquí se ha citado, en otro momento, parte de uno de ellos, donde se defendía que la proclamación de la Comuna estuvo motivada por una especie de enfermedad contagiosa. También son de gran interés los párrafos siguientes:

"Después del juicio y de la condena de Bertrand, el coronel Gois me devolvió el manuscrito.

» —*Mon cher* M. Galliez —me dijo—, en esta tesis incluye usted ideas que hubiera sido mejor no expresar, y por esa razón se lo devuelvo. Destrúyalo. Estas cosas son peligrosas.
» Yo le contesté con frialdad, porque la manipulación que había hecho de mi trabajo me había molestado bastante y, además, aquella reprimenda de maestro de escuela era hurgar en la herida.

» —Parece que le ha sido de gran utilidad —señalé—, pero tiene razón. He comprobado por mí mismo que la Comuna teme a las ideas. Sin embargo, nunca he dejado que la cobardía me impida ejercer esa libertad de pensamiento y de expresión que una Comuna más antigua, y de mejores logros, nos procuró en otro tiempo[56].

» Para mi sorpresa, ya que conocía bien su intransigencia, él sonrió y me pasó el brazo por los hombros.
» —Vamos, Aymar, usted no se cree en serio todo lo que ha escrito ahí, ¿verdad que no?

» A decir verdad, ni me lo creía ni me lo dejaba de creer, así que respondí de un modo evasivo:
» —¿Y qué si me lo creo?
» —Mmm. —murmuró él—. ¿Y se va a hacer usted sacerdote?
» —Puede —respondí.

» —¿Usted? ¿Aymar Galliez? ¿Con una sotana y una cruz colgándole por la tripa? No, no puedo creerlo —se burló.
» Intercambiamos algunas opiniones en una discusión bastante amigable. Sabedor de que yo era de los suyos, no tenía intención de mostrarse demasiado severo, pero me aconsejó que tuviera cuidado en cuanto a hablar a destiempo. De hecho, él mismo era un hombre peligroso, y uno de los que he terminado considerando como contagiado por Bertrand, algo que no iba a tardar mucho en demostrar.

» Entonces no podía ni imaginar que vería a aquel hombre vestido con sotana, y con una cruz colgándole por la tripa, antes de que yo me encontrara en esa situación".

Tras esta tajante conclusión acerca del destino de Gois en el informe de Aymar Galliez, éste pasa a explayarse gustoso en lo que se refiere a la historia de los últimos días de la Comuna, de los que realizó una meticulosa compilación.

[56] Se refiere, obviamente, a la Comuna surgida en París tras la toma de la Bastilla, en la Revolución Francesa. (N. del T.)

El lector recordará que el delegado de la ex Jefatura de Policía había arrestado a muchas personas, sobre todo miembros del clero, para retenerlos en calidad de rehenes. Existía la pública y ampliamente aireada amenaza de que la Comuna de París mataría a dos rehenes por cada uno de los suyos que fusilara el gobierno de Versalles.

El principal objetivo de la Comuna, no obstante, parecía ser el de intimidar a Adolphe Thiers para que les entregara a Blanqui, que estaba prisionero de los versallistas. El cautivo arzobispo de París, amenazado de muerte si no les devolvían a Blanqui, escribió una carta a Thiers en la que suplicaba que hicieran un intercambio entre él y Blanqui. Entre otras cosas, decía que Blanqui, el comunista, no tenía influencia alguna en la Comuna, y que no debían temer nada en absoluto, porque la Comuna no seguía ninguna de sus ideas. "Si llegara a unirse a la Comuna, lejos de servirles de ayuda, no sería más que un nuevo elemento de discordia entre ellos".

Pero Thiers se negó. Los esfuerzos del embajador estadounidense fracasaron, al igual que los de otros muchos. Algunos comuneros sostenían que Thiers quería muerto al arzobispo para alzar a la población en contra de la Comuna. Es algo que parece improblable, y, en caso de ser así, la Comuna lo tenía muy fácil: con no matar al arzobispo, todo solucionado. Pero quizá era demasiado tarde para practicar la clemencia. El ejército de Versalles avanzaba sobre París. Tomaron una de las puertas de entrada, los soldados llegaron en grandes cantidades, se levantaron barricadas. Después se desataron las feroces luchas por las calles de la ciudad. Cada ventana podía ocultar a un comunista con un arma, luchando como una rata arrinconada. Aquella última semana fue una semana sin piedad.

Tras un derramamiento excesivo de sangre se produce algo similar a la embriaguez. Las multitudes parisinas, hartas de los interminables asesinatos, clamaban, pero clamaban pidiendo más sangre; como un borracho que, ahíto de licor, yace bajo la mesa vomitando y en un estado lamentable, y todavía desea otro trago y otro más.

El 24 de mayo, al tercer día de luchas callejeras, a la prisión de La Grande Roquette llegó un pelotón de fusilamiento solicitando seis rehenes, entre los que se encontraba el arzobispo, para ejecutarlos de inmediato. ¿Con qué finalidad? Ya era demasiado tarde para un dramático llamamiento a Versalles pidiendo la liberación de Blanqui. Era el fin. El ejército de Versalles, enroscándose como una pitón, aplastaba lentamente a la Comuna hasta asfixiarla. Los flancos de la ciudad se desmoronaban. Por el aire sobrevolaba la muerte. "Mientras aún tengamos en nuestro poder al arzobispo, ejecutémoslo. Mañana puede ser demasiado tarde". Así pensaban los comuneros. El día 25, Clavier, el comisario que se había hecho cargo del caso Picpus, fue a sacar al banquero Jecker de su celda. El director de la cárcel quiso que le presentaran una orden antes de dejar salir a Jecker. Clavier no la tenía, pero, al ser de natural complaciente, redactó una sobre la marcha y además la firmó. El director admitió el documento a punta de pistola y consideró el doble argumento sobradamente válido. El banquero, sospechoso de haber amasado y ocultado una fortuna millonaria, en realidad se había arruinado con las operaciones especuladoras mexicanas llevadas a cabo por sus socios, ya que no existe más lealtad entre la casta de los capitalistas que en cualquier otro estrato de la sociedad, aunque sí posean más poder tanto para lo bueno como para lo malo.

Clavier salió andando con su prisionero y, después de un buen paseo, halló un lugar adecuado y tranquilo, situó al cautivo contra un muro y, mientras éste suplicaba con un hilo de voz que no le

hicieran sufrir demasiado, se dio la orden de disparar. Unos cuantos muchachos de la zona se divirtieron dando patadas al cadáver.

Curiosamente, los tiros llegaron a los oídos del coronel Gois, que por casualidad pasaba por una calle de las proximidades. Aquello le pareció una especie de caza furtiva dentro de su territorio particular, ya que él era la máxima autoridad en lo que a consejos de guerra se refería. Los dos personajes mencionados acordaron aunar fuerzas.

Clavier y Gois comieron juntos y después se citaron para dirigirse una vez más a la prisión de la Roquette. Los revólveres salieron de las cartucheras y hubo una lista de solicitud de presos. El director ya había aprendido la lección y accedió en el acto.

Gois leyó los nombres en voz alta hasta un número de cincuenta, diez de ellos clérigos (cuatro eran monjes detenidos en la pantomima de Picpus), y cuarenta, guardias y agentes de los tiempos del Imperio. Cincuenta. Eso era todo lo que quería. No tenía hombres para ocuparse de más.

En la cárcel se desató una enorme conmoción. Los presos habían visto ya a siete de ellos encaminarse a la muerte y estaban aterrorizados. Para tranquilizarlos y de ese modo evitar que opusieran resistencia, los guardias aseguraban una y otra vez que se trataba de un simple traslado de prisión. Muchos lo creyeron.

—Os vamos a llevar a la junta municipal de Belleville, porque aquí no hay suficiente pan para tantos prisioneros.

Además, el que hubieran llamado a tantos era un indicio de que decían la verdad. Uno, incluso seis, podrían situarse ante un pelotón de fusilamientoto, pero, ¡cincuenta!...

Los carceleros, al ir recorriendo las celdas, abrieron muchas de presos que no habían sido nombrados. Esto fue debido a que varios de los vigilantes más antiguos habían huido, y los hombres que quedaban no conocían bien la prisión. De esa forma pudo salir Jean Robert. Había cumplido condena hacía tiempo, pero seguía en la cárcel. Por eso, aunque no había oído su nombre, tuvo la excelente idea de abandonar la celda como si fuera uno de los elegidos. Quizá estuviese ante una ocasión para escapar. Llevaba meses sin noticias de su familia. Vio a los hombres recoger sus efectos personales en hatillos. Él sólo tenía que llevarse el abrigo, su única posesión, y salir de allí.

No se hizo ningún esfuerzo para controlar a los prisioneros. Únicamente los obligaron a alinearse a empujones y les hicieron desfilar al ritmo del pífano y el tambor. Algunos iban con lo puesto. Pero la mayoría había tenido tiempo para vestirse y llevarse unas cuantas cosas envueltas en un trapo. Los presos que habían sido guardias de París en los días del Imperio marchaban orgullosos y marciales. Los curas iban detrás, arrastrando los pies y con la dificultad añadida de la sotana. Andaban rodeados de *Fédérés*, los hombres de la Guardia Nacional adscrita a la Comuna, con las armas preparadas... Jean Robert, con los miembros entumecidos por sus años de cochero y los meses de cárcel, caminaba entre los clérigos.

Lo primero que soprendió a Robert fue la multitud de gente que se situaba a ambos lados de la calle. Los gritos de ira, los trozos de verduras que les llegaban volando y, al mismo tiempo, las patadas y los puñetazos. ¿Qué era todo aquello? ¿Por qué les chillaban "¡Muerte a los rehenes!"?

—¿Adónde vamos? —le preguntó al monje que caminaba junto a él.

—Al Gólgota —fue su seca respuesta, tras la cual volvió a musitar sus plegarias.

El cochero, a pesar de llevar trabajando años en Paris, no recordaba ningún lugar con ese nombre. Le hubiera gustado recibir más información, pero no se atrevía a interrumpir de nuevo las oraciones del monje.

Los guardias, temiendo que la muchedumbre se hiciera con los presos para llevarlos antes de tiempo a la muerte, lograron refuerzos de una barricada defendida por el 74° Batallón. Desde ese momento, el camino se hizo más tranquilo. La columna avanzaba por la calle de París y dobló por la calle Haxo, escoltada por una enorme masa de gente que no dejaba de crecer.

—No podré huir. Bueno, entonces me tocará conocer otra cárcel —se resignó Jean Robert, hablando consigo mismo y lanzando un suspiro. Lo cierto era que cada minuto que pasaba había más hombres armados, más niños que se unían a la marcha. Cada prisionero era observado en todo momento por cien pares de ojos. Jean Robert se encogió todo lo que pudo. ¿Qué sucedería si se enteraban de que él no debía estar en el grupo y lo excluyeran? Hasta un traslado de prisión era una novedad con la que uno podía alegrarse.

En ese momento, toda la columna atravesó por un largo y amplio pasadizo abovedado que los condujo a un patio y, después de pasar junto a varias casas pequeñas, salieron a un lugar que era, por una parte, un jardín ornamental, y por otra, una huerta. Amontonaron a los presos contra el muro del fondo. La gente que había conseguido entrar allí no dejaba de clamar por la muerte de los rehenes.

El lento cerebro de Jean Robert empezaba a comprenderlo todo. La escolta de la Guardia Nacional los había protegido de la brutalidad de la multitud para que llegaran a ese lugar y allí morir a la manera militar. Sorprendido, gritó:

—Pero, ¡nos van a fusilar!

El pánico se apoderó de él clavándole sus garras de acero en el corazón. Hizo un movimiento para salir corriendo.

Un guardia, con una expresión distraída y distante en el rostro, lo empujó sin miramientos para que regresara al muro y lo mantuvo allí con la culata de su arma mientras seguía con la cabeza en otro sitio.

—Pero, ¡Yo no soy culpable! Soy... —gritó Robert.

—Ninguno de nosotros es culpable —declaró el joven monje con calma, e intentó hacerle con la mano un gesto de consuelo a Robert.

—Pero... —volvió a gritar Robert, y apartó con un gesto de fastidio aquella mano que pretendía obligarle a aceptar la muerte. Los ojos se le salían de las órbitas. Tenía un nudo tan grande en la garganta que no era capaz de hablar sin sentir un intenso dolor. Estaba babeando.

—¡No quiero morir! —chilló, en una explosión de violencia.

—Chisss —dijo el monje—. Todos debemos aprender a morir.

—Pero yo no quiero morir —gritó una vez más Robert. El terrible esfuerzo por hablar hizo que la frente se le empapara de sudor.

En el jardín, los soldados discutían acerca del fusilamiento. Algunos miembros de la Comuna hicieron un vano intento por detener el crimen, pero ya se había llegado demasiado lejos. El

público, que tanto tiempo llevaba espoleado por sus líderes para que exigieran sangre, se había contagiado de su ansia por asesinar.
—Vámonos de aquí —se susurraban entre ellos los miembros del Comité Central. Unos momentos más tarde, cuando comenzaron los disparos, allí no quedaba una sola autoridad importante a la vista.

Los guardias se separaron de los presos para incorporarse al pelotón de fusilamiento.

—¡Eh! —gritó Robert, a punto de echar a correr tras el guardia que estaba con él y que se alejaba— Yo no soy de los...

No pudo decir más. El guardia, ahora claramente molesto, le hizo volver atrás con un terrible golpe en el vientre. Robert se echó las manos a la tripa y abrió la boca al máximo para obtener el aire que sus paralizados músculos le negaban. Con un dolor espeluznante, clavó una rodilla en el suelo.

Y el guardia se fue, quitándose de en medio.

El monje, al ver a Robert arrodillado delante de él, se dio la vuelta con toda la calma del mundo y alzó los dedos:

—*Ego te absolvo ab omnibus*... La fórmula de la absolución.

Robert seguía tratando de respirar cuando comenzaron a disparar. Por el camino había diversos árboles frutales, con los frutos todavía muy verdes. Su espléndido follaje primaveral no tardó en quedar hecho trizas; sus ramas colgaban partidas y su corteza terminó agujereada y quemada. En los intervalos de silencio, cuando los soldados recargaban sus armas, el viento traía fragmentos de un vals desde un cercano campamento de soldados alemanes de ocupación, que se divertían al aire libre gracias al agradable tiempo que hacía.

Cuando ya las víctimas yacían en montones, se desenfundaron los revólveres y se administraron interminables tiros de gracia. Las bayonetas salieron a escena. Más adelante las autopsias descubrieron cuerpos con sesenta, setenta balas y, por lo menos, las mismas heridas de bayoneta[57]. Asimismo, muchos de los componentes del pelotón de fusilamiento sufrieron heridas, infligidas por algunos de sus descuidados camaradas. Una vez que la ejecución se consideró terminada, el coronel Gois y Clavier hicieron un recuento. Habían llamado a cincuenta hombres, pero allí veían cincuenta y un cuerpos. Gois se encogió de hombros.

[57] Estas desproporcionadas cifras tienen una explicación bastante lógica: los lamentos procedentes del gran montón de rehenes muertos y agonizantes no cesaba. Y era imposible saber de dónde venían los sonidos, de ahí que no hubiera más remedio que continuar disparando y pinchando hasta que hubo un silencio total.

—Está claro: hay uno de más[58].

No se detuvieron a investigar con más detalle el asunto. Había que darse prisa. Paso a paso, barricada a barricada, las tropas de Versalles iban arrebatando la ciudad a los comuneros.

Aún quedaban 315 rehenes en la cárcel de La Grand Roquette. Al día siguiente, un hombre llamado Ferré trató de lograr que salieran, dándoles a elegir: o iban al paredón, o luchaban en las barricadas. Pero la lucha en las calles próximas estaba tan cerca que tuvo que abandonar su intento y dejó casi todas las celdas de la prisión abiertas. La mayor parte de los presos creyó que estarían más seguros en la cárcel que en el exterior y, para asegurarse, se dedicaron a montar barricadas dentro del edificio. Algunos, en un acto de temeridad, escaparon y cayeron en manos de los comuneros, que los ejecutaron al instante. A la mañana siguiente, la infantería tomó el distrito y los rehenes fueron liberados.

Entonces dieron comienzo esos momentos tan semejantes a los cataclismos de la naturaleza, como los terremotos y las avalanchas, que las palabras parecen insuficientes para describirlos. Los comuneros en retirada habían prendido fuego a diversos edificios públicos. Grupos de hombres y mujeres destrozaban las mejores construcciones de los barrios, que tenían que ser evacuadas. Entre aquellas mujeres enloquecidas que iban incendiando lo mejor que había en París se encontraba Sophie de Blumenberg.

Aquel día, el que precedió a la llegada del fin, Sophie aún no había abandonado el 204° Batallón. Había cogido un par de botas de un cadáver.

Le iban bien a sus pequeños pies. De algún lugar, asimismo, había conseguido el chaquetón de un uniforme zuavo[59].

Unos días antes, el 204° había sido requerido para defender las barricadas del Distrito 9. El batallón casi fue exterminado en ese lugar, porque las fuerzas de Versalles levantaron una barricada en la retaguardia, en la calle Caumartin, y los acribillaron por donde se hallaban desprotegidos. Dieciséis de sus miembros cayeron prisioneros y fueron ejecutados instantáneamente a la vista de los escasos compañeros que habían logrado retroceder hasta otra barricada.

Los pocos supervivientes del 204° se encontraban ahora cerca de la junta municipal de la Place Voltaire, y hablaban acerca del suceso: no dejaban de hacerlo desde que había tenido lugar. Sophie, sin mostrar vergüenza alguna por su amor, seguía realizando indagaciones. Aunque nadie recordaba haber visto a Bertrand aquella mañana, añadieron su nombre a la lista de los muertos. Eso hacía el desastre más impresionante y más extenso.

---

[58] Ver *Laronze, Histoire de la Commune*, p. 625, y *Vuillaume, Mes cahiers rouges au temps de la Commune*, p. 116 y ss.

[59] Los zuavos eran soldados argelinos al servicio de Francia o soldados franceses ataviados como ellos. (N. del T).

—Muerto, como los demás —comentaban brevemente y meneaban la cabeza, como toda respuesta a las preguntas de Sophie. No intentaban tomarle el pelo. Su gran deseo, en ese momento, era descubrir cómo habían podido ser víctimas de una calamidad tan enorme. Les parecía imposible que su derrota fuese una consecuencia natural de los vaivenes de la guerra. Sospechaban de algún traidor. Y esa sospecha, después de haberse dirigido hacia diferentes personas, cayó finalmente sobre el capitán Barral de Montfort, que había dado la orden de que ocuparan aquella posición, que había especificado el emplazamiento de las barricadas, y que había dejado la de la retaguardia desguarnecida, obviamente a propósito.

En cuanto empezaron a hilar cabos con respecto a esa hipótesis, los hombres hallaban cada vez más razones válidas. Eran irrefutables. En primer lugar, la ascendencia y la conducta aristocráticas de Montfort, su afición a pavonearse a caballo y vestido con su uniforme azul y dorado, dando órdenes desde lo alto; todo ello eran pruebas convincentes de su conexión con Versalles. Por otro lado, sus lógicos celos de Bertrand, que probablemente lo habían arrastrado a la traición con el objeto de deshacerse de su rival. Por último, su insistencia aquel día, en un pequeño altercado entre oficiales, acerca de que las barricadas debían ser emplazadas aquí y allí y protegidas de tal o cual manera. Lo habitual es que casi no interviniera en las discusiones de estrategia militar.

A esto había que añadir una historia, que era cierta, y en la que muchos pensaron ahora por primera vez. Unos días antes, el capitán Barral de Montfort había visitado al ministro en la calle Saint- Dominique. Estaba algo bebido y de muy mal humor. Sus violentos ademanes obligaron a la guardia a blandir sus bayonetas e impedir la entrada al capitán. Montfort se puso realmente furioso. Cubrió de insultos a toda la guardia. Y, al darse cuenta de que eran del 204° Batallón, que él sabía que era el de Bertrand, se dirigió a ellos con un gran desdén:

—El doscientos cuatro, ¿eh? Parecéis una extraña pandilla de bribones. Este batallón necesita una buena purga.

A Sophie poco le importaba que hubieran diezmado al 204° en la Madeleine, pero el hecho de que Barral se hubiera librado de Bertrand de aquel modo le daba ganas de vomitar de dolor. Un dolor que tardó muy poco tiempo en alcanzar el grado de salvaje deseo de venganza.

El capitán Barral de Montfort tuvo la desgracia de pasar un día a caballo junto a la barricada del Boulevard Voltaire. Y Sophie, que lo vio la primera, lo señaló con el dedo y gritó.

—¡Ahí va el sucio traidor!

Él oyó su voz y dejó de hacer cabriolas con el corcel.

A gritos de “¡Matadlo! ¡Matad al traidor!”, una docena de soldados se le echó encima, y él se vio agarrado por un manojo de brazos que tiraron hasta hacerle desmontar. Lo echaron al suelo, lo voltearon, lo llevaron a rastras a la junta municipal, hasta que su hermoso uniforme no fue más que un montón de andrajos y los rasgos de su cara desaparecieron entre las heridas y la carne hinchada. Sophie, al verlo un instante entre la multitud, abrió la boca, horrorizada. Quería salir corriendo de allí, pero se contuvo.

—Se lo merece, ¡por traidor!

Se había olvidado por completo de que, durante meses, ella misma había estado ayudando a Barral exactamente en aquel tipo de traición.

La junta municipal estaba abarrotada de mujeres que cosían sacos terreros para las barricadas. Ferré y Genton, dos de los oficiales, decidieron que había que celebrar un juicio.

—Hay que hacer las cosas como es debido —gritaron, intentado hacerse oír en el tumulto. Llevaron al capitán a la plaza, atestada de soldados y de espectadores curiosos. Muchos no sabían lo que pasaba. Pero oyeron el grito de traidor y se unieron al alboroto.

Lleva su tiempo abrirse paso entre la muchedumbre con un prisionero al que todo el mundo quiere injuriar. El avance se vio obstaculizado por una larga fila de coches fúnebres, envueltos en banderas rojas, que subían la colina en dirección a Père-Lachaise.

—¡Ahora le toca a él! —gritó alguien. Y la impaciente multitud repitió la frase con cientos de variantes.

Genton y Ferré no se cansaban de repetir a los hombres que bloqueaban el paso:

—Hay que hacer las cosas como es debido. Debemos ser justos. La Comuna ha decidido que comparezca ante un consejo de guerra.

Aquella convicción, y la autoridad que Genton parecía poseer con el fajín escarlata alrededor de la cintura, permitieron a la comitiva y a su prisionero alcanzar por fin la plaza y llegar a la calle Sedaine.

Siete batallones habían improvisado su cuartel general en una tienda de aquella calle. Se organizó un consejo de guerra sin perder un minuto. El coronel Gois se puso al frente. Genton y Ferré asumieron el papel de asesores. Fue una simple parodia de justicia. No había la más mínima prueba que incriminara a Barral de Montfort. Habia sido vanidoso, sí; autoritario, también; y negligente, quizá; pero, de tener conexiones con Versalles, nada de nada.

Los jueces querían salvar a Montfort, a quien conocían bien, y cuyo primo, Edouard Moreay, era miembro del Comité Central y uno de los hombres importantes de la Comuna. Pero, de cara a las masas, no se atrevían a declarar su inocencia. Ni siquiera el prisionero hablaba; puede que no pudiera hablar. Tenía los ojos cerrados por heridas inflamadas; la sangre le corría por las comisuras de los labios y cerraba con fuerza la boca. Estaba sentado, impasible, en silencio. Sólo una vez murmuró algo, pero en un tono tan bajo que su voz apenas llegó hasta los jueces:

—Soy inocente. ¿Quién osa llamarme traidor?

Ninguno de los jueces le creía culpable. En realidad, estaban seguros de su inocencia y, siendo así, sabían que su obligación era no sólo haberlo dicho, sino también haberle proporcionado protección. No hicieron ninguna de las dos cosas. La verdad es que sólo lo declararon culpable de negligencia y ordenaron que fuera enviado a la barricada más próxima para tomar parte en la lucha. Uno de los asesores añadió, a modo de concesión a la multitud:

—Si da muestras de cobardía, se le propina un golpe en la cabeza.

La insinuación fue suficiente. Y la muchedumbre se ocupó de que se llevase a cabo. Lo dejaron por muerto, en una fosa, cubierto por el barro y las flemas que la gente le lanzó. La gente. La misma gente que sólo ocho semanas atrás había hecho arder la guillotina, en aquella misma Place

Voltaire, y había dado la bienvenida, con tremendas aclamaciones de júbilo, a la noticia de que los legisladores de la Comuna habían abolido la pena capital.

Pero el olor de la sangre estaba en el aire. La sensación de que la muerte se hallaba próxima despertaba lo peor que se esconde en el hombre. Las tropas de Versalles habían tomado toda la margen izquierda. Empezaban a rodear la parte de la ciudad que seguía en manos de la Comuna y, allí dondequiera que sus ataques se llevaban por delante una barricada, establecían sin perder un segundo sus propios instrumentos de metódica, despiadada y absoluta represión: consejo de guerra, ejecución sumarísima. Y el resultado de su venganza fue de 50 a 1.

En la crisis de la agonía de la Comuna era lógico que los más violentos se hicieran con las riendas de la acción, porque, en momentos así, los hombres más templados piensan en la retirada o se desesperan como la mayoría de la gente. La culpa de los incendios de París no puede recaer en uno u otro hombre concreto, sino en la Comuna en su conjunto; y también se puede considerar como excusa, si es que tales acciones pueden tener excusa, la enorme tensión del momento. Fue un error quemar los tesoros de París, valiosas bibliotecas, archivos irreemplazables. Fue un error, pero no porque esas cosas tuvieran ni la mitad del valor que se les atribuye, sino porque el fuego fue el mero gesto de un hombre derrotado al que el rencor lleva a golpear a los hijos de su adversario. Sí, si la quema de bibliotecas, museos, archivos, hubiera acabado con la pobreza, yo lo consideraría un gran negocio. Pero aquello no albergaba ningún valor simbólico ni real.

No obstante, los incendios se produjeron con cierta planificación. Teniendo en cuenta que los hombres eran necesarios en las barricadas, fueron las mujeres quienes se ocuparon de esa tarea. Se les proporcionó petróleo y antorchas que habían pertenecido a la policía. El trabajo era peligroso, pero muchas se presentaban voluntarias. Algunas iban atraídas por la paga de diez francos que se les daba. Entre ellas, la esposa de Jean Robert, el cochero Jean Robert, que se presentó en compañía de sus dos hijos (los que le quedaban de los cinco que tuvo), a quienes no podía dejar solos. Ahora que ganaba dinero, cada uno de sus niños tenía un trozo de salchicha en la mano y la mordisqueaba. Llevaban meses pasando hambre, y ahora, por primera vez en mucho tiempo, ya podían comer. Y, aunque sus estómagos se rebelaban contra el exceso de comida, no podían evitar que sus dientes desearan lanzarse sobre ella sin cesar, como para asegurarse de que era de verdad.

Otras se alistaron para dar rienda suelta a su ira hacia Versalles. Habían matado a sus maridos, o habían sufrido alguna otra gran pérdida, y estaban ansiosas por vengarse, no importaba cómo o cuándo, pero, sobre todo, contra los ricos, sus opresores permanentes.

—Nunca podremos tener esas grandes mansiones, esas salas llenas de muebles caros —argüían— ¡vamos a quemarlas! ¡*Ellos* tampoco las tendrán!

¿Y Sophie? Ella se alistó porque deseaba morir. Se alistó porque temía volverse loca. Se alistó porque los de Versalles, a quienes tanto había ayudado con su información, habían traicionado a su Bertrand y lo habían matado en las barricadas; sí, y si al menos tuviera la certeza de que estaba muerto, si hubiera podido ver su cuerpo, ella también se hubiese matado al instante.

Aymar, durante aquellos terribles días, abandonó lo menos posible su habitación. Aun así, no podía resistir la tentación de salir de vez en cuando para ver cómo estaba la situación. Solía ir al Boulevard des Batignolles, a un lugar desde el que había una buena vista de París. Mucha gente

se acercaba por allí. Contemplaban los grandes incendios que, con el crepúsculo, pasaban de ser fotografías en blanco y negro a litografías en color. El humo pardo adquiría una tonalidad de reflejos rojizos y anaranjados y, después, cuando se había cerrado la noche, desaparecía por completo y sólo se veían llamas y chispas.

La gente trataba de adivinar qué se estaba quemando. Era difícil decirlo desde tanta distancia. Las Tullerías, el Louvre, el Palacio de Justicia, el Tribunal de Cuentas, el palacio de la Legión de Honor; el Palacio Real, etc., etc. El calor de la conflagración era de tal magnitud que alcanzó los barrios que continuaban siendo defendidos. Había fuego en el Château d 'Eau, fuego en el Boulevard Voltaire, fuego en el Grenier d 'Abondance. El Sena, que ya era de color rojo por la sangre, discurría por París como un dragón de fieras escamas refulgentes. La paja del Grenier, los papeles de los archivos, todo volaba ardiendo por el aire.
A medida que los soldados de Versalles iban ganando terreno, organizaban brigadas contra los incendios y se ayudaban del servicio de bomberos, que los comuneros habían mantenido en funcionamiento mientras estuvieron en poder de aquellos distritos.

Aunque la mayor parte de la ciudad no tardaría en caer en manos de los versallistas, los comuneros aún conservaban unas cuantas posiciones estratégicas: el ayuntamiento del Distrito 11, Belleville, Buttes Chaumont, etc.

La última y encarnizada batalla tuvo lugar durante la noche del 27 al 28 de mayo. Se produjo un terrible repliegue por parte de los guerrilleros *Fédérés*, que lucharon tumba por tumba en Père Lachaise. Al final, un último contingente de 128 comuneros fue reducido y acorralado junto a un muro, donde todos ellos fueron fusilados. Al amanecer del día 28, domingo de Pentecostés, la guerra civil había terminado, salvo por lo que respecta a algunas casas, desde las que seguían saliendo disparos perdidos y al azar, y a una solitaria barricada en la calle Romponneau, donde un comunero había colocado una bandera roja: defendió la posición durante un breve espacio de tiempo. Huyó; la bandera roja terminó hechas trizas y se izó la tricolor.

En el otro bando, el bando de los versallistas, que gracias a su victoria habían pasado a ser los legitimistas, la crueldad no se había quedado atrás; por el contrario, aunque los historiadores los han pasado por alto con cierta ligereza, sus crímenes fueron mucho más impresionantes.

¿Por qué sacar a rastras de sus camas, del improvisado hospital de Saint Sulpice, a ochenta hombres heridos y asesinarlos a tiros, cuando, en cualquier caso, estaban destinados a morir? ¿Por qué matar al mismo tiempo al doctor que los atendía, Faneau, cuyo único crimen era el de haberlos cuidado?
¡Alineadlos y fusiladlos! En el mercado de la Place Maubert, en el patio de Cluny, en la calle Charonne, en la calle Brézin. Los cuerpos eran arrojados a las fosas, y no en pequeñas cantidades que pudieran alcanzar el número de cincuenta, al igual que habían hecho los comuneros. Eso era una minucia. No: ellos los fusilaban por centenares.

Entonces se dio una orden. Decía así: no más muertes. Los prisioneros debían ser juzgados en consejo de guerra. Y se los juzgó en consejo de guerra. La velocidad de los fusilamientos sufrió una leve reducción. Y es que los tribunales pusieron en práctica el formalismo de apuntar al menos los nombres. Pero pocos escaparon. Porque los interrogatorios eran duros. No había

testigos, no había defensa. Un par de preguntas y allá que iba otro grupo de desgraciados al muro más a mano.

¿Errores? Bueno, por supuesto, teniendo en cuenta las prisas. Aunque Vuillaume fue fusilado por dos pelotones distintos, lo cierto es que logró huir y escribir sus célebres libros. Entonces, ¿quiénes fueron los dos que murieron en su lugar...? Délion escribió: "Yo lo vi morir. Se comportó como un cobarde. Apenas si era capaz de hablar para expresar su rabia".

Qué fáciles son de comprender esa cobardía y esa rabia. Courbet, según se asegura en alguna otra parte, fue ejecutado tras su identificación. ¿De quién se trataba? ¿Y de qué tipo de identificación hablan?

El periódico *Gaulois* sacó la historia a la luz: "Arrestaron a Billioray en Grenelle. Negó las acusaciones, se retorció por el suelo, suplicó clemencia. Lo mataron allí mismo". En otro distrito, alguien gritó: "¡Por ahí va Billioray!". El hombre en cuestión fue detenido de inmediato. Rechazó enérgicamente ser quien decían que era. Lo llevaron ante el capitán Garcin e insistió en su postura, pero había una docena de testigos dispuestos a jurar lo contrario. El capitán Garcin preguntó:

—¿Sigue usted negando...?

—Sí, sí —chilló el hombre, fuera de sí. El asunto se resolvió con tal rapidez que sólo unos segundos más tarde aquel tipo yacía mortalmente herido sobre un charco de sangre. Fue en ese momento, a pesar de que ya era demasiado tarde, cuando alguien buscó en sus bolsillos. Encontraron varias cartas que demostraban que se trataba del ayudante de un pañero, que su nombre era Constant y que no tenía nada que ver con la Comuna. Pero ya estaba tan malherido que lo mejor que se podía hacer con él era rematarlo.

¿Quién era el hombre que también fue ejecutado como Billioray en Point-du-Jour? El auténtico Billioray fue detenido una semana después y, acto seguido, condenado a cadena perpetua.

Un viajero holandés, cuyo dominio del francés era escaso, fue conducido al consejo de guerra establecido en Le Châtelet. La enorme cantidad de dinero que tenía en su poder fue considerada prueba suficiente de que era un importante comunero a punto de escapar por la frontera. Fue ejecutado en el cuartel de Lobau.

Varlin fue ejecutado aquel domingo de Pentecostés. Arrestado, juzgado y fusilado en menos de lo que canta un gallo. Había tal cantidad de gente que el pelotón de fusilamiento no fue capaz de manejar los rifles de la forma adecuada. El hombre seguía en pie. Segunda descarga. Y la multitud estalló en aplausos.

Aymar no intentó huir. Caminaba por las calles, veía lo que ocurría y sentía una extraña euforia. "¡Quemad!", gritaba para sus adentros al contemplar las violentas llamas que se alzaban hacia el cielo. "¡Matad!", gritaba su interior cuando los hombres alineados delante de un muro caían con las descargas de los mosquetes.

"No estaba tan equivocado", pensaba, y la violencia que rugía a su alrededor le producía un curioso placer. Deseaba que fuera todavía peor. Quería que el mundo entero saltara por los aires, envuelto en llamas y sangre. De cualquier modo, no merecía existir. "¡Levantaos! ¡Danton!

¡Marat! ¡Robespierre! ¿Por qué no estáis aquí para vigilar que las cosas se hagan como es debido?”.
Aymar no tardó en descubrir que aquello que pensaba era absurdo. La Comuna había fusilado a cincuenta y siete presos de la cárcel de La Roquette. Versalles respondió con novecientos. A esta comparación hay que añadir la siguiente: a lo largo de todo el período del célebre Terror, durante quince meses, fueron guillotinados 2.596 aristócratas. Los pelotones de fusilamiento de los versallistas acabaron con 20.000 personas en una semana. ¿Qué representan estas cifras: el diferente grado de eficacia de la guillotina y del rifle moderno o el diferente grado de crueldad de las multitudes de clase alta y de clase baja?
Bertrand, desde el punto de vista de Aymar en esos momentos, era un caso menor. ¿Qué representaba un hombre lobo que había matado a dos prostitutas y había desenterrado unos cuantos cadáveres, comparado con aquellas jaurías de tigres que se asesinaban unos a otros con una ferocidad cada vez mayor? “Y todavía será peor”, se decía, y de nuevo sentía que el corazón se le animaba. En lugar de miles, las futuras generaciones matarían millones. ¡Y no se detendrían ahí, las cifras irían aumentando y el proceso se aceleraría! ¡Hurra por la raza de los hombres lobo!

Un día iba andando por las calles de la ciudad, pensando en todo aquello y con el ánimo exultante. Las ejecuciones se habían acabado. Ya sólo había detenciones. Patrullas de soldados y de policías registraban cada casa de forma sistemática. Los sospechosos eran arrestados al instante. Bastaba la más leve sospecha. Un cartero denunció a una familia porque recibía más correo del habitual. El tendero acusó a otra porque alguien le había comprado una salchicha de más. A uno se lo llevaron porque tardó mucho tiempo en contestar. A otro, porque andaba demasiado rápido, o demasiado despacio. Ningún motivo era lo bastante absurdo para una detención. Ninguna excusa era excesivamente tenue para levantar sospechas. En el plazo de tres semanas, la policía recibió 379.823 cartas con denuncias anónimas.

Aquellos acontecimientos, aquellas visiones y pensamientos, no sólo suscitaban la compasión en el corazón de Aymar, sino también una enorme nota de satisfacción. El magnífico y delicioso bálsamo del “Te lo dije”. Se trataba, después de todo, de la prueba definitiva. ¿Veis esos soldados que se afanan por limpiar las calles de cadáveres? ¿Veis esos cuerpos arrastrados hasta unos cimientos que habían sido dispuestos para construir un colegio? ¿O quizá para una iglesia? ¿O para construir una casa en la que se criarán más familias de hombres lobo?

El cuerpo de policía aún estaba desorganizado, pero las brigadas de soldados se ocupaban de que los cadáveres se ocultaran con discreción, es decir, que se amontonaran lejos de las calles principales y se les cubriera con unas cuantas paladas de tierra para tapar las ropas acartonadas por la sangre. Un poco de tierra y un poco de tiempo bastaban. Y la raza de los hombres lobo se olvidaría de todo.
El *homo economicus* surgió de entre las humeantes ruinas y comenzó a florecer de nuevo. Un hombre iba calle por calle con una carretilla. Cuando veía un cadáver, se detenía, se descubría la cabeza en señal de respeto y murmuraba una breve oración. Luego agitaba el sombrero antes de ponérselo para espantar las moscas y, con un rápido movimiento y una mano experta, despojaba al cadáver de su calzado y arrojaba a la carretilla los zapatos o las botas. La cosecha fue copiosa.

Algunos desconfiados lo paraban y le hacían preguntas. Él respondía amablemente "Para una identificación oficial", y seguía su camino. Aymar, al verlo, sólo le dijo:

—Dieciochos, ¿verdad?

Y disfrutó con la expresión de sorpresa que apareció en el rostro del hombre[60]. "Un hombre lobo de poca monta", pensaba, y se reía para sus adentros.

En general, fueron unos días divertidos para Aymar. Vio a un sacerdote andando por una calle y silbó. Bajo la sotana y la cruz, Aymar había reconocido al coronel Gois, el terrible asesino de rehenes al que todo el mundo buscaba. "Le daré un buen susto a ese lobo con piel de cordero", pensó Aymar, y se dirigió a él con la siguiente expresión latina:

—*¡Max vobiscum!* ¡Pero si es nuestro viejo pastor, el fiel Gois!

Gois temblaba de miedo.

—¡En el nombre de Dios, Galliez! —suplicó con voz trémula.

Pero Aymar no pudo evitar al menos un chiste:
—¡En los viejos tiempos se hubiera fusilado a sí mismo! Vaya...
Sí, fueron días divertidos para Aymar; divertidos hasta que lo detuvieron. Y ni siquiera entonces se acabó la diversión. En grupos de ciento cincuenta a doscientos, con las manos o los brazos atados, en filas de a cuatro, hacían salir a los prisioneros de los sótanos del Luxembourg y los conducían a las murallas, desde donde iniciaban el largo camino hacia Versalles. Día tras día, hasta que hicieron ese recorrido unos 40.000.

Codo con codo marchaban los viejos luchadores, algunos con uniforme, otros con simples atuendos de obrero confeccionados a toda prisa. Sus rostros tenían arrugas y presentaban un aspecto febril, y todos parecían borrachos, como siempre sucede con los hombres sin afeitar. Los viejos iban dando tumbos junto a niños que lloraban, o chicas con uniformes fantásticos, chicas que habían empuñado un rifle para luchar en las barricadas, o señoras de cabellos grises que a duras penas mantenían un porte digno mientras caminaban al lado de criadas con delantal o batas de algodón, todos, de algún modo, atrapados en la revuelta o prisioneros por error. Y, de cuando en cuando, una figura embutida en un largo abrigo, erguida, orgullosa, un hombre con cara de intelectual o de artista que había unido sus bellos sueños de la Utopía al triste fiasco de la Comuna.

Esta columna de andrajos y retales avanzaba despacio por los polvorientos caminos, bajo el tórrido calor del sol de junio. Los guardias iban a caballo con las armas cargadas sobre las rodillas, como gauchos que llevaran el ganado al matadero. Hicieron una breve parada en Sèvres y otra en Viroflay. Y después las tropas entraron en Versalles por la puerta de París.
Ahora llegaba la parte más terrible del viaje. La marcha a través de la regia ciudad de Versalles, flanqueados por una gran multitud, una multitud fanática, carente de todo sentido del equilibrio, carente de piedad y de comprensión. La ciudad de los ricos, en esos momentos, demostró que también ellos pueden dar lugar a muchedumbres tan enloquecidas como las de los barrios más

[60] Juego de palabras en francés. Los zapatos a los que se les pone unas suelas son dos veces nuevos, es decir, *deux fois neufs*, que también significa "dos veces nueve" o "dieciocho".

pobres de París. Ante la cohorte de presos no se agitaban puños desnudos, sucios o llenos de callos, sino manos perfectamente enguantadas, manos de mujeres de vida alegre con guanteletes de encaje, y manos de banqueros embutidas en guantes de piel. Y todos ellos, en un francés impecable, vociferaban:

—¡No queremos prisioneros! ¡Muerte a los bandidos!

Y aquellos caros atuendos atacaban la columna, se abrían paso entre los guardias a caballo. Y las estiradas y elegantes damas, al ver la ocasión de golpear sin miedo a las represalias, la emprendían con los presos. Los hombres pinchaban con sus bastones y las mujeres agitaban sus espléndidos parasoles, o se quitaban un guante para marcarle la cara a una nina con sus afiladas uñas.

—¡lncendiaria! —gritaban.

Porque, a pesar de que sólo un puñado de mujeres había llevado a cabo la propagación de los fuegos, todas las detenidas eran sospechosas de haber incendiado uno o dos palacios. Hasta los seiscientos cincuenta niños les parecían demonios.

Y Aymar se decía entre dientes "¡Más hombres lobo!", eufórico, sin hacer caso de los golpes que le llovían. "El mundo está lleno de ellos. ¿Cómo es posible que yo pensara una vez que eran un raro fenómeno? Yo mismo lo fui en otro tiempo... y no lo sabía".

Versalles no tenía espacio para tantos prisioneros. Los acomodaron en grandes patios, salones, sótanos, bajo los cañones, mientras Thiers realizaba el inútil esfuerzo de rebuscar entre sus libros de historia para hallar una solución al problema de cómo hacerse cargo de una cantidad tan grande de gente. Enormes grupos de personas, transportadas en largos trenes de ganado, fueron enviados a fortalezas de la costa para comparecer por separado en sus respectivos juicios. Fueron muchos los condenados a muerte, centenares los que recibieron la sentencia de cadena perpetua, millares los deportados a islas tropicales.

CAPÍTULO DIECIOCHO

¿Cómo terminaré mi relato?

Éste no tiene ni principio ni final, sólo un perpetuo despliegue. Una flor polipétala de extraña botánica.

¿Por qué no dejarlo aquí? ¿Por qué habrían de estar ustedes más interesados en la muerte de este hombre lobo que en la de cualquier otro? Consulten los libros de registro del depósito de cadáveres. ¿Eran hombres y mujeres quienes aparecen en ellos? ¿O no eran más que disfraces que ocultaban a monstruos innombrables, cálidas incubadoras de infamias que nos helarían la sangre de salir a la luz procedentes de las profundidades y presentarse ante nuestros ojos? La tierra no se traga a los muertos, sólo sus cuerpos, los envoltorios de sus odios y de sus crímenes. Éstos jamás son enterrados, sino que viven, imperecederos, para escribir páginas más horripilantes generación tras generación.

¿Qué es lo que ustedes desean saber? ¿Qué le pasó a Sophie? Los archivos del Ministerio de la Guerra, *la Gazette des Tribunaux*, nos dicen que fue condenada a la deportación en calidad de implicada en el caso de Barral de Montfort. Barral asistió en persona al juicio, cojeando y con el brazo derecho atrofiado por un disparo que le destrozó un nervio. Lloraba por un ojo. El otro lo tenía seco y cerrado. Se lo habían comido las moscas cuando lo dejaron por muerto, tirado en la fosa próxima a las barricadas de la Place Voltaire.

El buque Danaë realizó su interminable travesía hacia Nueva Caledonia, un viaje de cinco meses, sin Sophie a bordo. Su padre había utilizado su riqueza para librarla del penal colonial.

Cuando regresó a París y se enteró de todo lo que había sucedido, su sorpresa fue mayúscula. Sólo había recibido una carta. Era de la tía Louise Hertzog y en ella le comunicaba que Sophie había desaparecido. “Y Barral de Montfort”, escribió, “no piensa decir dónde se encuentra, pero es evidente que lo sabe”.

El barón leyó aquella carta con sentimientos encontrados. Sin embargo, tras haber reflexionado sobre el asunto, su decisión fue “Dejemos que el fuego siga ardiendo”. Y, pensando en su esposa y en Louise Hertzog, añadió: “y que el hielo se comporte conforme a las reglas del hielo, si ha de ser así”. Y más adelante, entre dientes, se dijo:

—Afortunado Barral. Lo que yo daría por estar en su piel... Ah, bien, la vida continúa. Dentro de unos años, o incluso dentro de unas semanas, ¿dónde estaremos? Dejemos que Sophie disfrute de su aventura.

Fijó la vista en el espejo que había en la pared más allá de la mesa y vio la creciente blancura del poco pelo que le quedaba... Y, en cuanto a Sophie, había disfrutado de su aventura.

Ella no sabía si Bertrand estaba vivo o muerto. No le importaba. Deseaba matarse, pero no lograba armarse del valor suficiente para hacerlo. Los horrores de la noche eran tan intensos que hacía todo lo posible por no irse a la cama demasiado sobria. Ni sola, si podía evitarlo.

El corazón de Barral se hallaba entumecido de dolor ante la visión de aquella conducta. Un día en que se encontraban solos, él le habló con un tono de suave reproche:

—Esos hombres... —balbució—, ellos..., ¿cómo puedes hacerlo?
—¡Vaya! Tú también... ¡Pobre tonto! —le contestó alegremente, y lo atrajo hacia ella, hacia la cama.
Él volvió a casa perplejo, extasiado, con su antiguo amor multiplicado por dos. Le perdonó todo. Y al día siguiente le pidió que se casara con él.

—¿Qué? —preguntó ella, atónita. Y se echó a llorar—. Mi fiel y leal Barral... Después de todo lo que te he hecho...

Decidieron que la boda sería a la mañana siguiente, y eso le dio a ella energía suficiente para suicidarse con gas esa misma noche.

En lugar de acompañarla a la junta municipal para contraer matrimonio, fue junto a su cuerpo hasta el cementerio judío de Père-Lachaise. Su padre lloraba en silencio, su madre a lágrima viva.

Mientras las paladas de tierra iban cayendo sobre ella, Barral no pudo reprimir su ira. Con el brazo sano señaló hacia el cielo y juró que se vengaría.

Aymar fue puesto en libertad al poco tiempo en virtud de un no ha lugar, aunque lo llamaron de nuevo para declarar en el juicio del pintor Courbet. Aquel pintor de pacotilla había sido el responsable, durante la Comuna, del derribo de la Columna Vendôme, ese enorme monumento de bronce coronado por la figura de Napoleón. Cuando estaban echándola abajo entre los aplausos del populacho, a Courbet se le oyó decir:

—Esa columna me tiene obsesionado. Seguro que me cae encima y me aplasta.

No cayó encima de él, sino exactamente en el lugar que los ingenieros habían construido a tal efecto, pero sí que lo aplastó. Courbet sostuvo ante el tribunal que no había actuado por odio hacia el Pequeño Cabo, sino única y exclusivamente por motivos artísticos.

—Esa burda imitación de la Columna Trajana me ponía enfermo. Sentía vergüenza al pensar que los visitantes pudieran mirar aquello como una de las glorias del arte francés. Sin ninguna consideración por la perspectiva..., y esa estatua de Napoleón con una altura de siete cabezas y media sólo porque así lo mandan los cánones, sin tener en cuenta las reducidas proporciones reales del personaje.
El presidente preguntó:

—¿Su única motivación fue el celo artístico?

Y Courbet respondió:

—No hubo ninguna otra.

Fue condenado a seis meses de cárcel. Y también le obligaron a pagar los 350.000 francos en que se fijó el coste de la reconstrucción. Como él no poseía tanto dinero, le confiscaron los cuadros para subastarlos. En nuestros días su valor sería muy alto, e incluso en sus buenos

tiempos, pero, en aquel preciso momento, la fama del pintor estaba en decadencia. Aunque también se incluyó su mobiliario, no se logró recaudar más de 12.000 francos. Y el Salón se negó a seguir exponiendo sus obras por considerarlas moralmente inaceptables. Se fue a Suiza, pero Francia no dejó de exigirle el pago de la deuda. Terminó muriendo con el corazón destrozado. Y su muerte no suscitó ni el más mínimo interés. Tanto el "courbetismo" como el Realismo habían pasado de moda. Ahora el centro del escenario lo ocupaban los impresionistas.

En cuanto salió a la calle, Aymar fue a visitar a Bertrand a La Santé. El director médico albergaba serias dudas en cuanto a la posiblidad de liberar a Bertrand.

—Se encuentra bien de salud, pero tiene accesos de furia. Es cuando le da por romper muebles o atacar a los vigilantes.

Aquel médico no veía nada extraño en Bertrand: sólo se trataba de un caso más.

—¿Accesos de furia? —le repitió Bertrand a Aymar amargamente—. ¿Cómo no iba a tenerlos? ¿Quién no los tendría en este terrible agujero?

—Ya no pareces desear tanto la muerte, ¿no es así? —le preguntó Aymar. Bertrand bajó la cabeza, como si no querer morir fuese una vergüenza. El cautiverio le había hecho anhelar de nuevo la libertad y la vida.

—Por favor, tío —suplicó—, sácame de aquí. Recibo un trato terrible.

Aymar sonrió.

—¿Sacarte? ¿Cómo? ¿Y de verdad piensas que deberías salir? Los lobos tienen que estar en una jaula, en el zoológico.

Pero después pensó: "¿Por qué este lobo ha de estar encerrado por un crimen individual cuando los asesinatos de masas quedan impunes? cuando toda la sociedad es capaz de transformarse en un lobo y; además, eso se celebra con música y banderas al viento ¿Por qué no dejar que este animal también viva su vida?".

—¿Piensas en Sophie? —preguntó Aymar.

Bertrand cerró los ojos, como sintiendo un gran dolor. Pero, un segundo después, se encogió de hombros.

—En Sophie. Sí, en Sophie. O en cualquier mujer, si quieres que te diga la verdad —concluyó sin contemplaciones.

—A los internos no os traen mujeres, ¿verdad? —inquirió Aymar.

Bertrand suspiró con fuerza.

—Bueno —señaló Aymar—, veré qué se puede hacer; pero, antes, dime una cosa. ¿Alguna vez... esto..., te transformas?

Bertrand volvió a agachar la cabeza.

—Una pregunta indiscreta, ¿no? Como si se le preguntara una chica que si... Sí, lo comprendo.

Aunque su actitud era de una gran dureza, Aymar sentía lástima por Bertrand. La prisión de La Santé, de reciente construcción, estaba considerada como modélica, pero la piedra y el metal a duras penas proporcionaban algo más que una gélida morada. Aymar consultó al director, quien insinuó que si quisiera llevarse a su sobrino a uno de los manicomios de pago autorizados por el Estado, era casi seguro que podría conseguir los permisos necesarios.

De este modo, Bertrand se vio trasladado a la clínica del Dr. Dumas en Saint-Nazaire. Aymar inspeccionó personalmente varios lugares y eligió aquel tranquilo refugio. No había un sitio mejor para que Bertrand estuviese cómodo y bien atendido.

A primera vista, se trataba de un lugar acogedor. Tenía un gran jardín con antiguos y frondosos árboles que daban sombra a un mullido césped. Alrededor de toda la finca había un viejo muro de piedra, completamente cubierto de hiedra, que constituía un obstáculo al mismo tiempo eficaz y discreto. En el interior del área delimitada se veía un edificio principal de espléndido aspecto y diversas dependencias de menor tamaño. Estas construcciones albergaban amplias y agradables habitaciones que daban al parque.

Los pacientes eran criaturas apacibles. Tenían la tendencia, en todo caso, a darle vueltas y más vueltas a la misma idea, como una rueda que no para de rodar, despreocupada, aunque lleve tiempo fuera de su eje. De sus mentes emanaba una lógica personal, sus pensamientos se trasladaban a un mundo de ilusión, atrapados en un universo particular o sumergidos en un estupor permanente.

Algunos se sentaban cómodamente en las sillas del patio. Otros paseaban con una gran calma por el césped, se pavoneaban haciéndose pasar por Shakespeare o Alejandro, o perseguían mariposas imaginarias... Eran los pacientes que primero veían los visitantes que llegaban a la institución del Dr. Dumas. Y la vista era casi idílica: niños que jugaban en un jardín.

Éstos eran los pacientes presentables. Se pretendía que los visitantes se imaginaran a sus seres queridos en aquel escenario. Sí, sería un lugar excelente para mamá, porque ya no le responden los músculos o no controla la vejiga o el vientre, o porque ya no puede llevarse la taza a la boca.

—¿Y usted será capaz de curarlos? —le preguntan al Dr. Dumas.

Es un hombre atractivo. De buen porte, sereno, con el barbado rostro de un erudito. Sus respuestas son evasivas, pero majestuosas.

—Eso depende de cada caso concreto. Podemos curar a algunos. Podemos *mejorar a todos*.

Señala a varios pacientes que están sentados a la sombra de los grandes castaños y cuenta su historial. Es suficiente para convencer a sus visitantes. Y así queda decidida la última morada de la pobre mamá. Sus hijos y sus hijas se convencen a sí mismos de que allí estará mejor que en casa.

—Y podemos venir a verla cada dos semanas el sábado por la tarde, o en cualquier otro momento con previo aviso. Cuesta caro, por supuesto, pero mamá se merece lo mejor. La buena de mamá. Dentro de un tiempo estará curada y vendremos para llevarla a casa de nuevo.

Pero en este hospital hay algo más que esos excéntricos trovadores que se exhiben ante las visitas. En la última planta, por ejemplo, existen ciertas habitaciones cuyas puertas y ventanas permanecen cerradas a cal y canto en los días de visita. Si los familiares de estos pacientes

vienen a verlos, al enfermo en cuestión se le lava y se le viste a toda prisa, a los violentos se los droga, si es necesario, y los bajan a un cuarto especial para las visitas.

—Sí —explica el doctor—. He notado cierta mejoría. Por supuesto, si no tiene usted formación médica...

Y, cuando los familiares están a punto de marcharse, les advierte:

—Ahora no es conveniente que tenga demasiadas visitas. Les afecta mucho desde el punto de vista emocional. La rutina que hemos establecido con el máximo cuidado no debe romperse.

En esos cuartos del último piso están los pacientes de hábitos desagradables y bestiales. Los que se hacen sus necesidades encima, los que no dejan de realizar gestos obscenos, los que sostienen enconadas discusiones y peleas con un enemigo imaginario. Los que deben permanecer bajo vigilancia para evitar que se suiciden y, de ese modo, puedan privar al médico de los ingresos que le reportan.

En una habitación se puede ver a un pobre infeliz arrodillado, con las uñas clavadas en el suelo y poseído por un terror mortal a caerse del techo. Ha perdido por completo el sentido de la orientación a causa de una lesión del oído interno y no distingue entre arriba y abajo, ni entre la derecha y la izquierda. No es capaz de andar ni de tumbarse. No posee el más mínimo equilibrio. Pero el Dr. Dumas ha logrado mantener vivo a ese hombre durante tres años.

En otra de las habitaciones se aloja una paciente a la que hay que alimentar y a quien hay que conceder cualquiera de sus deseos. Es la hija de un noble. Parece una mujer china enana. Tiene más de cuarenta años de edad y ha pasado por varios manicomios a lo largo de su vida. Es inofensiva, pero desagradable, y es absurdo que haya que satisfacer todas sus peticiones. Muy de cuando en cuando, los días en que su encanecido padre se acerca en su elegante birlocho, un ayudante arroja a la pobre y diminuta mujer a una tina de agua, la despoja de sus hediondas ropas, la restriega hasta dejarla bien limpia y la baja a la sala de visitas. Su padre queda satisfecho tras una somera inspección, entrega un cheque y se va. Ha oído hablar de gente que estuvo pagando durante años por un paciente que había pasado a mejor vida hacía ya bastante tiempo; y él no quiere dejarse engañar.

En otros puntos de estos alojamientos de las buhardillas hay epilépticos de violenta conducta que lanzan horribles alaridos; enfermos de siringomielia[61], cuyos miembros pierden el vigor y la sensibilidad; individuos depresivos que han de ser encadenados para evitar que se suiciden; y otros de características más espeluznantes, aún sin clasificar: bestias sin más, por desgracia nacidas de un útero humano y a quienes, en consecuencia, se considera poseedoras de alma, y que simplemente están encerradas en una jaula, ya que no se pueden llamar de otro modo las habitaciones, siempre cerradas con llave, a la que les arrojan la comida.

A Bertrand, un hombre joven, inteligente y de apariencia tranquilizadora, el Dr. Dumas le asignó, en un principio, un bonito cuarto de la segunda planta. Bertrand se sintió enormemente complacido. Y aquella primera noche intentó escapar. Pero el Dr. Dumas no era estúpido. A

[61] Trastorno que implica un daño a la médula espinal. (N. del T.)

todos sus pacientes les daba esa posibilidad sólo para comprobar cómo reaccionaban. El ayudante, Paul, un tipo fornido que había esculpido su cuerpo en una herrería, estaba vigilando. A medianoche vio a Bertrand saltar la reducida altura que separaba el balcón del suelo y salir corriendo a través de los matorrales. Paul corrió a su vez tras él para cortarle el paso, se le enfrentó y pensó que lo tumbaría con facilidad. Pero Bertrand tenía más energía de la que auguraba su apariencia y una fuerza incontenible en sus endebles músculos. Además, sacó a relucir sus dientes y los colmillos rasgaron la ropa del uniforme de Paul hasta arrancarle jirones de carne. Paul aulló de dolor, pero no dejó de sujetarlo. Los otros dos ayudantes llegaron velozmente en su ayuda y, finalmente, lograron reducir a Bertrand.

—De modo que eres de los que dan problemas... —señaló el Dr. Dumas—. Lo que me imaginaba... Bueno, te enseñaremos. Si aprendes a comportarte, volverás al piso de abajo otra vez.

No le llevó mucho tiempo a Bertrand comprobar que había cambiado su acogedora celda del hospital-prisión de La Santé por un auténtico agujero de mala muerte. Su nuevo cuarto tenía el mínimo mobiliario posible: un camastro estrecho, una silla y una mesita. De pie sobre la mesa, a duras penas se alcanzaba el alféizar de la única ventana, un ojo de buey oval y con barrotes.

Consiguió mantener a raya su furia durante un tiempo. Se prometió que algún día volvería a tener cerca a ese tal Paul. Y si le llegaba a poner las manos encima, sería el final para él. Ese pensamiento le hacía relamerse de placer. Y, por supuesto, hablaría con Aymar cuando viniera a verlo y él se ocuparía de que le proporcionaran una habitación mejor.

En realidad, no tenía sentido esperar las dos semanas que aún tardaría su tío en visitarlo. Le podía escribir ese mismo día. No tenía ni pluma ni papel. Bertrand pidió a gritos que viniera uno de los ayudantes. No hubo respuesta. Aporreó la puerta. Pero el ruido no iba demasiado lejos entre los muros de aquella sólida construcción. Además, la tercera planta se hallaba aislada por completo gracias a las puertas situadas tanto al principio como al final de la escalera. Y en lo que a ruidos se refiere, los alaridos, los golpes en las puertas y cualquier otro tipo de sonido, eran demasiado frecuentes como para preocupar a los ayudantes incluso si éstos, por casualidad, se encontraban en el piso de arriba.

Desquiciado por el fracaso de sus esfuerzos, Bertrand dio rienda suelta a la ira. Lanzó la silla, de escasa consistencia, contra la puerta hasta que la destrozó. Dejó hecha trizas la colcha del camastro. Después se sumió en el llnato. Hizo el propósito de comportarse de un modo más inteligente en el futuro. Debía controlarse y jugar el papel de joven tranquilo y educado que, como ya había aprendido en La Santé, era el mejor disfraz para obtener todo lo que quisiera. En la puerta sonó el chasquido de una pieza cilíndrica. Su comida apareció encima de una pequeña plataforma. No entró ningún ayudante en el cuarto. Quizá nunca volvería a entrar un ayudante en su habitación. Lo dejarían allí para siempre y le dirían a su tío que había muerto. Sí, ahora echaba de menos la espléndida celda en la que lo habían encerrado en casa. ¿Qué beneficios le había reportado la huida? Lo único que había conseguido fue acabar en La Santé. Y de La Santé había pasado a ese lugar. Iba de mal en peor. Pero, al fin, transcurrieron las dos semanas y llegó el sábado de visitas, y con él la perspectiva de poner en conocimiento de su tío las miserias que había sufrido. No había contado con sus anfitriones.

Por la noche se encontró tumbado en el camastro. Habían limpiado la habitación. La cama tenía sábanas nuevas. Su mente vagaba a tientas entre la niebla cada vez más débil provocada por una droga, y recordaba, como en un sueño, la visita de su tío. Se acordaba de que Paul lo había llevado escaleras abajo. Sí, ¡Paul! Se acordaba de la sala de visitas, con su tío sentado frente a él y haciéndole preguntas; y él, allí sentado también, impasible e incapaz de hacer otra cosa que no fuera sonreír.

Esta vez perdió la cabeza por completo. No paró de dar golpes, de romper todo lo que tenía a mano, de lanzar alaridos, hasta que cayó rendido en el suelo y se quedó dormido. Al despertarse, en un estado febril, comenzó a lamentarse por su soledad y la imposibilidad de salir de allí.

Se detuvo a escuchar: del cuarto contiguo llegaba un sonido. Casi no se oía. Era la pequeña mongólica que se arrullaba a sí misma. Bertrand no sabía cuál era la fuente del ruido, pero la suave voz femenina lo hechizó y lo arrastró con el poder de una sirena. Se lanzó contra la pared.

—¡Una mujer! —gritó.

Se puso a dar patadas y a arañar. Imposible. La pared no era una simple separación entre habitaciones, sino uno de los muros de carga de la casa, hecho de sólido ladrillo y recubierto con una consistente capa de yeso.

Los ruidos producidos por él habían asustado, obviamente, a la dueña de la voz. Bertrand se puso de rodillas.

—¡Por favor, sigue cantando! Por favor... Por favor... Me quedaré callado.

Pero la dueña de la voz permanecía en silencio.

Tan intensa era la necesidad que sentía de oír aquella voz, su único vínculo con el mundo femenino, que aprendió a controlarse, sobre todo por la noche, cuando ella cantaba su tenue, suave y monótona melodía. Lo más problable es que su timbre de voz tuviera muy poca semejanza con la suntuosa y rotunda voz de Sophie, pero Bertrand terminó pensando y hablando de ella como si de la propia Sophie se tratase.

—Canta para mí, Sophie —imploraba—. Canta para mí. ¿Recuerdas cuando paseábamos cogidos de la mano por la noche? ¿Te acuerdas...?

Y la mujer mongólica hacía que su voz suave proporcionara compañía a aquellos recuerdos.

La esperanza de ver a su tío era el otro motivo que le impulsaba a mantener los instintos bajo control. Había descubierto el misterio de la droga. Estaba claro que se la administraban con la comida. Lo único que había que hacer era contar bien los días según iban pasando y no comer nada el sábado. La estratagema funcionó. El sábado no tocó la comida, a pesar de lo hambriento que estaba. Esperó con calma la llegada de las horas de visita de la tarde. Por fin oyó pasos en el exterior. La llave chirrió en la cerradura y se abrió la puerta.

Era Paul, el enorme e intimidatorio ayudante que hacía un mes había impedido escapar a Bertrand. Y entonces Bertrand cometió un grave error. Era evidente que debía haber mostrado una actitud obediente con Paul, como si estuviese drogado de verdad, y después haber trasladado sus quejas a Aymar. Sin embargo, cegado por el deseo de venganza, se abalanzó sobre la sorprendida ordenanza; y no cabe duda de que lo hubiera matado de no haber acudido otro ayudante para rescatar a su compañero. Entre los dos redujeron y ataron a Bertrand.

Llamaron al Dr. Dumas. Sólo hizo falta una inyección de cierta droga por medio de una aguja hipodérmica y ya tenían bajando las escaleras a un Bertrand manso, tranquilo, de sonrisa bobalicona e impecablemente vestido.

Una vez desaparecidos los efectos del narcótico, Bertrand se dio cuenta de que había perdido su segunda gran oportunidad y que sería difícil disponer de otra. Fuera de sí por la decepción, clavó los dientes en la pata de la mesa e hizo astillas la madera. Cuando hubo acabado con aquel mueble, la emprendió con las sábanas y las mantas de la cama. Se quitó los zapatos y se puso a morder el cuero; destrozó los botones de su ropa. Dobló la cuchara, el único cubierto que le daban con la comida, hasta hacer un nudo con ella, y machacó el plato metálico.

Dos semanas después se hallaba drogado gracias a un truco muy sencillo. Le habían dejado sin comida durante los dos días anteriores. El hambre le hacía proferir alaridos. Su estómago vacío no dejó de gruñir. Se quedaba ligeramente dormido de vez en cuando y se despertaba con vívidos sueños de comida. Y entonces, allí, en la bandeja giratoria, había un apetitoso plato. Él lo sabía, sí, lo sabía: era día de visita y no debía tocar ni una cucharada de aquello, pero no pudo resistirse. Se tragó hasta el último bocado. Vio a Paul entrar y sonreírle, burlón, como a través de un cristal oscuro.

El Dr. Dumas montó en cólera al ver aquel desaguisado.

—Que no le proporcionen ni sábanas ni mantas. Después de las horas de visita, que le quiten la ropa. Dejadlo desnudo. Y la comida, que se la tiren al suelo. ¡Se acabaron los platos!

No es fácil tirar la sopa al suelo. Pero sí se puede arrojar un trozo de carne. Y los ayudantes descubrieron la gran inclinación que Bertrand sentía hacia la carne. Se divertían haciendo que pasara hambre durante un día y, después, abrían de repente la puerta y le echaban un hueso cubierto con jirones de carne.

Los ordenanzas, armados de látigos y palos, se quedaban junto a la puerta abierta y contemplaban a Bertrand saltar sobre la comida, agacharse para roer y engullir los trozos de carne, y, por último, partir el hueso en busca del tuétano. Para hacer más intensa la diversión, a los ayudantes les gustaba ofrecer a Bertrand algún hueso especialmente duro, como, por ejemplo, uno bien grande de la pata de un caballo. El ruido del esmalte de los dientes al rechinar contra el hueso llenaba la habitación de un siniestro crepitar. A los ordenanzas les producía escalofríos y se retiraban todo lo que podían. Y siempre tenían el pomo de la puerta sujeto para cerrarla a la menor señal de peligro.

En lo que a este último punto se refiere, ya estaban sobre aviso, porque Bertrand, en diversas ocasiones, molesto por sus carcajadas o exasperado por sus aplausos, se había lanzado sobre ellos… Una vez recibió la recompensa de ver su cara atrapada entre la puerta y la jamba, de tal manera que casi le machacaron los pómulos. Pero, en otra oportunidad, sus dientes lograron alcanzar la pierna de Paul y atravesaron la tela de su ropa, aunque sin tocar la carne.

A Paul se le acabó la paciencia. Llevaba ya mucho tiempo con sed de venganza. Un día, sabedor de que el doctor estaba ausente, cogió un poderoso látigo de las cuadras. Bertrand se hallaba drogado y bajo los efectos del cloroformo; lo habían atado a una pata de la cama y allí mismo se había desplomado sobre las cuerdas que lo sujetaban, ya que se encontraba completamente inconsciente. Se organizaban en turnos para pegarle, unas veces con la fina correa de cuero, otras

con un palo. Bertrand emitía unos ahogados lamentos. Pero no se despertaba, a pesar de que la sangre le caía a chorros por la espalda magullada y despellejada. Y, sin embargo, sus días y sus noches fueron una larga tortura que duró varias semanas.

De todos los pacientes de la institución, Bertrand era el blanco favorito de los guardianes a la hora de procurarse diversión. Los días en los que se le impedía comer, que eran los que después permitían que se le drogase, solían permanecer junto a su puerta y escuchar sus demenciales bramidos. Así se divertían. Y más adelante, cuando ya le habían hecho tomar el narcótico, hallaban un extraño placer en maltratarlo. Se mostraba dócil como un niño enfermo. Los ordenanzas lo lavaban a restregones, le echaban jabón en los ojos o le pellizcaban la nariz retorciéndosela. Él respondía con una mueca absurda en el rostro. Una vez, a uno de los ayudantes se le ocurrió una idea ingeniosa. Colocó unas tachuelas en las suelas de los zapatos de Bertrand, de tal manera que las puntas de aquéllas salieran por el interior. Y, de ese modo, Bertrand, insensible al dolor, era conducido a través de toda la estancia y le hacían bajar las escaleras hasta la sala de visitas donde su tío aguardaba para verlo.

No respondía al saludo de su tío. Se quedaba de pie, cabizbajo, hasta que Aymar le obligaba a sentarse. Aymar le hacía preguntas. Bertrand seguía con la mirada fija y con la sensación de estar enfadado. O, si su rostro se descomponía en una sonrisilla estúpida, el efecto que eso tenía en Aymar era incluso peor.
Aymar se dirigía a él con una actitud cariñosa.

—Contéstame. Contéstame. Por favor, Bertrand, Contéstame. Bertrand, mírame. ¿Estás molesto conmigo? Ni siquiera un padre hubiera luchado tanto. Y, después de todo, ¿qué tenía yo que ver contigo? Ni tu padre ni tu madre eran familiares míos. Pero estabas bajo mi techo y terminé por encariñarme contigo y asumir la responsabilidad de cuidarte. Eras mío, pero sólo como un perro vagabundo, a veces, se pega a un caminante y no hay manera de librarse de él.

Bertrand sonreía.

—Bien puedes sonreír —siguió Aymar—. Fui yo el que tuvo que cargar con el dolor y la decepción. Y soy yo el que ha de soportar la afrenta de tu ingratitud.

La sonrisa de Bertrand se desvaneció. Su cara se ensombreció al fruncir el ceño.

—Sí, frunce el ceño, si quieres. Pero lo lamentarás. Porque no continuaré viéndote durante mucho tiempo. He obtenido la dispensa papal y pronto me ordenaré sacerdote. Puede que después me envíen muy lejos. A China o a América del Sur. Y tú te quedarás aquí. ¿Te tomarás al menos la molestia de escribirme? Lo más probable es que no. Hasta ahora no has respondido ninguna de mis cartas. Tu brutal naturaleza ha anulado todas las enseñanzas que te di. ¿Te acuerdas de cómo te enseñé las letras cortando todo el alfabeto de papeles de distintos colores? ¿Y cómo, al principio, pensabas que todas las letras en papel rojo eran la A sólo porque la primera A estaba sacada de un papel rojo?

» De modo que no vas a perdonarme que te trajera aquí... ¿Dónde ibas a estar mejor que en este sanatorio—prisión? Es caro y muy bonito, y tienes la libertad que ofrece ese enorme jardín, y los

cuidados de un médico famoso que intenta ayudarte en todo lo que está a su alcance, aunque dudo que pueda hacer nada, en cualquier caso.

» ¡Vamos! ¡Háblame de una vez! ¿O es que te has quedado mudo?

Aymar se levantó y gritó ante el estúpido gesto de aquel rostro. Hizo todo tipo de aspavientos, gesticuló, suplicó.
Luego se secó el sudor de la frente.

"También yo me estoy volviendo loco", pensó. "Está claro que el pobre chico ha perdido por completo la razón".

Salió al pasillo y llamó a un ayudante.

—Adiós Bertrand. Quién sabe cuándo nos volveremos a ver.

Bertrand siguió al ordenanza con aire sumiso sin dedicarle a su tío más que otra mirada perdida.

Aymar llamó a la puerta del médico. El Dr. Dumas lo recibió con una sonrisa.

—Adelante, M. Galliez. Adelante. Tómese un vaso de oporto conmigo.

Aymar estaba encantado de sentarse a hablar con un ser humano, para variar. De hecho, el Dr. Dumas era un hombre amable e inteligente, alguien en cuya compañía uno se sentía realmente cómodo.

—¿Y cómo ha visto a su sobrino, M. Galliez?

Aymar tomó un sorbo de su oporto y, con tristeza, contestó:

—Creo que no está mejorando nada en absoluto.

Meneó la cabeza y suspiró.

—Bueno, bueno —intervino el médico—, estos casos, ya se imaginará usted, son terriblemente difíciles de tratar. No queda más remedio que reprimir su lado bestial y eso les priva de la alegría de vivir. Se enfadan con el mundo entero y, o bien se enfurruñan, o se mofan de uno en secreto... A ver, deje que le rellene el vaso.
Tras unos cuantos vasos de oporto, Aymar se empezó a sentir más tranquilo.

—Lo que me preocupa, bueno, en realidad debería decir que me hiere en lo más profundo, es que ni siquiera me habla. ¿Y por qué nunca contesta mis cartas?

—Ah, vaya, M. Galliez, hay que soportar esa actitud con resignación. La gratitud es infrecuente incluso entre los cuerdos. Ni siquiera yo puedo acercarme a él sin que haya un mohín de desprecio en su rostro. Y, sin embargo, ya conoce usted los cuidados y atenciones que dedicamos aquí a nuestros pacientes. ¿Qué clase de vida es ésta, después de todo? Dedicados en cuerpo y alma, sacrificándolo todo, para aliviar el sufrimiento...

—Eso es algo que lo ennoblece, mi querido doctor. Tratar de mitigar los males del mundo, desde cualquier posición que uno ocupe... Oh, de hecho, tengo que comunicarle que pronto me ordenaré sacerdote.

—¿De verdad?

El médico se quedó de una pieza, pero no tardó en recuperar la compostura.

—En ese caso, reciba mi felicitación. ¿Podemos brindar por su futuro? No hay nada más elevado que la carrera sacerdotal. No soy de esos médicos que tienen la desfachatez de vociferar acusaciones contra la Iglesia. Como hombre de ciencia, debo dejar de lado los prejuicios; como investigador del alma, sé que la religión es una fuerza con un inmenso poder.

Aymar se sentía complacido. Había algo que rondaba por su mente desde hacía mucho tiempo. ¿Podría confiar en el Dr. Dumas?

—Me he estado preguntando algo. Sé, por supuesto, que sus pacientes pueden asistir a misa si lo desean, pero, ¿trata usted de abrir sus corazones a la religión de un modo sistemático? Por ejemplo, ¿intenta que aprendan a rezar?

—Ha entrado usted de lleno en una de mis teorías predilectas, *monsieur*. Estoy trabajando en ello.

—Yo mismo lo rechazaba en otros tiempos —se sinceró Aymar—, pero, tras los terroríficos acontecimientos del año pasado, he llegado a la profunda convicción de que el hombre ha de regresar a la fe sencilla de sus antepasados, ha de volver a lo que nosotros, con nuestra moderna sofisticación y nuestro moderno orgullo, consideramos una vulgar superstición.

El Dr. Dumas movió la cabeza asintiendo y volvió a llenar los vasos.

—Hay algo —indicó Aymar— que quiero preguntarle hace tiempo.

—No faltaba más. Adelante.

—¿Ha observado con detenimiento a mi sobrino?

—Pero, ¡por favor, *Monsieur*!

—No es mi intención poner en duda sus métodos —se apresuró a asegurar Aymar—, pero, ya sabe usted que cuidé de mi sobrino durante años...,

—Sí.

—Bien, ¿y alguna vez lo ha visto transformarse?

—¿Transformarse? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si lo ha visto convertirse en lobo.

—¿En lobo?

—¡Pues claro! Ya habrá descubierto que está aquejado de licantropía...

—Sin duda, pero eso no es más que un nombre.

—Discúlpeme, pero es totalmente real.

—¡Vamos, M. Galliez! ¿No pretenderá hacerme creer que su sobrino hace algo que no sea engañarse a sí mismo? Sabe usted muy bien que su enfermedad es bastante común. En realidad, yo mismo la he estudiado. Y he prestado una notable atención a los abundantes testimonios de los juicios medievales. Y en todos ellos queda completamente demostrado que

nadie ha llegado a ver un hombre lobo; y los propios pacientes confiesan que sólo se sienten como si fuesen lobos.

—En cualquier caso —volvió Aymar a defender su postura—, y no puedo estar de acuerdo con usted, ya que he investigado el asunto por mi cuenta, tengo la completa seguridad de que mi sobrino ha llegado a ser un lobo, y de que se transforma con frecuencia en lobo.

—¿Y usted lo ha visto con sus propios ojos? —preguntó, sonriendo, el médico.

—No, pero estoy convencido de que es así.

—¿Ha llegado a ver al lobo? —insistió el Dr. Dumas.

—No, pero...

—Entonces, parece que se convence usted con facilidad.

Los dos hombres, algo excitados por el vino, alzaron un poco la voz. El médico no pudo seguir haciendo el papel de amigo de la religión. Empezó a reprochar a la Iglesia Católica que hubiera quemado a los hombres lobo. Aymar defendió a la Iglesia y la idea de que las hogueras fueron una especie de mecanismo sanitario para prevenir el contagio. De algún modo, el nombre de D. D. Home[62] salió a relucir en la conversación. Con ese asunto se desviaron unos instantes del tema que los ocupaba; el doctor recordó que Home solía realizar sesiones de espiritismo ante la emperatriz Eugénie. Con frecuencia hacía que varias armónicas se elevaran en el aire y se pusieran a tocar solas.

—¿Usted se cree eso? —preguntó el médico.

—La Iglesia sostiene que ese tipo de actos son obra del diablo, aunque se dan fenómenos similares en las vidas de los santos. En cualquier caso, tendría que verlo con mis propios ojos.

—Sin duda alguna —asintió el Dr. Dumas—. Eso es. Pero aquí nos hallamos ante un caso que usted confiesa que nadie ha visto jamás. ¡Ni siquiera usted mismo!

—Es cierto que nunca he visto al lobo —admitió Aymar—. Pero poseo todas las pruebas que necesito. Tengo, o, mejor, tuve en mi poder, una bala de plata que fue disparada contra un lobo por el guardabosques de nuestra comarca, y yo mismo extraje esa bala de plata de la pierna de mi sobrino. He visto lo que ha hecho. He oído sus sueños, He contemplado, mucha gente ha contemplado, sus huellas. He oído su respiración y sus resoplidos. Hay aspectos muy extraños. ¿Debo mencionar alguno de los muchos que existen? Después de quitarse la ropa, cuando esta a punto de sobrevenirle la transformación, siente la imperiosa necesidad de orinar. Me lo ha contado él. Dígame, ¿acaso esta víctima de la licantropía ha leído a Petronio o alguna otra oscura fuente que le haya informado de que ése es un rasgo universal de los hombres lobo antes de la metamorfosis? Y, de ser así, ¿por qué iba él a querer seguir esa pauta a modo de ceremonia? Absurdo.

[62] Famoso espiritista y médium americano (1833-86). Fue examinado por Lord Crookes, el célebre físico, quien terminó convencido del poder de Home para levitar, etc.

—No comprendo del todo cuál es su intención con todo eso, *monsieur*. No niego que los síntomas de esa ilusión sean los mismos en todas las víctimas. Por el contrario, creo que los síntomas son muy parecidos. Y si la necesidad de orinar es uno de ellos, pues de acuerdo, admitámoslo así, como la fiebre en la difteria. Además, el acto de orinar puede explicarse con mayor sencillez si pensamos que el aire frío entra en contacto con la piel desnuda. El descenso de temperatura lleva al cuerpo, de forma invariable, a despojarse del grado de humedad que necesitaba en un ambiente más cálido. Es algo similar a la condensación súbita del agua y las precipitaciones subsiguientes.

—¿Y por qué no lo explicamos como la repentina necesidad de despojarse de un exceso de humedad porque un lobo, por naturaleza, posee menos? Por Dios, doctor, ¿cree usted que he vivido durante veinte años con esa cosa sin devanarme constantemente los sesos a cada momento? Diez años no bastarían para resumir la completa historia del origen y el misterio de esta criatura. Yo era tan reacio como usted a aceptar los hechos. No soy de natural crédulo.

—Daba por hecho su incredulidad. Sólo me pregunto qué le ha llevado a cambiar de opinión. ¿Cómo puede creer que se metamorfoseaba en lobo? ¡Eso es ridículo per se!

—Ciertas cosas. Muchas, algunas pequeñas en sí mismas, pero todas juntas constituyeron un argumento irrefutable e hicieron cambiar mi punto de vista. Su nacimiento en Nochebuena, por ejemplo.

—Estoy seguro de que las estadísticas pueden demostrar —rebatió el Dr. Dumas con impaciencia— que miles de personas nacidas en esa fecha han tenido vidas tan normales como las del resto de la gente. ¿Va usted a echar mano de la astrología?

—No en este momento —contestó Aymar—, pero la ciencia todavía no tiene explicación para muchos fenómenos de la personalidad y la emotividad humanas.

—¿Quiere usted poner límites a la ciencia? —dijo Dumas, alzando la voz—. ¡El hombre es un compuesto químico, algún día seremos capaces de escribir la fórmula química del amor!

—¡Tonterías! —se rebeló Galliez—. El hombre es unión de espíritu y materia. En la línea que separa la vida de la muerte, por ejemplo, ¿qué abandona el cuerpo: un elemento químico?

—No, pero lo que sucede es que se altera el orden o la proporción de los elementos químicos.

—¡Ja, ja! Por tanto, nos encontramos ante un sustancial cambio en la forma, ¿no es así?

—Qué quiere decir?

—Sólo que la alteración que lleva del hombre al lobo no es mayor que la que hace pasar de la vida a la muerte.

—¡Retórica, *Monsieur*!

—Eso no es una respuesta. ¿Se le han acabado los argumentos científicos?

—¡Pero hombre! —bramó Dumas—, ¿se da cuenta de lo que dice? Que un hombre se puede transformar en lobo. Un lobo, le recuerdo, que no tiene glándulas sudoríparas; un animal cuyos huesos y dientes, sus partes duras, téngalo en cuenta, son completamente distintas; una bestia en la que hasta la última célula, hasta el último pelo y el último nervio...

—¿Y por qué no? —interrumpió Galliez, realizando un grácil movimiento con el vaso de vino—. ¿No se dan cambios así en la naturaleza? ¿No ha visto nunca cómo se transforma el agua en hielo? —¡Oh, venga ya!
—¿Nunca ha visto dos gases unirse de repente para dar lugar a una especie de polvo de nieve?

—Sí, pero...

—¿Y a un gusano convertirse en una llamativa mariposa?

—Sí, pero a lo largo de todo un mes.

—¿Y dónde está la diferencia? ¿Acaso el tiempo no es divisible hasta el infinito? Si una rueda puede girar una vez al año, ¿no puede también girar un millón de veces por segundo? La vida de algunos animales dura un abrir y cerrar de ojos mientras otros viven un siglo.

—Eso estoy dispuesto a admitirlo —señaló Dumas, midiendo las palabras—, pero ha mencionado usted la mariposa. ¿La ha visto alguna vez transformarse de nuevo en gusano?

—No, pero, si como acaba de asegurar usted, la vida es una reacción química, ¿hay alguna razón por la que no pueda ser reversible?

—No —respondió el doctor, otra vez hablando muy despacio, ya que comenzaba a recobrar su discreta actitud profesional. Lo mejor era no discutir a causa de un paciente. Su punto de vista fue cambiando de forma gradual hasta que coincidió con las tesis de Aymar.

—Y esas cejas unidas... —insistía Aymar.

—Sí, ya me he fijado, pero lo consideré un síntoma de sífilis hereditaria.
—En absoluto —repuso Aymar—. Y las uñas...

—Algo bastante común.

—Y los dientes trabados con muy poco espacio entre ellos.

—Hay muchas variaciones en lo que se refiere a la dentadura humana, no le quepa duda.

—Y el pelo de la palma de la mano.

—Eso sí que es raro...

—Cada uno de esos signos por sí mismo no significa nada, pero todos juntos sí. Es como si la bestia que lleva dentro se asomara un poco por aquí y otro poco por allí... Y luego está su conducta, lo más importante de todo.
—Mmm... —murmuró el doctor—. Le diré algo, Galliez: lo que me ha contado me resulta muy interesante. Puede dar lugar a una nueva y magnífica teoría acerca de inexplicables manifestaciones de carácter mórbido y anormal en la psicología. La incursión, aunque sea en aspectos parciales, de formas de vida inferiores en el ámbito de lo humano. Por supuesto, y a pesar de lo atractiva que resulta la idea, le diré que aún no puedo aceptarla en su totalidad. Pero tengo intención de estudiar el tema con más detalle.

A partir de ese instante, la discusión fue adquiriendo un aire cada vez más unilateral, así como más halagador para Aymar. Cuando se levantaba para marcharse, lo hizo con una renovada y

acrecentada fe en el hecho de que el hospital del Dr. Dumas era el mejor que podía haber elegido para Bertrand. En realidad, se sentía algo preocupado por el doctor.

—Espero que pueda servirle de ayuda, Dr. Dumas, pero permítame un consejo de amigo. Tenga cuidado. Es un criminal peligroso. Vigílelo bien. Y si tiene que acercarse a él, no olvide santiguarse antes.

—Gracias por el consejo —replicó el doctor—. Lo tendré en cuenta. Y, si usted lo desea, le mantendré al tanto de los resultados de mis investigaclones.

Se quedó de pie en la puerta y, mientras veía a Aymar alejarse con una cojera más insegura que de costumbre, gruñó:

—Quizá llegue a tener dos pacientes de la misma familia.

Bertrand, cuando no era presa de un ataque de furia o no estaba drogado, sólo tenía dos placeres en la vida: las canciones de Sophie y la esperanza de vengarse de Paul. En lo que se refiere a comunicarse con su tío, eso mejor era olvidarlo: ni en sueños lo conseguiría. Porque era evidente que jamás dejarían subir a Aymar a su cuarto y, del mismo modo, él nunca bajaría a la sala de visitas a menos que estuviera bajo los efectos de la droga. Si no se la inoculaban a través de la comida, lo harían con una inyección. Y con respecto a escribirle, las posibilidades eran nulas: no sólo carecía del material necesario, sino que, además, ¿cómo enviar la carta en caso de llegar a escribirla?

Con frecuencia, mientras Bertrand cavilaba acerca de su miserable destino y se veía invadido por la tristeza, a través de la pared le llegaba el canto de Sophie. La amargura de su dolor se desvanecía. Los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Sophie —decía para sus adentros—. Sophie.

Y se tumbaba en el colchón que había sobre el suelo, y que constituía todo su mobiliario, e imaginaba que ella estaba entre sus brazos. Ante su rostro tenía sus rizos morenos, ante sus labios, los blandos y húmedos labios de ella, y su cuerpo lo rodeaban unos brazos delgados y esbeltos. Y la ensoñación duraba hasta que cesaba la melodía. Entonces él suplicaba:

—Canta otra vez, Sophie. Canta otra canción.

Y, en ocasiones, sucedía que las tenues e interminables notas surgían de nuevo; entonces estaba seguro de que ella sabía que él se encontraba en la habitación de al lado y que deseaba oír su cantar.

Al transcurrir el tiempo, las canciones dejaron de ser suficientes. Soñar con Sophie no le bastaba. Tenía que entrar en la habitación contigua. Pero, ¿cómo? Ideó cien planes, a cuál más temerario, y los rechazó todos. Descubrió, sin embargo, que podría saltar hasta la ventana oval, sujetarse bien en el alféizar y, clavando los dedos de los pies en la pared, subirse casi en vilo para lograr sentarse allí. Sólo necesitaba un lugar donde apoyar como es debido los dedos de los pies. Solucionó el problema gracias a sus uñas y una esquirla de hueso. Dos pequeñas hendiduras le proporcionaron una buena sujeción en la pared y así pudo sentarse en el alféizar.

La suerte estaba de su lado. Todo el marco de la ventana oval, incluyendo los propios barrotes, se había soltado de la piedra a su alrededor. Evidentemente, al obrero que había realizado la abertura permanente sobre el cristal a efectos de ventilación, se le había despegado el marco del yeso mientras trabajaba y no se había molestado en reparar los desperfectos. O quizá la madera hubiese mermado con el tiempo hasta llegar a su actual tamaño. En cualquier caso, se podía tirar de los barrotes y arrancar la ventana entera como si fuese un tapón. Tras haberse asegurado de ese detalle, Bertrand aguardó enardecido la llegada de la noche para proseguir sus indagaciones.

Detrás de la ventana oval, hacia la derecha, había un empinado tejado, y desde él se proyectaba el ventanal de una buhardilla. Era obvio que por allí se llegaba a la habitación de Sophie. Al otro lado había un muro desnudo que hacía imposible la huida. Pero sí se podía llegar a la ventana de la buhardilla. La inclinación del tejado era peligrosa, pero practicable. Temblando de emoción, Bertrand se dedicó a los preparativos. Enrolló el colchón a lo largo para formar con él un cilindro y lo pasó a través de la abertura hasta que cayó al suelo por el exterior.

—Saltaremos sobre él —decidió—. O caemos en el colchón y escapamos juntos, o caemos fuera y nos matamos juntos, como tantas veces hemos planeado.

Dio la casualidad de que Paul sintió deseos de estar con una mujer aquella noche, con tan mala suerte que a la paciente que lo había recibido a lo largo de los últimos años se la habían llevado sus familiares. Las otras dos posibilidades eran otras dos mujeres, propiedad, por así decirlo, de dos de sus compañeros ordenanzas. Paul no sabía si arriesgarse ante los celos y el enfado de sus colegas o tratar de salir a hurtadillas del manicomio para acercarse al pueblo. Entonces se acordó de la pequeña mongólica. Estaba seguro de que aquello sería divertido. Sabía que le encantaban los caramelos, así que cogió unos cuantos y subió, convencido de no encontrar dificultad alguna, como de hecho sucedió.

Sin embargo, su placer fue breve. Oyó un ruido en la ventana, miró hacia arriba y no tuvo tiempo de esquivar una oscura figura que se lanzó a por él. El combate duró un segundo. La sangre brotó abundante de su arteria seccionada, describió un amplio y elevado arco, y salpicó el suelo. El arco se fue reduciendo y regresó hasta el lugar del que surgió, donde ahora la sangre salía a golpes cada vez menos frecuentes.

Allí yacía Bertrand envuelto en una especie de letargo, invadido por un absoluto éxtasis. Al final se levantó, se sacudió el embotamiento que dominaba su mente y paseó la mirada por la habitación a oscuras. En ese cuarto, iluminado sólo por la luz de la luna que entraba por la ventana, vio una extraña mujer con aspecto de enana, de rostro moreno y poco agraciado, y de cabellos grises, greñudos y grasientos. Estaba sentada en la cama, desnuda y chupando una barra de caramelo de azúcar de cebada y, como le sabía bien, empezó a arrullarse a sí misma.

La mente de él era incapaz de aceptar lo que veía.

—¡Sophie! —gritó desconcertado—. ¿Qué te han hecho?

Se oyó un ruido procedente de los pasillos. Sin pensárselo más, la cogió y le dijo a voces.

—Vamos, Sophie, moriremos juntos.

Y, apretándola fuerte entre sus brazos, subió hasta el alféizar y saltó al colchón que esperaba abajo en el césped.

* * *

—Mi paciente más rentable... —se lamentó el Dr. Dumas, y dejó escapar un suspiro.

Para evitar demasiadas investigaciones, que, en el mejor de los casos, sólo daban lugar a situaciones incómodas, el médico tapó las tres muertes lo mejor que pudo, se procuró unos certificados de defunción apropiados, los fechó en días diferentes y organizó los funerales con una semana de por medio entre ellos. Sólo hubo dos funerales. El Dr. Dumas llevaba tiempo deseando diseccionar a la mongólica y pidió permiso por escrito al marqués, comunicándole que pagaría el precio habitual.

—Al viejo roñoso le encantará ganarse un par de francos.

Pero al viejo roñoso no le encantó.

—Los restos de Mme. la Marquise de la Roche Ferrant deben descansar en el panteón familiar— declaró con un aire orgulloso y severo. Y, bien pensado, ¿por qué no? Viva en el castillo de la familia no hubiera sido más que un engorro. Pero, ¿a quién podría molestar o incomodar desde la tumba?

Barral de Monfort llegó al manicomio con una semana de retraso en busca de Bertrand. Un problema en el ojo había tenido la culpa. Al enterarse de que Bertrand acababa de morir, maldijo su suerte. Tenía muchas esperanzas puestas en aquella venganza.

—La muerte —exclamó con amargura— me ha quitado lo que más amo y lo que más odio.

Quiso ver la tumba. Le dio una propina a uno de los ordenanzas para que le llevara al cementerio y le señalara el montículo del enterramiento. Barral se inclinó sobre la tierra recién removida y, furioso por aquel clímax de frustración, musitó sin piedad:

—Me gustaría desenterrarte, maldito perro, y escupir en tu cara.

Así terminan los comentarios sobre el informe Galliez.

APÉNDICE

En aquel período, es decir, entre 1875 y 1880, la cuestión de la higiene municipal suscitó un enorme interés. Los grandes avances en la microbiología, en el conocimiento de las causas de las enfermedades, en la ingeniería sanitaria, requerían que los ayuntamientos asumieran un papel activo en la mejora de las condiciones higiénicas de las áreas urbanizadas. Uno de los asuntos que mayores esfuerzos suscitó fue el de cómo deshacerse de los muertos. Se atacó el enterramiento tradicional como antihigiénico, y los defensores de la incineración exigían al Estado que la hiciera no solamente legal, sino obligatoria. La extendida práctica, aún en boga, de enterrar recién nacidos y embriones en excusados, o por cualquier otro método privado, fue prohibida por la ley en muchos lugares.

La historia del gobierno municipal muestra que hasta el siglo diecinueve se prestó poca atención a estos problemas. Parece que uno de los primeros intentos por sacar a la luz la insalubridad de los enterramientos intramuros en las grandes ciudades, fue el del Dr. Fernel y el Dr. Houllier en París, que, en 1554, expresaron sus temores con respecto al Cementerio de los Inocentes, un enorme osario que en 1186 fue elegido para enterrar a los muertos de París. En aquel lugar se excavaron grandes fosas y los ataúdes se situaban totalmente pegados y unos encima de otros hasta que había unos dos mil enterrados, o, más bien, expuestos al aire libre, ya que no se les echaba tierra encima mientras no se hubiese colocado el último de ellos.

Este cementerio, a lo largo de su existencia, creció con el añadido de dos millones de cadáveres y se elevó unos tres metros por encima de los terrenos circundantes, y, en algunos puntos, sobrepasó los muros que lo delimitaban. Las antiguas fosas se abrían con frecuencia y los huesos se iban amontonando. Después, una parte de aquella cantidad ingente de reliquias humanas se llevaba a las catacumbas de París, que, en realidad, eran viejas canteras de las que se extraía una piedra de gran calidad. Para empeorar la situación, el Cementerio de los Inocentes estaba rodeado por una inmensa zona de cloacas en la que los barrios más próximos solían arrojar los desperdicios de las viviendas. En aquellos tiempos, las letrinas estaban casi siempre en las plantas superiores y, cuando se limpiaban, la porquería se arrojaba al foso que rodeaba el cementerio, de donde sólo se sacaba muy de cuando en cuando.

Tan mefítica era la naturaleza del suelo y el aire en esta zona, que los ciudadanos se quejaban de que no podían tener pájaros en jaulas, porque las pobres bestezuelas morían en el plazo máximo de una semana desde que las llevaban a alguna de las casas del vecindario. Además, era imposible bajar a los sótanos con una vela o un candil; cualquier llama se extinguía al instante en contacto con aquel nocivo aire subterráneo. Los fabricantes de toneles y otros obreros que trabajaban bajo tierra eran víctimas frecuentes de accesos de tos tan intensos que casi acababan con su vida; de este modo, la gente fue poco a poco abandonando aquellos barrios, sobre todo cuando se descubrió que por las paredes se filtraba un líquido indudablemente venenoso que producía forúnculos supurantes y hediondos en cuanto tocaba la piel.

A pesar de todo esto, la ciudad estaba llena de gente pobre que no tenía más remedio que refugiarse en aquel horrible cementerio. Muchos excavaban grutas bajo el suelo en las que prácticamente hacían toda su vida: no es difícil imaginar cuáles eran las consecuencias para su salud.

Quizá fuese todavía peor la costumbre de enterrar a la gente en las iglesias. La limitación del espacio y el ánimo de lucro de los clérigos hacían que los cuerpos se sacasen lo antes posible, incluso antes de que se hubiesen descompuesto por completo, y fuesen llevados a cualquier otro lugar de la iglesia: la buhardilla, etc. En 1870, el trabajo de De Freycinet sobre saneamiento municipal provocó una notable polémica en torno al tema de la higiene en los enterramientos. La reciente Guerra Franco—Prusiana, asimismo, aceleró los debates sobre cómo deshacerse de un gran número de cadáveres mediante un sistema que garantizase la salubridad.

Un arquitecto de Nantes, M. Coupry *fils*, entre otros, patentó un tipo de cementerio higiénico, el "*système* Coupry", que se proponía implantar en su Cimetière de l' Avenir[63]. El método de Coupry se puso a prueba en una sección del cementerio de Saint-Nazaire. Allí se enterraron varios cuerpos sobre un mecanismo que facilitaba la circulación del aire por debajo de los ataúdes y extraía las aguas del subsuelo; también se dio sepultura a una cantidad igual de cuerpos, lo más cerca posible de los anteriores, y se los dejó así durante distintos períodos de tiempo. Con este sistema, los gases tóxicos recogidos por las tuberías subterráneas son conducidos hasta un horno en el que arden. Para su completa eficacia, el sistema Coupry requiere que el enterramiento se realice en sencillos ataúdes de madera sin la utilización de sustancias antisépticas ni productos para embalsamar, sin serrín ni carbón impregnados, ya que el objetivo del sistema es la rápida desintegración del cuerpo para convertirse en esqueleto, así como la completa desaparición de todas las partes carnosas susceptibles de corromperse.

Es bien sabido, por supuesto, que la Revolución Francesa inició la prohibición de los entierros en iglesias mediante la Ley Estatal del 23 de Pradial[64] del año XII, y restringió la creación de nuevos cementerios en terrenos situados fuera de las murallas de las ciudades. Prohibió la colocación de unos ataúdes sobre otros y limitó los enterramientos a cinco años, excepto para quienes pagasen sumas desorbitadas con la finalidad de dejar al muerto en el mismo terreno a perpetuidad. Además, se señaló una profundidad adecuada para que los gases nocivos no saliesen al exterior y contaminasen el aire.

Desde entonces, Francia, y sobre todo la Gobernación del Sena, no ha dejado de interesarse por mejorar los lugares de enterramiento, y no tardó en designar una comisión para analizar el sistema Coupry. El informe publicado por el Dr. P. Brouardel y O. du Mesnil contiene un estudio[65] completo de dicho sistema.

Con motivo de la elaboración de su informe, los mencionados miembros del comité designado por la Gobernación del Sena, Commission d'Assainissement (Comisión de Salud), exhumaron diez cuerpos, cinco de los del sistema Coupry y cinco del sistema tradicional, a los que sometieron a un detallado examen.

El resultado fue el siguiente:

Sieur G... (Baptiste), de 53 años,

[63] Cementerio del Futuro.
[64] Noveno mes del calendario revolucionario francés [del 20 de mayo al 19 de junio]. (N. del T.)
[65] Ver copia en la biblioteca de la calle Cuarenta y dos, Nueva York.

Muerto el 20 de marzo de 1876.—Enterrado el 21 de marzo de 1876.— Exhumado el 25 de mayo de 1881.— Exhumado de nuevo el 9 de junio de 1881. Período de inhumación: 5 años. En la sección no tratada del cementerio.

Este cadáver (ver la fotografía adjunta)[66] se halla totalmente intacto. Se ha transformado en grasa cadavérica. Mal olor.
La autopsia le ha sido practicada por el profesor Brouardel.
Todas las vísceras han menguado y están aplastadas contra las paredes del tórax y el abdomen. Sólo el corazón conserva su volumen y es perfectamente identificable. Parece haberse detenido todo el proceso de descomposición. En apariencia, el cuerpo permanecerá en este estado indefinidamente.
En el ataúd se ha encontrado un solo insecto de la familia de los *Staphilinides*, un *Philonthus ebeninus*.

Compárese esta descripción con el cuerpo extraído de la sección tratada, en la que había estado durante sólo un año:

Sieur B…, de 66 años (ver fotografía)[67].

Muerto el 21 de mayo de 1880.— Enterrado el 22 de mayo de 1880. Congestión cerebral.— Período de inhumación: 1 año y 18 días.

El cuerpo no fue amortajado.

No desprende ningún olor.

El esqueleto no contiene prácticamente ninguna de las partes blandas.

La cabeza está separada del cuerpo.
La desaparición de la carne y las vísceras es completa.
En el ataúd se ha encontrado una gran cantidad de insectos. *Anthomysides*, *Ophria cadaverina* y *lemostoma*. Una mosca, aún viva, ha salido de entre las numerosas larvas de la *Ophria*.

Sin embargo, al lector del presente libro no le interesarán demasiado los detalles anteriores[68]. El autor ha introducido aquí este informe para citar un fragmento del mismo que sí parece relacionado con nuestra historia.

Entre los cuerpos exhumados estaba el siguiente:

Sieur C... (Bertrand). Hemorragia cerebral (sin ilustración).

---

[66] No incluida aquí. El lector puede consultar el original.
[67] Ver nota precedente.
[68] No hay por qué ocultar, en este punto, la motivación económica, que se mezcla con las puramente higiénicas. Si los cuerpos, gracias al sistema Coupry, se convierten en esqueletos en un año, el período máximo de cinco años para los enterramientos podría verse reducido a uno, con la consiguiente renovación en los cementerios que, a su vez, incrementaría los beneficios del Estado.

Muerto el 9 de agosto de 1873.— Enterrado el 10 de agosto de 1873.— Período de inhumación: 8 años y 2 meses.

El caso que nos ocupa fue comunicado al encargado del cementerio y él, por su parte, lo remitió al Departamento de Justicia Criminal. Es un caso evidente de expolio de tumbas, o bien una broma macabra de los *fossayeurs* (enterradores):

El cuerpo del *Sieur* C... no se halló en el ataúd; en su lugar había uno de un perro, que, a pesar de los 8 años bajo tierra, no estaba completamente descompuesto. Las partes carnosas y el pelaje se han encontrado entremezclados en una masa grasienta de composición imposible de distinguir (adipocira)[69]. El cuerpo desprende un olor nauseabundo. No hay insectos.

[69] Sustancia de naturaleza jabonosa producida en la descomposición de los cadáveres sumergidos o enterrados en terreno húmedo. También llamada grasa cadavérica. (N. del T.)

Guy Endore (1901-1970)

Las sombras se ciernen sobre París. Unos siniestros aullidos se escuchan en las lúgubres callejuelas de la denominada "Ciudad de la luz"… Nadie está a salvo del cruento ataque del misterioso hombre lobo que actúa con total impunidad, aprovechándose de la salvaje exaltación de la violencia que lo circunda.

Emplazado en el contexto del París de los sangrientos acontecimientos de la proclamación de la III República, la guerra franco-prusiana, la proclamación de la comuna de 1871 y la posterior caída de esta, el terrorífico argumento de El hombre Lobo de París despertará sin duda el interés y la imaginación de los lectores.

Publicada por primera vez en 1933 por el escritor estadounidense Guy Endore, nos hallamos ante la mejor narración sobre el mito del hombre lobo, uno de los grandes monstruos surgidos del pensamiento y de la experiencia ancestral del ser humano.

El suspense, el sentimiento de profunda extrañeza y el horror que destila esta novela, inédita en España, la convierten en uno de los grandes paradigmas de la literatura de terror de todos los tiempos.